

BIBLIOTECA PREDICABLE

por

D. FELIX LAZARO GARCIA,

cura parroco de SANTA EULALIA DE LA CIUDAD DE SEGOVIA.

y

CATEDRATICO DE FILOSOFIA Y TEOLOGIA

(que ha sido)

DEL SEMINARIO CONCILIAR DE LA MISMA,

y

otros señores sacerdotes.

TOMO 8.º

MADRID: 1848.

Imprenta de D. Tomás Aguado,
calle de la Encomienda núm. 17.

BIBLIOTECA PREDICABLE.

SÉRIE TERCERA.

SERMONES MORALES Y HOMILIAS SOBRE LOS EVANGELIOS.

Contiene las Dominicas desde la cuarta de cuaresma hasta la de Infra-Octava de Ascension de semana santa, rogaciones y otros.

SERMON

PARA LA DOMINICA IV DE CUARESMA.

Sobre el reconocimiento de los justos y la ingratitud de los pecadores.

Colligite quæ supcraverunt fragmenta ne pereant. Recoged los pedazos que han quedado para que no se desperdicien. Joann. c. 6. v. 12.

Llena de placer, de alegría y de contento se muestra hoy la iglesia santa, católicos. Muy regocijada aparece en este día la esposa del cordero virgen. Revosando en consuelos celestiales vemos á la que dirigida por el Omnipotente ha dispuesto que sus hijos pasen por el crisol de las mortificaciones y penitencias de la santa cuaresma para hacerse dignos de celebrar el gran día del triunfo de su divino esposo. Hoy parece que se propone llenarnos de júbilo, inspirarnos ideas de alegría y llenar de consolaciones nuestras almas. «Regocijate, Jerusalem; regocijaos todos los que la amais. » Reunios par a juntar vuestros regocijos con el suyo: dad

» saltos de alegría los que habéis gemido en el dolor á fin de
» que seáis colmados de delicias y satisfechos con los con-
» suelos de su seno: » nos dice, haciendo suyas las palabras
que escribió Isaias para anunciar el reino de la gracia que
había de fundar el deseo de las gentes. (Isai. c. 66).
Viertan los hombres himnos de alabanza y prorrumpen en
cánticos de acción de gracias; óigase un nuevo cántico de
regocijo entre los cristianos.... Pero amables oyentes: ¿De
dónde tanto regocijo á nuestra piadosa madre entregada días
há á los llantos y gemidos de los penitentes? ¿Qué motivos
tiene esta hija del cielo para las demostraciones de alegría y
consuelo en que la vemos ocupada? Yo os lo diré.

San Juan nos dice en el evangelio que acabais de oír,
que un día se retiró Jesucristo al otro lado del mar de Gali-
lea; y que le seguía una multitud de gentes deseosas de
oirle, de hablarle y gozar de su presencia divina: que subió
al monte en donde se sentó con sus discípulos: pero que
levantando sus ojos y viendo á cinco mil hombres, (y á un
gran número de mugeres y niños, según los expositores sa-
grados) y no teniendo mas que cinco panes y dos peces,
mandó el Dios de bondad á todos aquellos oyentes de su di-
vina palabra que se recostasen y preparasen para comer,
pues que su piedad inmensa no podía sufrir que marchasen
desfallecidos de hambre espuestos á perecer en el camino:
que tomó en sus santas y venerables manos los panes y los
peces, y dando gracias á su eterno padre, los distribuyó
aumentándose tan prodijiosamente que no solo comieron to-
dos cuanto quisieron, sino que aun sobraron doce canastas
de fragmentos que mandó recoger el divino maestro para

que no se desperdiciasen. *Colligite quæ superaverunt fragmenta ne pereant.* Este suceso, figura y representación del convite celestial que habia de hacer en favor de todos los cristianos en el Santísimo Sacramento del altar: este hecho demostrativo de la bondad y omnipotencia de nuestro Redentor; este rasgo prodigioso de liberalidad por parte de Jesús para fortalecer á los que buscando el alimento espiritual se hicieron dignos del corporal que ofreció el hijo del Altísimo á los que ante todas cosas buscan el reino de los cielos, es el que produce los éxtasis de júbilo y alegría que notamos en nuestra madre la santa iglesia. Ella solemnizando en este domingo la memoria del milagro de la multiplicación de los panes y de los peces, nos enseña con su conducta á vivir agradecidos á los beneficios que Dios nos hace, á darle gracias por la dulzura con que nos trata, á darle muestras del placer y contento que nos causa su dominación, á unirnos con el real profeta para decir: «Me he llenado de gozo al saber que todos los fieles iremos á la casa del Señor.» (Ps. 121).

Ved aquí de donde viene á la esposa de Jesús el regocijo que notamos en ella en este día; los motivos que tiene para mostrarse consolada, alegre y placentera en medio de las mortificaciones y penitencias á que está entregada en estos días de salud para nuestras almas. Imitémosla, regocijémonos con ella, y puesto que mi melífluo P. San Bernardo dice (Serm. 51 in Cant.) que al advertir Jesús á sus apóstoles que recogiesen los fragmentos de los panes y peces que sobraron, nos manda que tengamos presentes y no olvidemos jamás sus beneficios, preparaos para oír lo que os voy á ha-

blar del reconocimiento de los justos, y de la ingratitud de los pecadores.

A que seamos agradecidos á vuestros beneficios, y jamás ingratos, se dirijirán mis palabras, Dios de bondad inmensa. Dadlas toda la virtud que necesitan para que comprendamos las gracias que concedéis á los que reconocen vuestra piedad y dignacion, y los castigos con que amenazais á los ingratos, y haced que todos os bendigamos. Os lo pedimos por la que en su reconocimiento mereció que la mandáseis un ángel con la órden de decirla

AVE MARIA.

Colligite quæ superaverunt fragmenta ne pereant.

Por la sagrada escritura inspirada por el Espíritu-Santo sabemos: que Dios ha bendecido todas sus obras: que á ninguna de sus criaturas desprecia: que es bueno y bienhechor para con todos los hombres: que sus misericordias alcanzan á todos sin escepcion; que nos ha criado; que nos conserva y nos destina á la felicidad eterna, y que fué tanto lo que Dios amó al mundo, que no se detuvo en darle á su propio hijo para que lo salvara, como lo dice el apóstol. Sabemos ademas, que Dios puso bajo la dominacion del hombre la tierra y cuantos animales la pueblan: que el sol y la luna, las estrellas, los astros y planetas que embellecen el firmamento, son los heraldos que anuncian la grandeza del Señor con quien han de unirse los santos en el cie-

lo : que por nosotros instituyó Jesucristo los sacramentos, manantiales secundos de gracias con que se nutren los que tienen fé, y que ese curso providencial con que camina el Universo al fin para que fué criado, es un efecto de los decretos eternos en orden á la salvacion de los hombres. Fuera de esta ciencia comun á los que tienen ojos para ver, oidos para escuchar y entendimiento para discurrir y raciocinar : ¿habrá un solo hombre en este mundo que no pueda alegar beneficios especiales recibidos de su criador siempre solícito por el bien de toda hechura de sus manos? Las perfecciones específicas é individuales de la naturaleza, los dones de la gracia, los socorros y auxilios celestiales, las inspiraciones interiores, y esos variados encuentros de la providencia con que cada uno en particular se convence de que hay un Dios que sigue sus pasos y jamás lo deja : ¿no son bienes dignos de nuestro mayor reconocimiento? ¿No reclaman de nosotros una continua accion de gracias, principio de otras muchas en sentir de los santos padres? Todas las cosas alaban y bendicen segun su naturaleza al Señor que las dió el ser. Todo el Universo con armoniosa consonancia obedece al Dios que lo ha criado, y en esto consiste la felicidad de que es capaz. Solo el hombre dominado por el pecado se extravía. El pecador solo es el que ingrato á su Dios recibe y desprecia sus beneficios : el que los exige para robustecerse contra el brazo que lo sostiene : el que degenerado recibe bienes para emplearlos contra el que se los da : el que con arrogancia infernal insulta al médico celestial que quiere sanarlo, alimentarlo con su mismo cuerpo y su sangre preciosísima, y hacerlo feliz en la gloria. Este

mónstruo perturbador del orden universal, repugnante á la razon y al buen sentido, en guerra abierta consigo mismo, aborrecido de Dios, sellado para ser conducido á habitar en los fuegos sempiternos.... No, no hablemos de él. Es muy deliciosa la perspectiva de los justos, que agradecidos á los dones de Dios se ocupan incesantemente en darle gracias, y en ella deben recrearse nuestras almas.

Reconocimiento: gratitud: accion de gracias: ¡qué grata significacion la de estos nombres siempre en relacion con las virtudes evangélicas, con Dios y con las delicias de la gloria! Ella nos revela la nobleza de las almas en que tiene su asiento la perfeccion cristiana: la dulce satisfaccion que tienen los corazones agradecidos cuando corresponden del modo posible al bienhechor que los ha favorecido; el carácter de los hijos de Dios, que diciendo todos los dias en la santa misa. «Demos gracias á nuestro Señor» les contesta y dice su madre la iglesia santa dirigiéndose al divino autor de todo bien. «Verdaderamente es digno y justo; debido» y salvable el que os demos gracias en todo tiempo y lugar, oh Señor santo, Omnipotente y Dios eterno, por nuestro Señor Jesucristo. Por quien los ángeles alaban su magestad, las dominaciones la adoran, las potestades se estremecen delante de ella, las virtudes y serafines la exaltan y nosotros tenemos en mucho el unirnos con todos los habitantes de la corte celestial para decir incesantemente: *Santo, santo, santo, llenos estan los cielos y la tierra de vuestra gloria.* » ¡Qué dicha la de unir nuestros acentos con los de los espíritus angélicos, y nuestros hermanos de la iglesia triunfante felices en alabar, bendecir y

glorificar al gran padre que los colma de bienes inmensos é indefectibles! Para convertir la tierra en un nuevo cielo ¿se necesita mas que reconocer los infinitos beneficios que hemos recibido de Dios y darle gracias por ellos? Puede el hombre ser justo sin ser reconocido al Dios que lo crió, que lo redimió, conserva y destina para la gloria? Díganoslo la historia: Hablen los héroes desantidad que se mencionan en los libros santos, y ellos nos convencerán de que sin reconocimiento, gratitud y acción de gracias, no hay almas generosas; nobles; cristianas y virtuosas.

Al nacer el primer hombre exclamó llena de reconocimiento la primera madre y dijo agradecida. «He poseído un hijo por favor de Dios.» (Genés. c. 4, v. 1): Cain y Abel ofreciendo los frutos de la tierra y los primojénitos de los ganados manifiestan que Dios les ordenó esta especie de ofrendas para enseñarles á ser agradecidos por los bienes que recibían de su liberalidad. Los justos reconocidos y los pecadores ingratos están representados en aqueílos primeros hermanos: su suerte será la de sus descendientes. Los que desprecian los beneficios divinos participarán de los furors, rabia y desesperante vagancia de Cain, al paso que los agradecidos gozarán de la apacible tranquilidad y gloria eterna con que Dios premió el reconocimiento de justo Abel. Enoc enseñó á alabar y bendecir el nombre del Señor, y si es verdad que la ingratitud fué el principio y origen de los vicios que concitaron la ira de Dios para acabar con toda carne por medio del diluvio, tambien nos dice la sagrada historia: que Noe en cumplimiento de un deber sagrado inauguró su entrada en el mundo purificado erigiendo un altar en que

sacrificó al Señor lo que mas le agradaba : que Abrahá hizo lo mismo en Betel y en Hebrón : que levantó su brazo armado para sacrificar á su propio hijo en honor del dueño de la vida y de la muerte : que Isaac, Jacob y su posteridad siguieron el ejemplo del padre de los creyentes, y que el reconocimiento, la gratitud y accion de gracias fueron siempre el distintivo de los hijos del escelso. Si Moisés y Aaron libran al pueblo santo de la esclavitud de los egiptios obrando milagros estupendos; y el mismo pueblo escogido prorrumpe en cánticos de accion de gracias para manifestar su reconocimiento al que tanto lo favorecia : si notamos en seguida la institucion del sábado y del año santo, los sacrificios, fiestas y ceremonias de la ley escrita : los himnos y cánticos de la madre de Samuel, de Devora, de Judit y de los tres niños del horno de Babilonia : la vida y doctrinas de los patriarcas y profetas, el templo de Jerusalem con el arca de la alianza y las continuas súplicas con que los antiguos fieles pedían al cielo que lloviese al justo que habia de salvar al mundo : ¿no diremos que el reconocimiento á los divinos beneficios fué siempre esencial á todos los que creían en la religion santa del Señor? ¿Pudieran alegarse testimonios mas auténticos para probar que el reconocimiento y gratitud á los beneficios de Dios forman el carácter de los justos?

Desciende al fin de los collados eternos, y aparece en el vientre virjinal de la doncella que anunció Isaías, el que no cabe en los cielos ni en la tierra; y el dogma del reconocimiento á los divinos beneficios ostenta toda su importancia con los ejemplos mas poderosos que pueden ver los hombres. Corre apresurada Maria Santísima á visitar á su pri :

ma santa Isabel favorecida del Señor, con la bendicion de una fecundidad milagrosa; se saludan las dos madres mas santas que se han visto en el mundo, saltan de gozo los hijos en el útero materno, recuerdan las primas los inmensos beneficios de Dios, y la esposa del divino espíritu estasiada con los movimientos celestiales del mas profundo reconocimiento esclama y dice: *Magnificat anima mea Dominum. Mi alma ensalza y magnifica al Señor.* Nace el deseado de las gentes, y los ángeles del cielo, los pastores de los montes y los reyes del oriente en representacion de todas las inteligencias criadas, entonan cánticos de accion de gracias y hacen entender á los hombres que ha llegado la época en que, segun la profecia de Isaías, habría verdadera accion de gracias y una voz perpétua de virtud y de alabanza. (Isai. c. 51, v. 3). Jesucristo ¿no reduce todas sus doctrinas á que alabemos, bendigamos, ensalcemos y glorifiquemos al padre celestial ocupado en derramar gracias y beneficios sobre los hijos de Adán? Para obrar el milagro de la multiplicacion de los panes y de los peces de que os he hablado con referencia al evangelio de este dia, dió gracias al eterno Padre: quiso que tambien se las diésemos nosotros, y para esto dispuso que sus apóstoles recogiesen los fragmentos que sobraron. *Colligite quæ superaverunt fragmenta ne pereant.* Dad gracias; esta es la voluntad de Dios, dice el apóstol. (I. Thes. c. 5, v. 16). Dad gracias á Dios, nos dicen con sus doctrinas y ejemplos todos los santos, la madre de todos ellos la iglesia inmaculada y el autor de toda santidad que nos dice que digamos al Señor: *Santificado sea el tu nombre.* ¿Qué mas, para probar que el reconoci-

miento á los favores del cielo es esencial á los justos, y que sin él somos pecadores, ingratos, indignos de las misericordias eternas, abominables á los ojos de Dios y acredores á que siendo desagradecidos á Dios, Dios nos condene á los fuegos sempiternos? El buen sentido, la razon recta y la religion divina nos mandan que agradezcamos los bienes que recibimos de Dios; que le demos gracias incesantemente, y nos persuadamos de que el reconocimiento con que nos manifestamos agradecidos es el que de continuo hace descender del cielo nuevas gracias sobre nuestras almas, como lo dicen los santos padres cuando todos á una demuestran que la gratitud es la virtud de los predestinados. Debemos pues pedirla á Dios y con ella pensar en darle gracias por los infinitos beneficios que nos hace. Este es el medio de merecer el don de la perseverancia en la virtud, que es el que há de abrirnos la puerta de la gloria. Sed, amados míos agradecidos al Dios que tanto os favorece. No os volvais frenéticos contra el médico celestial que quiere sanaros y justificaros. No desprecieis al Dios que os ama y llena de beneficios. No seais del número de aquellos pecadores que infamados con la nota degradante de la ingratitud son el escándalo del universo, el oprobio de la humanidad, la execracion de Dios y de su iglesia santa.

¡La ingratitud! ¡Ah! La ingratitud es la misma perversidad; su historia es la del pecado; sus efectos, todos los males que se han visto, se ven y se varán en el mundo; todos los males que se han sufrido, se sufren y se sufrirán eternamente en los infiernos. Dios se ha quejado de ella en todas las edades del mundo, la ha castigado con severi-

dad, y siempre está armado contra ella. Los israelitas recalcitrantes apartándose de su Dios para adorar á los dioses falsos; Jeroboan, Amasias, Ozcias y otros muchos en la ley antigua: las ciudades de Corozain, de Betsaida y de Cafarnaum; los convidados á las bodas, los nazareos y samaritanos; los nueve leprosos, la parábola de la viña, y los ayes sentidos del Salvador acerca de la Jerusalem ingrata indican en el nuevo testamento lo mucho que sentia Jesucristo el detestable vicio de la ingratitud en los que desconocidos á sus beneficios se mostraban rebeldes á sus llamamientos negándose á glorificar al que los habia criado y redimido. Las santas escrituras indican espresamente los cargos y amenazas que Dios ha fulminado contra los ingratos á sus beneficios, y los castigos con que ha afligido á los perversos que tan ingratamente lo han despreciado. Los mismos males que fluyen sobre la tierra, las calamidades que nos afligen, ese torrente de desgracias que ha invadido nuestra nacion católica, y esa general desolacion que nos tiene al borde del precipicio: ¿hay quien no confiese con los santos padres, que son la cosecha de la ingratitud con que despreciamos los beneficios divinos? Sin la ingratitud: ¿habria males en la tierra ni en el infierno? ¿No es ella, en sentir de mi melifluo P. san Bernardo, la enemiga de la gracia y de la salvacion? (Serm. I. de septem miseric.) Luego hijos míos, huyamos de la ingratitud; y convencidos de que el reconocimiento atrae sobre los agradecidos á los favores divinos otros nuevos del cielo, procuremos dar gracias continuas á nuestro Bienhechor eterno y no olvidemos jamás sus beneficios. Esto es lo que quiso enseñarnos nuestro Redem-

tor al mandar á los apóstoles que recojiesen los fragmentos de los cinco panes y dos peces con que alimentó á cinco mil hombres en el desierto. Esto es lo que exige de nosotros la iglesia santa, lo que nos aconsejan los santos padres, lo que nos enseñan con su ejemplo los justos, y lo que me he propuesto por objeto y fin de este discurso. El Dios de piedad y de toda consolacion quiera infundir en vuestras almas una idea justa del reconocimiento á sus beneficios, con la gracia de emplearos en darle gracias continuas; para que logrando las que necesitais para perseverar hasta el fin en su santo servicio, tengais la dicha de ser del número de los agradecidos que han de entrar á ser eternamente felices con Jesus en la gloria. Amen.

A. M.

SERMON

PARA LA DOMINICA IV DE CUARESMA.

De las disposiciones necesarias para recibir con fruto la comunión.

Acceptit ergo Jesus panes: et cum gratias egisset, distribuit discumbentibus. Tomó Jesus los panes y habiendo dado gracias distribuyó á todos cuanto quisieron. Joann. cap. 6.

La multiplicacion admirable de los cinco panes y dos peces que con la bendicion de Jesus fueron bastantes para saciar el hambre á cinco mil hombres en el desierto segun nos refiere el evangelio: este hecho, que ningun impostor ha podido llevar á cabo, asi como ningun entendimiento sensato se atreve á desmentir, ¿no prueba por sí solo la divinidad y omnipotencia de Jesus, ¿que habia recibido toda potestad en el cielo y en la tierra y que todo le estaba sujeto y obediente? ¿No vemos en él una demostracion tambien

del cuidado y providencia admirable de Dios sobre sus criaturas, su paternal amor y su grande caridad y misericordia, sus especiales atenciones sobre aquellos que le siguen? ¡Felices los que le presenciaron y fueron alimentados con el manjar multiplicado en las manos de Jesús! Ninguna admiracion debe causar que le magnificasen y engrandeciesen y quisiesen hacerle su Rey.

Aquel alimento y refaccion, sin embargo, no fue sino una figura del pan y alimento que habia de dejar á los hombres hasta la consumacion de los siglos. De este milagro tan ruidoso tomó ocasion el divino Salvador para manifestar, que él era el pan vivo que bajó del cielo, que el que come su carne y bebe su sangre está en él con una íntima y verdadera union, que era preciso que comiera su carne y bebiera su sangre el que quíera conseguir la vida eterna. Explicado tenemos ya este misterio en el augusto sacramento de la Eucaristía, y todos hermanos míos, todos y cuantas veces lo apetezcamos podemos comer y alimentarnos con el manjar que nos ha dejado Jesús nuestro Salvador para satisfacer nuestra hambre en el desierto de este mundo. Incomparablemente mas felices nosotros que los cinco mil que formaron las turbas y fueron alimentados una sola vez, ¿qué deberemos hacer con Jesús? La oportunidad del tiempo en que por precepto de la iglesia habeis de llegar todos á alimentaros del pan sagrado á la mesa del altar, convida á que valiéndome del ejemplo de los hombres del desierto alimentados por Jesucristo os hable en este dia de las disposiciones con que debeis prepararos para recibir dignamente el pan vivo que bajó del cielo, para

recibirle de modo que sirva para utilidad , edificacion y salud de vuestras almas. Imploremos antes los auxilios de la divina gracia por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Accepit ergo Jesus...

Jesucristo alimentó con el pan milagrosamente multiplicado á los que estaban sanos de sus enfermedades y le habian seguido hasta el desierto; á los que le siguieron hasta el otro lado del mar y subieron con él y sus discípulos al monte; á los que se echaron sobre el heno para comer; y los que comieron engrandecieron y magnificaron despues á Jesus y quisieron hacerle su rey. Estas circunstancias que tan cuidadosamente se nos señalan en el evangelio nos dan á conocer con claridad las disposiciones con que debemos prepararnos para recibir la comunión con fruto y provecho de nuestras almas. Es necesario que estemos sanos curándonos de todas las enfermedades de nuestros vicios y pecados con la medicina de la penitencia. Que sigamos á Jesus hasta el monte, es decir: que avivemos nuestra fé, que alentados de una esperanza firme y encendidos en la caridad nos ejercitemos en las buenas obras y virtudes cristianas; que nos arrojemos sobre el heno , humillándonos, reconociéndonos por indignos de ser alimentados con el manjar del cielo, conociendo la miseria y fragilidad de nuestra carne comparable con el heno que un leve soplo le marchi-

ta; y ultimamente es necesario que alabemos y bendigamos á Dios despues de comulgar, que hagamos á Jesus el Rey y Señor, de nuestro cozaron y de todos nuestros afectos, y que sujetemos á su imperio y voluntad todas nuestras obras, nuestros pensamientos, palabras y deseos.

El pan divino que se nos dá en la mesa santa, hermanos míos, es el alimento de los fuertes, es la comida de las almas fieles, el pan de los hijos, y no deben recibirle los que no son hijos y domésticos de Dios; no es alimento de los muertos sino de los vivos. Para sentarse á este divino convite es necesario llevar la vestidura nupcial, tener el alma limpia de toda mancha, para no ser reprendidos y arrojados en justo castigo al lugar de las tinieblas y tormentos. Verdad es que el hijo pródigo es admitido al convite de su Padre, pero no lo fue sin haberse reconciliado primero con él y confesado su maldad delante del cielo teniéndose por indigno de llamarse su hijo; sin que primero implorase la compasion y misericordia de su Padre indignamente ofendido y se vistiese de la estola limpia y las vestiduras de la casa de su Padre.

El apóstol nos enseña claramente que es necesario que el hombre se pruebe y examine á ~~si mismo~~ antes de acercarse á comer el pan y beber el caliz de la mesa santa, porque el que le come y bebe indignamente, come y bebe su juicio y su condenacion por no discernir el cuerpo del Señor. Es preciso que el hombre se pruebe y examine si es amigo verdadero de Jesucristo, si se halla vestido de la vestidura nupcial que es la gracia y caridad de Dios, si busca en la mesa sagrada la gloria de Jesucristo, ó si solamente se acer-

ca á ella por costumbre, por el temor ó respeto humano, por miras ó deseos puramente terrenos; que examine si tiene una voluntad recta, si ha detestado con todo su corazón sus pecados, si halla en su alma aquella fé que obra por amor, si hay alguna cosa que le reprenda ó arguya su conciencia contra Dios ó contra sus prójimos y estorbe aquella paz que debe preceder á la entrada del Señor en su corazón. Si alguno sin reconciliarse con Dios, sin discernir debidamente el cuerpo de Jesucristo de los demás manjares, sin dejar de ser enemigo de Dios tiene el atrevimiento de recibir el cuerpo de Jesucristo, le recibe sí, pero para su mayor juicio y condenacion, para su muerte, lejos de servir para dar el alimento y la fuerza conveniente á su alma. Comete un sacrilegio y se hace reo del cuerpo y la sangre del Señor, ¿por qué? dice san Juan Crisóstomo, Porque la derrama y en vez de hacer un sacrificio hace una muerte, porque como los judios que crucificaron á Jesucristo no le sacrificaron para beber su sangre sino por derramarla y hacerle morir, así el que se acerca indignamente devora el cuerpo y la sangre de Jesucristo y no percibe fruto alguno. Ninguno pues, dice el mismo Santo Padre, ninguno se acerque que sea traidor como Judas, ningun avaro, ninguno que no sea discípulo fiel de Jesucristo, porque el que así no fuere está escludido de esta mesa santa. Una vez sola crucificaron los judios á Jesucristo sin haberle conocido como á su Dios y Redentor: ¿cuál será el pecado de los que conociéndole le despedazan y crucifican de nuevo recibéndole indignamente en la Eucaristía? ¿Hay palabras para expresar el sacrilegio horrendo de los que con las manos manchadas en la ini-

quidad; exhalando aun sus bocas el olor pestilencial de las blasfemias, juramentos y maldiciones; con la imaginacion turbada con el recuerdo de sus criminales placeres; con el vientre enchido y eructando los excesos de la gula y con un alma cubierta de crímenes, se atreven á invadir, mas bien que á tomar el pan de los ángeles, al Dios de santidad y pureza, el alimento de los justos, el cuerpo y la sangre del mismo Jesucristo?

«Todo el que estando inmundo se acerque á las cosas
» santas que los hijos de Israel santifican á su Dios, será
» esterminada su alma de mi presencia, porque yo soy el
» Señor,» dice el mismo Dios en el Levítico (1). Si tales son las amenazas contra los que se acercan temerariamente á las cosas que los hombres consagran y ofrecen á Dios, ¿cuáles serán los castigos preparados, dice san Basilio, contra los que profanan temerariamente el misterio santo y adorable de nuestros altares? ¿Cuánto mas terrible será el castigo de los que con una conciencia manchada se atreven á recibir el cuerpo de Jesucristo, que el de los que se acercaban á tocar á los becerros destinados á los sacrificios? ¿Qué juicio tan espantoso no se prepara el que recibe indignamente el cuerpo del Señor? Oid, los que con una alma sumergida en el pecado no teméis acercaros al altar del Señor, los que á la vista de los ángeles apareceis con una mentida inocencia, y presumís engañar al mismo Dios é insultais con descaro su paciencia, los que porque Dios calla

(1) Cap. 7. v. 49.

creéis que no os conoce ni sabe lo que pasa en esa alma inmunda y en ese cuerpo profano en que no teméis recibirle. Oid los castigos que ha hecho Dios con los profanadores de las cosas santas. Oza que alargó su mano para contener el arca siq estar puro, quedó muerto al pie de ella; no quiere el Señor manos impuras y atrevidas ni aun para su auxilio. ¿No es acaso el Señor ahora tan celoso de su honra? ¿No se cuida ya de nuestras obras? ¿Tiene paciencia porque ignora lo que pasa en nuestra alma? ¡Ah hermanos míos! Lo vé, nos consiente, nos espera y dá tiempo, para que hagan penitencia y no perezcan las almas que ha redimido; pero teme pecador, vuelve en tí; porque ya está pronunciada la sentencia contra los sacrilegos que profanan la mesa santa, dentro de sí mismos está escrito su juicio; «el que come el » pan ó bebe el caliz del Señor indignamente es reo del » cuerpo y sangre del Señor» *Reus erit corporis et sanguinis Domini.* «No, dice el mismo apóstol, no podeis beber el caliz del Señor y el caliz de los demonios.» Si no hay quien se atreva á tocar temerariamente á un rey de la tierra dice san Juan Crisóstomo, ¿qué digo á un Rey? Si ninguno se atreveria á tocar las vestiduras reales con manos manchadas aunque estuviese solo y nadie le observase, ¿cómo hemos de tener atrevimiento para recibir en mala conciencia, y cometer semejante agravio con el que es sobre todos los reyes y sobre todas las cosas? Limpia pues, concluye el mismo santo, limpia y purifica tu alma, prepara tu corazón, porque no vas á recibir á un rey hijo de un hombre que puede darte honores terrenos, sino al Hijo Unigénito de Dios que quiere llenarte de sus beneficios. Por esto

declara y establece el santo concilio de Trento que ninguno aunque le parezca que se halla arrepentido y contrito de sus pecados se acerque á comulgar sin confesarse antes y purificar su conciencia en las aguas saludables de penitencia. Esta es la primera y mas indispensable disposicion para comulgar dignamente, Sanar de las enfermedades del alma y del contagio del pecado por medio de la penitencia, Estar sanos para poder seguir á Jesucristo,

Es necesario tambien seguir á Jesus con sus discípulos hasta el monte como los hombres de las turbas que fueron alimentados milagrosamente en el desierto. Desgraciados aquellos que dejan ausentarse á Jesus, los que no tienen constancia para seguirle y se causan y retiran antes de que Jesus les conceda el descanso y alimento, los que se horrorizan de los trabajos y tribulaciones del camino y no ven sino privaciones y aridez en el desierto de este mundo, los que no le acompañan y se acercan á la mesa santa con el espíritu de sus discípulos. Las turbas seguian á Jesus porque veian los milagros que obraba con los enfermos, y muchos no reparaban en las cosas mas altas en que se ocupaba. Mas que curar enfermedades era predicar penitencia, sanar las almas, perdonar los pecados, consolar á los tristes, dar esperanzas de una vida eterna, anunciar su doctrina y manifestarse á sí mismo. No deben ser nuestros pensamientos tan bajos y mezquinos que le busquemos y sigamos hasta el altar por miras terrenas ó por conseguir beneficios temporales; no debemos ser como los siervos que tienen puestos los ojos en las manos de sus señores y los sirven con la mira del interés; debemos seguir á Dios y llegarnos á su mesa

por amor, aunque no recibamos sino desprecios, afrentas y contradicciones en este mundo. Limpios ya de todo pecado por la rigurosa confesion de nuestras culpas y la detestacion de todas ellas, debemos avivar nuestra fé y creyendo lo que no vemos; que por un milagro del amor y la omnipotencia de Dios está todo Jesucristo Dios y hombre verdadero en las especies de pan y vino; que se une á nuestras almas y nos hace una misma cosa con él; que recibimos en nuestros pechos al mismo Dios que está en los cielos y que nos ha de juzgar, inflamarnos en el fuego de la caridad y amor divino, apartar nuestro entendimiento y toda nuestra atencion de las cosas terrenas. El Señor se nos da todo á sí mismo en este sacramento de su amor, y, nosotros debemos entregarnos todos á él. El Señor nos amó siempre y en el fin, al instituir este augusto sacramento nos amó mas. Si no pensábamos en amar, por lo menos debemos corresponder. Tú Señor, debemos decir como el príncipe de los apóstoles, tú sabes que yo te amo. *Domine, tu scis quia amo te.* Como un efecto de este amor divino debemos reconciliarnos con nuestros prójimos, perdonar todas las injurias, ponernos en paz con todos nuestros hermanos, perdonar para que Dios nos perdone y poder llegar seguros á su mesa á tomar el alimento y no el veneno de nuestra alma. Del mismo amor divino y como un efecto necesario de este fuego celestial, debe nacer en nosotros la resolucion de seguir á Jesus hasta la altura del monte, aunque hayamos de pasar por las asperezas, por el hambre, el cansancio, los rigores y peligros del desierto de este mundo, la resolucion de ejercitarnos en la práctica de las buenas obras y virtudes cris-

tianas, de separarnos de todo deseo, de todo placer, de todo amor terreno que disminuya en nuestro corazón el amor divino ó contenga su fervor, de conservar siempre el ánimo puro, íntegro, y moderar con una cristiana severidad todos los sentidos, aun en aquellas cosas que son lícitas, de nutrir en nuestra alma el amor de Dios con obras de piedad, con santas contemplaciones, con el recuerdo de sus beneficios. Debemos en fin amar al Señor con un amor generoso, desinteresado, resolviéndonos á amarle y hospedarle en nuestra alma, á seguir sus santas inspiraciones y particular providencia sea que nos favorezca ó nos aflija; que nos llene de bienes ó que nos purgue con privaciones y trabajos; que nos dé la salud ó que nos envíe la enfermedad; amarle por sí mismo aunque no hubiera gloria que esperar ni castigos eternos que temer.

Como hijos, como hambrientos y cansados debemos tener un deseo grande de alimentarnos con el pan divino, suspirar por él, y pedir al Señor este alimento de nuestras almas. ¿Podrémos decir que padece hambre y suspira por su Dios, que ama á su Dios y desea unirse con Dios y hacerlo dueño de su corazón el que deja pasar el año entero y no se acerca sino con frialdad, con indiferencia y lleno de distracción á recibir el Santísimo Sacramento, si ya no lo hace puramente por temor y por los respetos y miramientos del mundo? Esa indiferencia, ese menosprecio, esa falta de hambre es una señal de que no amais á Dios, y nace de que el hombre se sumerge entre los afanes de la tierra, de que pone todos sus cuidados, sus deseos, sus esperanzas y temores en los bienes de la tierra, de que no medita en su

corazon ni el Dios de majestad y escelencia que recibe en el sacramento, ni los efectos saludables que produce este manjar divino en el alma, ni las necesidades y pobreza que padecemos y de que somos socorridos con el pan del cielo que ilumina nuestras tinieblas, alienta nuestra debilidad, dirige nuestros pensamientos y deseos, y nos encamina con seguridad á la altura del monte en la compañía de Jesus. La seria contemplacion de la escelencia y magestad del Dios que se nos da á sí mismo en la Eucaristia, basta para movernos á amarle y seguirle por el camino de las buenas obras, que es otra de las disposiciones necesarias para que comulgemos con fruto.

Es necesario tambien que nos humillemos y arrojemos sobre el heno como las turbas antes de recibir el manjar milagroso; que reconozcamos nuestra indignidad y miseria, y lo distantes que estamos de merecer un beneficio tan grande del Señor; que digamos como el Centurion: yo no soy digno de que entreis en mi pobre morada; que aprendamos del mismo Dios que se humilló por nosotros y tomó la forma de siervo, que quiso quedarse oculto en nuestros pobres tabernáculos, á ser humildes y mansos de corazon. Que lejos de reconocer mérito alguno de nuestra parte para recibir tan soberano favor, reconozcamos y confesemos que todo es debido á la bondad y misericordia divina, hiriendo nuestro pecho y teniéndonos por indignos de tanta merced. ¿Quién soy yo Señor para que vos me visiteis y querais honrarme de un modo tan distinguido? Y recibién-dole con sumision, con temor, con veneracion y respeto; ya no debemos tener otro dueño ni otro Señor, debemos entregarle

nuestro corazon , serle agradecidos y hacerle nuestro rey , renovarle el juramento de nuestra fidelidad , desprendernos de nuestros afectos , de nuestras inclinaciones , de nuestra voluntad , y no querer otra cosa sino aquello que el Señor quiera de nosotros. Placeres mundanos , glorias terrenas , bienes perecederos y caducos , todo debe desaparecer porque ya no debemos hacer nuestra voluntad sino la de Jesucristo que habita en nosotros. El que se alimenta de Jesucristo dice san Juan Crisóstomo , no debe obrar cosa alguna que no sea digna de Jesucristo ; debe ser benigno , misericordioso , compasivo , socorrer al pobre , mortificarse con el ayuno y penitencia , pensar en lo que era y lo que ha venido á ser teniendo al mismo Dios en su pecho , y vivir , no con una vida de placeres que es propiamente una muerte del alma como dice el apóstol , sino una vida de gracia , de virtud , de obediencia y entregada al servicio de Jesucristo , sacrificándose enteramente á un Dios tan digno de nuestros respetos y no apeteciendo sino imitarle y seguirle por los trabajos y la cruz como el mismo Señor nos lo encarga: *Quotiescumque manducabitis panem hunc , mortem Domini anuntiabitis.*

Examinad ahora entrando en vuestro corazon si habeis preparado vuestras almas con estas santas disposiciones cuándo os habeis acercado á recibir el pan sagrado de la comunión , y no preguntéis ya en qué consiste que esteis flacos y débiles alimentándoos con el pan de los fuertes ; que esteis ciegos recibiendo la misma luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo , que seais tan pobres y escasos de virtudes recibiendo al autor de todas ellas ; que

recibais tantas veces al Dios de santidad y no deis un paso adelante para ser santos. Consiste en que no os preparais santa y debidamente para recibirle, en que no os acercáis con aquella fe, aquel fervor y piadosos deseos, aquella ansia de recibirle, con aquella caridad y amor propio de sus discípulos, aquella humildad y abatimiento que corresponde á vuestra miseria y á la grandeza del Señor; en que le habeis recibido muchas veces, y nunca le habeis entregado enteramente vuestro corazón ni le habeis proclamado por vuestro rey.

No quiera el Señor que le hayais recibido ni le recibais con un alma manchada, con una conciencia impura; esta hermanos míos, sería la mas terrible desgracia y la que os acarrearía los mayores castigos, y yo no me atrevo á creer que os atrevais á recibir indignamente el cuerpo del Señor recibiendo con él la sentencia de vuestra eterna condenación: pero es menester mas para que le recibais con fruto y esperimenteréis los efectos saludables de este Santísimo Sacramento. Que le améis con un amor puro y santo, que le sigais hasta el monte, y que como las turbas sufráis el hambre, el cansancio y todo cuanto sea necesario por seguir á Jesucristo; que os ejerciteis del modo que os he manifestado en este rato antes y despues de la comunión. La iglesia nuestra madre con la mirada prepararos al convite de la Pascua en que habeis de sentaros á la mesa santa, os trae en seguimiento de Jesus en toda la cuaresma, probándoos con el ayuno, la penitencia, la oración, la doctrina y los ejemplos de Jesucristo. Seguid sus amonestaciones, probaos mas y mas, santificaos mas y mas,

llegad santamente á recibir el santo de los santos. Vosotros espimentareis al fin lo suave y dulce que es el Señor. Y si le reconocéis por vuestro rey, si le haceis Señor de vuestro corazón, si le servís y adoráis en espíritu y verdad en esta vida despues de ser aquí vuestro alimento, será vuestro premio y eterna recompensa en la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA EL MIÉRCOLES DE LA IV SEMANA DE CUARENTA.

Sobre el hombre de fe y de virtud al frente del malogrado e impío.

Nos scimus quia hic homo peccator est. Nosotros sabemos que este hombre es un pecador. Joan. 6. 9. v. 24.

Católicos:

En el evangelio de este día hallamos divinos atributos que admirar; virtudes sublimes dignas de imitarse; vicios detestables de que debemos huir; importantísimas verdades que nos ilustran y fortalecen contra la audacia de los necios, contra la malicia de los perversos, contra la ciencia terrena, animal y diabólica que no es de arriba, como lo dice el Apóstol Santiago. (Jacob, c. 3, v. 15.) Según el sagrado testo. Jesucristo pasando en un sábado por una calle de Jerusalem vió á un ciego de nacimiento, y compadeciéndose de él resolvió curarlo. Ved aquí la bondad y clemencia de nuestro Redentor divino. Los apóstoles queriendo saber si la ceguera

ra de aquel hombre procedia de los pecados de sus padres son in truidos por el divino Maestro; pero sin lastimar en lo mas mínimo á los que dieron el ser á aquel desgraciado. Aqui teneis la caridad inmensa del Hijo del Altísimo, aquella caridad que cubre multitud de pecados segun san Pedro. (I. Pet. c. 4, v. 8.) Aplica Jesus á los ojos del ciego un poco barro hecho con su saliva; le manda ir á lavarse á los baños de Siloe, figura de nuestro santo bautismo, y obedecido el que vino á salvar á los hombres por el necesitado lleno de fé, se halló con vista perfecta; vió; y alegre, contento y regocijando volvió á dar gracias á su insigne Bienhechor. ¿No están en estos hechos bien espresadas la omnipotencia y sabiduría de nuestro Salvador, y la obediencia, la fé y gratitud del ciego que se halló con vista por la bondad del Señor Dios nuestro? Una maravilla tan extraordinaria como la de dar vista á un ciego de nacimiento llenó de asombro y admiracion á todas las gentes del pueblo; pero lejos de convertir á los enemigos de Jesus los enfureció en términos que llegaron á concebir el proyecto de quitar la vida al ciego que no dejaba de dar gloria á Dios. Mandan los fariseos que comparezca el hombre del milagro en su tribunal; le preguntan y vuelven á preguntar; se empeñan en hacerlo creer que Jesucristo era un impostor; pero el ciego les dice con resolucion: «Desde el principio de los siglos no se ha
» oído decir, que un ciego de nacimiento haya abierto los
» ojos y viese como yo veo. El que hace esto no puede
» dejar de ser enviado de Dios, yo lo tengo por un gran
» profeta.» A esto contestaron los fariseos y digieron con tono arrogante y despreciativo: nosotros sabemos que Jesus

es un gran pecador. *Nos scimus quia hic homo peccator est.* ¿Qué os admira mas aqui, amados oyentes; la virtud del ciego agrudecido, ó la pertinaz malignidad y el odio encarnizado con que los fariseos perseguian á Jesucristo porque era poderoso en obras y palabras, santo á irreprehensible? Frente á frente el hombre de fé y de virtud, y el envidioso, malvado é impío, ofrecen á los sensatos y reflexivos una leccion importante para emprender el camino virtuoso que conduce á la gloria, y huir del criminal vicioso, y depravado de los pecadores obstinados en su malicia; y esto es lo que yo os voy á hacer ver en este breve rato fundado en la letra y espíritu del evangelio que acabais de oir, y en la persuasion de que esto puede seros muy provechoso.

Dios mio: que vuestra divina palabra comunicada á estos fieles por medio del último de vuestros ministros tenga toda la virtud de vuestro poder inmenso. Hable yo Señor con vuestra gracia, escuchen mis oyentes con corazon recto y bien dispuesto, y sea loado y engrandecido vuestro santo nombre por todos nosotros, como lo fué por el ciego de nacimiento curado por vuestra bondad omnipotente. Asi lo deseamos y pedimos por medio del refugio y amparo de los necesitados María Santísima á quien con el mas profundo respeto saludamos y decimos con el ángel.

AVE MARIA.

Nos scimus quia hic homo peccator est.

No carecen de misterio, dicen los santos padres y espositores sagrados, los modos y maneras que usó J. C. para

curar al ciego del evangelio; así como la conducta del sanado no deja de ser edificante y digna de imitarse por lo que desean salvarse. Nuestro Salvador frotó los ojos del ciego con barro hecho con su saliva, para significar que solo el que habia formado al hombre del limo de la tierra podia sanar al ciego con las cosas mas contrarias á la vista. Le mandó ir á lavarse á la Piscina de Siloe, para indicar la virtud eficaz del santo bautismo que habia de llenar de gracia á los que lo recibiesen haciéndolos hijos de Dios y herederos de su gloria. Obró en fin nuestro Redentor en esta ocasion como en todas, con el designio de que su eterno Padre fuera glorificado, los hombres instruidos y su religion divina establecida sobre bases eternas y misterios sacrosantos. Debemos pues admirar con respetuosa veneracion las obras de la sabiduría eterna, y no perder de vista la conducta que observó el ciego curado con su divina Magestad si deseamos ser felices como él lo fué correspondiendo agradecido á los favores de su insigne Bienhechor. Este ciego ejemplar y modelo de fé y de obediencia hizo todo cuanto le mandó J. C., siendo el resultado de estas virtudes el recibir la vista corporal y espiritual con que logró la perfeccion del cuerpo y del alma que tanto debe apetecer el hombre recto. ¿No nos vendria bien á todos el imitarlo siendo obedientes á los preceptos de Dios y de su iglesia santa, y agradecidos á los divinos beneficios? Reflexionadlo; y sed fieles discípulos de un ciego curado por Jesus, que llegó á ser, segun asegura un sábio, obispo de Sidonia y uno de los setenta y dos discípulos del Señor. (Pet. Esquil. 1. 5. c. 1.º) Obedeced á nuestro Redentor en todo lo que os manda, para que

seáis objetos dignos de su piedad y misericordia; no os detengais, por mas que en contrario os griten los enemigos de vuestras almas, en ser dóciles á los llamamientos del que quiere hacernos dichosos y felices; seguid la voz de vuestro Pastor divino, y estad seguros de que así llegareis de virtud en virtud hasta la cumbre de la perfeccion cristiana en que se recibe la estola cándida con que entran los justos en la gloria.

El pueblo lleno de asombro y de admiracion con un milagro tan extraordinario como el que veia llegó á dudar si aquel hombre seria el mismo ciego que todos habian visto y conocido: pero él no solo no se ocultaba, sino que se presentaba á todas las gentes y les decía: «sic yo soy el que pedía limosna estando ciego; vosotros me habeis socorrido muchas veces.» Aquel hombre que se llama Jesus, me ha puesto todo en los ojos y me ha mandado que fuese á lavarme en la Piscina de Siloe. Yo lo he hecho todo como se me dijo: he ido, me he lavado y ahora veo perfectamente como lo veis. ¿Podiera este hombre manifestar de un modo mas eficaz el celo con que procuraba publicar la grandeza y virtud sublime del que lo habia curado? ¿No deberemos imitarlo publicando la gloria de nuestro Redentor y refiriendo los beneficios que continuamente recibimos de su bondad omnipotente? El arcangel san Rafael dijo á los dos Tobías. «Benedicid al Dios del cielo, y confesad á la faz de todos los vivientes que ha hecho misericordia con vosotros: porque es muy honorífico el revelar y confesar las obras del Señor» (Tob. c. 12, v. 6 y 7.) Hacedlo vosotros así: manifestad á todos las maravillas que obra en vuestros cuer-

pos y en vuestras almas la divina providencia: no os ocultéis cuando es necesaria la pública confesion de vuestra fé para glorificar al Autor de ella: salid mas bien y decid á todos, como el ciego de que os voy hablando; Jesus me mandó observar su ley santa, he hecho lo que me ha mandado y me hallo en las delicias de la gracia. De este modo se desvanecerán las dudas que no deben tener lugar en los hombres de fé, Dios será glorificado, y vosotros recompensados hasta mas allá de lo que podemos imaginar y comprender.

Los fariseos enemigos furiosos de Jesus se irritaron terriblemente con el milagro que habia llenado de admiracion á todo el pueblo: llegaron á formar el proyecto de quitar la vida al ciego para que cesara de alabar y engrandecer al Dios que lo habia curado: pero prevaleció el parecer de los que resolvieron que se presentase en el tribunal de los doctores de la ley á dar cuenta y razon del suceso, y así se verificó. Comparece nuestro ciego ante los magistrados: le preguntan y vuelven á preguntar, y él contesta con la verdad refiriendo el suceso como habia pasado. Disputan entre sí los doctores, se dividen los ánimos, todo es confusion entre los que se empeñan con tenacidad satánica en negar los hechos públicos y notorios que testifica todo el pueblo. ¿Qué te parece á tí, le dijeron, del que te ha curado? El ciego contestó con resolución y dijo. Yo no dudo que es un hombre enviado de Dios, un gran profeta. Esta respuesta le valió una horrorosa tempestad de dictérios injuriosos; lo trataron como á un bribon, como á un impostor, como los tiranos trataron después á los mártires, y no quisieron creer que habia estado ciego. Notad, amados mios, que ya tiene

mos de un lado al hombre de fé y de virtud, y de otro á los envidiosos y malvados fariseos. Fijad vuestra atencion sobre la lucha en que se interesan la caridad y la envidia, los que aman la religion y los que la aborrecen, los justos y los pecadores. Oid las lecciones de vida eterna que ha consignado el Espíritu-Santo en los libros sagrados para vuestra dicha y ventura, y no desestimeis las inspiraciones con que os llama hácia la virtud y la gloria.

Un milagro tan grande, tan incontestable y tan público como el que obró J. C. con el ciego á quien dió vista, puso á los fariseos en el mayor compromiso: conocieron lo que les importaba ganar al que habia sido curado, y al efecto, ¿qué esfuerzos no hicieron aquellos malvados? Llamaron al padre y á la madre para que digieran si aquel era su hijo, si habia nacido ciego y quién pudo haberle abierto los ojos. Pero: si señores, contestaron; es nuestro hijo, y nació ciego: en cuanto al que le dió vista él mismo, sabrá contestar. Fué pues necesario volver á llamar al ciego contra el que se asestaron los tiros de la elocuencia dirigidos por la autoridad, y los de la astucia manejados con toda la destreza del malvado: El cielo y el infierno parecían que se disputaban un triunfo interesante: la ciencia humana y la simplicidad evangélica se batieron por primera vez: este encuentro de los hijos de la carne con un hombre de fé y de virtud es el que ha servido de tipo y ejemplar á los buenos y á los malos que se han dejado ver en el mundo.

¿No es de interés inmenso el saber lo que en esta ocasion ocurrió entre los grandes del mundo y el humilde, pobre, perseguido y desvalido discípulo de Jesus? Pues escu-

ciudad. Los fariseos llenos de orgullo, de envidia y de furor contra J. C. sostenían que no era enviado de Dios, que era un impostor, un malvado y perverso que engañaba al pueblo con encantamientos y patrañas propias para alucinar a los incautos é ignorantes, concluyendo con que ellos sabían que Jesús era un grande pecador. *Nos scimus quia hic homo peccator est.* El ciego parapetado en su fe y en su virtud, sostenido por la verdad eterna que lo iluminaba, contestaba y decía resuelto y convencido: «Pero señores; ¿cómo podrá ser pecador el que ha tenido poder para darme vista? ¿Pueden hacerse milagros para autorizar la falsedad y la mentira? ¿Se ha oído decir jamás, que un ciego de nacimiento haya abierto los ojos y vea como yo veo? Pues esto es lo que ha hecho el que me ha curado; y no, no puede dejar de ser un gran profeta. Yo lo reconozco como al enviado de Dios.» Una reflexion tan sabia y juiciosa no pudieron soportarla los que se envanecían con el dictado de sabios y doctores de la ley. Lo injuriaron atrozmente diciéndole que era indigno de ver la luz, de hablar en aquella asamblea y de alterar con los hombres en quienes tenía su asiento la ilustracion. Lo echaron con deshonra del tribunal y lo abandonaron al desprecio de los infames. Ved aquí el primero que tuvo la dicha de hallarse digno de padecer en un tribunal injusto por J. C., el que sirvió de ejemplo a los apóstoles, mártires y confesores, el que tuvo la gloria de ser el Maestro de los que defienden las causas justas con la verdad.

No encontraría este hombre singular quien lo consolase en el conflicto en que lo pusieron los que lo habían esco-

mitigado, declarándolo pecador indigno de toda consideración debida á cualquiera hombre de la sociedad? ¡Ay amados míos! Nuestro Salvador jamás abandonó á los suyos; siempre los socorre y ampara. En cuanto el ciego fué arrojado con ignominia de la presencia de los doctores, le salió al encuentro el divino Jesús que lo había curado; y le dijo ¿crees en el hijo de Dios? Señor; dádmele á conocer para que yo crea en él, le respondió el ciego curado. Delante de tí lo tienes, repuso Jesús: Yo soy. Al oír estas palabras aquel hombre transportado de alegría exclamó diciendo: sí Señor, yo creo; y postrándose á sus pies lo adoró como á verdadero Dios; como á su Bienhechor y su dueño soberano; La fé viva de este hombre consoló al Señor del endurecimiento y perfidia de los fariseos, ciegos voluntarios porque abrigaban en sus corazones la soberbia, la envidia y los vicios que se derivan de ellas;

¿Qué os parece, amables oyentes? Los fariseos ciegos á la luz de los hechos mas luminosos y palpitantes, obstinados en su errores, vicios y pasiones, insolentados contra el que escudado con la verdad la defendia denodadamente, y empeñados tenazmente en sostener que aquel Jesús divino, que no sabía mas que hacer prodijios y maravillas en favor de los hombres que venia á salvar y redimir, era un gran pecador siendo la santidad por esencia? ¿no figuran y representan á los impios de todos los tiempos y lugares; á los que contumaces en sus errores hostilizan con fiereza á los hijos de la gracia; á los que injustamente persiguen, atormentan y veján á los pobres y desvalidos, y á los que viviendo sin Dios, sin religion y sin virtud provocan á los

justos llenándolos de dictérios oprobiosos, de injurias y de-
nuestos, legítimos engendros de un corazon depravado y cor-
rompido? ¿No veis retratados en los fariseos de que os he
hecho mencion, á los enemigos de la religion devorados de
una envidia infernal que los consume, entregados á los vi-
cios y pasiones que los embrutece, y atormentados con los
remordimientos del crimen que los acongoja y enfurece con-
tra los virtuosos que siguen á Jesus? Pues no lo dudeis,
amados míos, los fariseos de que nos habla el evangelio son
los maestros y doctores de la gente criminal y depravada;
los padres de esos insensatos que se llaman ilustrados porque
han aprendido el arte de engañar, de provocar, ofender é
insultar á los honrados, pacíficos y humildes que sufren con
paciencia y resignacion las injurias de sus prójimos; los co-
rifeos del mundo que reprobó J. C. y los que se han pue-
sto al frente de la impiedad para llenar la tierra de abomina-
ciones. ¿Quereis acaso ser vosotros sus discípulos declarán-
doos contra las doctrinas y ejemplos del Médico celestial
que murió por salvarnos y redimirnos? ¿Jurais vivir bajo las
banderas de la hipocresia farisáica, y declarar guerra á muer-
te al Dios de la santidad? Si esta es vuestra resolucion, temed
todo género de desastres, y contad con las penas de los con-
denados. Pensad en tener la muerte del impio y el infierno
de Lucifer: en ser desgraciados en esta vida, y sobre toda
ponderacion miserables en la eterna. Pero no así, hijos de
mi alma, no así: fijad mas bien vuestra consideracion en el
ciego del evangelio y sed como él, hombres de fé y de
virtud.

Un hombre obediente á los divinos preceptos que no se

detiene en ejecutar lo que se le manda aunque al parecer poco conducente al objeto deseado de lograr la vista: que agradecido al Dios que lo habia curado confiesa públicamente su poder, lo defiende ante los tribunales; sufre con gusto las injurias y oprobios de las potestades infernales en gracia de su bienhechor, y no halla males que lo contengan en la resolucion de vivir dedicado á dar honra y gloria al Dios que reinaba en su corazon: tal fué el ciego del evangelio. Tal es el hombre de fé y de virtud que os propongo por modelo de vuestra conducta, asegurado de que imitándolo en la obediencia, en la gratitud, en la fortaleza y demas virtudes que manifestó resistiendo á los doctores de la ley, defendiendo á Jesus, creyendo en él y adorándolo como á Dios, sereis tan virtuosos como lo quiere, desea y pide la iglesia santa y vuestra suerte será la de los justos.

Este ciego es el que enseñó con su ejemplo á los apóstoles, mártires y confesores á defender á Jesus en los tribunales injustos, á sufrir y padecer con alegría por el que murió en una cruz afrontada por salvarnos, á ser invencibles en su fé, firmes en su esperanza y ardientes en su caridad. El ciego curado, obediente y agradecido simboliza al hombre evangélico formado en la escuela de Jesus, al justo que ama los trabajos de la cruz, que se une con su Redentor para atravesar en los prazos de la virtud esta valle de lágrimas y contradicciones y en todo vive de la fé.

Ved pues, si quereis pertenecer á la escuela de los pèrfidos fariseos, ó á la del ciego lleno de fé y de virtud. Os los he puesto frente á frente para que podais hacer comparaciones y escoger con conocimiento. Si altivos, orgullosos y

arrogantes insultáis con vuestros modos y maneras despreciativos á vuestros semejantes sumidos en la indigencia acaso por vuestras injusticias: si pagados de vuestra suficiencia y confiados en vuestras riquezas, en vuestra prosperidad y brillante posición os considerais con derecho para llamar bueno á lo malo, lícito á lo prohibido, justo á lo injusto, y pecador al que es santo como lo hicieron los fariseos, moriréis en vuestro pecado como ellos y vuestro fin será como el suyo, el de los condenados á los fuegos sempiternos. Pero si en lugar de seguir estos caminos tortuosos que conducen al precipicio en que se pierden los criminales entráis de buena fé en los que os muestra Jesús, y os decidis á seguir las huellas del ciego curado por nuestro Redentor, sereis hombres de fé y de virtud, obedecereis los preceptos de Dios y de su iglesia santa, os adornará la hermosa virtud de la gratitud, y con ella defendereis la religión santa que profesamos en todos los lances de esta vida, y os hareis dignos de que Jesús salga á vuestro encuentro para conducirlos en los brazos de Maria Santísima á los tabernáculos eternos de la gloria. Amen.

A. M.

SERMON

PARA EL VIERNES DESPUES DE LA DOMINICA IV DE
CUARESMA,

*La enfermedad, muerte y resurreccion de Lázaro es si-
gura del pecador convertido a estado de la gracia.*

*Infirmus hæc non est ad mortem, sed pro gloria Dei.
Esta enfermedad no es para que muera, sino para la glo-
ria de Dios. Joan, c. 11. v. 4.*

Un pecador atazado de una enfermedad mortal; dos her-
manas suyas amadas del Señor interesándose con el dueño
de la vida y de la muerte para que se compadeciese del enfer-
mo; Marta y María representando á Jesus el triste estado á
que se veia reducido aquel á quien amaba, y el Redentor
contestando que aquella enfermedad no era para que mu-
riera su hermano sino para la honra de Dios y gloria de
su nombre. Lázaro despues de esto muerto, enterrado de
cuatro dias, y entregado á la fetidez de una putrefaccion
queapestaba: las lágrimas de J. C. sobre el sepulcro del que
principiaba á pudrirse; su compasion y ternura: la resurrec-

ción en fin del muerto precedida de suspiros, de estremecimientos y exclamaciones aterrantes del Dios que encarnó y murió crucificado por salvar á los pecadores, y los judíos que habian presenciado esta grande y misteriosa escena creyendo en el hijo del Altísimo y confesando su divinidad, son las cosas que espresa con tanta minuciosidad san Juan en el evangelio de este día. Todas ellas son dignas de nuestra consideración, debemos meditarlas y sacar en líquido las importantes verdades que de las mismas se desprenden en sentir de los santos padres. Esto amados míos, es lo que mas nos importa, lo que se nos propone para nuestro provecho y utilidad, lo que ha ocupado á los héroes del cristianismo y lo que me hará hablar en este breve rato con el fin de que salgais de este santo templo instruidos y justificados:

Lástima es que no suba hoy á este púlpito un san Agustín, un san Ambrosio, un Crisóstomo ó un Bernardo que haciéndoos percibir lo que pasa entre el hombre muerto por el pecado, y J. C. que lo resucita dándole la vida de la gracia, os obligaran con su elocuencia inspirada á meditar los sucesos misteriosos que nos anuncia el Evangelista, y os resolvierais á evitar la muerte del alma viendo los horrores que preceden, acompañan y siguen á la del cuerpo. ¡O si yo pudiera conseguir que este fuera el feliz resultado de esta predicación, como lo deseo! Debo hacer un esfuerzo al efecto y deciros, que si Marta y María viendo á su hermano en agonia se dirigen á Jesus, y merecieron que este Redentor amable les contestase diciendo, que aquella enfermedad no era de muerte, sino para gloria de Dios y de su hijo, á nosotros enfermos de gravedad por el pecado nos dice otro tan-

to el Médico celestial de nuestras almas. *Infirmas hæc non est ad mortem, sed pro gloria Dei.* Es decir, segun los intérpretes sagrados: vuestros pecados no os conducirán á la muerte de la condenacion eterna, si buscándome teneis fe y esperanza en mi misericordia, porque os serán perdonados, y vivireis con la vida de la gracia que se os concederá para gloria de Dios y del que envió al mundo para salvarlo. No es esa enfermedad, dice J. C. á los pecadores, para que perdais la vida eterna, sino para gloria del que ha dicho que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva. No es la enfermedad del criminal incurable, no es mortal si recurre á la piedad omnipotente de Jesus, si como Lázaro dejó los despojos de la muerte en el supulcro de la penitencia; si estremecido con los horrores del pecado manifestos en la situacion lastimosa del que yacia en la tumba con un fetor insoportable, huye de la culpa y sigue á Jesus por los caminos de su ley santa. Asi os lo voy á probar si me ayudais á pedir la gracia que necesito diciendo á la Reina de los ángeles y de los hombres.

AVE MARIA.

Infirmas hæc non est ad mortem.

Murió el hermano de Marta y de María despues de haber dicho Jesucristo que su enfermedad no era para que muriese sino para gloria de Dios y de su hijo. Lo enter-

raron, y á los cuatro dias se presenta Jesus en casa de aquellas hermanas desconsoladas, con el designio que se vió despues. Le salieron al encuentro llorando amargamente y le dijeron «Señor, con vuestra presencia en esta cosa no hubiera muerto nuestro hermano» Viéndolas el Redentor llorar y que los judios que venian con ellas, tambien lloraban, se estremeció su espíritu y tembló; se conmovió dentro de sí, y en seguida dijo: ¿Dónde lo habeis puesto? Señor, le contestaron, venid y vedlo. Entonces Jesus derramó lágrimas. Llegaron al sepulcro cubierto con una piedra grande, y mandándola quitar J. C. le dijo Marta hermana del muerto: «Señor, ya comienza á exalar un hedor pestífero porque hace cuatro dias que está enterrado; pero Jesus le repuso. ¿No te he dicho que si creyeres verías á Dios glorificado? Quitaron la piedra, y levantando Jesus los ojos dijo: Padre mio, yo os doy gracias porque me habeis oido. Bien sabia yo que siempre me ois: pero lo que he dicho ha sido en consideracion á los que me rodean á fin de que crean que vos me habeis enviado. Despues de estas palabras se dirigió hácia el muerto, y con una voz omnipotente y vivificante dijo: «Lázaro, sal á fuera, y el que estaba muerto, salió vivo del sepulcro con las vendas que le ligaban los pies y las manos, y con el lienzo que le cubría el rostro. Desatadle, dijo Jesus, y dejadle andar. Al ver los judios este milagro estupefactos creyeron en Jesus.

Estas, católicos, son las ocurrencias que tuvieron lugar en la casa de Marta y María Magdalena, segun las refiere el Evangelista. De ellas se han ocupado los santos padres y los espositores sagrados; y conviniendo todos en que

nuestro Salvador, obrando sensiblemente para que lo entendiesen los judíos carnales, quiso significar la resurrección del criminal muerto por el pecado, siempre que por su bondad lo restituye al estado de la gracia; se extienden en probar que habiéndose turbado J. C. al considerar la situación cadavérica de su amigo Lázaro, llorado y hecho tantos extremos para resucitarlo, debemos inferir, que siendo todo esto una figura de lo que pasa con el pecador que se convierte al Señor; son en realidad mucho más aterradoras sus circunstancias representadas por el hedor y putrefacción del enterrado de cuatro días, y mayores los esfuerzos del Señor para pronunciar aquel «Lázaro, sal á fuera» que dió la vida al que yacía corrompido en una tumba. No son comparables, dicen, los horrores de la muerte corporal de Lázaro con los que ve nuestra fé en el desgraciado que está herido con la cruel saeta del pecado mortal: son solo un indicante, una sombra, una figura y nada más. Lázaro muerto, enterrado en putrefacción y hecho objeto de horror á los ojos de una hermana que lo amaba, no presenta en tan repugnante estado más que lo que vemos en todos los enterrados de cuatro días. Registrad los sepulcros, id á los campos santos, desenvolved, si os atreveis los despojos de la mortalidad, y allí hallareis un símil del pecador sin la vida de la gracia, en completa disolución; entregado á la podredumbre de sus vicios abominables que exalan un hedor insoportable, y hecho el espectáculo más horroroso que puede haber en el universo.

No hay mal como el del pecado: es el único que debe temerse. Un hombre por dichoso que se considere con todos

los bienes del mundo , si está en pecado mortal es un objeto de horror á los ojos de Dios , es su enemigo , merece su indignacion y su ira , está destinado á sufrir su cólera y sus venganzas , y desgraciado si muere definitivamente en su malicia , porque arderá eternamente en los infiernos. Un pecador obstinado , retrae con el hedor de sus vicios y pasiones desbordadas , las miradas de los ángeles y de los hombres justos ; es el escándalo de todas las criaturas ; la razon lo condena , la religion fulmina terribles anatemas contra su depravacion : J. C. se estremece , tiembla y se conmueve interiormente al considerarlo ; el evangelio nos lo retrata al describir la horrible situacion de Lázaro enterado de cuatro dias. ¿No habrá remedio para este infeliz ? ¿Será inevitable la sentencia de condenacion que merece este desdichado ? ¿No habrá quien pueda conseguir el pardon y gracia en favor de este criminal atroz ? Si , católicos : si hay , por la infinita misericordia de Dios , quien pueda sacar puro al pecador envuelto en los andrajos de su mortalidad , y ligado con las cadenas del pecado , J. C. ama á los pecadores , vino á buscarlos para sanarlos de sus mortales dolencias , murió por salvarlos , y no piensa mas que en limpiarlos de sus manchas , en perdonarlos , inundarlos con su gracia y hacer que se ocupen en glorificar al Señor. El pecador se halla enfermo de gravedad , está muerto y arrojado á la hediondez de un sepulcro , en que no hay mas que putrefaccion repugnante : pero si hay alguna alma piadosa que recurra á Jesus , haciéndole presente que está enfermo aquel á quien ama , si el mismo enfermo pide su salud al que derramó su sangre por salvar-

lo, y con la fé de santa Marta confia en J. C., este Señor dirá sin detenerse: «No es esta enfermedad para que muera, sino para gloria de Dios y de su Hijo. *Infirmus hæc non est ad mortem sed pro gloria Dei.* Si en nuestra insensatez é impiedad formamos proyectos inicuos, nos abandonamos al campo libre de las pasiones y nos revolcamos como animales inmundos en el lodazal de los vicios mas abominables, es claro que estamos muertos, separados del tronco de la vida y en la putrefaccion mas horrorosa que puede imaginarse: pero si en esta situacion tan perdida recurrimos á Jesus y le decimos lo que David á Natán: *He pecado en los ojos del Señor*: al momento contesta y dice el Dios de toda consolacion. No; no es esta enfermedad de muerte; es mas bien para que Dios sea glorificado. *Infirmus hæc non est ad mortem sed pro gloria Dei.* Si todos los pecados que se han cometido en el mundo se halláran en un hombre solo, y este asociado á los espíritus infernales, declarara guerra al Omnipotente: si enterrado, no de cuatro dias como Lázaro, sino de mil años, naciera entre los miasmas fétidos de un sepulcro inundo al que nadie pudiera acercarse, y en este estado recurriera á Jesus con el espíritu de David, del Publicano, de la Magdalena ó del buen Ladrón, seguro es que Jesus diria: «esa enfermedad no es para que muera eternamente, sino para que Dios sea glorificado.» *Infirmus hæc non est ad mortem, sed pro gloria Dei.*

Es todo esto, amados míos, mas cierto que nuestra propia existencia: es de fé, lo ha dicho Dios, y sus palabras no pueden faltar. No es fiel el que no cree que J. C.

murió por todos los hombres , el que duda de que Dios tiene una voluntad sincera de salvarnos , el que no es'á firmemente persuadido de que si alguno se condena , es por su propia culpa , es porque no recurre á Jesus , porque no llama á este médico celestial para quien no hay mal incurable , pecados irremisibles , ni imposibles que no venza. Buscadlo si no vosotros en medio de vuestros desórdenes , acudid á su piedad en vuestros conflictos , llamadlo en vuestras tribulaciones , decidle que el pecado os tiene en una situacion mas lastimosa que la de Lázaro , y vereis como os dice: «esa enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios; y para que su Hijo sea glorificado.» *Infirmatas hæc non est ad mortem sed pro gloria Dei.* Nuestro Redentor Divino aparece en todos los sucesos que se mencionan en el evangelio de este dia con un fondo de bondad , de poder y de subiduria , propio del Hijo querido de Dios ; como dueño de todos los acontecimientos , y fuente de todos los bienes. En él todos encuentran siempre que lo buscan un protector omnipotente , un amigo tierno , un Maestro Divino , un Padre indulgente y compasivo , un Señor magnífico y un Salvador glorioso. Bajo su proteccion, nada tenemos que temer. En medio de las mas furiosas tempestades , espuestos á las borrascas mas violentas , agitados por las olas y aun sumergidos en los abismos , basta que estemos con Jesus : porque lo obedecen los vientos y el mar , y á su nombre doblan la rodilla las potestades celestes, terrestres é infernales. No hay enfermedad alguna que no sea un dón de su parte , ninguna adversidad que no sea un presente de su mano , ningun enemigo de nuestra salvacion que no lo

sea suyo , ningun acontecimiento en fin , que no lo permita para nuestro bien. ¿No se ve todo esto en la enfermedad de Lázaro ; en su muerte , en su entierro , en su hedionda putrefaccion y en su resurreccion misteriosa ? ¡O y qué bien lo comprendieron Marta y Maria ! Se quejaron acaso de J. C. porque murió su hermano despues de haberles dicho que su enfermedad no era para que muries , sino para la gloria de Dios , y para que su Hijo fuera glorificado ? No señores ; no se lee en el evangelio que aquellas santas hermanas se quejusen de Jesus ; al contrario , el Evangelista nos las presenta adictas al Redentor , resignadas en su voluntad , sumisas y respetuosas , sin querer ni pensar mas que en venerar las disposiciones adorables del Divino Maestro que tanto las distinguió.

Imitémoslas nosotros en sus virtudes para que seamos consolados como ellas lo fueron. Recurramos á Jesus en nuestras necesidades , pero pidiéndole todo lo que mas convenga al bien de nuestras almas y honra y gloria de nuestro Dios. Abramos nuestro corazon á los beneficios del Hijo del Altísimo : pero no creamos que no lo son las mismas enfermedades , la pérdida de bienes , las adversidades y los accidentes mas molestos de la vida , porque todo esto puede sernos útil ; puede dirigirlo J. C. á un fin digno de su bondad y omnipotencia , como dirigió la enfermedad y muerte temporal de Lázaro ; puede disponerlo para probar nuestra fé , para labrar nuestra cruz , para purificarnos y hacernos dignos de sus consuelos celestiales. El hermano de Marta y de Maria resucitó , salió con vida del sepulcro , y libre de las ligaduras de la muerte se reunió alegre , contento , rego-

cijado y satisfecho con los de su familia: todos cuantos presenciaron este milagro bendigieron á Dios y glorificaron á Jesucristo; los judios siguieron al divino Maestro, creyeron en él, y puede decirse que la resurreccion de Lázaro, figura de la conversion del pecador al estado de la gracia, impuso silencio á todas las pasiones, y obligó á los mismos detractores de Jesus á reconocer y confesar su divinidad. Pero para lograr todos estos bienes, cuántas angustias, llantos, congojas, tristezas, súplicas y aparatos aterrantes no precedieron! Hubiera salido Lázaro del sepulcro si no hubiera enfermado y muerto, si no hubiera sido enterrado y abandonado á la accion devorante de la putrefaccion? Ved pues como fueron necesarios estos acontecimientos, que el hombre sin fé califica de desgracias, para conseguir los bienes que produjo la resurreccion del hermano de Marta y de María. Ved tambien la exactitud de las palabras con que aseguró Jesucristo que la enfermedad de Lázaro no era para que muriese definitivamente, sino para gloria de Dios y para que fuera glorificado su hijo, como lo fué al ver todos al enterrado de cuatro dias resucitado.

Quedad en fin persuadidos de que hallándose en los sucesos del evangelio que acabo de esponeros, fielmente retratada la conversion del pecador que pasa de la muerte de la culpa á la vida de la gracia, debemos meditarlos y deducir para nuestro consuelo, que recurriendo á Jesus con el espiritu de Marta y de María, haciéndole presente nuestra enfermedad espiritual para que la remedie, su Divina Magestad nos dirá viendo nuestras buenas disposiciones. *Infirmis hæc non est, ad mortem, sed pro gloria Dei, ut glo-*

reficitur filius Dei per eam. Esta enfermedad no es para que muera el pecador que recurre á mi piedad , sino para gloria de Dios á fin de que su hijo sea glorificado. Recurramos todos á Jesus, hagámosle presente el deplorable estado en que nos tiene el pecado, pidámosle con fé y confianza su gracia y no dudemos de que su bondad inmensa nos la concederá para que á una muerte preciosa en sus ojos se siga la gloria eterna que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON

PARA EL SABADO ANTES DE LA DOMINICA DE PASION

Del fervor y devocion con que debemos adorar la santa Cruz.

Vexilla Regis prodeunt, fulget Crucis mysterium.

«Ya se enarbola el estandarte de nuestro Rey y res-
» plandece el misterio de la cruz en que muere el Autor de
» la vida y con su muerte nos dá la vida á todos.» Hermanos míos, este es el himno que en los momentos de su mayor afliccion y tristeza, quando acaba de cubrir de luto sus altares y se prepara á llorar la muerte y pasion de su esposo, entona la iglesia nuestra madre y en que levantando su voz convida con un entusiasmo lleno de una santa uncion, afecto y ternura á todos sus hijos á adorar la santa cruz, al árbol precioso de nuestra redencion, al estandarte bajo cuya enseña estamos alistados y que nos distingue noblemente del herege, del judío, y del gentil. ¿Por qué, iglesia santa, por

qué mezclas y confundes al parecer tus llantos y tus alegrías, tus lamentaciones y suspiros, y tus himnos de consuelo y esperanza? Porque al considerar el sagrado leño en que Jesucristo derramó su sangre preciosísima y sacrificó su vida, no descubre un patíbulo de ignominia y de infamia, sino un carro de triunfo, porque en la cruz venció Jesucristo á la muerte, al infierno, al demonio, á los hombres y á la misma justicia de Dios; un trono de gloria y de poder, porque en la cruz obra Jesucristo los mayores prodigios, concede solemnemente el perdón de los pecados, atrae y llama á sí á todas las gentes y naciones, empieza á reinar y es la señal y bandera de los que se alistan en su servicio; un tálamo en que celebra sus bodas con la misma iglesia, consuma el sacrificio de su amor, lava las manchas y fealdad del pecado y son admitidas las almas á los gozos eternos, porque se abren con ella las puertas del cielo que habia cerrado la culpa. Cuando se acerca el tiempo de recordar el misterio de nuestra redencion y nuestro triunfo á costa de la pasion y muerte del mismo Jesucristo Dios y Hombre Verdadero, engranda la iglesia con la memoria de las victorias de su esposo Jesus, enarbola su bandera y levanta su voz convidando á sus fieles hijos á que vengan á ponerse bajo esta señal de gloria, al rededor de este trono del Rey de los reyes, á poner su confianza en este signo de triunfo, á armarse con ella para vencer á todos sus enemigos; empieza el tiempo de la pasion levantando la cruz para escitarnos al justo agradecimiento del beneficio incomparable de nuestra redencion obrada en la cruz por el Salvador del mundo, y á que celebremos con fervorosa piedad los misterios del calvario. Deseosa la igle-

sía nuestra madre de que todos sus hijos tengan siempre impreso profundamente en sus almas el amor, la reverencia y gratitud al Redentor divino que dió su vida por ellos, y de que jamás olviden el precio costosísimo de su rescate, no perdona medio alguno para satisfacer su celo; dispensa todos los honores posibles á la cruz, adora hasta sus partículas mas pequeñas y las aprecia mas que los cetros y coronas, y aun mas que á los rayos del sol como dice san Juan Crisóstomo; respeta y reverencia su imágen en donde quiera que la halle, no ejerce obra alguna piadosa ni hace acto alguno de su potestad sin confirmarle con la señal de la cruz y confiesa con todas sus acciones y prácticas que su nacimiento, su conservación, su incolumidad y su gloria, todo lo debe al que murió en la cruz para darnos vida. Confiesa que la cruz es la fuente de su vida y de su ser, de su hermosura, de sus fuerzas, la fuente de todas las gracias con que se sostiene, se anima y de las que toma todo su poder y magestad. En todas sus plegarias, sus bendiciones y administracion de sus sacramentos, en el augusto sacrificio de la misa usa de la cruz y ordena que esté presente y presida la cruz. Hoy enarbola este estandarte del cristianismo y al empezar á recordar y celebrar sus triunfos nos llama á reunirnos bajo esta señal santa, y á que empecemos á adorarla y publicar llenos de un celo y alegría santa los favores de que la somos deudores. *Vexilla Regis prodeunt fulget Crucis mysterium.*

Apresurémonos hermanos míos, apresurémonos á reunirnos bajo esta saludable bandera y á rendir nuestros homenajes y respetos al leño precioso de la cruz del que es -

lá pendiente la salud del mundo. Venid y adoraremos en estos dias en que la iglesia se esmera en dar el culto que se merece á la santa cruz, venid y adorémosla todos; y para que nuestras reverencias y nuestro culto no sea una ceremonia superficial, vacía y estéril, para que en las prácticas religiosas de estos dias en que se nos recuerdan tantos misterios, no nos contentemos con unas reverencias y respetos puramente exteriores, para que nos unamos á la intencion y al espíritu de la iglesia, voy á recordaros en este rato el fervor y devocion con que debemos adorar la santa cruz.

¡O cruz única y firme esperanza nuestra! En este tiempo de dolor y consagrado especialmente á recordar la pasion de nuestro Redentor Jesus, te saludamos con el mayor respeto. Aumenta la gracia á los justos y alcanza el perdon de sus culpas á los pecadores.

¡O cruz AVE!

Vexilla Regis...

Debemos adorar la santa cruz. Esta práctica es tan antigua como el cristianismo, y la señal de la cruz era el distintivo de los primeros creyentes, el arma poderosa de que se prevenian contra sus enemigos y perseguidores, el estandarte que llevaban los apóstoles para rendir á los pueblos, el consuelo en las aflicciones y remedio de los males espirituales y temporales. Los hombres al fin, reconociendo su

poderosa virtud, se afiliaron en sus banderas, la han cedido y puesto á sus pies todos sus trofeos, la han colocado en lo mas alto de los edificios, en las coronas de los reyes, en las plazas, las calles y caminos como en testimonio público del respeto y veneracion que la tributan, y de que en todo tiempo y lugar necesitan implorar su virtud eficaz contra sus pertinaces enemigos, como la señal de su salvacion, de su refugio y de su triunfo. La iglesia la tiene por el adorno principal de sus templos y sus altares, y enseña á sus hijos que esta es la señal del cristiano, que con este escudo deben armarse al empezar sus obras, al levantar de la cama, al salir de casa, al entrar en la iglesia, al comer, al dormir y en toda necesidad, tentacion y peligro.

¡Qué desconsuelo, hermanos míos, qué desconsuelo para un ministro de la religion el haber de recordar estos deberes olvidados y despreciados en nuestros dias de muchos cristianos! Como si la cruz fuera una señal de oprobio y de ignominia, como si los hombres se avergonzasen ó cansasen ya de ser cristianos, han levantado sus manos para quitar de lo alto de los edificios la cruz que con tanto gozo plantaron sus abuelos como para transmitir á sus nietos un monumento constante de la fé que abrigaban en su corazón, y han sustituido en su lugar las frívolas señales del paganismo. Observad las torres de los edificios y templos segun el nuevo gusto, los cementerios y campos santos, las losas con que cubren los cadáveres y panteones contruidos, y si entre las guirnaldas de flores y laureles con que segun costumbre de los gentiles adornan los sepulcros, sin que yo acierte que haya en esta ridícula práctica cosa

alguna de piedad cristiana ; si entre las flores y adornos profanos , digo , distinguís las condecoraciones , los escudos y armas de nobleza , y un epitafio pomposo , con dificultad hallareis la señal de la cruz , ni una deprecacion por su eterno descanso. Por una costumbre llena de piedad cristiana y digna de toda alabanza , nuestros antiguos pusieron en medio de las plazas , en las calles , en los caminos y encrucijadas cruces de piedra ó madera , para que recordásemos en todas partes los misterios obrados en la cruz , los beneficios que hemos recibido por la cruz , como si en la imágen de la cruz se nos dijera : « O vosotros todos los que » andáis por los caminos , preguntad y ved si hay un dolor semejante á los dolores que sufrió Jesucristo en la » cruz : » ó como si á su vista contemplándonos con la cruz en nuestras manos , quebrantásemos el poder de nuestros enemigos , diciendo : « Hé aquí la cruz del Señor ; huid » potestades enemigas y malignas : en la cruz ha vencido » el leon de la tribu de Judá : » pero hoy se mira con horror la cruz en los parages públicos , se ha arrancado de todos y se mira su presencia como fanatismo é ignorancia.

Se llama á la casa de un enfermo á un sacerdote cuando le quedan pocos momentos de vida ; porque ya se dilata esto cuanto se puede ; busca la señal de nuestra redencion , pide una cruz para poner á la vista del enfermo , este simbolo de su fé y única esperanza y consuelo en este mundo en los momentos de su agonía , y no la hay en toda la casa. ¡ Ojalá fuera solamente este el mal ! Registra el ministro de Dios las paredes y se ve obligado á cerrar sus ojos lleno de temblor y vergüenza al ver las pinturas indecentes,

escandalosas y obscenas que descubre por todas partes, sin saber si se halla entre cristianos ó entre las familias mas corrompidas del gentilismo. ¿No han venido á parar en esto las costumbres de las gentes de moda, de los que se llaman ilustrados y despreocupados? Sin entrar en el interior de sus casas ¿no vemos en los templos que al mismo tiempo que se desdennan de doblar sus rodillas delante del Criador de cielo y tierra, no saben ó no aciertan á persignarse, que con sus manos hacen sobre sí mismos unos gestos desordenados que indican bien, que no piensan en lo que hacen, ni meditan los misterios que deben pronunciar, y que sirven de placer al demonio, lejos de huir de la cruz que le presentan y con que se arman? Decídme en vista de esto si debo recordar en nuestros dias, lo que en otro tiempo seria hacer un agravio á la pública piedad de un auditorio cristiano, que debemos adorar la santa cruz, que debemos ofrecerla nuestros homenajes y nuestro culto, y darla el respeto y veneracion que nos manda la iglesia y que nos enseñaron nuestros padres con su doctrina y con su ejemplo.

Por escasa que sea la instruccion de un cristiano, sabe bien que en las cosas corporales no podemos poner nuestro último fin sin cometer una injusticia, ni podemos amarlas ni venerarlas por sí mismas y sin relacion alguna á las cosas espirituales ó al mismo Dios sin cometer idolatría. Sabe bien que cuando adoramos una cruz, nuestro culto, veneracion y respeto no se dirige á la cruz: que tenemos delante, ni se detiene en un tronco muerto, ó en una piedra ó metal que carece de todo sentido, sino que pasa mas adelante. Este sagrado leño que tuvo la dicha de tener pendiente de

si el cuerpo sacratísimo de Jesús y de ser regado con su sangre preciosa, de ser el instrumento de nuestra redención y el árbol en que recobramos la vida, ayuda nuestra memoria, escita nuestra imaginación y eleva nuestra alma al mismo Señor que quiso morir en ella por nosotros y su presencia nos mueve á que nos humillemos, adoremos, reconozcamos y demos gracias á aquel mismo que ha querido santificar la cruz y hacerla el trofeo y señal de su gloria. Adorando la cruz, dice san Ambrosio, adoramos á Jesucristo crucificado y hasta los niños saben que adoramos la cruz porque es figura de Cristo crucificado que en ella nos redimió. A la manera que los pueblos que no pueden ver á sus príncipes y reyes, ni obsequiar á sus propias personas por estar distantes de ellas, cumplen este deber obsequiando los retratos que se los envían, así nosotros honramos y adoramos á nuestro Supremo Rey en las señales de su poder, en el trofeo de sus victorias, en el leño y señal de la cruz que es su trono, su bandera, su gloria, y por la que ha querido obrar tantos y tan repetidos milagros después de habernos dado por ella el incomparable beneficio de la redención.

Con esto quedan desvanecidas cuantas inculpaciones quieran hacernos los ignorantes ó los impíos, y desacreditadas las burlas de los que se mofan de vernos postrados ante la imagen de la cruz: ¿y qué mas tengo necesidad de decir para manifestar que debemos dar culto y veneración á la santa cruz? ¿Habré de detenerme á declarar el estado del hombre perdido para siempre por la culpa, la necesidad de aplacar la justicia de Dios, la eficacia y valor infinito del sacri-

ficio del calvario, los bienes tan grandes que los hombres todos recibimos en el holocausto admirable de la cruz? ¿Tendré necesidad de mas, para que al ponerlos delante de la cruz os movais á dar gracias al que quiso morir en ella para darnos una vida eterna y librarnos de la maldicion y la muerte? La tradicion y práctica constante de todos los siglos y de todos los pueblos cristianos, el consentimiento de todos desde el principio en adorar la santa cruz nos demuestra bien que esta práctica fué inspirada por el mismo Espíritu-Santo á los apóstoles cuando los llenó de todas las verdades necesarias para regir y enseñar á todas las naciones del mundo. Os diré ademas que el mundo es testigo de los prodigios que el Señor obró por medio de su cruz en su invencion y en el dia de su exaltacion, cuyos aniversarios celebra la iglesia nuestra madre, y que nos basta llevar nuestra consideracion al calvario para no acabar de admirar las victorias que por ella consiguió Jesucristo con su muerte. Este es el misterio de Dios por excelencia, el misterio de la sabiduría y poder de Dios, como predicaba el apóstol al judío y al gentil que le miraba como necedad y locura, por el que llenó de su gloria toda la tierra y que pasó sobre la altura de los cielos. Diré que la cruz ha vencido al cielo, al infierno y á la tierra: á la justicia de Dios, al poder de los demonios y á la malicia y miseria de los hombres. La voz de la sangre que corrió por el madero de la cruz, fue tan poderosa y tan fuerte que subió hasta el cielo, no para pedir venganza como la del justo Abel, sino para alcanzar el perdón de nuestros pecados, y borrar el decreto de nuestra condenacion. Por la cruz quedamos libres de la maldicion que

contragimos de nuestro primer padre , y de enemigos hemos venido á ser hijos de Dios y herederos de su gloria. Derribó el muro que mediaba entre Dios y los hombres, y nos abrió las puertas del cielo que se nos habian cerrado; aplacó la ira de Dios y podemos decir que le obligó á hacer paces con los hombres.

Ha vencido la cruz al poder de los demonios. Nada mas triste que el estado de confusion y de horror á que las potestades del infierno habian reducido al mundo y su violenta dominacion antes de la muerte de Jesucristo. Todo lo habian llenado de errores los mas groseros , y habian consagrado los vicios mas detestables con el ejemplo de sus falsos Dioses ; pero la cruz ha disipado todos los fantasmas de divinidad sostenidos por los engaños del demonio. Júpiter , Saturno , Venus , Mercurio , Marte, todos los ídolos han desaparecido haciendo ver su impotencia y fragilidad, y han cedido su lugar á la cruz. El imperio romano detesta á estos Dioses , por cuya proteccion se creia dueño de las naciones ; derriba los templos y los altares que los habian consagrado sus Pompeyos , sus Escipiones y sus Césares; los despoja de los adornos y preciosidades que habian hecho venir de todo el mundo para su culto , y sobre sus ruinas planta la cruz de Jesus crucificado. Este es el prodigio mas grande , la victoria que no puede negarse , ni puede entenderse ni esplicarse sin recurrir á la virtud y potestad omnipotente del que quiso reinar desde la cruz y por la cruz.

El mundo no era sino concupiscencia , abominacion y escándalo : impureza , ambicion , soberbia y avaricia. To-

dos se habían corrompido y hecho abominables sin haber quien obrase el bien. Se dejó ver la cruz y los vicios se contienen, las pasiones se refrenan, los malos deseos se disipan. La tierra, dice San Juan Crisóstomo, era un infierno por sus crímenes, y por la cruz se muda en el momento en un Paraíso. Cristianos que desprecian las riquezas, comodidades y regalos por seguir á Jesucristo en los trabajos de la penitencia. Turbas de mártires que despreciando los edictos de los emperadores, corren animados del ejemplo de Jesucristo á los tormentos como si fueran á un triunfo. Solitarios y personas sin número que se renuncian á sí mismos y quieren perder su alma para ganarla y ocultar en el silencio sus austeridades y virtud; hombres benéficos, caritativos, humanos, hé aqui lo que se ve por donde quiera que se anuncia la cruz. Este es el milagro y triunfo de la cruz. Disputadme si aseguro que la cruz es la que ha civilizado al mundo. La cruz que antes era el horror y execración de todos los hombres, y el suplicio mas cruel y de mas afrenta de los malhechores.

El Señor vendrá á juzgar á todos los hombres rodeado de poder y magestad, y entonces se dejará ver la señal del hijo del hombre. *Tunc parabit signum Filii hominis.* Se oscurecerá el sol y la luna, caerán del cielo las estrellas, y la cruz sola que en sentir de san Agustin, san Juan Crisóstomo y casi todos los santos Padres, es la señal de magestad y de gloria que ha de preceder al hijo del hombre, resplandecerá con mas luz que todos los astrós juntos, con una luz incorruptible y celestial á la que se han de ver todas las obras buenas y malas de los hombres, y confesarán

sus triunfos y la odorarán á su pesar los que no quisieron someterse á su imperio y adorarla durante su vida. Los justos, los santos y todos los coros de los ángeles llenos de un gozo celestial cantarán á porfía las alabanzas, y los triunfos de la cruz y darán la bendicion, la gloria, el poder y la virtud al cordero que fue inmolado sobre la cruz para redimir al mundo.

¿Por qué no hemos de unir nosotros nuestras voces á las de los ángeles y los santos? ¿Por qué no hemos de venerar con la mayor sumision al estandarte de nuestro remedio, á la cruz que trajo la alegría y la paz al mundo, y que ha triunfado de la muerte, de los demonios, del pecado y de todas las potestades enemigas?

Pero ¿qué mas necesito deciros que veros unidos en este santo templo y dispuestos á entonar el himno del triunfo de la cruz, con que desde hoy la saluda la iglesia, y á prestarla los obsequios, el culto y las señales de veneracion y aprecio con que la honra la esposa del cordero sin mancha en este tiempo de pasion? Os habeis anticipado á mis exortaciones y vuestra presencia sola en esta iglesia en estos momentos es la demostracion mas palpable de lo convencidos que estais de qué debemos adorar la santa cruz; de que este trofeo del cristiano y señal de nuestro remedio á quien adoran los santos y los ángeles es digno de nuestra veneracion y respeto, y de que humillados nos postremos á adorarle. ¡Gracias infinitas sean dadas al Señor que ha inspirado en vuestras almas tan santos y saludables pensamientos! Pero debo advertiros que no os contenteis con una adoracion puramente esterior, que es preciso que unamos nuestros votos con los de la

iglesia nuestra madre; que suspiremos porque la gloria de la cruz se estienda á todo el mundo y conozcan todas las naciones al que quiso morir por todos; que meditemos el aprecio que debemos hacer de la muerte y pasion de Jesucristo y los inmensos beneficios que hemos recibido de la cruz, los frutos abundantes que hemos cojido de este árbol preciosísimo; que levantemos nuestro ánimo hasta el trono del mismo Dios y contemplemos que por un exceso de su amor quiso despojarse de su gloria y su inmortalidad y abatirse por nosotros á sufrir el mas cruel de todos los suplicios; que al tiempo que adoramos la cruz y entonamos el himno de su triunfo se enciendan nuestros corazones en afectos de reconocimiento, de gratitud y de celo por ser fieles á la bandera de Jesucristo y estender su imperio á todas las gentes peleando en su defensa como soldados valerosos de Jesucristo hasta morir si fuere necesario. No debemos ser unos e-pectadores inútiles y ociosos de los triunfos que nos ganó Jesucristo con la cruz y adorarla sin fervor ni devocion; debemos manifestar un ánimo lleno de agradecimiento y de amor á un Dios que tanto nos amó y se entregó á la muerte por nosotros. Debemos invocarla y valernos de ella contra los demonios, contra los errores y los vicios. Debemos hacer mas, hermanos mios, y es por donde debemos empezar y lo que debemos procurar principalmente: debemos hacer que la cruz reine y triunfe en nosotros. La cruz no ha vencido á nuestros enemigos sino para darnos la paz y grangearnos el reino eterno, y para esto es preciso que sigamos su bandera, que vayamos con ella en pos de Jesucristo, que triunfemos con ella de nuestros enemigos, que cumplamos todo lo

que falta en nosotros para que se nos aplique la pasión de Jesucristo como dice el apóstol: que vencamos con ella á nuestras concupiscencias, nuestras malas costumbres, nuestros deseos corrompidos que quieren todos los días y á todas horas reinar en nosotros y arrancar de nuestra alma el imperio y el triunfo de la cruz y privarnos de sus frutos. Los tormentos y dolores que nos recuerda la cruz son enemigos opuestos á los placeres y deleites; la pobreza y desnudez de la cruz condena el lujo y los adornos supérfluos, los oprobios é ignominias de la cruz reprenden nuestra soberbia y vanidad. He aquí nuestro deber de cristianos, hermanos míos, y el espíritu que debe animarnos al adorar la cruz; debemos salir al encuentro á nuestros enemigos y pelear con ella, mortificándonos con ella, crucificando en ella nuestras depravadas pasiones, defendiendo su imperio en nosotros con todas nuestras fuerzas ayudados de la virtud poderosa de la cruz, armándonos con ella al principio de todas nuestras obras y cuantas veces nos viésemos en alguna necesidad, tentación ó peligro, porque en todas partes nuestros enemigos nos combaten y persiguen. Jesucristo nuestro Rey, nuestra cabeza y nuestro Jefe no entró en su gloria sino después de haber vencido por la cruz; recordemos que no tenemos otro camino para el cielo; imploremos la ayuda de la cruz para pelear con perseverancia bajo este glorioso estandarte, para vencernos á nosotros mismos y triunfar de nuestros enemigos hasta quedar en paz y entrar en el cielo á unir nuestras alabanzas á la cruz con los ángeles y santos. Con este espíritu, con esta devoción y fervor recordemos en este tiempo santo los triunfos de la cruz, rindámosla

nuestras adoraciones, pidamos que la adoren todas las gentes y que á todos los que el Señor concede la victoria de la cruz y por la cruz, conceda tambien el premio de la gloria. *Quibus crucis victoriam largiris, adde præmium.*
Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA LA DOMINICA V DE CUARESMA.

El pecado hace miserables á los pueblos llenándolos de calamidades.

¿Quis ex vobis arguet me de peccato? ¿Quién de vosotros puede argüirme de pecado? Joan. c. 8, v. 46.

Ofendido Moises de la sinrazon con que Datan y Abi-
non hijos de Eliab insultaron su autoridad, dijo muy airado
al Señor: «No mireis los sacrificios de esos impíos y teme-
rarios. Tú sabes que jamás he tomado de ellos la menor co-
sa, y que á ninguno he hecho mal.» (Num. cap. 16. v. 15):
Samuel, despues de haber dado á los israelitas el rey que
le pidieron, juntó á todos los del pueblo escogido y les dijo:
«He envejecido y estoy lleno de canas; pero mis hijos
quedan con vosotros.» Ya pues, que desde mi juventud
hasta este dia he estado á vuestro lado, quiero que me juz-

geis y digais si soy digno de alabanza ó de vituperio. Declarad contra mí delante de Dios y del Rey ungido, si he cogido el buey ó el asno; si he calumniado á alguno, si lo he oprimido, si he aceptado cohecho de mano agena, porque si me convenceis de algo de esto hoy mismo lo desprecio, y os lo restituiré. (I. Reg. c. 12.) A los hombres públicos no les queda mas que el desprecio, si no se defienden de las falsas imputaciones con que pudieran mancillar su conducta por mal intencionados; dice san Gregorio. (Lib. 19. Mor. c. 18.) Hasta el mismo J. C. nos enseña con su ejemplo á justificarnos siempre que de no hacerlo pudieran menoscabarse el crédito de la religion santa.

Allí está el evangelio que acabais de oír. Consultad la agrada historia, seguid los pasos á Jesus y vereis, que en cuanto los pérfidos fariseos dijeron que sabian que era un pecador resolvió justificarse retándolos á que lo convenciesen de algun pecado, á que le probasen y echaran en cara la mas mínima culpa, á que alegasen algun hecho que pudiera contradecir su santidad. ¡A Jesucristo tenerlo por pecador! ¡A que no cometió, ni pudo cometer pecado alguno; ó por mejor decir, segun S. Buenaventura (In Luc.) al cordero de Dios que quita los pecados del mundo acusarlo de pecado! Si esto fuera justo: ¿qué seria de la divinidad de nuestro Redentor tantas veces probada con los mas insignes milagros, con su doctrina celestial y pureza de su vida? ¡Pecar Jesucristo! ¿Puede salir del infierno mayor blasfemia? No pudo sufrirla el Hijo de Dios, puesto que á pesar de su mansedumbre dijo en tono de seguridad á los judios sus enemigos. ¿Quién de vosotros se atreverá á argüir-

me de pecado? *¿Quis ex vobis arguet me de peccato?*

Preciso es, amados oyentes, que os haga percibir lo que es el pecado, para que comprendais la malicia de los furiosos al tener á Jesucristo por pecador. Nuestro Legislador divino es la santidad por esencia: ama á todas las criaturas; solamente aborrece al pecado, que siendo la causa de todos los males hace miserables á los pueblos llenándolos de calamidades: como lo dice el Espíritu Santo, como lo prueba la historia del Universo, y como os lo voy á demostrar con el fin de que hagamos todos un esfuerzo para aujentar de nuestro suelo la sangrienta fiera del pecado que tan mal parados nos tiene.

Dios santo y Señor Omnipotente; Vos que tanto hicisteis para destruir el imperio del pecado y establecer el de la gracia, llenadnos de un justo horror hácia los vicios y de una firme adhesión á las virtudes de que sois nuestro ejemplar y modelo. Que aborrezcamos el pecado; que seamos del número de las ovejas que os conocen y oyen vuestra voz: que fijemos nuestra vista, para no ofenderos, en la que por haber nacido, vivido y muerto purísima é inmaculada de toda culpa merece que toda la cristiandad la diga con el ángel.

AVE MARIA.

Quis ex vobis arguet me de peccato?

El pecado, el desorden, el trastorno, la injusticia y el mal, son una misma cosa: porque el pecado es contra la ley eterna, ejemplar de toda rectitud, atenta contra el

orden establecido por Dios : niega al Criador y á las criaturas los derechos que les competen , y es tan secundo en males , que cuantas guerras , muertes , hambres , pestes , tempestades , volcanes , incendios , desastres y desgracias se han visto y se verán en el mundo , son obras y efectos del pecado , como lo dice el Apóstol. ¿ Y habria de hallarse en el Pontífice eterno , santo , inocente , inmaculado , segregado de los pecadores , y ensalzado sobre los cielos , segun san Pablo ? (Hebre. c. 7 , v. 26). El que bajó del seno de la pureza , santidad y perfeccion inmensa á destruir y quitar del mundo el pecado , borron infame del que lo cornete ¿ habria de ofender al eterno Padre con quien es una misma cosa , revelándose contra su misma divinidad é indefectible rectitud ? No quiero que nadie me conteste , porque me basta saber que no hay quien no se horrorice y rechace las preguntas que nos obligan á hacer los perdidos fariseos para su mayor confusion y aprobio. El pecado es un negro vapor de Lucifer dirigido á derribar al Omnipotente de su trono escelso : es un cruel Saturno sediento de la sangre de sus mismos hijos : es un furioso torbellino que todo lo envuelve en horrores y desastres , un monstruo exterminador..... Pero ¿ quién , quién será capaz de definir el pecado con toda la estension y gravedad de los males que causa?

Los cielos con el vacío de innumerables ángeles aherrajados en los infiernos porque pecaron. Nuestros primeros padres , desterrados del paraiso y condenados al dolor , al trabajo y á la muerte por su primer pecado : Cain derramando la sangre de su hermano Abel , y obligado á an-

dar prófugo , errante y desesperado sobre la tierra : los antediluvianos embrutecidos con las hijas de los hombres y ahogados con las aguas del diluvio : los de la torre de Babel confundidos y dispersados por el globo : los sodomitas abrasados con fuego del cielo ; y Faraon porque resistió al Eterno , sumergido en el Bermejo con sus doscientos cincuenta mil soldados , carros , trenes y caballos , son hechos positivos y palpitantes de que nos certifica el Espíritu-Santo para manifestarnos los primeros pasos de la sangrienta fiera del pecado que destruyó Jesucristo dejándola enclavada en la cruz , emblema de nuestra verdadera libertad y de nuestra gloria.

Y si estos son los ensayos de ese genio infernal que se goza en nuestros males : si así principia su carrera ese enemigo mortal de cuanto existe ; ¡ qué devastaciones Dios mio ! ¿ qué devastaciones no llevará en su marcha destructora , alictiva y aterrante ? El á nadie respeta , á todos tiraniza , ni aun el Infante que acaba de nacer se ve libre de su ponzoña, Solo dos personas se nos presentan santas , puras , inmaculadas , inmunes de toda culpa y ofrecidas por Dios al mundo para librarlo del pecado. Jesucristo que es la misma santidad , y su purísima Madre prevenida por la gracia de su Hijo antes que pudiera dañarla la serpiente infernal que introdujo el pecado y la muerte entre los hombres para su mayor desgracia. Fuera de estos dos seres, en que tomó asiento la perfeccion correspondiente á su dignidad, todos los demas de la especie humana tienen que lamentarse de los estragos que en ellos ha hecho el pecado.

Libró nuestro Dios á los Hebreos de la esclavitud de los Egipcios, los alimentó en el desierto con las viandas del cielo; puso un ángel á su frente, y El mismo se declaró su legislador y monarca escogiendo á Moises por su ministro y á Aron por su sacerdote. Pero los ingratos hebreos se quejaron de su Dios, murmuraron de Moises, hicieron y adoraron un becerro, fornicaron con las hijas de Moab, se entregaron desenfrenadamente al mas escandaloso libertinage y á toda especie de pecados; y como el pecado hace miserables á los pueblos llenándolos de calamidades, subid, subid en espíritu á las montañas de Oreb para ver á su derecha veinte y tres mil israelitas muertos, á su izquierda veinte y cuatro mil pasados á cuchillo, y en el centro abrirse la tierra para tragar vivos y sepultar en los infiernos á Datan, Core y Abiron, gefes de la rebelion mas espantosa. Registrad las santas escrituras y en ellas vereis el imperio de los asirios ocupado por los caldeos; el de los caldeos oprimido por los persas; el de los persas vencido por los griegos, el de los griegos abasallado por los romanos, y el de los romanos dividido hasta el dia de hoy entre los turcos, vándalos, godos, francos y germanos en pena de los pecados de aquellas naciones orgullosas. El pecado hizo que desapareciesen de la memoria de los hombres los tirios y sidonios; los idumeos y monbitas: los príncipes de Endur y los descendientes de Ciro y Alejandro. El pecado hirió de muerte á Saul, ollió á David, dementó á Salomon, puso frenético á Roboan, hizo insufribles á Gezabel y á la infame Atalia, llevó cautivos los israelitas á Babilonia, aterró á Baltasar y á cuantos con él profanaron los

vasos del santuario, y por todo el universo, y por todas las provincias, reinos y naciones ha ido «haciendo miserables á los pueblos llenándolos de calamidades.»

¿Podiera acaso imaginarse reinado mas funesto que el del pecado? Este: ¿no lleva consigo la desolacion mas espantosa con los males que causa? Ha habido jamás pecados públicos, sin públicos castigos? No, amados míos; el pecado siempre es portador de grandes calamidades. Si vemos al arrogante Pompeyo entrar en el *Sancta Sanctorum* con desprecio de un Dios grande, tambien lo vemos despreciado por Dios en los campos de Farsalia, decapitado en el Egipto y arrojado su cadáver en los mares. Si el protervo Craso roba con descaro el templo santo; el mismo Craso queda ciego en el Eufrates, deshonrado y muerto por los Partios en Seleucia. Si Nerón y sus sucesores se complacen en ver correr la sangre de catorce millones de cristianos que atormentados de mil modos y maneras murieron gloriosamente por Jesus, tampoco se descuida la historia de presentarnos a Neron cosándose á puñaladas, á Valerio Máximo podrido y cubierto de llagas hediondas y asquerosas, á Domiciano asesinado, á Valeriano desollado vivo y echado en sal, á Diocleciano golpeándose la cabeza en las paredes, y ahorcado á su compañero Maximiano. Ella misma nos dice que Juliano, apóstata herido del cielo perdió su vida revolcándose entre las heces de su sangre impura, que Anastasio, emperador de oriente, fue partido de un rayo, y que Falaris murió abrasado en el petro de metal que él mismo inventó para atormentar á los demas hombres. Las atrocidades de los Marios y de los Sillas, las infamias del

sanguinario Amasis y del impío Antioco , el despotismo de Pisistrato y Demetrio , la tiranía de Hiparco , la ferocidad de Tiberio , la impureza de Calígula ; los pecados públicos han arrastrado siempre á los públicos pecadores á los horrores de una muerte desastrosa para caer desesperados en los fuegos sempiternos. Sed conmigo en este momento hombres de saber y ciencia, y decid si no es el pecado un Corrio inhumano que despedaza á los pecadores en esta vida para que las furias infernales los atormenten en la eternidad. Que digan todos.... Pero ¿para qué me canso? ¿Para qué os fatigo? si todos sabéis que en donde reina el pecado no está Dios , y que en donde no está Dios, todo es horror, todo miseria , todo calamidad y todo infierno?

Sea nuestra España la prueba de estas verdades, y veamos lo que fué con la virtud, y lo que es ahora con el pecado. ¿Se ha visto acaso en todo el orbe una nacion tan grande, fuerte y poderosa como la Española mientras que fué fiel á su Dios, y aborreció los pecados públicos?

En la capital de Castilla, señores: en la capital de Castilla estaban los reyes católicos cuando recibieron la noticia de que los españoles habian descubierto y conquistado nuevos mundos. En todos los templos de nuestra monarquía se celebraron sucesos tan faustos: en todas partes se predicaron, dando gracias á Dios, los triunfos y victorias que alcanzaron nuestros mayores en rejiones desconocidas. De esta provincia salieron héroes esclarecidos que llevaron nuestra religion santa al grande imperio de Tiber, y á las dilatadas provincias del Congo, del Nepar y Angola. Nuestros padres pusieron la cruz de Jesucristo sobre las cimas de los

Andes, invocaron los dulcísimos nombres de JESÚS y de MARIA entre los Bonzos, Lamas y Bracmanes de India, convirtieron sus pagodas en templos santos, é hicieron que el mundo entero reconociese á nuestra metrópoli como á la Señora de mil provincias, como á la Reina de los reinos conocidos, como á la nación poderosa que influia en la suerte de los mil millones de habitantes que tenia toda la tierra. ¡Qué recuerdos estos tan dulces! ¡Oh! ¡Y cómo se recrea el alma al recordar las glorias de nuestra patria sin pecados! Los virtuosos españoles arrojando de su suelo á los sarracenos, confundiendo á los albigenses, luteranos y calvinistas, y librando á la Europa de la general conflagración del siglo XVI hicieron ver á las naciones lo que es un pueblo que tiene á Dios por su Señor, atragaron las bendiciones del cielo sobre nuestro reino, y la prosperidad, la abundancia, la paz y la gracia eran los frutos que producian las virtudes españolas.

Pero desaparecieron como rápidas y fugaces sombras tantas dichas. El pecado con sus furias penetró en esta escojida tierra de Gesen, y se ha convertido en llanto nuestro gozo. Hemos ofendido á Dios con pecados que no conocieron nuestros padres: hemos abierto las puertas á la gran Bestia del Apocalipsi, y no: no es ya nuestra España la Jerusalem santa de los hijos de Dios. Es mas bien un Egipto abominable, una Sodomia impura, una Babilonia adúltera llena de profanaciones. Decidlo si no vosotros hombres y mugeres de cuarenta años: decid si esta es la España en que nacisteis, os educásteis y tomásteis estado. ¿No os enseñaron vuestros padres como los suyos al jóven Tobías á temer á

Dios y á huir del pecado? ¿No os apartaban de todo lo malo diciéndolos: «Hijos míos no pequeis porque Dios castiga á los malos con el infierno?» En vuestra juventud, ¿no os aterrorábais y estremecíais cuando se cometía un pecado público?

¡Y ahora! Y en estos días de impiedad, de irreligion, de libertinaje, de desenfreno y de escándalo, ¿qué es lo que vemos, oímos y palpamos todos? Vemos á los grandes y pequeños del pueblo blasfemar públicamente de Dios, de María Santísima y de cuanto respetan los cielos y la tierra. Vemos una sociedad pervertida, presa de la ambición que la devora, víctima de los desórdenes que la consumen, ludibrio de los que la desprecian; y objeto de las venganzas de un Dios que ha levantado el brazo para castigarla como á las ciudades nefandas de Pentapoli. Vemos... Pero ¿necesito yo decíroslo? ¿No sabéis como nos hallamos? Nuestro estado ¿puede ser mas calamitoso? Pues todo, amables oyentes, todo es afecto y engendro del pecado. Del pecado que siendo lo que os he manifestado hace miserables á los pueblos llenándolos de calamidades. Del pecado, que siendo tan aborrecido de J. C. no pudo sufrir á los que decían que era pecador, sino que fué á buscarlos para decirles á presencia del pueblo. ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? *¿Quis ex vobis arguet me de peccato?* Solo J. C. pudo explicarse así. La santidad esencial, el esplendor del padre, el verbo de donde dimana todo ser, toda perfección y virtud; en que no cabe el menor defecto y que por quitar los pecados del mundo tomó todas nuestras fragilidades menos el pecado; como lo expresa el apóstol, queriendo hacernos san-

tos dejándonos en su santísima vida y costumbres edificantes modelos y ejemplares que imitar se presentó ante sus enemigos, y diciéndoles: «¿quién de vosotros me convencerá de pecado?» Demostró á los hombres todos que el que se ponía á su cabeza para salvarlos y llevarlos á la gloria, era la virtud personificada, la santidad misma, el Pontífice eterno de que nos había san Pablo. Si pues tenemos tal Padre, tal Maestro, tal Señor y tal Dios, procuremos todos hacernos dignos de ser sus hijos, sus discípulos, sus siervos útiles, y démosle gracias por habernos librado de la esclavitud del pecado, y colocádonos en el de su religión santa. No mas pecar; no mas ofender á Dios: tenemos un Redentor sin la menor mancha, que nos manda y enseña el camino de la virtud que ha de conducirnos al cielo, y en seguirlo consiste nuestra dicha y felicidad. Sigámoslo pues aborreciendo el pecado, creyendo en sus celestiales doctrinas, amándolo como nos ama, y esperando con fiada en sus promesas inflexibles para ser participantes de su felicidad inmensa en la gloria. Amen.

A. M.

SERMON

PARA LA DOMINICA V DE CUARESMA,

La fuerza irresistible de la verdad nos condena y hace inescusables si no la creemos y obedecemos.

Si veritatem dico vobis ¿quare non creditis mihi? Si os digo la verdad ¿por qué no me creéis? Joann. cap. 8.

Ya habia Jesucristo manifestado su celestial doctrina á los hombres, habia enseñado la moral mas sublime, mas santa y mas pura comprobándola con sus milagros, y sus discursos llenos de conviccion á que jamás pudieron contestar sus mas poderosos y declarados enemigos. Si bien es verdad que muchos creyeron en él y le seguian; si algunos se habian declarado abiertamente por discípulos suyos, y otros lo eran en oculto por miedo de los escribas y fariseos, tuvo sin embargo el desconsuelo de no ganar el corazon de estos, endurécidos en el mal y obstinados siempre en resistirle y contradecirle, cuando debieran ser los primeros á examinar su doctrina sin pasion y á buscar sinceramente la verdad. Tuvo el desconsuelo de quejarse de su incredulidad, y para hacerlos del todo inescusables los dijo públicamente en el

templo segun nos refiere san Juan en el evangelio de este dia: *Si veritatem dico vobis quare non creditis mihi? Si os digo la verdad quare no me creis?* ¿Quién de vosotros se atreve á argüirme y convencerme de que mi doctrina es falsa, de que anuncio la mentira, de que obro por interés ó de que soy reo de algun otro pecado? Y si nada de esto hay, si no podeis menos de confesar que os anuncio la verdad, ¿por qué no me creis? ¿Hallais en mi doctrina alguna cosa que no merezca fé, ó no sea digna de crédito? El que es de Dios, continuó Jesucristo, el que busca y desea imitar y seguir á Dios, oye con gusto y con devocion sus palabras y su doctrina; vosotros no quereis oirla y mucho menos creerla y obedecerla porque no sois de Dios, porque Dios os ha reprobado y dais bien á conocer con vuestras obras que no sois del número de sus escogidos. ¿No decimos nosotros con sobrada razon, contestaron los fariseos, que eres un Samaritano, enemigo declarado de la religion de Israel y que hablas y obras por virtud del demonio?

Este fué el desconsuelo de Jesus, que tuvo que ocultarse y salir del templo por evitar el furor de los judios que despues de ultrajarle y blasfemarle comenzaron á tirarle piedras para herirle y matarle; y tal fué la conducta de los escribas y fariseos. ¡Ojalá que los ministros del Señor nouviésemos motivos para quejarnos de tantos como desde los fariseos hasta nuestros dias han hecho todo su empeño y puesto su gloria en resistir á Jesucristo y cerrar sus ojos á la verdad que anunciamos en su nombre! Aun en medio de nosotros, entre los cristianos educados desde sus principios en la fé y doctrina del evangelio, y tal vez por pa-

dres y maestros virtuosos, hallamos muchos, que niegan sus oídos á la religion de Jesucristo y la doctrina de eterna verdad. Unos que como los escribas y fariseos la desprecian abiertamente, la insultan y no quieren creerla, y otros que la oyen, la creen, y aunque formalmente no la desprecian, la miran con frialdad é indiferencia y no la obedecen ni practican lo que ordena y dispone. Contra los unos y los otros reproduco en este día la queja de nuestro divino Salvador. *Si veritatem dico vobis quare non creditis mihi? Si os digo la verdad quare no me creéis?* Quiero haceros ver la locura y la insensatez de los que se empeñan en cerrar sus ojos para no ver la luz de nuestras verdades religiosas; lo reprehensible de su obcecacion y dureza; voy á declarar á unos y á otros que la fuerza y conviccion irresistible que lleva consigo la verdad, nos condena y hace del todo inescusables si no la creemos y obedecemos.

Mi desco, hermanos míos, no es otro que el del mismo Jesucristo; que todos oigan la voz del Señor; que no cierren sus oídos y su corazon á la verdad, el que todos os conozcan ¡Dios mío! y conociéndoos os sirvan, os amen y bendigan: que sean de Dios, oyendo la palabra de Dios. Y para que no la oigan ni yo la anuncie sin fruto, concedednos la gracia por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Si veritatem...

El hombre está dotado de razon, tiene una inteligencia que le distingue de los brutos y le gobierna para discernir lo

verdadero de lo falso y lo bueno de lo malo. Hablando con un ser racional es preciso dirigirse á su razon, á su inteligencia, á la capacidad que le distingue y ennoblece y evitando la violencia que es indispensable para dirigir á las bestias, es preciso valerse del discurso, del convencimiento, de la persuasion y hacer que la razon vea, se persuada y obre, ó al menos si no se resuelve á obrar, que quede sin oscura ni pretexto. Tal fué, hermanos míos, el método que observó Jesucristo al anunciar su doctrina á los hombres, y el que encargó á sus ministros para los siglos siguientes hasta el fin del mundo. No se hizo rodear de un ejército terrible que le hiciese respetable, ni de una magestad visible y terrena que pudiese preocupar los ánimos; quiso que todo el triunfo fuese de la verdad y que los hombres al abrazar su doctrina no hiciesen otra cosa que seguir la propension natural de su razon á adoptar todo lo que reconocen por verdadero. Anunció cosas grandes, misterios sublimes y superiores á la razon limitada del hombre, pero en prueba de que su doctrina era verdadera obró los mayores milagros, hizo las demostraciones mas públicas, mas palpables é irresistibles: hechos que presenciaban todos, que estaban al alcance del ignorante y del sábio, y que convencian á cuantos no querian cerrar sus ojos y obstinarse en negar lo que veian, que no podian obrarse sino con un poder divino. Vino á iluminar al mundo, y su oficio fué enseñar, predicar, persuadir, y nada mas encargó á sus discípulos sino ir por todo el mundo y hablar al entendimiento de los hombres, enseñarlos su doctrina, lo que habian oido y visto. No quiso que le creyésemos por su palabra, y aunque la fô,

el don de creer en Jesucristo y la dicha de abrazar su doctrina y abrirla en el corazon para nuestra salud es una gracia sobrenatural, que Dios dá, como quiere y á quien quiere, las pruebas y testimonios con que la anunció Jesucristo, los milagros tan públicos con que la confirmó, los discursos tan sólidos con que persuadia que él era el enviado para la salud de los hombres, la muerte al fin, con que la selló, y despues su resurreccion y ascension á los cielos, nos la hacen tan creíble, que no podemos escusarnos de admitirla sin resistir á nuestra razon y obrar contra la propension de nuestro entendimiento. Nada hay repugnante en la doctrina de Jesucristo, nada en que se halle contradicción, nada que no sea verdad. Lejos de temer el exámen y la discusion, Jesucristo mismo desafía á sus enemigos y los dice: que exámenen su moral, que registren las escrituras, que miren á todas luces sus obras, que descubran la realidad de sus milagros, que diga alguno si se atreve á convencerle de error, de falsedad ó de pecado: y si nada de esto podeis hacer, si no podeis menos de convenceros de que os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?

Y si consultamos con nosotros mismos ¿qué es lo que nos responde nuestro interior que debemos hacer despues que examinamos y conocemos la verdad? ¿Cuál es la maldad y depravacion de los que conociendo, ó no pudiendo menos de conocer la verdad la desprecian, la contradicen y persiguen? Tal fue la conducta de los Escribas y Fariseos de quienes se quejó Jesucristo. Los anunció la verdad, los dió las pruebas y testimonios mas claros de que él era el Mesías prometido, nada tuvieron que ech arle en cara, y sin

embargo llenos de odio y de envidia, llenos de orgullo y soberbia no creyeron en él, le ultrajaron, le escarnecieron, le persiguieron y quitaron la vida en una cruz.

Hé aquí, hermanos míos, la conducta de los impíos é incrédulos de todos siglos, de los que en todos los tiempos han cerrado sus ojos á la luz y no quieren entender para obrar con mas desenfreno el mal, de los que no solo piensan en ser malos, sino que quisieran que todos fuesen como ellos y que no se oyese en el mundo la voz de la verdad. Los anunciamos la religion de Jesus y la doctrina que trajo á los hombres para su salud y remedio, los manifestamos las poderosas razones que tenemos en favor de su divinidad, las pruebas tan luminosas y convincentes que tenemos para no dudar de que Jesucristo mismo es el autor de la doctrina que los predicamos y que ha llegado íntegra á nosotros desde sus apóstoles, y nos contestan con la insolencia que los Escribas y Fariseos á Jesus: *Bene dicimus nos quia Samaritanus es tu et dæmonium habes*. Bien decimos nosotros; en nosotros está la ilustracion y la ciencia: nosotros tenemos el magisterio de los hombres porque somos desocupados y no nos dejamos arrastrar de esos ilusos, supersticiosos, ignorantes, seductores, interesados, que se ocupan en engañar al pueblo con sueños y mentiras; de esos hombres enemigos de la humanidad, de la civilizacion, de los progresos que reclaman las luces del siglo, *bene dicimus nos, quia Samaritanus es tu et dæmonium habes*. Los anunciamos la verdad y no pueden resistir á la luz que los presentamos; y las burlas, las sátiras, las calumnias, las persecuciones, y todo género de desprecios con las armas

de que se valen para amortiguar su encono : como los Fariseos arrojan piedras á los ministros de Jesus, y han tomado estos que huir y andar errantes para evitar la saña de los enemigos de la verdad. Basta que haya un sacerdote celoso, que anuncie sin rodeos la palabra del Señor, que reprenda los vicios con una libertad evangélica, que se niegue á ciertas exigencias á que no puede acceder sin hacer traición á su ministerio, para que se pregunten ciertos hombres como los príncipes de los sacerdotes y fariseos *¿quid facimus? ¿qué hacemos de este hombre?* Para que se procure su ruina, su descrédito.... Nuestro siglo ha presenciado sobrados ejemplares, hermanos míos, y ojalá no fuese tan cierto y tan público el encono con que han sido perseguidos los ministros del Señor. *Si os decimos la verdad ¿por qué no nos creéis?* Por qué sois tan locos y tan ciegos y obstinados que no quereis escucharnos? Seremos ilusos, fanáticos, seductores, seremos de costumbres viciosas que es el apoyo mas firme que buscáis para denigrar nuestra doctrina; pero mientras que hablamos á vuestro entendimiento, mientras que con el libro sagrado del evangelio en nuestras manos os descubrimos lo que segun la doctrina de Jesucristo es lícito ó deja de serlo, mientras os decimos la verdad ¿qué tienen que ver nuestras costumbres, nuestras inclinaciones ni defectos con la doctrina pura y santa que os anunciamos como encargados de Jesucristo? Examinad, consultad, no quereamos una fé ciega, sino un obsequio racional; no rehusa nuestra religion ponerse á la prueba y las investigaciones del entendimiento del hombre: cuanto mas se la examina, aparece mas su santidad, su pureza y su origen

divino, ¿por qué no la creéis y abrazáis? ¡Luces del siglo! ¡ilustración tan decantada, fuerza del raciocinio y discurso, capacidad, nada de la fuerza bruta, tolerancia! ¡Ah! Yo apelo al significado de estas voces que con tanto ardor se recomiendan en nuestros días por los enemigos de Jesús. Yo invoco en favor de mi religión, esa decantada tolerancia, yo detesto á mi vez toda violencia y persecución; dejémos que obra el hombre con plena libertad, que examine, que compare y que elija; y yo me glorio de haber conseguido el triunfo. Cuando los hombres oigan su razón, cuando se los deje libremente elegir, cuando nada teman perder, cuando esos proclamadores de una tolerancia que no conocen ni practican llegasen á consolidarla, el mundo entero abrazaría la verdad y se ocultarían avergonzados los que siguiesen los errores. ¿En qué consiste que no quieren conocerla, ó que si la conocen no quieren abrazarla y la persiguen? En que no son de Dios, en que su malicia ha obcecado su entendimiento, en que los predominan sus pasiones y no los dejan ver la luz para seguir el camino recto, no quieren ver para no obrar el bien. ¡Miserables! Por mas que queráis cerrar los ojos para no ver el sol ¿dejará de haber sol? ¿y aunque ciento, mil, ni millones juntos os empeñéis en decir que es de noche; dejará de ser de día? Pues si la verdad de las cosas no depende de que las queráis ó no confesar; si existen y son independientes de vuestro entendimiento, si negándolas no las podeis destruir, si á pesar vuestro ha de haber infierno, gloria, un Dios justo y vengador de los malos y remunerador de los buenos ¿no es una locura el resistirse á la verdad? ¿No sois criminales

y no quedais sin excusa por no creerla y admitirla? Este es, hermanos míos, un pecado de los mas horrendos y que menos se perdonan; es uno de los pecados contra el Espíritu-Santo el poner obstáculos á la fé y empeñarse en no querer creer las verdades eternas. ¿Qué esperanza queda al incrédulo de conseguir su salvacion? Ese estado de tibieza, de indiferencia, de enfermedad en que no se escucha á la razon, es un estado de muerte semejante al del enfermo que no siente dolor alguno; es el castigo mas terrible que puede enviar Dios á un alma. Llegará un dia en que el incrédulo se desengañe con un arrepentimiento tardío y sin fruto, y conozca que erró insensatamente; que era cordura y prudencia lo que él llamaba necedad y vida sin honra, y que son honrados y amigos de Dios aquellos á quienes despreciaba y perseguia; y mientras tanto, es inexcusable en seguir en su obstinacion y ceguedad, en no creer la verdad que se le anuncia y que si no sirve para instruirle, ha de servir para castigarle y condenarle.

Dispensadme, hermanos míos, que me ocupe en haceros ver la desgracia de tantos miserables que tienen ojos y no ven, que abusan de su razon y entendimiento para oscurecer, para denigrar, para poner en ridículo las verdades de nuestra religion y nuestros misterios, para engañar y pervertir á los cristianos sencillos con máximas que tienen á dejaros sin fé, de tantos altaneros y soberbios que encenagados en los vicios quieren que sus deseos sean la ley universal y reprueban descaradamente todo lo que se dirige á reprenderlos y condenarlos. *Bene dicimus nos.* Haced, os dicen, haced y creed lo que os decimos, y no

os dejéis gobernar de esos ignorantes y fanáticos. Deber de los ministros del Señor es anunciaros la verdad y levantar su voz para que no os dejéis alucinar con la seducción y la mentira por favorable que os parezca , porque si un ciego guía á otro ciego, ambos caerán en el precipicio. Deber de un ministro del Señor es, apelar á vuestra razón y entendimiento y haceros observar que lo que anunciamos por mas que sea terrible y repugne á nuestras inclinaciones y deseos depravados, á nuestras libertades y desahogos , es la verdad : la verdad que no está al alcance de los insultos, de los desprecios, de las persecuciones, de la muerte, ni de las costumbres del que la anuncia ; que es eterna y no dejará de ser por mas que los hombres incrédulos se obstinen en negarla,

Yo doy gracias á Dios porque vosotros la creéis , hermanos míos , porque haceis profesion de ser cristianos y confesar todo lo que cree y enseña la santa iglesia católica ; porque no os avergonzáis de sujetar vuestra razón y vuestro entendimiento á los misterios que Dios se ha dignado revelarnos , porque oís con horror las impiedades y blasfemias de los incrédulos , y aprovecháis las ocasiones de oír la palabra de Dios que os anuncian sus ministros. Sin embargo , no puedo dispensarme de dirigirme tambien á vosotros con la queja del mismo Jesucristo á los judíos. *Si veritatem dico vobis quare non creditis mihi? Si os digo la verdad quare non me creéis?* Sois cristianos, y aunque hayais cometido grandes pecados, no habeis negado la fé del Padre , del Hijo y del Espíritu-Santo. ¿Pero de qué sirve la fé con un corazón tan duro y obstinado para obrar?

¿De qué sirve oír la voz del Señor si no se cumple ni obedece lo que manda? Los Fariseos también oyeron á Jesucristo y quedaron en sus vicios y pecados, ¿Por qué género de contradicción con la verdad y con vosotros mismos creéis y confesáis una cosa y no la practicáis? Traed á la memoria las verdades que se os han recordado y puesto de manifiesto en esta santa cuaresma, recordad la necesidad de seguir á Jesucristo por la mortificación; por el ayuno, por la penitencia; recordad que el camino del cielo es angosto y la puerta de la gloria muy estrecha, y hay que violentarse para entrar por ella; recordad los mandamientos del Señor y entended que ni el blasfemo, ni el jurador y maldiciente, ni el envidioso, ni el lascivo, ni el avaro, ni el ladrón entrarán en el reino de los cielos; que es necesario cumplirlos todos para conseguir la vida eterna; y si os digo la verdad ¿por qué no la creéis? ¿por qué vivís como si no creyérais estas verdades eternas, como si no hubiérais de morir, como si no hubiera gloria que esperar ni infierno que temer, como si no hubiera Dios á quien nada se oculta, á quien no podemos engañar? Por lo común, nos formamos nuestro método de vida, abrazamos ciertas prácticas religiosas y con facilidad nos desentendemos de otras que nos mortifican, nos formamos una piedad y una religion que no es la de Dios, sino nuestra particular, ¿qué razón hay para que no la cumplamos y observemos toda? Si os digo la verdad ¿por qué no la creéis? ¿Habrán excusas ó pretextos con que justificarnos? ¿podremos alegar alguna ley contra la ley del mismo Dios? No, hermanos míos, ni es este el camino que debemos tomar ni lo que nos persuado

la razon. El Señor nos habla por su ley, por sus milagros, por su doctrina, por sus ministros, por las inspiraciones interiores de su gracia, por los favores que nos dispensa, por la sabid que nos concede, por la enfermedad que nos envia; cada dia; cada momento que vivimos es una gracia y una voz del Señor que nos habla al corazón. Las guerras, las calamidades públicas y tantos y tan inesperados sucesos como pasan á nuestra vista, nos dicen bien claro que hay una providencia que rige á los mortales, que todo está bajo su cuidado, y nos declaran la nada de las glorias y placeres del mundo. Lo que debemos hacer es oir estas voces y clamores de la verdad y no cerrar nuestros corazones á ellas. Creer las palabras del Señor y cumplirlas. *Siquis sermonem meum servaverit, mortem non videbit in eternum.* «El que » guarde y observe mis palabras no morirá eternamente.» dijo el mismo Jesucristo á los fariseos, ¿quereis tener un fin dichoso, ó una vida sin fin y llena de consuelos? Pues hé aquí los medios: vivir segun las palabras de Dios, llegarnos á él desde ahora por la fé que obra animada de la caridad. Creamos, hermanos míos, creamos á un Dios que nos habla la verdad, y nos hace inescusables, si no le creemos y obedecemos, nos hace mas reos y dignos de mayores castigos, si despues de conocerle y confesarle no le amamos. Creamos con una fé viva que nos dé, no solo el creer, sino tambien el obrar lo que creemos; con una fé firme que no desmaye en las contradicciones, en los trabajos y en la tribulacion, que puesta á la prueba de la persecucion y la muerte lo sufra todo y esté dispuesta á sacrificarlo todo; con una fé devota que procuremos alimentar con lo

ejercicios y prácticas piadosas, las lecturas y conversaciones santas y con todo lo que ayude á sostenernos y apoyarnos en el camino de la virtud. Creamos con fé y con el debido respeto y sumisión las palabras del que es nuestro Dios, nuestro Padre, nuestro Salvador y que no quiere ni nos habla sino para nuestro bien. El oír y obedecer á Dios, el escuchar sus palabras es señal de predestinación, señal de ser elejidos para su gloria. El que es de Dios oye las palabras de Dios, y oyéndolas y guardándolas viviremos eternamente. *Mortem non videbūt in æternum.* Llegáremos á ver á Dios en sí mismo que es la verdad por esencia; quien saciará todos nuestros deseos, iluminará nuestro entendimiento y será él mismo nuestro premio para siempre. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA EL MIERCOLES DE LA V SEMANA DE CUARESMA.

Sobre las ovejas que oyen la voz de Jesucristo.

Oves meæ vocem meam audiunt. Mis ovejas escuchan mi voz. Joan. c. 10, v. 27.

Os acordais, amados oyentes, de lo que se os ha predicado en esta santa cuaresma? Teneis presentes los prodigios y maravillas que obró Jesus en la Palestina para probar su divinidad, instruir á los hombres con sus doctrinas celestiales, establecer su religion santa en el mundo y hacer de la tierra un peldaño para subir al cielo? No habeis reconocido en Jesucristo un Dios santo, fuerte y omnipotente, piadoso y lleno de misericordia, benigno y siempre inclinado á hacer bien á los que vino á redimir para llevarlos á la gloria? Pues asombraos. Los Fariseos testigos presenciales de su santidad, de su poder y bondad, poco satisfechos de las

curaciones y otros milagros estupendos, concibieron la peregrina idea de reconvenir y decir á nuestro amable Redentor. ¿Hasta cuándo nos tienes en suspension? Dinos claramente si tú eres Cristo Hijo del Dios vivo. « Jesus les respondió. Os lo digo á todas horas y no me creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí: pero vosotros nada quereis creer porque no sois de mi rebaño. Mis ovejas oyen mi voz..... me siguen y yo las doy la vida eterna. *Oves meæ audiunt vocem meam.... et seguntur me. Et ego vitam æternam do eis.* Es decir, según Dionisio Cartusiano. Vosotros que incrédulos y contumaces en el error rechazais mi doctrina negándoos á obedecer mis preceptos; que ningun aprecio os merecen mis obras caracterizadas con el sello de la divinidad y teneis á menos el ser buenos como yo lo soy, os hacéis indignos de pertenecer á mi rebaño. Mis ovejas, ó los hombres nutridos con mi gracia, fortalecidos con mi espíritu, alimentados con la ley evangélica y obedientes á las inspiraciones interiores oyen mi voz; me siguen y yo les doy la gloria eterna que nadie puede quitarles. *Oves meæ vocem meam audiunt.*

Esta, amados míos, es la parte principal de la historia expresada en el evangelio de este día. ¿No os parece de suma importancia para los que quieren salvarse y ser eternamente felices? Pues lo es en grande manera, dicen los santos Padres, en quienes me apoyaré para demostraros: que los que oyen la voz de Jesus y obedecen sus preceptos; siguen sus doctrinas y abrazan su cruz; mueren al mundo y viven con la vida de la gracia, tienen la dicha de ser del

número de las ovejas á quienes ha de dar la gracia , la virtud y la gloria que nadie podrá arrebatárles. El cielo quierá poner palabras adecuadas en mi lengua para haceros percibir la verdad propuesta. La misericordia de nuestro Dios infunda en vuestros corazones un vivo y eficaz deseo de seguir á nuestro Redentor por el camino de las virtudes de que es nuestro ejemplar y modelo. Dígnese el Pastor eterno reconocernos por las ovejas que oyen su voz y lo siguen.

Esto , Dios mio , os pedimos , por medio de la divina pastora encargada de hacer entrar en vuestro redil á los que habeis predestinado para la gracia y para la gloria. Oid benigno nuestras súplicas tan siquiera porque las unimos con las que os hace en favor nuestro, nuestra Madre Maria Santísima á quien decimos reverentes con el Angel.

A VE MARIA.

Opes meæ vocem meam audiunt.

La voz de Dios es omnipotente. Hasta la Nada , por decirlo así , la oyó y no pudo resistir á sus preceptos. Ella estableció los cielos , dió á la tierra su consistencia y fecundidad, proveyó al universo las leyes eternas é invariables que lo gobiernan y dirigen hácia su destino. Por su viriud se para el sol en su carrera, los mas duros peñascos brotan agua en abundancia, se detienen los rios en su curso , se

consolidan las aguas, y hablan los huesos áridos de los difuntos. Habla Jesucristo y el mar se humilla; las tempestades se calman, los sepulcros vomitan vivos á los que trajeron muertos. Abre su boca santísima el Redentor del mundo, y los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos se limpian, los sordos oyen, los mudos hablan y los muertos resucitan. Aun mas. La voz de Jesus convirtió y santificó al mundo, triunfó de la idolatría, domó el vicio y la impiedad, destruyó los cedros del Líbano y abatió el orgullo de las potestades de la tierra. Ella anunciada por doce pescadores sin cultura, sin elocuencia y sin arte se dejó escuchar de todo el universo, persuadió á los filósofos, confundió á los disolutos y convenció á los incrédulos y ateístas. La sabiduría humana, la razon orgullosa, las pasiones desenfrenadas, la inclinacion á los deleites, el amor á las riquezas, el desco de la propia conservacion, todo, todo se rindió, todo cedió á la virtud omnipotente de la voz de nuestro Dios, y todo se halló en su lugar oyendo al Dueño y Señor de la naturaleza y de la gracia. Siendo esto así: haciéndose oír la voz de Dios hasta en los abismos; no pudiéndose envejecer ni debilitar su virtud ¿en qué podrá consistir que hoy sea tan poco eficaz entre los mismos que hacen solemne profesion de oírla y seguirla para conseguir la felicidad eterna? Como la voz que se dejó oír de Saulo, convirtiéndolo de perseguidor de la iglesia en vaso de eleccion, ¿no puede penetrar al parecer en los corazones de los hombres orgullosos que obtienen el imperio del mundo? Dios habla, Dios predica, Dios amenaza y Dios castiga: los pecadores sin embargo, siguen endurecidos, entregados á sus disolu-

ciones y parodiando la conducta de los Fariseos reprendiéndolos severamente por Jesucristo en el evangelio de este día. ¿En qué, vuelvo á repetir, consiste esto? Nuestro Salvador lo dice: en que semejantes contumaces no son del número de sus ovejas, *por culpa suya*, como lo prueba el Doctor angélico diciendo: «que así como nadie puede ver la luz » si no le ilumina el sol: pero que si nos empeñamos en » cerrar los ojos no podremos ver, sin que en esto tenga » parte el astro luminoso; del mismo modo el pecado original ó el actual es causa de que aunque seamos iluminados por Dios no veamos la luz de la fé, no oigamos su » voz, no la sigamos, ni seamos de los escogidos.» (Sanct. Tom. in Joan). Toda la culpa es nuestra cuando nos decidimos á cerrar los oídos por no oír la voz de Jesús que nos llama á su amoroso aprisco. Nosotros somos los que no queremos ser del número de sus ovejas dóciles á su voz para seguirla. Los que no queremos entender el bien por no obrarlo: los que prestando atención á las pasiones nos dejamos arrastrar de ellas haciéndonos entre sus inmundicias indignos de oír la voz sonora y penetrante de la gracia que escuchan con tanto placer las almas que conocen á Jesús y lo siguen.

Queréis, amados míos, ser ovejas de Jesucristo, oír su voz omnipotente y contar con la vida eterna? Pues obedeced los divinos preceptos, seguid las doctrinas de Jesús; abrazad su cruz, y dejando la vida de los mundanos, vivid con la de la gracia. Imitad á san Pablo, que aunque pecador y perseguidor de la iglesia, en cuanto oyó la voz de nuestro Redentor que le dijo: «Saulo, Saulo: ¿por qué me

persigues? al momento contestó: «Señor: *¿qué quieres que yo haga? Domine, ¿quid me vis facere?* Al pronunciarse estas palabras, se hizo oveja de Jesucristo, se propuso seguir la voz del que lo llamó, y sin dar mas treguas obedeció á su Señor, se bautizó, fue declarado *vaso de elección* destinado á llevar el nombre de Jesus y su religion santa por todas las naciones de la tierra, y sin reparar en los obstáculos de la carne y de la sangre, como el mismo lo dice á los de Galacia, (Gal. 1, v. 16,) jamás pensó mas que en ser lo que fue, oveja de Jesucristo atento á escuchar la voz del Pastor eterno que ha ofrecido la gloria á los que lo siguen. Hijos míos, hagamos nosotros lo mismo. Mil y mil veces al dia resuena en nuestro corazon una voz enérgica y demasiado perceptible que nos dice: «Pecador, pecador, ¿por qué no dejas el pecado y te conviertes? ¿Por qué persigues á Jesus que te salvó á costa de su sangre preciosísima, te iluminó con su gracia, te llama á su redil, y quiere ser tu Padre, tu Maestro, tu amigo y tu comida y bebida en la tierra para hacerte feliz en el cielo? ¿Por qué te niegas á oír la voz de salvacion que ha llenado de justos la tierra, de virtudes la iglesia y de bienaventurados las mansiones que el Padre celestial tiene preparadas para los que oyen y siguen á su Hijo querido en quien tiene sus complacencias? Respondamos y digamos nosotros como el apóstol de las gentes: «Señor Dios nuestro: ¿qué quieres que hagamos?» y sin detenernos resolvamos obedecer sus preceptos, seguir sus doctrinas, abrazar su cruz, dejar los vicios y pecados, y practicar las virtudes propias de nuestro estado. De este modo, nosotros seremos aquellos de quienes dijo Jesucristo:

«Mis ovejas oyen mi voz, la siguen y yo les doy la vida eterna que nadie les podrá quitar.» Así, Jesucristo reinará en nosotros, arderemos con el fuego de la caridad, y esta reina de las virtudes nos pondrá á cubierto de todos los vicios que pudieran impedirnos oír la voz celestial y divina del Pastor de nuestras almas. ¿No es esto deseable? Pudiéramos apetecer mayor dicha que la que hallan los justos en los abrazos deliciosos de aquella caridad que, según san Juan es una misma cosa con Dios? (I. Joan, c. 4, v. 16.) Pues á lograr esta preciosa margarita, católicos! á conseguir este tesoro, en cuya comparacion nada valen todas las riquezas de la tierra: á la caridad para ser ovejas de Jesus destinadas á la muerte en esta vida, y á la gloria en la eterna. ¡O si nos decidiésemos á ser caritativos como deben serlo todos los fieles! En este caso ningun vicio afearia la sociedad cristiana; porque como lo dice el apóstol (Corint. capítulo 13.) «La caridad es paciente y benigna: la caridad
 » no tiene celos, no obra mal, no se ensoberbece, no es
 » ambiciosa, no busca sus propios intereses, no se irrita,
 » no piensa mal de nadie, no se alegra de la iniquidad sino
 » de la verdad: todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espe-
 » ra, todo lo sufre.» Ved aquí todas las virtudes informa-
 das por la madre y señora de todas ellas; notad bien los actos de la caridad, tened presente que el que permanece en ella, permanece en Dios, y convenceos de que obligándoos esta gran virtud á obedecer los divinos preceptos, á seguir las doctrinas evangélicas, á abrazar la cruz y á vivir como conviene á los hijos de Dios, os señala por ovejas de Jesucristo que oyen su voz y se hacen dignas de la gracia

y de la gloria prometida á los que creen, esperan y aman, como creyeron, esperaron y amaron todos los escogidos que edificaron al mundo con sus virtudes. Con que, caridad hijos míos, caridad repetiré aunque os parezca molesto, pues que con ella tenemos lo bastante, como lo dice el Evangelista.

Amad á Dios con todas vuestras potencias y sentidos; entregaos á Jesus, y creed que este es vuestro fin, vuestro centro, vuestra santificacion y vuestra gloria. Despues de mas de seis mil años que trabajan los hombres en hacerse felices, ninguno ha encontrado hasta ahora cosa que llenase perfectamente sus deseos. Pero elévense hasta Dios, únense con J. C. y desde este punto, seguro es que experimentarán una paz, un consuelo, una dulzura, un gozo y un placer que no es posible hallar en todos los objetos criados. Y si esto sucede en este valle de lágrimas al que ama á Jesus y cumple con sus divinos preceptos: si las ovejas que oyen su voz y lo siguen experimentan delicias inefables en esta vida, ¿qué será cuando su Pastor divino les dé la vida eterna en el cielo? Allí cuando Dios se comunica al alma; allí cuando Dios se entrega todo á ella sin reserva; allí cuando el alma entra, se engolfa, se anega y por decirlo así, se pierde en la felicidad del Señor, ¿qué dicha será la de los que oyen la voz salvadora de nuestro Redentor y la siguen? Inmensa, incomprensible, infinita, digna de que nos ocupemos dia y noche en los medios que pueden proporcionárnosla.

Pero volved la consideracion hácia otro lado, y reflexionad sobre la suerte de aquellos á quienes como á los fariseos dice J. C. «Vosotros no creéis, porque no sois de mis

ovejas,» y vereis si es envidiable y preferible. Estos que no creen porque no son ovejas de J. C.: son los que despreciando los divinos preceptos, las doctrinas evangélicas, la cruz y las virtudes que simboliza se entregan al lodazal inmundo de los vicios mas abominables en que por su culpa no les es dado el oír la voz virtuosa del divino Pastor. En tal estado miran con horror las formas de nuestra santa y adorable religion, odian sus misterios, sus dogmas, sus máximas y doctrinas, y adhiriéndose al partido del diablo se afilian en sus banderas y en ellas son lo que se ve, se siente y se palpa en esos libertinos é impíos insolentes que blasfeman de Dios y de su iglesia santa porque no oyen la voz de Jesus ni quieren seguirla. A cada uno de estos insensatos les está reservada una infamia eterna, una pena desolante, una afliccion superior á todo consuelo, á todo alivio, á todo remedio. Ellos viven ufanos entre sus algazaras y diversiones pecaminosas; semejantes á los sodomitas rodean la casa del justo para hacerle prevaricar; comen á todo pasto la iniquidad; pero... ¡Ah! serán sorprendidos en su carrera criminal por el encargado de premiar la virtud y de castigar el pecado, y todo su gozo fantástico se convertirá en un dolor profundo y eterno. *No sois de mis ovejas*, les dirá Jesucristo. *No os conozco*, les repelirá un Dios irritado contra los que no quisieron oír su voz llena de consuelo y felicidad. *No os conozco* malditos de mi Padre; no estais en mi redil; sois objeto de mi furor, y por toda la eternidad me encontrareis airado contra vuestra maldad insultante y provocativa. *No os conozco. Nescio vos.* ¿Querayo que mas espante, que mas aniquile, que mas desespere que aquellas pala-

bras omnipotentes? ¿Quereis que se os digan á vosotros? Consentireis con vuestra conducta desarreglada que Dios dé orden al ángel exterminador para que os confunda como á los de Sodoma y Gomorra y os precipite en el lugar de los tormentos eternos? Teneis valor para sufrir todo el rigor que envuelven las palabras, «no sois de mis ovejas. No os » conozco» pronunciadas por el Juez de vivos y muertos infinitamente ofendido?

¡Ay Piadoso Redentor de nuestras almas! Heced que comprendamos el sentido de vuestras espresiones, y concedednos vuestra gracia para que traguemos en esta vida toda su amargura, y nos libremos de oirlas de vuestra boca á la puerta de la eternidad. Vednos aquí Señor suplicando y diciendo con el Salmista *confite timore carn es meas: á judiciis enim tuis timui*. «Penetrad todo mi cuerpo de vuestro santo temor, para que este estremecimiento saludable me » libre de vuestros terribles juicios.» (Ps, 118.) Quere-
mos, Dios mio, ser vuestras ovejas obedeciendo vuestros di-
vinos preceptos, siguiendo vuestras doctrinas de salvacion,
abrazando vuestra cruz, y viviendo en los apacibles taber-
náculos de los justos que creen con fé viva, que esperan con
esperanza firme y os aman con una caridad ardiente y acen-
drada. Ayudadnos con vuestra gracia: convertenos y nos
convertiremos; resuene vuestra voz en nuestros oidos y no
se aparte jamás de nuestro corazon dispuesto á oirla y se-
guirla como la oyen y siguen vuestras ovejas.

¿No son estos vuestros sentimientos? ¿No deseais vivir
al lado del Pastor divino que os llama para que lo sigais has-
ta introducirnos en aquella mansion de paz, de dulzura y fe-

picidad que el Padre celestial prepara á sus escogidos? Pues si lo son, Dios se ha dignado bendecir mis palabras. Su voz omnipotente se os ha comunicado por medio del mas indigno de sus ministros; la gracia ha triunfado en vosotros: porque siendo ovejas de J. C. en sentir de san Agustin, todos los que creen en su evangelio santo, los que siguen sus doctrinas, aman á su Redentor y entran en el redil de su iglesia inmaculada (Tract, 48.) vosotros sereis de su número, y recibireis del Pastor divino la vida eterna que ha prometido á sus ovejas en la gloria que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON

PARA EL JUEVES DE LA V, SEMANA DE CUARESMA.

Caractères de una verdadera conversion.

*¿Vides hanc mulierem? ¿Ves á esta mujer? Luc. cap. 7,
v. 44.*

Una mger famosa por sus escándalos, altanera y soberbia, demasiadopreciada de sí misma, llena de vanagloria por su hermosura y sus dotes naturales, entregada á la vanidad y derramada en los deleites: una muger cuyos pensamientos y ocupacion principal era adornarse y procurarse todo el lujo y los aderezos de la moda y del escándalo para llamar las atenciones y realzar su hermosura con todos los medios del arte, cuyas miras eran ver y ser vista y quitar las almas á Dios para rendirlas á su hermosura y servicio; una muger ocupada en encender el amor profano, y que no se avergonzaba de encenderse en él ella misma, que tenia sus glorias en vencer en este género de guerra y conquista

diabólica y sus complacencias y deleites en quedar vencida: una muger semejante á la que nos describe san Juan en su Apocalypsi hablando de Babilonia, « rodeada de púrpura y de » grana, llena de oro, margaritas y piedras preciosas, que » lleva en su mano la copa dorada llena de la inmundicia y » abominacion de su impureza, y en su frente estampado » su nombre; Misterio; » una muger que no solamente era pecadora, sino que habia llegado á ser el pecado de toda la ciudad, la piedra del escándolo, el lazo para coger á las almas, el olor de muerte y la muerte misma de los que la miraban y contemplaban, es admitida por Jesucristo, á su gracia y amistad, y oye de su boca que la son perdonados todos sus pecados.

Tal es, hermanos míos, el ejemplar que hoy se nos propone por nuestra madre la iglesia en el evangelio para enseñarnos: que no debemos desconfiar jamás de la salud de nuestra alma; que por enormes que sean nuestros pecados hay poder en el Señor para perdonarnos; por grandes que sean nuestras heridas, el Médico celestial puede curarlas y dejarnos sanos; para hacernos ver la misericordia infinita del Señor que se complace en perdonar y reducir al rebaño á las ovejas extraviadas, la bondad sin límites del Señor que recibe al pecador en cualquiera hora que le busque siempre que venga á él arrepentido, contrito y humillado, siempre que haga penitencia y se convierta de veras á su Dios.

Esto es únicamente lo que Dios exige de nosotros y para lo que voy á proponeros á la muger pecadora del evangelio por modelo: *¿Vides hanc mulierem? ¿veis á esta mu-*

ger? Examinemos y contemplémosla; hermanos míos, fíjemos la atención en sus pasos, en su silencio, en la mas mínima de sus acciones, descubramos lo interior de su alma y hallaremos los caracteres de una verdadera conversion. Desgraciadamente la hemos imitado en nuestros estravios y vida licenciosa; y nuestra dicha depende de que la imitemos en su penitencia y conversion verdadera. No basta que admiremos las resoluciones de esta santa muger, no basta contentarnos con saber lo que hizo, si no nos movemos á seguir el camino que ella emprendió, y á formarnos una nueva vida, un nuevo corazon, una criatura enteramente distinta como lo vemos en esta pecadora amante del Señor.

Ni yo acertaré, Señor, á proponer debidamente á mis oyentes este ejemplar de una verdadera conversion, ni estos darán un paso para convertirse, sin embargo de que sean instruidos del modo de hacerlo, si no nos asistis con vuestra divina gracia. Favorecednos con ella por la intercesion de vuestra Madre á quien saludamos diciendo con devocion y ternura como á Madre de pecadores:

AVE MARIA,

¿Vides hanc mulierem...?

Hé aquí á lo que podemos reducir la conducta de la pecadora convertida que celebramos y recordamos en este

dia. Abandonó sus escándalos y pecados; buscó á Jesucristo y no volvió jamás á los vicios una vez perdonados; y tal debe ser la conversion del pecador para ser verdadera. Abandonó sus vicios, se apartó del mal, rompió enteramente con el mundo, con sus vanidades, con sus costumbres, miramientos y respetos. Este es el primer paso que debe dar el pecador y este es el escollo mas fuerte donde se estrellan las conversiones. Es imposible unir á Dios y al pecado; el Señor quiere que le entreguemos todo entero nuestro corazón y no es posible que reservemos parte alguna para las criaturas. Conoce á su pesar el pecador que al fin le es indispensable abandonar los placeres y los ídolos á quienes adora, que su Dios no se paga de promesas ni admite servicios que se le hacen á medias, que le es preciso empezar su conversion destruyendo enteramente sus pecados, renunciando á sus deleites, separándose de las compañías, huyendo hasta de las ocasiones, sacrificando sus inclinaciones mas gustosas, rompiendo los lazos de envejecidas amistades, de fuertes compromisos y de todo lo que le une y estrecha al pecado y puede hacerle volver al pecado; lo sabe, lo conoce, quiere hacerlo, y sin embargo no acaba de resolverse. Aun tengo tiempo se dice al poner los ojos en su conciencia. La edad, los intereses, el respeto humano y hasta prelestos de honor y religion se hacen valer para no abandonar la mala vida y dilatar la conversion. Dejaré pasar algunos años y despues trataré de arreglar mi vida y morir bien. Perderé los intereses que me proporciona el servir á un avaro en sus tratos injustos; pereceré de hambre si abandono una amistad escandalosa de que pende mi subsistencia, el mundo

dirá que me separo de una casa que tanto he frecuentado, se reirá de mi virtud, descubriré lo que no conviene que se sepa, decaerá mi honor y reputacion, mi familia y el lujo de mi casa se reducirá. Vosotros sabeis bien, hermanos míos, los estorbos grandes y las fuertes dificultades que ofrece el salir de los vicios y lo mucho que se teme á los respetos humanos. El hombre pecador se hace los cargos y se satisface á sí mismo con ponderar el *qué dirán*, y no hay gracias á que no se resista, remordimientos contra que no se obstine, temores que no desprecie y obligaciones que no abandone. Pretende engañarse miserablemente y pasa la vida queriendo y no queriendo convertirse, en una guerra interior como confiesa de sí mismo san Agustín, conociendo el bien y siguiendo el mal, apeteciendo la virtud, y sin acabarse de resolver á desentenderse del vicio y romper los lazos que le atan al pecado. Esta primera resolucion, este primer paso podemos decir que es la puerta estrecha en la que hay que hacerse violencia para entrar, y que deja el camino espedito para seguir adelante.

La edad, la hermosura, las galas, cuanto el mundo y los placeres tienen de mas lisongero, todo lo gozaba en abundancia la famosa pecadora del evangelio; sus tratos y relaciones escandalosas; el mundo que la condenaria, los amigos que huirían de ella y la pondrían en ridiculo, la vergüenza de aparecer como una muger penitente y criminal; entremos en su corazon y hallaremos cuántos pretextos y razones prudentes al parecer para abstenerse de su determinacion de abandonar su vida escandalosa, se presentarian á su imaginacion al tiempo mismo de ir á resolverse, cuán-

to batallaria su alma con sus pasiones, cuántos pasos daría para volver atrás del camino que había emprendido en busca de Jesús, cuánto sugeriría á su alma el demonio y de cuántos medios se valdría para no quedar sin un alma que no solo era suya sino que le servía para la ruina espiritual de otras muchas. Todo lo pondría á su vista, todo la haría valer, pero sin embargo venció felizmente, se despojó de sus galas, cerró los ojos y los oídos á cuanto pudiera decir el mundo, abandonó sus amistades, rompió enteramente con el pecado para no cometerle mas.

Tal debe ser el primer paso del pecador en el camino de su conversion: apartarse del mal sin dar oídos á las pasiones, á las comodidades, al mundo; sin dejarse vencer de las sugerencias del demonio, ni avergonzarse de emprender una vida cristiana y sufrir las befas del mundo que se interesa en conservarnos en la perdición. Y ¿qué hace al fin el mundo, ese respeto humano que tanto nos detiene, ese fantasma que tanto nos asusta; ese corto número de libertinos que tanto tememos? El mismo reprueba y condena nuestros vicios, él se escandaliza de nuestra conducta, él nos aleja de sí con desprecio y nos abandona á nuestros remordimientos. El es el primero á desacreditarnos é infamarnos, él examina el aparato que desdice de la clase y condicion de la persona, él murmura de la frecuente correspondencia y familiaridad, él indaga los motivos y el origen de una fortuna improvisada, él se desdén de recibirnos y admitirnos en sus concurrencias y se avergüenza de tratarnos. Si este hombre fuera un profeta, decia entre sí el fariseo que convidó á Jesucristo, y lo mismo censura el

mundo de nosotros, sabria bien quién y qué vida es la de esta mujer que está á sus pies, porque es una pública pecadora. El soberbio insulta á los pecadores, y el que es irreligioso para con Dios no conoce la piedad ni la compasion para con los hombres. Es preciso abandonar todo respeto, aprovechar el tiempo, no dar neciamente largas que no está en nuestra mano el conseguir, desentendernos del pecado, resolverse, salir del mal, y buscar á Jesus.

Así lo hizo la Magdalena que en sentir de los sagrados expositores, es la misma muger pecadora de quien nos habia este evangelio, y así debe hacerlo el que haya de convertirse de verus al Señor: No fue llamada ni convidada á la casa del Fariseo, pero luego que supo que Jesus se hallaba en ella no quiso perder la ocasion, no temió que su presencia fuese inoportuna en un convite, estaba enferma y deseaba que el médico la sanase donde quiera que estuviese, temia que pasasen y no volbiesen mas los momentos preciosos de arrojarle á los pies de Jesus. No habia tenido vergüenza para escandalizar la ciudad, y no quiso tenerla para humillarse en la casa del Fariseo.

No basta, hermanos míos, no basta salir del pecado y abandonar los vicios, no basta dejar las compañías y los placeres, el mundo y los placeres nos cansan, las compañías nos abandonan y olvidan, las fuerzas se nos acaban y dejamos de pecar cuando estamos cansados de pecar, cuando el mismo pecado nos fatiga y molesta, abandonamos un vicio cuando no tenemos medios con que sostenerle, cuando la hermosura se marchita, la edad se cansa, cuando preferimos otro que nos parece mas satisfactorio y mas útil, le

abandonamos por temor, por respeto, por interés puramente temporal; nos arrepentimos muchas veces, y nuestro arrepentimiento y detestacion y abandono de nuestros vicios no es un arrepentimiento verdadero y cristiano; es preciso para lograr una verdadera conversion dejar el mal por Dios, porque Dios nos lo pide y exige que le hagamos este sacrificio, es preciso dejar el mal y buscar á Jesus como la Magdalena, al médico que ha de dar la salud á nuestras almas.

El que ha de convertirse de veras, al tiempo que se resuelve á dejar sus vicios y malos hábitos debe buscar á Dios y conocerle por la fé; reconocer en el Señor un Padre amoroso y compasivo que nos aguarda, nos convida con el perdon y nos llama á penitencia, un Salvador que vino á buscar las ovejas extraviadas, y que tiene sus delicias en perdonar; debe acudir á él por la oracion, los suspiros y los santos y piadosos deseos, con una fé viva, con una esperanza firme, con temor y humildad. La Magdalena, luego que halló á Jesus en la casa del Fariseo, se quedó atrás, se arrojó á sus pies, comenzó á regarlos con sus lágrimas, á besarlos y á ungirlos con el ungüento que traia preparado. Hé aqui el ejemplar del pecador arrepentido y el modelo que debe imitar el que ha de convertirse de veras á Dios.

Debe confundirse y humillarse, llenarse de vergüenza; no de hacer penitencia y de que los hombres vean su dolor y arrepentimiento, sino de sus culpas; arrojarse á los pies de Jesus que es el lugar mas oportuno para el pecador penitente. sin atreverse á levantar los ojos á su ros-

tro que solamente debe concederse á los santos y justos: á los pies de Jesus para que el que anduvo mal, busque los pasos rectos y se ponga en manos del Señor que le dirija.

No debe dejar pasar ocasion alguna de llorar sus pecados y regar con sus lágrimas los pies de Jesus, para que se borren y laven con este bautismo trabajoso de la penitencia todas las culpas de su vida pasada. «Las lágrimas, dice » san Pedro Crisólogo, son la lluvia que la tierra hace caer » sobre el cielo y aun mas arriba del cielo; hasta el mismo » Dios llega el rocío de las lágrimas, y estas son las aguas » de que dice el real Profeta (1): *y todas las aguas que estan sobre los cielos alaben al nombre del Señor.* ¡O » cuánta y qué poderosa es la virtud de las lágrimas de los » pecadores! Riegan al cielo, lavan y purifican la tierra, » apagan las llamas del infierno, y borran la sentencia de » la divina indignacion contra toda maldad (2).» Todos los bienes de que ha abusado el pecador y de que se ha valido para ofender á su Dios, ya sean del alma, del cuerpo ó de fortuna, debe dedicarlos y satisfacer con ellos á Dios. Asi como os habeis valido de vuestros miembros para servir á la inmundicia y la iniquidad, dice el apóstol (3), asi debeis valeros de ellos para servir á la justicia y á vuestra santificacion. Observemos á la muger pecadora á los pies

(1). Psalm. 458

(2) Serm. 93.

(3) Rom. cap. 6.

de Jesús: «comenzó á regarlos con sus lágrimas, los limpiaba con los cabellos de su cabeza, los besaba y los ungía.» Con sus ojos habia mirado con una criminal complacencia las cosas terrenas, y ahora mortificándolos por la penitencia, llora: con sus cabellos habia aumentado la hermosura de su rostro y habia provocado las miradas y deseos, y ahora limpia con ellos los pies del Señor: con su boca habia pronunciado palabras de vanidad y soberbia, y ahora besa los pies del Señor y fija su rostro en los vestigios de su Redentor. De todo quanto se valió para sus deleites y sus vicios, dice san Gregorio, hizo otros tantos holocaustos, lo que sirvió para sus crímenes, hizo que sirviese para sus virtudes, hizo que sirviese á Dios en la penitencia todo aquello con que le habia despreciado en sus culpas. Su maldad habia subido sobre los pelos de su cabeza y los hizo servir á la santidad poniéndolos á los pies de Jesús. Habia ofendido á su Dios, y llorando y besando sus pies dió señales de satisfacer y querer reconciliarse con él. Habia gastado superflua y vanamente, y ahora unge los pies del Señor, emplea los bienes superfluos en las obras de misericordia.

Preciso es que el pecador invite en su conversion á esta pecadora penitente; que se humille á los pies de Jesús, que llore día y noche sus pecados. Tanto como hemos pecado, dice san Ambrosio, es preciso que lloremos; á heridas envejecidas y profundas, es preciso que apliquemos unas medicinas fuertes y repetidas, es preciso que no sea menor la penitencia que el crimen, que recurramos á Dios y le adoremos, que nos humillemos á sus pies y llo-

remos en la presencia del Señor que nos crió. ¿Por qué ha de estar contento y alegre el que tiene su alma muerta y sumergida en la culpa? Si llora el que pierde una vestidura preciosa ¿cuánto mas debe afligirse el que ha perdido la vestidura de Jesucristo? ¿los adornos celestiales de la divina gracia? Entiende, pecador, que aunque hagas vana ostentacion de las preciosidades con que cubres tu cuerpo, tu alma está desnuda: aunque te adornes con el oro y las piedras preciosas, aunque rices y trences tus cabellos, aunque afemines tu rostro con todos los recursos del arte, entiende que si no tienes la hermosura de Jesucristo, eres una figura disforme y horrorosa: deja tus adornos, lava tus ojos con tus lágrimas. Si hubieras perdido á alguno de tus mas queridos amigos, dice san Ambrosio, llorarías y te afligirías sin consuelo. Despreciando los adornos y composturas de tu rostro, abandonando tus cabellos, con la vestidura de luto, con un semblante macilento darías á conocer el dolor y sentimiento de tu corazon. ¿Por qué no has de llorar y sentir sin consuelo y sin descanso habiendo perdido miserablemente á tu alma, teniéndola espiritualmente muerta, siendo tú mismo el féretro en que está depositada? ¿No te espantas de tí mismo y te apresuras á llorar para salir de ese estado miserable?

Puesto el penitente á los pies de Jesus como la Magdalena, no solamente debe llorar, sino que debe limpiarlos con sus cabellos y derramar sobre ellos el ungüento de sus obras. Limpia los pies de Jesus, el que socorre con sus bienes las necesidades y miserias de sus prójimos.

No basta llorar y sentir, es preciso limpiar, y esto se consigue con la limosna, amparando y socorriendo al pobre, empleando en beneficio de los necesitados, que son los pies de Jesús, tanto como se ha empleado en servir al pecado. Es preciso edificar con las buenas obras y el olor de las virtudes tanto como se destruyó con los escándalos. Es preciso besar los pies de Jesús. Los ósculos, dice san Agustín, son las señales del amor; y es preciso que el pecador no solo busque y crea en Jesús, manifieste y llore su maldad delante de Jesús, espere y confíe en Jesús, dé sus bienes y haga que sirva su cuerpo, su alma y su fortuna á Jesús, sino tambien que ame á Jesús. Observemos á la muger pecadora de este día; os he dicho que debemos examinarla y entrar hasta el secreto de su corazón; pero Jesucristo mismo nos le pone de manifiesto; oigamos sus divinas palabras: *Remittuntur ei peccata multa quoniam dilexit multum. Amó mucho*; el fuego de su caridad consumió y aniquiló todos sus pecados. *Amó mucho*, y por eso no cesó de besar los pies de Jesús. *Amó mucho*; entregó enteramente su corazón á Jesús. Y en verdad que ni las lágrimas, ni el sacrificio de sus adornos, ni aunque hubiera hecho dueño á Jesús de cuanto poseía, hubiera servido de nada si no le hubiera hecho el sacrificio de su corazón. Aunque lo hubiera despreciado y abandonado todo, todo sería inútil si se hubiera reservado para sí su corazón; pero le entregó todo entero á Jesús. *Dilexit multum. Amó mucho*; y ved lo que debe hacer el verdadero penitente; dar enteramente su corazón á Jesús; Jesús no se derrota de recibir un corazón pecador. Jesús

se complace en recibir los ósculos del pecador que le busca y llora arrepentido á sus pies. Amemos y entreguemos á Dios nuestro corazón como la Magdalena; pero entreguémosle de una vez para siempre, no le volvamos á esclavizar y sujetar á los vicios,

Una vez perdonada esta famosa pecadora, habiendo gustado las delicias y dulzuras del amor divino; habiendo hecho dueño de su corazón á Jesus, no volvió á sus escándalos, ni á buscar ni apetecer los amores del mundo. Preguntada por sus galas, sus amistades, sus diversiones, decidla qué se ha hecho de sus antiguos tratos y correspondencias, y os responderá que no ama sino á su Dios, que lo ha cambiado todo por la penitencia y mortificación, que no apetece sino el no separarse mas de su Dios, ni teme cosa alguna tanto como el volver á ofenderle. Es demasiado ingrato á Dios, hermanos míos, el que una vez perdonado vuelve á ofender á la divina Magestad. Es verdad que somos frágiles y que continuamente pecamos, que pasamos la vida en aborrecer y volver á amar lo que aborrecimos, en detestar al mundo y en reconciliarnos con él; que no dejamos de ser perdonados si llevamos el propósito de no volver á pecar, y que tal es la misericordia de Dios que aunque muchas veces le ofendamos está siempre dispuesto á perdonar. No digo que no fuese verdadera nuestra penitencia porque pequemos después: pero diré con Tertuliano (1): que no debemos ser malos, ni tomar ocasión para pecar porque Dios es

(1) Lib. de Paen.

misericordioso y nos perdona cuantas veces pequemos y recurramos á él, Diré: que debemos vivir en continuo temor como aquel que una vez ha padecido naufragio. Diré que el cristiano que una vez ha salido de la muerte del pecado por la penitencia, si le vuelve á cometer dá mucho que sospechar que no resucitó enteramente y que no fué sincera su conversion. Que el estado de gracia y santidad en que pone á las almas el Espíritu Santo es de suyo permanente y estable, nos hace consortes y participantes de la naturaleza divina que es por esencia eterna é inmutable. Diré que esas alternativas entre el pecado y la gracia, entre la vida y la muerte, entre levantarse y caer son ajenas del espíritu de la religion y de la índole de la vida de un cristiano que ha resucitado á una nueva vida. El que se convierte de veras debe dedicarse y consagrarse enteramente á su Dios; vivir enteramente para su Dios, obrarlo todo por el amor de Dios, y no por el amor del mundo; por el amor de las riquezas, por el amor de los placeres, de los honores, de las glorias y alabanzas humanas. El amor es la vida del corazón, y el que se arrepiente y convierte de veras debe morir al pecado, mortificarse por la cruz y la penitencia, y vivir para Dios como encarga el apóstol; y vivirá para Dios, amando á Dios. ¿Es posible, Dios mio, que el hombre que os ame de veras una vez, que guste los consuelos de vuestra amistad, que experimente la dulzura y satisfacción incomparable de las lágrimas que derrama postrado á vuestros pies, vuelva á apetecer y buscar los placeres engañosos del pecado y los falaces bienes del mundo? La Magdalena nos dice que una vez unidos á Jesus, que gozando los con-

suelos de Jesús; todo lo demás es ya desabrido y molesto para el corazón; que amando á Jesús nada queda que desear sino amarlo mas y mas, porque él es el que llena y puede aquietar todos los deseos del corazón; que amando á Jesús es preciso amarle mucho y con un amor constante, *Dilexit multum*.

¿*Vides hanc mulierem?* Concluiré hermanos míos, dirigiéndoos esta misma pregunta que pone el evangelio de este día en boca de Jesucristo dirigiéndose al fariseo engreído y soberbio: ¿*Veis á esta muger?* ¿No descubris en ella los pasos que debéis dar para convertirlos? ¿No descubris el ejemplar de los verdaderos penitentes? Examinad ahora vuestras conversiones; mirad si habeis abandonado vuestros escándalos y vicios ó si seguís en las mismas ocasiones, las mismas amistades, los mismos tratos y los mismos pecados: mirad si habeis atropellado por los respetos, por los intereses, por los compromisos, por la vergüenza y por las burlas y las beas por buscar oportuna é importunamente á Jesús, ó si mas bien Jesucristo os ha llamado y os habeis hecho los desentendidos, os ha buscado y vosotros habeis huido de encontraros con él: mirad si habiendo llorado vuestras culpas habeis vuelto con facilidad á cometerlas, si habeis muerto para siempre al pecado, si habeis empezado una vida nueva; mirad, en fin, si habeis entregado al Señor vuestro corazón, si le habeis hecho el sacrificio de vuestro corazón, si le amais y preferís á todas las cosas; y si así no lo habeis hecho; temed por vuestras conversiones; temed que el demonio se glorie de esas lágrimas mentidas, y que se apodere de vuestras almas entre esas alternativas de ser amigos y enemigos

de Dios: temblad que consienta el demonio en esos triunfos del momento que mas bien son unas treguas que haceis con el pecado y que el demonio no os quiere disputar, para precipitaros en él despues con mayor violencia; temed que Dios se canse de sufrirlos y que no os admita mas á su reconciliacion. *¿Veis á esta muger?* Esforzanos á seguir su ejemplo, á convertirnos de veras á Dios para nunca mas pecar. Abandonemos desde hoy nuestros vicios sin miedo de los fariseos que nos censuren, busquemos á Jesus que nos llama en el retiro y en el fondo de nuestro corazon y nos espera con los brazos abiertos, demos por única respuesta á todas las sugerencias del mundo, de la carne y del demonio que hemos muerto al pecado, y que no queremos vivir sino para Dios, que no queremos tener otro fin ni otros deseos que á Dios, que no queremos tener otro principio de vida que Jesucristo de quien queremos depender y á quien queremos estar unidos como las ramas al tronco, como el edificio á su cimiento, como los miembros de un cuerpo á su cabeza, con una caridad constante en esta vida y despues con una union inseparable y eterna en la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA EL VIERNES DE LA V SEMANA DE CUARESMA.

*Son vanos e inútiles los pretestos con que pretendemos
escusar nuestros pecados.*

*Collegerunt ergo Pontifices et Pharisei concilium et dice-
bant: quid facimus quia hic homo multa signa facit?
Si dimittimus eum sic, omnes credent in eum: et venient
romani, et tollent nostrum lacum et gentem. Joann. cap.
11. v. 47, et 48.*

«Reunieron los pontífices y fariseos concilio luego que
» supieron que Jesus habia resucitado tan públicamente y
» con admiracion de todos á Lázaro despues de cuatro
» dias muerto y sepoltado, y decian: ¿qué hacemos, porque
» este hombre hace muchos milagros? Si le dejamos así,
» todos creerán en él; y vendrán los romanos con sus for-
» midables ejércitos, devastarán nuestra ciudad y todas nues-

» tras regiones y con la dispersion y la muerte concluirán
» con nuestra gente y nuestra nacion.» Ved hermanos
míos, la relacion que se nos hace del concilio de los pontífices y fariseos para condenar á Jesus en el evangelio de este dia. Cuando los sacerdotes, doctores y fariseos debieran admirar y alabar las obras maravillosas de Jesus y emplear su autoridad y su ciencia para que todos le reconociesen y honrasen como al Mesías prometido por Dios á los patriarcas; cuando debieran convencerse y convencer á los demas que lo que habian anunciado los profetas tenia debido y puntual cumplimiento en Jesus, que la verdad de la doctrina que predicaba, la santidad de su vida, y los milagros tan estupendos que obraba estaban demostrando que aquel era el Hijo de Dios y el enviado por el Padre, como él lo decia de sí mismo, se reúnen tumultuariamente y quieren quitar la vida á aquel que acababa de resucitar á un muerto. ¡Locura y necedad inconcebible! Meditan dar la muerte á aquel que ha vencido á la muerte, y confesando al mismo tiempo su poder dicen en su delirio: «¿qué hacemos, porque este
» hombre hace muchos milagros?» Teniendo tantos testimonios y comprobantes de su divinidad, ¿se atreven á confesar sus milagros y llamarle al mismo tiempo hombre? ¿Qué hacemos? Lo que debieran hacer era: dejar de tenerle por un puro hombre, creer en él, honrarle, adorarle y obedecerle, Abultan y ponderan el inminente peligro de la república y de su nacion entera para perder á un inocente. Pretestan el miedo de una sedicion y alboroto estos políticos impíos para cubrir los deseos de su envidia y su ambicion: «si le dejamos así, todos creerán en él y vendrán los roma-

nos... » ¡Infundado y fingido temor! ¿Acaso Jesús excitaba á la rebelion y alborotos á los pueblos? ¿Acaso disuadía que se diesen los tributos al Cesar? ¿No quisieron las turbas hacerle rey, y él lo rehusó y huyó de su presencia? ¿No tenia una vida humilde y sin ostentacion ni aparato alguno? ¿No sabian que no tenia casa, posesiones, ni riqueza alguna? ¿Qué razon tenían para temer que sublevase á las turbas? ¿Cómo podia obsecar tanto á estos hombres su envidia contra Jesús? ¿No enseñó á los que sufren castigos á no vengarse, á los que reciben injurias á tolerarlas? ¿No amonestó repetidas veces que todos debian ser mas pronto para padecer los males y recibirlos que para hacerlos? Proponen en fin estos hipócritas un peligro y calamidad pública para llevar á cabo su impío proyecto y su incesante deseo de aplacar á su envidia quitando la vida á Jesús. «Vendrán con sus ejércitos los romanos y destruirán nuestra ciudad y dispersarán » y concluirán con nuestra gente.» ¿Es prudencia fingir un bien público imaginario y mirar por él, con detrimento del bien propio, de la conviccion y de la salud del alma? ¿Es justo sacrificar la conciencia, la verdad y la razon por satisfacer un deseo ó lograr un bien cierto y seguro y mucho menos por cometer un crimen? Aunque á costa de cometer una leve injusticia ganásemos todo el mundo, ¿nos seria licito el cometerla? Y si queremos evitar un mal, ¿no caemos en otro mayor evitándole á costa de maldades? ¿Tiene lugar en la sana razon el lograr el fin por los medios buenos ó malos que se presenten?

Tal es la política impía que preside en el concilio de los pontífices y con la que condenan á Jesús. Quieren senten-

ciarle, están resueltos á hacerle morir, pero quieren cubrir su maldad y no hacer tan detestable su ignominia cubriendo su resolucion con el pretesto del bien público: *si dimittimus eum sic*. Si le dejamos asi todos creerán en él y vendrán á destruirnos los romanos. Escusas y pretestos vanos para obrar la iniquidad que tienen meditada, porque ni hay tal peligro, ni son conducentes los medios. Escusas y pretestos inútiles, porque no son á propósito para evitar el mal que se temen las medidas que se adoptan. Temen perder el reino temporal y no temen perder el reino eterno. Pero esta es, hermanos míos, la conducta del pecador. Con dificultad hallareis quien quiera aparecer como tal pecador, quien obre el mal con descaro y sin vergüenza, quien no alegue escusas y pretestos para resolverse á cometer la culpa. Las circunstancias en que se halló, la necesidad en que estaba, el no disgustar á una persona á quien debia favores.... Conocidos son los miles de pretestos y escusas con que quiere el pecador condenar á Jesucristo y sincerarse de que ha obrado convenientemente: *Expedit ut moriatur*.

Voy á haceros ver que los pretestos con que pretendemos excusar nuestros pecados son tan vanos y tan inútiles como los de los pontífices y doctores de la ley para condenar á Jesus. Detestacion de todas nuestras escusas y una resolucion firme de querer antes perder todas las cosas que ofender á Dios, es el fruto que debemos sacar y á lo que nos llama la lectura y consideracion del suceso que nos recuerda el evangelio y el fin á que deves conducirnos. Asistidnos, Señor, con la ayu-

da poderosa de vuestra gracia que os pedimos por la intercesion de Maria Santisima:

AVE MARIA.

Collegerunt ergo pontífices....

Agradar y servir á Dios aunque hayamos de sufrir y padecer por su amor; temer únicamente los juicios y castigos de Dios, que no solo puede quitarnos la vida del cuerpo sino destinarlos despues al fuego eterno; despreciar los honores y los aplausos estériles del mundo que no pasan mas allá del sepulcro de sus héroes; no contentarse con los bienes y los placeres terrenos, que por mas que se gocen con abundancia siempre dejan vacío el corazon, y suspirar por los bienes y los gozos eternos; obedecer y servir á Dios mas bien que á los hombres y convencerse de que nada sirve ganar todas las riquezas del mundo si se pierde á Dios, no consentir en recibir bien alguno á costa del mas leve pecado: hé aquí, hermanos míos las máximas y doctrina esencial é importante de nuestra religion, la sublime sencillez de una religion divina que hace santos á los hombres que la profesan. Con esta sola ciencia consiguieron los discípulos de Jesucristo y los cristianos de los primeros siglos intimidar y hacer temblar en su mismo trono á los árbitros y señores del mundo, despreciar los peligros y los tormentos, los ultrajes y calumnias, convertir á las naciones y enarbolar la

cruz de Jesus crucificado sobre las ruinas de los ídolos. El mundo y sus potestades se ocuparon en perseguirlos y hacerlos morir en los patibulos; pero el mundo al fin avergonzado y corrido de sus esfuerzos frustrados sujeto su cerviz al yugo de esta religion. Era necesario abatir á los filósofos soberbios y presumidos del mundo; humillar á los doctores engreidos con su ciencia; reducir á las potestades empeñadas en resistir: todo se consiguió con la ciencia sencilla del evangelio; predicando á Jesus crucificado, haciendo ver con una valentia generosa que no temian á los que podian quitar la vida del cuerpo, y no tenian poder alguno sobre las almas; que nada temian las inyeectivas y sátiras del mundo ni á sus juicios errados, y solo á Dios que ve los corazones y ha de juzgar á todos con rectitud; que juzgasen sin pasion y dijesen si era lícito dejar de obedecer á Dios por obedecer á los hombres. Con esta ciencia se hicieron invencibles; perecieron en los tormentos, pero ganaron su alma para con Jesucristo que los reconoció por suyos delante de su Padre celestial. Dieron la paz y felicidad al mundo enseñando á que se cumplan los deberes para con Dios sin excusas ni pretextos. Toda su ciencia, lo repetiré hermanos míos, porque es preciso recordarlo en un tiempo en que se tiene por locura y fanatismo, toda su ciencia y la de todo cristiano consiste en no reconocer otras reglas, no adoptar otra política, no admitir otras ideas ni principios que los sencillos de obedecer y temer á Dios antes que á los hombres y no obrar el mal ni por los castigos ni por las promesas, ni por los males, ni por los bienes; ni por el temor, ni por la esperanza.

Con esto quedan disipadas cuantas excusas quiera pretestar el pecador para sincerarse de su cobardía; de su debilidad; de sus caídas vergonzosas en los pecados que le hacen reo en la presencia de Dios. Jamás hubieron condenado á Jesus los pontífices y doctores en el concilio; y jamás pecaría el hombre si tuviere siempre por regla el anteponer á Dios y su justicia á todos los bienes terrenos y á todos los males temporales que pudiesen seguirse de obrar el bien; pero pretestaron el bien público; antepusieron sus temores, hicieron servir la religion y el deber á la política cuando la política debe acomodarse á la religion. *Veniunt Romani*: Vendrán los romanos; y conviene que muera un hombre por todo el pueblo.

Esta es la excusa poderosa y los pretestos con que por un fatal abandono de las máximas santas y saludables del evangelio se pretenden justificar los pecados más reprobables por los sabios y los ignorantes; los grandes y los pequeños. El bien público, las comodidades, la utilidad particular, de modo que hoy no busca el hombre la religion para acomodar y sujetar á su doctrina sus resoluciones y sus prácticas; su gobierno y su política, sino que por un infeliz trastorno de ideas se hace que la religion sirva y se acomode á la política y la ciencia y prudencia humana, y se señala con el nombre de *Apostólicos* como con una nota degradante á los que invocan los principios religiosos y pretenden darlos en el mundo el lugar preferente que los corresponde. *Vos nescitis quidquam*. Lejos de tener presente que se debe agradar á Dios más bien que á los hombres, se hace todo el empeño posible en agradar á los hom-

bres, y por no desagradarlos no se teme y aun se tiene por lícito saltar á los deberes para con Dios. Se tiene por prudencia pensar como piensan los demas, acostumbrarse á estimar lo que comunmente se estima, observar ese conjunto de leyes y máximas del mundo aniquiladoras del evangelio de Jesucristo; y de aqui es que antes de llegar el hombre á ser vicioso por aflicion, lo es ya por las condescendencias. Bien sabido es que con el pretesto del respeto humano se mantienen las máximas de la sabiduria del siglo, enemigas de la sabiduria y las máximas cristianas. Se hace que prevalezcan las falsas razones de estado, los quiméricos privilegios, la grandeza y el valimiento, el honor, la fama, la reputacion, todo se hace valer y se antepone á los deberes religiosos. Se atiende á los intereses, á la utilidad, y siempre que en las resoluciones hay que alternar entre Dios y los hombres, la utilidad espiritual y la temporal no se vacila en resolverse contra Dios y contra el espíritu. La religion y la moral del evangelio han venido á ser victimas del interés y la política, y para mayor insulto se tratan de justificar las infracciones mas escandalosas de la ley santa con la misma política ó interés. *Si dimittimus eum sic venient Romani.*

¿Quién no sabe que por ese sistema de blandura ó indolencia, de condescendencias y tolerancia, de temor y respeto humano, por esa ciencia vana con que se buscan efugios para componerlo á subsanarlo todo y quedar en buen lugar, esa sabiduria del siglo que no conocieron los apóstoles, ni los mártires se entibia y se acaba el celo que debiera oponer fuertes diques al error y la impiedad? Nues-

tros ojos ven con espanto que huyen y desaparecen de entre nosotros la sencillez, la sumision, la probidad y todas las demas virtudes. Vemos los progresos rápidos de la irreligion y que la viña y heredad del Señor se queda espuesta al abandono y desprecio. Vemos y oimos los juramentos, los escándalos publicos, los libros impíos, las conversaciones libertinas, y ¿dónde están los Matatins que claman desde las puertas de Judá para que se junten con él los que son del vando del Señor? ¿Dónde están los Isaías y los Jeremias que hagan enmudecer á los profetas de la mentira? Cuando se ve ultrajada y menospreciada la religion y abandonada la moral santa ¿implorará en vano el socorro de sus hijos? ¿no ha de haber quien oiga sus gemidos? ¿Dónde están los que se glorian de ser religiosos y de estar llenos de celo por la causa santa de Dios y su ley en los tiempos de su prosperidad y sus triunfos? Una política vil y mundana los ha convertido en mármoles; un sueño voluntario ha oprimido los ojos de los que tienen mayor obligacion á mirar porque el Señor sea respetado y temido y se conserven los principios de la moral evangélica sin la que no puede haber orden, ni leyes, ni paz, ni bienestar: Hasta en el santuario se ha introducido la máxima mundana de contemporizar, de contemplar á los hombres, de guardar respetos á todo el mundo; de sacrificarlo todo por el bien comun, y convirtiendo en consejo de la sabiduria humana el precepto del apóstol de no ser ni de Apolo, ni de Cafas, se pospone á Jesucristo en los momentos del peligro: *Venient Romani* y se desoye la voz del mismo Jesucristo que nos dice: *El que no es conmigo, es contra mi.*

Pues tales son las excusas con que se pretende justificar, y cohonestar el abandono de Dios y la falta de valor para defender su causa; tales son las excusas con que se quieren encubrir los pecados y reducirlo todo á obrar segun las circunstancias, las utilidades, y el temor de perder los bienes y placeres temporales: Asi se condena á Jesus al último suplicio como los pontífices y doctores: *Si dimittimus eum sic, venient Romani*. Perderemos un destino, una amistad, una esperanza..... Excusas vanas. Vanas, sí, porque la esencia de la religion, el primer precepto que nos intima, es que debemos amar á Dios mas que á todas las cosas; que debemos gloriarnos de ser suyos y servirle; que no declararnos por él, es declararse contre él; que el que no lo renuncia todo por no perder á Dios, no es digno de Dios, y que no reconocerá por suyo delante de los ángeles del cielo al que se avergüence de confesarle delante de los hombres. No basta una fé y un deseo puramente interior; es preciso no disimular nuestra fé, es necesario confesar exteriormente nuestra fé, el apóstol condena á los filósofos políticos que conocieron á Dios y no le dieron á conocer ni gloriificaron como á Dios, la fé que reside en lo interior no justifica si no se manifiesta exteriormente. A las veces el no hablar el lenguaje de la verdad, es hablar el de la mentira. El no hacer una confesion esplicita y pública de la fé es en ocasiones lo mismo que apostatar de ella y no tener ninguna. Con haber disimulado su religion hubieran salido de su empeño los mártires; pero sabian bien, y no debemos tampoco dudarlos nosotros, que el hombre que no es cristiano y se muestra como tal á los ojos del mundo, no lo es de-

lante de Dios. ¿Y será excusa de vuestros delitos la condescendencia, la tolerancia, el no irritar los ánimos, el no disgustar, el temor de perder las comodidades y los bienes terrenos? *Expediit est moriatur*? ¿Cuántas veces para haber cerrado una boca blasfema, para contener la disolución de un libertino que se burla de la fé, para inspirar recato y modestia á un hombre relajado que propaga el contagio de sus vicios con sus costumbres escandalosas y las máximas desvergonzadas que publica; para llenar de confusión al impio con su misma impiedad bastaría no avergonzarse de Dios y su evangelio? Pero temen los cristianos participar con su Dios de los desdenes y los insultos del mundo depravado y dicen con su silencio y su conducta lo que el discípulo cobarde: *non novi illum, no conozco á Jesus*. Esto dice ese silencio, esa frialdad, esa indiferencia é insensibilidad que se tiene ó aparenta tener cuando se trata de religión; esto dice ese esmero en buscar sutilezas para coonestar la voluntad de Dios con la de los hombres; la condescendencia con el mundo y las costumbres y leyes imperiosas del mundo.

Lejos pues de ser excusas y pretextos legítimos, es aumentar el crimen, es contradecir abiertamente á Dios, puesto que con desprecio suyo en concurrencia de las leyes de Dios y las leyes del mundo, de la voluntad de Dios y la voluntad del mundo, de los preceptos y las gracias de Dios y las leyes del mundo, de los bienes y del miedo de Dios y de los bienes y castigos del mundo, se anteponen las leyes del mundo, se miran con desprecio las leyes y las gracias de Dios, se hace burla de sus amenazas y se le con-

dena como los pontífices en el concilio sacrificando á Dios á nuestro interés y reposo, *Venient Romani*. Son excusas y pretextos vanos, puesto que terminantemente se nos dice por la fé : que debemos perderlo todo antes que perder á Dios y consentir en el pecado; obedecer á Dios sin miedo de los peligros, temer á Dios mas que á todos los castigos, ni ¿qué diferencia hay entre perder á Dios por el miedo, por la condescendencia, por no perder los bienes de fortuna ó por conservar la vida, y perderle por negarle y perseguirle abiertamente? Qué diferencia hay entre los que crucifican á Jesus entre la gritería y ferocidad del calvario, y los que le condenan bajo el pretexto político de no perturbar y perder á la nación en el concilio? Son vanos semejantes pretextos, puesto que no es lícito jamás obrar el mas pequeño mal para conseguir un bien; puesto que la obligacion del cristiano es servir y agradar á Dios antes que á todas las cosas y aunque pierda todas las cosas; puesto que es falaz y engañosa toda política, toda ciencia que no estriba y se apoye en la ciencia de las verdades eternas que el Señor nos enseña en su religion.

De aquí es, y bastaba lo dicho para comprobacion, que no solamente son vanos los pretextos y excusas con que se pretende sincerar el pecador, sino que tambien son inútiles. ¿Qué pretende al fin el hombre alegando sin cesar motivos y razones para justificar y dar por lícito lo que obra con tanta provision de conveniencias y pretextos del mundo? ¿Quiere sincerarse con Dios? ¡Ah! El ve su corazon y no puede engañarle por grande que sea su sagacidad? ¿Intenta ponerse en buen lugar con los hombres? Pero

ellos mismos le despreciarán, el mundo publicará sus bajezas, le deshonrará, se desentenderá de él luego que deje de serle útil ó necesario. Si temió ser escarnecido y burlado por ser exacto en el cumplimiento de la ley de Dios, lo será mas por haber agradado y servido á los hombres, y se cumplirá en él la sentencia de la escritura; que serán despreciados los que desprecian á Dios. *Qui contemnunt me erunt ignobiles* (1). ¿Desea acallarse á sí mismo y hacer que dejen de resonar en su alma los gritos de su conciencia? Jamas lo logrará; no podrá sufrirle á sí mismo, y cuando no tuviera inquietud alguna por parte de los hombres, no podrá evitar las molestias incesantes que le asaltarán aun en el centro de la opulencia y los placeres: ¿qué es un alma agitada de dudas é irresoluciones crueles, que teme á Dios y teme todavía mas al mundo, que quiere y no quiere, que se empeña y se retira? Un mar tempestuoso agitado de vientos contrarios segun la espresion de Isaís (2). Y luego que se resuelve el hombre contra Dios, ve á todas horas el infierno abierto delante de sí; anda confuso y desesperado, aparenta una serenidad que no tiene y que busca en vano entre el ruido de las diversiones. ¿Logrará evitar el mal que teme ó conseguir el bien que se propone? Pero jamás evitará las venganzas de un Dios justo y eterno con todas las astucias ingeniosas de la prudencia humana. El Señor desbarata

(1) 4. Reg. cap. 2. v. 30.

(2) Cap. 57. v. 20.

y reprueba la sabiduría de los sabios y la prudencia de los prudentes del mundo. El que por no perder los bienes temporales desprecia los eternos, viene á perder los unos y los otros. Los hermanos de José vienen á adorarle por los mismos medios que arbitraron para perderle. Pilatos condena á Jesus por no perder la amistad del César y la perdió mas pronto. Los pontífices resuelven que muera Jesus porque no perezca el templo, la ciudad y los romanos se hagan dueños de la nacion, y todo lo perdieron.

Desengañémonos, hermanos míos, de la vanidad de las excusas con que queremos justificar nuestra vida y conducta discorde con la voluntad de Dios; desengañémonos de que son inútiles todas las pretestos y razones de política y bien público con que nos obstinamos en desfigurar nuestra criminal condescendencia con el mundo y nuestra cobardía en no tomar la justa defensa de Dios; desengañémonos de que Dios quiere que le sirvamos por entero y no temamos ser suyos; que ese sistema de concordar á Dios con el mundo no nos puede grangear otra cosa que el desprecio de Dios y de los hombres. Entendamos que solo debemos temer á Dios y solo debemos proponernos los bienes de Dios; que el mundo solamente es temible para los que le temen, y que solo desprecia á los que no tienen resolución para despreciarle; que nada estima tanto como una alma de tal fortaleza que le niegue lo que no tiene derecho de pedir; entendamos que lejos de conseguir los fines que nos proponemos al posponer á Dios por las cosas terrenas, incurrimos en un tropel de calamidades, caemos en una continua inquietud y so-

brusllo y provocamos los males y castigos del cielo y de la tierra.

«Oye Israel, debo yo decir á cada uno de vosotros co-
» mo decia á su nación el profeta Baruch (1): oye los
» mandamientos de vida y dá oídos para aprender la pru-
» dencia. ¿Sabes por qué estás en tierra de enemigos?
» ¿Por qué has envejecido en un país extraño y estás en la
» corrupción como los muertos y semejante á los que des-
» cienden al sepulcro? Abandonaste de la fuente de la sa-
» biduría, porque si hubieras andado por el camino de Dios
» morirías en perpetua paz. Aprende donde está la pru-
» dencia, la fortaleza, la inteligencia, para que conozcas
» también donde está la vida dilatada, y el alimento, la luz
» de los ojos y la paz.» Resolvámonos á ser lo que debe-
mos ser, levatémonos sobre todas las cosas terrenas; mire-
mos las prosperidades y grandezas, los reveses y mudanzas
del mundo como un juego que apenas empieza cuando se
acaba; como un corto plazo que se nos dá para comprar una
eternidad; gloriémonos de ser despreciados por el mundo y
consintamos en perderlo todo antes que ofender á Dios.
Tengamos por la guía de nuestras resoluciones el no ofen-
der jamás á Dios; no escusemos vana é inutilmente los vi-
cios en que hemos incurrido; confesemos al Señor sincera-
mente nuestras faltas, alentemos con nuestro ejemplo á los
mismos que hemos escandalizado, no consintamos con una
cobardía reprehensible que el Señor sea ofendido y ultrajado

en nuestra presencia, no oiga el impío de nuestras bocas sino la reprobación de sus máximas, ni reciba sino nuestros desprecios; hagamos que reine Dios en la tierra y así podremos esperar reinar con él en el cielo. Así sea.

F. L. G.

SERMON

PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

Sobre la dulzura de Jesus,

Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus. Mira: tu Rey viene para tí lleno de dulzura, Math. c. 21. v. 5.º.

Hoy católicos, entra triunfante Jesucristo en Jerusalem, No como un conquistador orgulloso en una carroza magnífica tirada de leones, de tigres ó elefantes á la manera que los emperadores y héroes romanos; no en un brioso caballo ricamente enjaezado como aquel en que fué paseado Mardoqueo llevando de escudero al soberbio Aman enemigo del pueblo santo; no en una mula cubierta de oro y plata como la que David dispuso á Salomon para constituirlo rey

sobre Israel; ni en manos de esclavos engalanados como los reyes antiguos de América y los modernos del Japon, de la China y otras naciones orientales ostentando poderio y grandeza, é infundiendo temor y servil respeto en la multitud, sino sentado sobre una asna y las ropas que en ella pusieron los apóstoles; que á buen seguro no serian de las mas preciosas, como lo cree mi melilluo padre san Bernardo. (In Dom. Palm.) No se propuso nuestro Redentor, dicen los santos padres, reinar sobre los hombres como los dominadores del mundo: quiso dominarnos con la mansedumbre, con la humildad y la dulzura, con el amor y la ternura, con la bondad y las virtudes que arrebatan los corazones hácia el que los llama á los gozes eternos que pueden satisfacerlos. Por esto decia Isaías á los hijos de Abraán, de Isaac y de Jacob, «No temais que el Salvador se presente nunca airado, su dulzura será inalterable, no levantará jamás el tono de su voz: será llevado á la muerte como una oveja que es llevada al matadero y ni aun abrirá su boca para quejarse.» (Isai. c. 53.)

Nuestro Redentor vino á conquistar el mundo, no con las armas de los Daríos, Ciro, Alejandro, Césares y demas famosos capitanes que hicieron callar á la tierra con su presencia, sino con las de la humildad, con las de la compasion hácia los necesitados, con las del amor y con las de la dulzura, como es de verse en el evangelio que se canta en la procesion de este día. En él se nos asegura que al entrar Jesucristo en Jerusalem se verificó lo que anunció Isaías cuando dijo con las palabras de mi testo «*Ecce rex tuus venit tibi mansuetus*. Mira, Sion amada, tu Rey viene para

» ti lleno de dulzura.» Si, amados míos: nuestro Salvador es un Dios de amor y misericordia, un Maestro de humildad y de conmiseración, un Legislador omnipotente conocido en las santas escrituras por el carácter de dulzura con que lo distinguieron cuantos tuvieron la dicha de verlo, tratarlo y gozar de su presencia; y los fieles de todos los tiempos y lugares que han experimentado que el nombre de JESUS es meloso á los labios, dulce al oído, agradable al corazón y en extremo consolador á las almas, como lo dice mi padre san Bernardo. (15 in Cant.) ¿Conoceis acaso vosotros bondad igual á la de nuestro Jesus divino? ¿Hay cosa comparable con su conmiseración, con su misericordia, piedad y dulzura? Recreémonos hoy con esta, no la dejemos un momento, tomémosle el sabor: pues que además de deleitar, tiene la propiedad de aficionarnos á Jesus siempre manso, humilde, dulce, cariñoso y compasivo como lo vais á ver demostrado en este sermón que podréis llamar *de la dulzura de Jesus*.

Dios tierno, humilde, manso y caritativo, que jamás habeis negado vuestra gracia al que con corazón recto ha acudido á vuestra clemencia infinita, y nos mandais pedir para llenarnos de bienes: escuchad las súplicas de los que contritos y humillados os pedimos misericordia. Tenedla con nosotros haciendo que os amemos como nos amais, que seamos afables, tiernos, dulces, misericordiosos y caritativos con nuestros hermanos para que imitándonos vivamos eternamente con Vos en vuestro reino.

Os lo pedimos invocando en nuestro favor á la que tuvo la dicha de ser vuestra Madre dulce, tierna y cari-

ñosa; á la que os concibió despues que el ángel la dijo.

AVE MARIA.

Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.

El retrato que hace el Espíritu-Santo de Jesus en la sagrada escritura es el de la misma bondad y ternura. Los salmos y libros sapienciales; Isaías, Eccequiel, Jeremias, Daniel y los demas profetas nos lo representan dando la paz, la abundancia y el consuelo á todas las naciones del universo. El evangelio traza su propia historia con los caractéres de una dulzura muy superior á nuestra comprension: su vida santísima arrebató á las almas justas, las eleva á unas contemplaciones tan sublimes que no es dado al hombre el explicarlas; infunde en los corazones de buena voluntad un amor divino de tan especial naturaleza que solo pueden formar idea de su excelencia los que tienen la dicha de experimentarlo. Espongamos algunos rasgos de la vida que nos propuso Jesus por modelo y ejemplar de la nuestra, meditemos sus obras y ellas nos conducirán hasta donde puede llegar el hombre en esta vida, en orden á conocer y apreciar la dulzura de Jesus. Mas de cinco mil personas le siguen al desierto sin pensar en su alimento: pero Jesus se conmueve á su vista, las manda descansar y las alimenta obrando uno de los prodijios mas estupendos. Le pide un centurion la salud para un criado, suplica un paralítico,

clama un ciego, le presentan un endemoniado, acuden á él enfermos de todas clases, y todos, todos, hallan consuelo: no encontramos un ejemplar en que acudiese á Jesus un solo necesitado pidiendo socorro y no lo recibiese. Jamás hubo un corazón mas compasivo que el de nuestro dulcísimo Jesus. Vió que llevaban á enterrar al hijo de la viuda de Nain, y compadecido de su afliccion resucitó al muerto y lo entregó á su madre. Se entenece al ver llorar á las dos hermanas de Lázaro, su afliccion le hace derramar lágrimas y su fé á sacar vivo á su hermano del sepulcro. Si el mismo Redentor se retrata en la figura de un buen Pastor; en ella vemos la dulzura con que va á buscar la oveja extraviada, y la bondad con que la carga sobre sus hombros para aliviarla hasta la fatiga del camino. Si se vale de la parábola del Padre del Hijo pródigo ¡con qué dulzura, alegría y regocijo lo recibe! En lugar de aquellos aspectos frios y de aquellas repulsas amargas con que suelen manifestarse los ofendidos, él presenta convites, regocijos y fiestas. Dos de sus apóstoles animados de un celo algo duro quieren que baje fuego del cielo para abrasar una ciudad ingrata, y Jesus los reprende con su bondad acostumbrada por su celo demasiado acerbo y ardiente. Una muger desacreditada por su mala conducta viene á arrojarle á los pies de nuestro amable Redentor, murmura de su condescendencia el fariseo, y el Salvador lleno de indulgencia toma la defensa de la pecadora. La Cananea, la Samaritana, la muger adúltera, Zaqueo, las hijas de Jerusalem, el buen ladrón, aquella súplica solemne con que atribulado en la cruz pide perdon al eterno Padre por los mismos que le

valdonaban, escarnecian y atormentaban, y sobre todo, el pan eucarístico que nos ofrece en el santísimo sacramento del altar para alimentarnos con su cuerpo sacrosanto y su sangre preciosísima ¿no prueban que la dulzura de Jesús forma su carácter, y que su bondad en favor de los hijos de los hombres es superior á nuestra comprensión? Cuando yo considero á los de la comarca de Genesaret llevando sus enfermos en las camillas para que los curara Jesús; y veo que cuando nuestro amable Redentor entraba en las granjas, aldeas ó ciudades, ponian los enfermos en las calles rogándole que les permitiese tocar la orla de su vestido, y que cuantos la tocaban, quedaban sanos, no puedo menos de esclamar con tierna emoción: «La dulzura de nuestro » Jesús divino es la mayor garantía que pudieran desear » los hombres para salvarse.»

Y vosotros, amados míos, ¿qué es lo que pensais de nuestro Jesús adorado? Yo creo que en este momento confesais y decis lo que dijo el Centurion que lo vió espirar en la cruz: «verdaderamente era este hijo de Dios» *vere filium Dei erat iste*. Pero: ¿lo decis contritos, humillados y decididos á ser afables, benignos, virtuosos y caritativos como deben serlo los hijos de nuestra santa y adorable religión? Vuestros labios al engrandecer la dulzura de nuestro Redentor, ¿están en armonia con el corazón virtuoso que debiera moverlos? ¡Ojalá sea así! El cielo quiera que la dulzura de Jesús triunfe en vosotros como en tantos otros que insensibles á las amenazas eternas se rindieron al amor del Pastor divino y fueron del número de aquellas almas que sirviéndole en espíritu y en verdad perpetuarán en la iglesia

santa aquellos ejemplos de virtud que forman uno de sus principales ornamentos! Pero á juzgar por lo que se ve en la muchedumbre, y al tender la vista por esa sociedad turbulenta entregada á los excesos de la carne y de la sangre, ¿no estaré yo en el caso de decir á los que invocan á Jesús con la boca estando su corazon en el mundo; sus pompas y vanidades, «No todos los que dicen SEÑOR, SEÑOR entrarán en el reino de los cielos»? No deberán lamentarse los fieles todos de que no se hallen entre nosotros aquellas almas puras que unidas á Jesús con el lazo mas sagrado, orden sin cesar en aquel divino fuego que él mismo ha venido á encender en la tierra para hacerla digna del cielo? Conocer á Jesús: saber hasta qué exceso nos ha amado; lo que ha hecho y sufrido para darnos pruebas sensibles de su amor; lo que aun hace todos los dias para ganar nuestro corazon en el augusto sacramento del altar: conocer todas estas grandes verdades y no amarle mas que á medias: mirar á Jesucristo con indiferencia y tal vez con frialdad; ¿no es la mayor de todas las paradojas posibles? Decidlo vosotros mismos; y procedamos todos sin exaltacion, sin acrimonia, sin declamacion de ninguna especie, con todo el juicio calmoso que reclama la razon libre de pasiones.

Todos convienen en que el mérito y dignidad de la persona son títulos los mas legítimos para amar á aquellos que reconocemos merecen nuestro amor. Nadie duda que los beneficios recibidos reclaman el tributo de nuestro corazon y reconocimiento: que la esperanza de los favores futuros obliga á todo racional á amar á aquellos de quienes pende nuestra fortuna y nuestra dicha: que no hay

quien no tenga dulces y gratas simpatías con el Señor fuerte y poderoso que decidido en su favor no pierde ocasión de favorecerlo, engrandecerlo y hacerlo dichoso y feliz. Esto así en todo ser inteligente rodando de criaturas ocupadas en patentizar con sus instintos aquellas verdades, ¿podreis decirme si hubo jamás ni puede haber objeto mas digno de nuestro amor que el que hallamos en Jesus adornado de todos aquellos títulos? Este Redentor, este Salvador, este Maestro y este Padre y amigo ¿no es el Dios Omnipotente y misericordioso que ha hecho por nosotros mucho mas que lo que nos hubiéramos atrevido nunca á pedirle, mas que lo que podíamos creer y mas que lo que podíamos esperar? Ha podido caber jamás en el corazón del hombre la idea de los beneficios inmensos que nos ha hecho ese Dios tierno, humilde, manso y compasivo que es recibido hoy en Jerusalem con ramos de palma y oliva entre cánticos de regocijo y bendiciones al que viene en el nombre del Señor? Si, pues, Jesus tiene tantos derechos á que lo amemos y correspondamos; si nuestros propios intereses reclaman aquel amor y esta correspondencia, y si de esto penden nuestra fortuna, nuestra ventura y nuestra dicha en esta vida y una felicidad incomprensible y eterna en la gloria ¿no deberemos amar á Jesus con la dulzura que siempre nuestra en favor nuestro? Si amados míos; debemos ser del modo posible con Jesucristo, lo que Jesucristo es con nosotros: debemos amarlo con el amor tierno, dulce y afectuoso de que somos capaces, porque es digno de nuestro amor por ser la misma santidad, bondad y dulzura: debemos amarlo porque antes nos amó á nosotros

hasta el extremo de morir por salvarnos en una cruz afrentosa: debemos amarlo por los beneficios que nos ha hecho y por los que puede y quiere hacernos: debemos amarlo en fin por la dulzura, por la bondad, por la mansedumbre y agrado con que entra hoy en Jerusalem para significar á los nacidos y por nacer, que es un Rey manso, humilde, apacible, cariñoso y dispuesto á morir con la paciencia de un inocente sacrificado en las aras de la justicia divina ofendida por el pecado. ¿No lo demostró así en esta misma semana? Las mismas turbas que recibieron con regocijo á Jesus en el Domingo de Ramos, cantándole hosanas y diciéndole: «Bendito el que viene en el nombre del Señor:» ¿no lo prendieron, blasfemaron, atormentaron y escarnecieron á los cuatro días, diciendo á voz en grito: «Crucifícalo, crucifícalo, y venga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos?» Y en tan contrarias circunstancias ¿faltó á Jesucristo aquella dulzura característica con que nos lo describen los oráculos sagrados, con que lo admiraron sus mismos enemigos, y con que ha sido conocido y venerado en la iglesia santa de todos los fieles? No, católicos: jamás dejó de ser humilde, sufrido, afable, dulce y caritativo el amantísimo Jesus. Ann despues de glorioso y resucitado quiso este divino Pastor de nuestras almas darnos tales pruebas de su dulzura que á nadie es permitido desconocerlas. Con qué bondad se aparece gloriosamente resucitado á san Pedro para consolarlo de su prevaricacion y asegurarle de su gracia! Con qué disfraz tan espresivo se presenta á la Magdalena ansiosa por encontrar al que amaba su alma! A los discípulos que iban á Emaus ¡con qué

dulzura los instruye y alienta! Si los apóstoles se ven oprimidos de temor y perplejidad, se les aparece su dulce Jesús, les anuncia y les da la paz, y quedan tranquilizados.

Nada por otra parte hay en el mundo que pueda librar-nos de las pesadumbres é inquietudes que afligen al corazón humano, si no contamos con el amor y dulzura de Jesús. Por mas que se acumulen tesoros sobre tesoros, se reúnan todos los placeres y se multipliquen los honores: ¿son estas cosas mas que unas víctimas cubiertas de flores en la víspera de ser inmoladas? El solo pensamiento de la muerte ¿no turba todas las fiestas y empapa de amargura todos los placeres? Hablad hombres del mundo: sed francos y decidnos, si no son las pasiones los tiranos del corazón, si la prosperidad no las ensiереce y fortifica contra sus víctimas: que yo diré á todos los que me escuchen: que solo Jesús es el que puede producir las dulzuras de una paz que el hombre carnal no puede comprender, y que esta paz dulce de que goza el alma es un gusto anticipado de los regocijos del cielo. Comparad la modestia, la dulzura inalterable, el sosiego y tranquilidad apacible de los que aman á Jesús, con el temple siempre fastidioso, arrebatado y sombrío de los que se llaman dichosos porque son ricos, opulentos, arrogantes y soberbios, y vereis qué diferencia los separa. Derrama lágrimas, es verdad, derrama lágrimas un amante de Jesús á los pies de un crucifijo: pero ¡qué alegría, qué dulzura y qué consuelo no se infiltra en las almas justas al derramar estas lágrimas preciosas! Las que se derraman en el mundo salen llenas de amargura, de angustias y de congojas! Invoco en confirmacion de esta verdad

el testimonio, de vuestras conciencias, y concluyo con asegurar, que por mas que los hombres se empeñen en buscar su felicidad, jamás la hallarán mas que en aquel por quien se dijo: *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus*. «Mira, Jerusalem amada, tu Rey viene á ti lleno de mansedumbre y dulzura.»

Recibámoslo con amor y ternura, con palmas y ramos de oliva, símbolo de la caridad, de la paz y dulzura que viene á comunicarnos para hacernos ángeles en la tierra. Hagamos compañía á Jesus en sus triunfos, en sus ignominias, en su pasion y en su muerte, para hacérsela por eternidad de eternidades en la gloria. Amen.

A. M.

SERMON

PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

*Cumpliendo el Señor con nosotros los deberes de rey,
debemos cumplir nosotros con él los deberes de súbditos.*

*Ecce rex tuus venit tibi mansuetus. He aquí tu rey viene á
ti lleno de mansedumbre, Matt. cap. 21,*

Nació Jesucristo en la pobreza y humillacion, y en la humillacion y pobreza pasó su vida; vivió en la sumision y la obediencia; no tuvo destino ni dignidad terrena que le distinguiese de los demás; huyó cuando las turbas quisieron hacerle rey; lejos de aconsejar la rebelion mandaba el respeto y el pago de los tributos, y dar al Cesar lo que pertenecia al Cesar. Los profetas sin embargo, habian anunciado que el Mesias seria un rey lleno de mansedumbre; y aunque Jesucristo habia desengañado á los judios que su

reino no era temporal sino eterno; que no era de este mundo, sino del otro; que no habia venido á conquistar con la fuerza, sino á redimir y comprar con su sangre, quiso indicar y dar señales de su reinado que ha de completarse en el cielo, en su entrada triunfante en Jerusalem.

Bien puede el impío mirar la historia que nos refiere el evangelio de este día como una farsa ridícula, ó como una de esas ovaciones pagadas con que se obsequian los prosélitos del mundo: el cristiano descubre en ella el triunfo mas completo de Jesús en medio de su mansedumbre, la señal del poder y virtud de Jesús que en la efervescencia de los ánimos, cuando los príncipes de los sacerdotes y los fariseos le buscan para perderle, cuando han convenido en un concilio en darle la muerte, y solo esperan la oportunidad para ejecutarlo, se atreve á presentarse en público; descubre la maravillosa virtud de Jesús que hace que las turbas le victoreen, y le canten himnos de alabanza los niños como de él estaba escrito; descubre la sabiduría y divinidad de Jesús que al entrar á consumir su mision en la ciudad que le persigue, al ir á conquistar el reino eterno y á derrocar el poder enemigo que tenia esclavizados á los hombres quiere que las gentes le reconozcan y reciban como al triunfador que va á vencer al pecado y á la muerte, y le canten llenos de júbilo la victoria; que le llenen de bendiciones como á su rey y su libertador enviado en nombre del Señor; descubre el principio del reinado de Jesús Rey y Dios de Israel y de todos los hombres y de los ángeles.

Tal es, hermanos míos, el triunfo y el hecho glorioso de Jesús que nos recuerda la iglesia en este día y nos ense-

ña á celebrar desde los apóstoles con la ceremonia de los ramos henditos que pone en nuestras manos y los cánticos que acabamos de entonar. Confesemos con las turbas devotas que Jesucristo es nuestro Rey; un Rey lleno de justicia y de paz; que es el Rey de todos los hombres y los ángeles; que es nuestro Rey antes de todos los siglos, que en la plenitud de los tiempos ha obrado la salud en medio de la tierra; que es nuestro Rey por derecho de nacimiento como Hijo unigénito del Rey eterno; por derecho de herencia porque el Señor le ha dado por heredad suya todos los términos de la tierra; por derecho de conquista y victoria porque ha arrojado fuera al príncipe de este mundo; y como mas poderoso, ha vencido al fuerte armado y habiéndole quitado las armas en que confiaba ha distribuido sus despojos, levantado en alto sobre la tierra lo ha traído todo á sí, despojando á los principados y potestades enemigas: confesemos que Jesucristo es nuestro Rey por derecho de compra, porque nos ha rescatado y redimido con el precio de su misma sangre y nos hizo su reino y posesion; que es nuestro Rey por nuestra propia eleccion, porque en el bautismo le elegimos por Señor nuestro, le juramos fidelidad y prometimos obedecer sus leyes. Nosotros mismos somos testigos de que hemos elegido al Señor por nuestro Rey para servirle. *Ecce Rex tuus venit tibi. Hé aquí tu Rey.*

Pero no basta que le reconozcamos y confesemos por nuestro Rey, que le invoquemos y alabemos en el día de su triunfo como las turbas de Jerusalem, que nos gloriamos y celebremos sus victorias. En medio de tantos felices recuerdos y piadosas reflexiones á que no dá lugar la solemnidad

de este día, contemplemos! que siendo Jesucristo nuestro Rey, como un Rey justo, sábio y poderoso cumple con nosotros los deberes de Rey, y que nosotros no podemos dispensarnos de cumplir con él los deberes de súbditos.

Sobre este asunto voy á llamar vuestra atención en este rato, implorando antes los auxilios de la gracia por la intercesión de María Santísima.

AVE MARIA,

Ecce Rex tuus...

No es ser rey el oprimir y sujetar por la fuerza á los pueblos, ni el ejercer un dominio arbitrario y muchas veces injusto. La idea propia de un rey es la de un padre que se hace amar de sus hijos; que reina en sus corazones sin necesidad de valerse de la fuerza; que es compasivo y benéfico; que establece leyes sábias y equitativas para el buen régimen de sus súbditos; que lejos de serlos gravoso procura su felicidad, sujetar y vencer á sus enemigos para que viva cada uno tranquilo y seguro en sus tareas, y no distingue de personas sino que para todos es igualmente justo.

Tal es Jesucristo Rey de mansedumbre. Es un Rey enteramente para nosotros, dice el padre san Bernardo. Si la señal y distintivo de un rey es el ser benéfico, ¿quién nos ha

hecho mas beneficios y nos ha proporcionado mas bienes que Jesucristo? El pasaba por todas partes haciendo bien, sanando á los enfermos y librando á los oprimidos por el diablo. Es un Rey lleno de mansedumbre y de dulzura. ¿Qué fué para el Señor el ser Rey de Israel? dice san Agustin (1), ¿qué grandeza consiguió el que es rey de todos los siglos con hacerse rey de los hombres? No podemos decir que Jesucristo es el Rey de Israel para exigir los tributos; para armar un ejército y vencer á los enemigos con las armas, sino que es Rey de Israel para reinar á las almas, para procurarlas su felicidad eterna, para conducir al cielo á los que creen, esperan y aman al Señor su Dios. El que el Hijo Eterno de Dios, igual al Padre, el Verbo por quien han sido criadas todas las cosas se haya hecho Rey de Israel, no es un aumento de su potestad, es una señal de su misericordia y bondad infinita, no es una nueva promocion sino una de las gracias y beneficios de Dios. *Dignatio est, non promotio*. El que quiso llamarse en la tierra rey de los judios es desde la eternidad en los cielos el Señor de los ángeles. Jesucristo es un Rey tan benéfico que fué pródigo de sí mismo por amar á los hombres; que nada desea ni nada exige sino reinar en sus almas, nada quiere sino amarlos y que le correspondan. Para él no hay ricos ni pobres, doctos ni ignorantes, nobles ni plebeyos, reyes ni súbditos, á todos ama, á todos ampara, á todos oye, *para todos es igual y para todos es Rey*, dice Tertuliano. Como Rey,

(1) Tract. 54 in Joann.

á Jesucristo le toca sancionar las leyes que debemos observar, suaves, justas, proporcionadas, que sirvan para ayudarnos y no para oprimirnos, que nos proporcionen la felicidad y paz dichosa: y le toca ponernos á salvo de nuestros enemigos. Todo lo hace Jesús, este Rey de mansedumbre que ha venido para nosotros. Nos ha dado su ley y su evangelio, una ley santa, inmaculada, que con la ayuda de la gracia tiene virtud para convertir á las almas; sus mandamientos no son pesados ni gravosos. «Venid todos á mí, » nos dice, yo os ayudaré, ya que trabajais y estais fatigados, tomad sobre vosotros mi yugo, porque mi yugo es » suave y mi carga es ligera. » Nos dá su ayuda y sus consuelos, nos alienta á obedecerle con los galardones que nos promete, nos llena de bienes, porque todo lo recibimos de su plenitud, y dá la paz y la vida eterna á los súbditos que le obedecen; *Ego vitam æternam do eis*. Nos gobierna con tanta suavidad y mansedumbre que no pide otra cosa sino que le amemos, á esto ha reducido toda su ley. *Amad á Dios*, dice san Agustín, *y haced lo que queráis despues*. Amándole jamás le desagradaremos ni ofenderemos, y á esto solo nos escita el Señor, un Rey tan benéfico y tan digno de nuestro amor; un Rey que á todos nos ama, nos favorece y nos premia sin distincion. Jesús es un Rey tan compasivo que quiso llamarse el cordero de Dios, y que bajase sobre él el Espíritu-Santo en figura de paloma para manifestarnos su lenidad y mansedumbre. Tan benigno que lejos de irritarse con el que le ofende le espera y convida á penitencia y ha enseñado á los mismos reyes de la tierra la ciencia divina de perdonar á los enemigos. Lleno de piedad y conmovido de

misericordia lloró sobre Jerusalén anunciándola los males que la habían de sobrevenir, y llora sobre nuestras almas porque no quieren conocer el tiempo en que las visita y las llama el Señor. Arrojó del templo á los que compraban y vendían en él, no con armas terribles que amenazan y llevan consigo la muerte, sino con un látigo, porque no es un rey de terror rodeado de escuadrones á sus órdenes, sino un Rey pacífico, un Padre que castiga á unos hijos á quienes ama y desea que se corrijan, se enmienden y no se pierdan sino que se conviertan y vivan.

Este rey ha vencido á nuestros enemigos. *Confidat*, nos dice. *Yo he vencido al mundo* (1). El Príncipe de las tinieblas ha sido arrojado de su trono y despojado del poder de hacernos mal. Murriendo el mismo por nosotros nos ha librado de la esclavitud del demonio y ha roto las cadenas y ligaduras de nuestros pecados, lo que se nos significa en el evangelio de este día por la soltura de las ligaduras con que estaba maniatada el asna en que quiso Jesús entrar montado en Jerusalén. Todos los deberes de un Rey justo, pacífico y benéfico los vemos desempeñados y cumplidos por Jesús que quiso compadecerse de nosotros y ser nuestro Rey. *Ecco Rex tuus venit tibi mansuetus*.

Justo es, hermanos míos, que nosotros cumplamos los deberes de súbditos para con un Rey tan bueno y tan poderoso; con un Rey á quien no podemos engañar ni ocul-

(1) Joann. cap. 46, v. 33.

tar nada; á quien no podemos derribar de su poder ni morirá jamás y reinará por los siglos de los siglos; con un Rey que tiene premios y castigos eternos. Si Jesucristo es nuestro Rey honrémosle como conviene al que es Rey de reyes y Señor de todos los señores. Si Jesucristo es nuestro Rey obedezcámosle como á nuestro Supremo legislador. Si Jesucristo es nuestro Rey, paguémosle los tributos que tan justamente nos pide. Honor, obediencia y tributos: hé aquí, amados míos, lo que Jesus nos pide por derecho de rey y lo que no podemos negarnos á prestarle. Examinemos ahora si honramos á Dios, si le damos el culto y veneración, si le tenemos el respeto que es debido. *Honor que no va unido con el amor*, dice San Bernardo, *no es honor, sino adulación*. Hipócritas llamó Jesucristo á los que le honraban con los labios y le aborrecían en su corazón. ¿No es verdad que á pesar de reconocer por nuestro Rey á Jesucristo, amamos mas al mundo, á las riquezas, los honores, los placeres y deleites sensuales que á Jesucristo?

Y lo que no puede decirse sin horror ¿no es verdad que amamos mas y anteponemos al diablo mismo y le damos una criminal preferencia, puesto que elegimos mas bien ocuparnos en su servicio? No parece sino que conociendo á uno y á otro comparamos y juzgamos y tenemos por mejor á aquel cuyo servicio preferimos, dice Tertuliano (1). Dígase sino ¿quién ama á Jesucristo? ¿quién se ocupa en

(1) Lib. de Penitencia.

acordarse y en meditar en él? ¿quién habla de él con dignidad? ¿quién tiene un celo verdadero por su honor y gloria? ¿quién sale en su defensa cuando le ve ó le oye ultrajar? ¿quién se duele de haberle ofendido? Entre el pueblo cristiano ya, es un género de santidad el ser menos vicioso y el hacer menos mal del que pudiera hacerse. No es así, hermanos míos, no es así como honramos á los príncipes de la tierra, ni cómo debemos honrar al Rey de las virtudes, al Rey fuerte y poderoso en las batallas, al Rey de la gloria y que se dignó serlo nuestro, Jesucristo.

Examinemos si damos la correspondiente obediencia y cumplimiento á sus santísimas y saludables leyes. Nosotros mismos nos hemos sometido á su imperio y le hemos elegido por nuestro Rey y nuestro jefe. Yo os doy gracias, Dios mío, porque habeis estendido sobre nosotros vuestra mano misericordiosa y nos habeis separado de tantos otros á quienes dejais entre las tinieblas del error; entre las gentes que no os confiesan ni os adoran. Deber de los súbditos es obedecer y servir á sus superiores con fidelidad en todas sus disposiciones justas. Obligados estamos, y así lo tenemos jurado, á obedecer á Jesucristo, á *quien servir es reinar*. No digamos con nuestras obras ofendiendo á Dios, si no tenemos atrevimiento á decirlo con nuestras palabras: *Nolumus hunc regnare super nos*. «No queremos que » Jesus reine sobre nosotros.» El que es Rey y Dios de la tierra y toda su plenitud, séalo también de nuestro corazón. No debe haber cosa alguna en nosotros que resista á su imperio, no deben sublevarse nuestras pasiones, no deben desenfrenarse nuestros apetitos, todo debe estar or-

denado en nosotros y obedecer al *Príncipe de la paz*. Seamos nosotros mismos el reino de Dios, reine Dios dentro de nosotros, no por algún tiempo, sino para siempre. Suspiremos y clamemos que venga á nosotros su reino dichoso. No seamos tan insensatos como los judíos que rehusaron y no quisieron admitir por su Rey á Jesucristo y eligieron por su rey al César. *Nón habemus regem nisi Cæsarem*. «No reconocemos otro rey que al César. Es en verdad, dice
 » san Agustín (1) el César un rey hombre para los hom-
 » bres en orden á las cosas temporales; pero hay otro Rey
 » para las cosas divinas. Uno es rey para la vida tempo-
 » ral, y otro lo es para la vida eterna. El rey de la tierra
 » está bajo la potestad del Rey del cielo, y el Rey del cie-
 » lo es superior á todas las cosas. No pecaron los judíos
 » porque dijeron que reconocían al César por su rey, sino
 » porque no quisieron tener por su Rey á Jesucristo. Tam-
 » bien ahora, después que Jesucristo está sentado en el
 » cielo, y reina en todas partes con una plenísima potestad,
 » hay muchos cristianos que no quieren reconocerle por
 » su Rey.» Lloremos hermanos míos, y detestemos seme-
 » jante impiedad. Seamos siempre fieles y obedientes á Je-
 » sucristo. Digámonle con todo el afecto y las veras de nues-
 » tro corazón: «Tú Señor eres mi Rey y mi Dios. Yo te
 » ensalzaré Dios y Rey mío y bendeciré tu nombre santo
 » por los siglos de los siglos (2).» Resistamos fuertes en

(1) Eunarr, in psal. 55.

(2) Psalm. 43

la fé al demonio enemigo implacable de la gloria de Dios y de nuestra salud: no hagamos paces con él, ni abandonemos á Jesus que por ser nuestro rey quiere justamente que le sigamos y obedezcamos si hemos de vencer á sus enemigos y los nuestros. Aspiremos á tener una vida pura é inmaculada porque debemos gloriarnos en ser semejantes á Jesucristo que no solo es nuestro Rey, sino tambien nuestra cabeza; y formamos con él un solo cuerpo. Y siendo santa y obediente la cabeza, deben ser santos y obedientes les miembros.

Ultimamente, hermanos míos, debemos pagar á Jesucristo el tributo correspondiente como á nuestro dueño y Señor. Todo es suyo y de nada necesita; no se alimenta de nuestros dones ni es un rey ambicioso y tirano que se aproveche del sudor del pobre y oprima al infeliz y desvalido. Viene á nosotros lleno de mansedumbre; es Rey solo para nuestro beneficio y proteccion; todo es suyo y no tenemos casa alguna que no venga de su mano. Por lo mismo debemos ofrecérselo todo y ponerlo á su disposicion. Los tributos que debemos pagar á Jesucristo nuestro Rey despues de cumplir nuestras atenciones de justicia, son las limosnas que debemos depositar en sus manos. Las manos de los pobres son las manos y el tesoro de Jesucristo, y lo que hacemos con los pobres, lo hacemos con el mismo Señor de los pobres. Tended vuestras vestiduras en el camino para que pase por ellas Jesucristo. Jesucristo triunfa ya en su gloria, es verdad; pero está desnudo en sus miembros, en los miserables y menesterosos. Desnudaos del hombre viejo y de todos sus actos, abandonad el lujo, la ostentacion, todo lo que dais á

la ambicion y vanidad, no es vuestro, es un tributo que debeis á vuestro Rey y debeis ponerlo en manos de los pobres. Cortad esos ramos, esos deseos y gastos supérfluos, esos gastos que consumis en el juego, en los espectáculos, en los regalos de comer, beber y vestir con ostentacion y dedicadlos al honor de Dios; valeos de ellos para adornar los caminos y salir al encuentro á Jesucristo. Haced limosnas, hé aquí los tributos reales que Jesucristo ha impuesto á esos bienes que os dá por su bondad y que os puede quitar cuando sea de su agrado; y debeis *dar á Dios lo que es de Dios*. Tiene tambien un derecho Jesucristo á exigirnos un tributo que es mucho mas grato á sus ojos y de que no podemos excusarnos; el tributo de nuestro corazon. Este es el sacrificio propio para un Dios y Rey; el que jamás deja de aceptar con complacencia, el que nos pide con el cariño de Padre, un corazon contrito y humillado. Veamos si le ofrecemos sinceramente á Jesucristo y nada mas necesitamos para cumplir con el honor, la obediencia y los tributos que le debemos como á nuestro Rey. Y si hasta ahora se le hemos negado, puesto que Jesus cumple con nosotros los oficios de un Rey pacífico, benigno, lleno de mansedumbre y de amor, apresurémonos á ofrecerle lo que nos pide en retribucion de tantos beneficios.

Con estas santas disposiciones entonemos los cánticos de gloria y alabanza á Dios en las alturas. Salgamos al encuentro á Jesucristo vencedor. Alegrémonos de sus victorias y démosle incesantes gracias porque ha triunfado de nuestros enemigos. Sigámosle, no solamente en sus triunfos, sino tambien en su pasion y su muerte como súbditos

fieles y como que en su muerte es donde consigue su completo triunfo y con lo que derrota á sus enemigos. Sin embargo, su victoria no es completa sino vence tambien en nosotros al mundo, al pecado, á los malos deseos, y al demonio que nos domina; si no logra el que nosotros venzamos en él y por él, que es nuestra fortaleza, y conseguimos que no reine mas el pecado en nuestro cuerpo mortal para obedecer á sus concupiscencias desarregladas, y que solo reine la gracia. No haya pues en nosotros cosa alguna que resista á esta gracia de Jesucristo, no nos pongamos de parte de nuestros enemigos ni haya en nosotros cosa alguna que los favorezca. Esas palmas y ramos que la iglesia pone en nuestras manos en este dia, al paso que nos recuerdan el triunfo de Jesus, nos avisan que tenemos que pelear con fortaleza contra el pecado, contra el demonio y contra nosotros mismos; que debemos triunfar con Jesucristo y Jesucristo en nosotros y con nosotros, y que para esto debemos cooperar á la victoria.

No nos separemos de los escuadrones de Jesus, seamos súbditos fieles y obedientes, peleemos con valor bajo el estandarte de la santa cruz, confesémosle y alabémosle con constancia y no le abandonemos y pospongamos á un malhechor en los dias de su abatimiento; no demos ocasion á que lllore sobre nosotros y lamente nuestra pérdida y nuestra ruina espiritual, nuestro amoroso Rey como lloró la de la ciudad ingrata que le crucificó. Seamos siempre fieles y constantes en servirle y amarle, y despues de bendecirle en esta vida, entre los peligros de nuestros enemigos, en la Jerusalem celestial nos uni-

remos á los ángeles que están al rededor del trono del Cordero y vestidos de las estolas blancas y con las palmas del triunfo en nuestras manos , gozaremos la bienaventuranza , y cantaremos gloria á Dios, honor , alabanza y bendicion por los siglos de los stglos Amen.

F. L. G.

HOMILIA

PARA EL JUEVES SANTO.

*Ejemplos de amor y de humildad que nos da Jesu-
cristo.*

*Exemplum enim dedi vobis, ut quæmadmodum ego feci,
ita et vos faciatis. Os he dado el ejemplo para que como
he obrado yo, obreis tambien vosotros. Joann. c. 13.*

¿Sabeis lo que acabais de ver? ¿Sabeis lo que nos re-
cuerda esa ceremonia augusta que acabais de presenciar y
que no se vé sin que el corazón se conmueva, el afecto se
inflame y el alma se humille? ¿Comprendeis lo que es el le-
vantarse Jesús; dejar sus vestidos, cefirse la tohalla y lavar
postrado en el suelo los pies de sus discípulos, como nos re-
fiere el discípulo amado en el evangelio que acabais de oír?
¡Ángeles que desde el origen del tiempo estais de atalayas

en el cielo presenciando los acontecimientos que suceden en la tierra! ¡Cielos ante los que se han representado casos grandes de admiracion y de espanto! ¡Ojos mortales que os desplegais para ver y registrar los sucesos maravillosos con una codicia tan estraña! ¿Habeis visto jamás un suceso tan nuevo y estraordinario? ¿Al mismo Dios hecho hombre puesto á los pies de los hombres y de su mismo enemigo y traidor, y lavar sus inmundicias? ¿Qué es esto, ó para qué tanto abatimiento en el que crió los cielos y la tierra, en el Dios de terror y magestad, que mandó á su siervo y amigo Moyses que no pisase la tierra donde le habló, sino con los pies desnudos? Preciso es que el mismo Dios hecho hombre nos lo diga, y esplique á los hombres este misterio de su humillacion. Sabed, dice á sus discípulos, atónitos de lo que acababan de presenciar y sorprendidos de lo mismo que veían que: os he dado el ejemplo para que como he obrado yo, obreis tambien vosotros. *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis.* Me llamais Señor y Maestro, y decis bien, pues lo soy; y ya que me confesais por tal, condenado queda quien no siga mi ejemplo. Hoy os lo he dado jeneral de todo cuanto he predicado durante el curso de mi vida con obras y palabras; os he hecho un compendio de toda mi ley reduciéndola á un solo precepto, al precepto de la caridad, y para enseñaros á amaros unos á otros me he arrodillado y lavado vuestros pies. Lo que os encargo y os intimo últimamente como Señor y como Maestro es; el que como discípulos imiteis el ejemplo de vuestro Maestro, y como siervos sigais los pasos de vuestro Señor.

¡Qué ejemplos y qué pasos, hermanos míos! Ejemplos de amor y de humildad, ejemplos que debo hacer: percibir en este rato y que nos recuerda esa ceremonia que acabais de presenciar. Ejemplos que yo no sabré explicar debidamente. ¿Pero qué podré, ni deberé yo añadir á lo que nos dice el evangelio, ni cómo habré de explicar mejor las obras del amor y la humildad de Jesus que con las mismas espresiones con que nos las refiere el Evangelista que en la noche de la cena estuvo recostado sobre el pecho del Señor y quedó abrasado en el fuego del amor divino? Mi corazon frio é insensible ¿podrá escitar en mi alma, ni poner en mis lábios ideas y palabras mas dignas de Jesus que las que nos refiere el que vió y dió testimonio, el discipulo amado y lleno del amor de Jesus?

Voy á satisfacer vuestra piedad y á daros á conocer del modo mas adecuado lo que acabais de ver en esa ceremonia que repite la iglesia, esponiéndoo con la posible claridad el evangelio; y haciéndoo observar en los hechos admirables que nos refiere los ejemplos de Jesucristo en los últimos dias de su vida; las demostraciones del amor mas grande y de la mas profunda humildad que quiso obrar con los hombres para que todos le imitemos como á nuestro Señor y nuestro Maestro.

Para el acierto, dispensadme, Dios mio, la ayuda de vuestra divina gracia, poned en mis lábios palabras dignas del asunto que me propongo y que no desdigan de la humildad que á todos nos dejasteis recomendada y debe ser propia de vuestros siervos. Os la pedimos por la intercesion de la que fue humilde y mereció por su

humildad ser exaltada y bendita en todas las generaciones,
nuestra Madre y Señora María Santísima.

AVE MARIA.

Ejemplum enñ dedi vobis....

«Antes del dia solemne de la pascua, nos dice el
» Evangelista, sabiendo Jesus que se acercaba su hora y
» quemuy pronto habia de salir de este mundo para volver á
» su eterno Padre, habiendo amado á los suyos que estaban
» es este mundo, en el fin los amó mas.» Jesucristo, her-
manos míos, en el fin de su vida mortal, como un Padre
carinoso que va á separarse de sus hijos, dió á los hombres
mayores y mas repetidas señales del amor perfecto que
los tenia con los grandes y admirables ejemplos de su hu-
mildad y paciencia, con la institucion del mas angusto y
aceptable sacrificio que dejó en memoria suya y para con-
sejo de los mismos hombres, y con la entrega de su
vida y el derramamiento de su sangre preciosa por la
salud de todo el mundo. Amó siempre á los suyos, pe-
ro en el fin los amó mas; los amó hasta la muerte; su
amor llegó á tal grado que dió su vida por los hombres,
porque no los verdugos ni el poder de las potestades de la
tierra, sino el amor de Jesus es el que arrastró á los tor-
mentos al que podia llamar á las legiones de los ángeles en
su ayuda.

Amemos pues á Jesus, porque él nos ha amado pri-

mero, y no solamente á sus apóstoles, sino á todos nosotros ha dado estas pruebas de su amor infinito. Por nosotros todos ha dado su vida y se ofreció á la muerte y no puede darse mayor prueba de un amor verdadero. Amémosle con constancia y perseverancia sin que haya cosa en el mundo que nos aparte de su amor. Pasemos tambien con él desde este mundo al Padre. En hacer este tránsito consiste el celebrar dignamente la pascua. El pueblo de Dios celebró la primera pascua cuando huyendo de los egipcios atravesó el mar rojo. Aquella figura profética tuvo su cumplimiento en Jesucristo cuando fue conducido á la muerte como un cordero destinado al sacrificio, y si nosotros teñimos los postes de nuestras casas con su sangre; esto es, si nos armamos de la señal de la cruz en nuestra frente y en nuestro corazon, quedaremos libres de la cautividad y el esterminio, de la perdicion de los que quedan en el mundo y pasaremos como el pueblo escogido de este lugar de miserias al reino estable y feliz del Señor. No, dice san Agustín (1), no debemos pasar con este mundo que pasa, porque una cosa es pasar con el mundo y otra cosa es pasar del mundo, una pasar al Padre y otra pasar á los enemigos, debemos pasar al Padre que vive para siempre. Los egipcios pasaron tambien, pero no pasaron por el mar al reino, sino en el mar y con el mar á la muerte.

« Y concluida la cena que celebró con sus discípulos,

(1) Tract. 55 in Joann,

» continúa el evangelio, habiendo entrado ya el diablo en
» el corazón de Judas y estando ya este resuelto á entregarle
» á sus enemigos: sabiendo Jesus que Dios lo habia puesto
» todo en sus manos..... se levanta, deja sus vestidos y
» tomando una tohalla se la ciñe, echa agua en una pa-
» lancana y comienza á lavar los pies de sus discípulos y
» á limpiarlos con la tohalla que se habia ceñido.» El co-
nocimiento de nuestras miserias, la experiencia propia y
repetida de nuestra enfermedad y flaqueza no alcanza á
humillar al hombre corrompido bajo la mano poderosa de
Dios, y á Jesucristo no le estorba su origen divino, su po-
der, su grandeza, su magestad, su gloria y su potestad so-
bre los cielos y la tierra para humillarse á los pies de la
criatura mas vil, del hombre mas pérfido y criminal, de
un hombre que ha hecho al demonio dueño de su corazón.
Aprendamos, hermanos míos, á no gloriarnos ni ensober-
becernos ni por lo ilustre de nuestro origen, ni por lo fa-
vorable de nuestra fortuna, ni por lo elevado de nuestra
potestad. Contemplemos la grandeza de Dios, la humildad
y abatimiento de Jesucristo, la vileza y miseria del hombre
y aprendamos á humillarnos. Nada hay en la humillacion
del Salvador divino á los pies de los hombres que no nos
dé á conocer una humildad perfectísima; no hay circuns-
tancia que no nos dé ejemplo y confunda nuestra arrogancia
y altanería. Ejecuta la obra mas baja y propia de los
últimos siervos sin que nadie le sirva ni le ayude. El mis-
mo se quita sus vestiduras, él toma la tohalla, él se la ciñe,
toma el agua; lava los pies de los discípulos y antes que á
todos deseoso de ganar su corazón, en sentir de muchos

santos padres, los del mismo Indas que es el que sabe que le va á entregar, y él mismo los limpia con la tohalla que tiene ceñida. Habiéndolo puesto todo en sus manos el Padre, observa san Agustín (1) él lavó, no las manos, sino los pies de los discípulos: sabiendo él que habia venido de Dios y que volvía á Dios, no hizo oficios de Dios y de Señor sino que obró los oficios de hombre y de siervo; y ¿quién no ve que llegó al último grado de perfecta humildad cuando no se desdenó de lavar los pies de aquel mismo cuyas manos sabía que estaban ocupadas en la maldad y cuyos pasos pretendia enderezar? Tanta es pues la utilidad de la humildad humana; concluye de aquí el mismo san Agustín; que aun la misma sublimidad y grandeza divina nos la quiso recomendar con su ejemplo. Vino el hijo del hombre á buscar y á salvar al hombre que habia perecido; pereció por su soberbia y Jesucristo le buscó y le salvó por su humildad. Jamás se hubiera salvado si no le hubiera hallado un Dios humilde. Pereció por seguir la soberbia del espíritu engañador; luego hallado y rescatado ya, es preciso que siga la humildad de su Dios y Redentor.

«Llegó Jesus á Pedro y viendo este á su Maestro á sus pies le dijo: ¿Tú Señor, te humillas á lavar me á mí los pies? ¿Tú ignoras ahora lo que yo hago, le dijo el Divino Maestro? después lo sabrás. ¿Qué, le repuso Pedro, llegaré yo jamás á consentir que mi Señor y mi Dios haga conmigo un ministerio tan vil? Pues si no consientes en

(1) Ibid.

» que yo te lave los pies, le contestó Jesus, por tu desobediencia te escluiré de mi amistad y no te daré parte alguna en mi reino. ¡Ah Señor! Le contestó Pedro. Si así es, lavadme no los pies solos, sino tambien si es de vuestro agrado las manos y la cabeza.» ¡Admirable porfia! El amor, la fé, la observancia, la piedad y la humildad de Pedro pelean con la humildad y la caridad de Jesus. Tiembla y se estremece Pedro al contemplar que aquel á quien él mismo ha reconocido y confesado por el Hijo de Dios vivo, que aquel que con el Padre es un solo Dios y Señor del universo, vá á emplearse en prestarle un servicio tan indigno de su Magestad; se asusta al ver á aquel á quien sirven millares de ángeles postrado á los pies de los hombres; teme y se perturba el discípulo viendo una cosa tan estraña, y alegando su respeto y reverencia rehusa un oficio cuya causa y fin no conocia. No, Señor y Dios mío, no consentiré jamás que Vos me laveis los pies. Pero el fervor y devocion de Pedro quedan vencidos por el amor y la humildad de Jesus. No seria verdadera la humildad de Pedro, ni seria sincera su piedad si no se sometiese enteramente á la voluntad de Jesus. El que con el pretexto de humildad resiste y se opone á la voluntad de Dios, resistiendo á los mandamientos de los superiores que representan á Dios y por quienes Dios manifiesta su voluntad, es realmente un soberbio y no puede tener parte con Jesucristo que es el Maestro de la humildad. No hay cosa mas terrible, hermanos míos, no hay castigo mayor para un alma que ama á Jesucristo que el quedar separada de él para siempre, el perder su amistad y no tener parte en su herencia. Aturdido con esta

amenaza el discípulo Pedro se ofrece á que le lave todo el Señor, perturbándose mas con el temor de que su Maestro le abandonase que con la admiracion de verle humillado á sus pies, como espone san Agustin.

«Si yo no te lavare no tendrás parte en mí,» Nos enseña Jesucristo con estas palabras, dice el padre san Cyrilo (1) que si no lavamos con su gracia las manchas del pecado, no participaremos de la vida eterna que dimana de él y de que él es el principio y quedaremos escluidos de su reino: porque no es lícito ni permitido á los impuros el entrar á las mansiones eternas, sino solamente á aquellos que por su amor á Jesucristo tienen limpia la conciencia y se han santificado por la gracia del Espíritu-Santo que recibieron en el bautismo. Aquellos tambien que despues del bautismo se han contaminado con las manchas del pecado, tienen necesidad de lavarse con las aguas de la penitencia, y de purgarse y santificarse pidiendo á Jesucristo que los aplique los méritos de su preciosa sangre para que puedan merecer así y hacerse dignos de acercarse á su mesa, participar del alimento de su cuerpo y despues de su compañía en la gloria.

«Dijo Pedro, Señor, lavadme no solamente los pies, » sino tambien las manos y la cabeza.» La cabeza del hombre interior es la fé, que es el origen de todos los buenos sentimientos y de todos los santos movimientos y deseos; las manos, son las obras, y los pies son los afectos, y todo

(1) Lib. 9. in Joann.

lo hemos de someter á la voluntad y la gracia de Jesucristo para que obrando esta en nosotros, nuestra fé esté limpia de todo error, nuestra vida esté pura de todo crimen, y nuestros afectos se limpien y purifiquen de las manchas que contraen con el apego á las cosas terrenas y el demasiado amor del mundo.

«Jesucristo le dijo: el que está limpio no necesita sino » que le lave los pies.» En todo el tiempo de nuestra vida mortal, hermanos míos, nos es necesaria esta mística ablucion de los pies; es decir, mientras vivamos en este mundo tenemos necesidad de purgarnos de los afectos terrenos. Verdad es, dice san Agustin (1), que en el bautismo queda el hombre todo limpio y purificado, pero como despues se vive por necesidad entre las cosas humanas, es indispensable pisar la tierra. Los afectos y las inclinaciones humanas de las que no puede el hombre desprenderse en la vida de la mortalidad son como los pies, con que nos unimos á la tierra, y de tal manera nos unimos, que si dijéramos que no tenemos pecado nos engañamos á nosotros mismos y no queremos conocer y confesar la verdad de lo que somos y lo que nos pasa. Todos los dias pues, nos lava los pies el Señor, porque todos los dias riega é interpela por nosotros; y todos los dias tenemos necesidad nosotros de que el Señor nos los lave mas y mas, porque tenemos necesidad de su ayuda para dirigir nuestros afectos, para encaminar nuestros pasos, y él mismo nos enseñó la necesidad de decirle todos los dias

(1) Tract. 36. in Joann.

en la oración: perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Si nosotros no rehusamos reconocer nuestra miseria y confesar al Señor nuestros pecados, el Señor que lavó los pies de sus discípulos, es fiel y justo y nos perdonará y limpiará de toda iniquidad. Nos limpiará no solamente la cabeza y las manos, sino también los pies con que pisamos la tierra; hará que sean puros y santos los afectos y las inclinaciones que nos unen á la tierra y que solo apetezcamos las cosas terrenas como el Señor quiera dispensárnoslas y convengan para que le sirvamos y gocemos.

«¿Sabeis, dijo Jesus despues de concluir de lavar á sus
» discípulos y de haber tomado sus vestidos, y vuelto á sentarse en medio de ellos, ¿sabeis qué es lo que yo he hecho ahora con vosotros? Vosotros me llamáis vuestro Maestro y Señor, y decís bien, pues lo soy con toda propiedad. Ahora bien, si yo siendo vuestro Señor y Maestro he lavado vuestros pies, vosotros debeis también lavaros los pies los unos á los otros. Os he dado el ejemplo, para que á la manera que lo he hecho yo lo hagáis también vosotros.» Somos discípulos de Jesucristo, luego debemos abrazar su doctrina y sus preceptos con un ánimo sincero; debemos amar, predicar y seguir sus mandamientos como mandamientos y ejemplos de nuestro único Maestro. Somos siervos de Jesucristo, luego siempre y en todo lo que es de su agrado debemos servirle como al único Señor que nos manda con absoluto y propio poder, y que nada puede mandarnos que no sea justo, santo y saludable. Debemos imitar su humildad y su amor y conformarnos y

hacernos semejantes á él con todas nuestras fuerzas. En esto consiste nuestro bien eterno y temporal, en seguir los ejemplos de Jesucristo y acomodar nuestras obras en cuanto nos sea posible á este ejemplar divino. Y ¿quién se atreverá ya á la vista de un Dios humilde, á despreciar á sus consiervos los demás hombres? ¿Quién se atreverá á buscar y gloriarse en los honores y la elevacion, despues que el Hijo de Dios lava los pies del hombre que le va á entregar, al tiempo mismo que va á hacer la entrega despues de haberle vendido, del hombre mas vil, sacrilego y ladron y de quien no habia que esperar que retrocediese y se enmendase, le sienta á su mesa y alimenta con el manjar de su cuerpo, y nos dice á todos que nos dá el ejemplo y que es preciso que obremos como él? ¿Habrá quien se atreva á osentar arrogancia y altanería? ¿Habrá quien no ame y reciba á su prójimo á su amistad? Si yo siendo vuestro Señor y Maestro he lavado vuestros pies, vosotros debeis tambien lavároslos unos á otros. No dijo el Señor lo que es mas admirable y que ocultó por amor y descubrió despues el tiempo. Si yo, pudo decir, he lavado los pies y me he humillado delante del mismo que me va á entregar á mis enemigos; qué mucho es que os diga que os laveis los pies unos á otros? Obró, y dejó á sus discipulos y á todos los que nos gloriamos de serlo, el que estudiemos y sepamos apreciar el ejemplo de humildad y caridad que nos dejó, y procuremos imitarle. Este es el modo mas propio y conveniente de enseñar, el hacer con las obras y el ejemplo lo mismo que se dice con las palabras. Habia dicho este Maestro divino, que el que obrare y enseñare seria llamado grande en el

reino de los cielos, y él obró lo que habia enseñado,

¿Qué soberbia no abatirá este sublime ejemplo de Jesús? ¿Qué vanidad é hinchazon podrá caber en el corazón del hombre que no se derribe con el ejemplo de la humildad de Jesús? El que está sentado sobre tronos de querubines lavó los pies de su mismo traidor; y tú hombre miserable que por encumbrado que te veas no eres al fin sino tierra y polvo; ¿te atreverás á engreírte, á ser soberbio, á despreciar á tus hermanos y á no perdonar jamás sus agravios? ¿Quieres conseguir la verdadera grandeza? Ven á aprender los medios de lograrlo á la escuela de Jesús. Sé humilde como te enseña Jesús, y tendrás una grandeza de ánimo superior á la vanidad del soberbio, despreciarás acertadamente las cosas perecederas, no te aconsejarás con un ánimo vil y apocado por sus pérdidas, y al fin serás exaltado con Jesús.

Ejemplo os he dado para que como he obrado yo, obreis también vosotros. Hemos visto, hermanos míos, lo que el mundo no habia visto jamás, lo que no sabian los hombres y fue preciso que el mismo Dios se lo enseñase, los ejemplos de la humildad y el amor de Jesús á los hombres, segun nos lo refiere el amado Evangelista cuyas palabras no podré yo jamás explicar debidamente; falta ahora que sigamos el ejemplo de Jesús; que el cristiano no se desdén de hacer lo que hizo el mismo Cristo. Humillándonos unos á otros á los pies de nuestros hermanos se escita en nuestro corazón, ó se confirma mas si ya la teniamos, la humildad y el amor que debemos tenernos mutuamente como nos manda Jesucristo. Todos y cada uno, hermanos míos,

debemos humillarnos á nuestros prójimos para ganarlos para Jesucristo. Cada uno segun su estado, su condicion y su oficio debe lavar sus pies y los de sus hermanos, lavar y purificar las manchas de sus afectos y limpiarlas con los buenos ejemplos, con la correccion, con los avisos y consejos saludables, con las piadosas y caritativas amonestaciones, con las oraciones y el pardon de las injurias. Preciso es, si hemos de ser verdaderos discípulos de Jesus, que nos perdonemos unos á otros nuestras ofensas, que nos disimulemos nuestras imperfecciones, que oremos á Dios los unos por los otros. Asi nos lavaremos mutuamente los pies y caminaremos con rectitud por los ejemplos del Señor. Asi cumpliremos su ley que consiste en amarnos todos; cumpliremos el precepto que nos recomendó tanto en su última cena y nos dejó por su testamento y última voluntad, el precepto que no quiso encargarnos con sus palabras solamente, sino que nos le enseñó con sus obras. Y siendo caritativos y humildes seremos al fin exaltados y lograremos reinar con Jesus en la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA EL VIERNES SANTO.

Jesucristo ha muerto por nosotros.

Christus pro nobis mortuus est. Jesucristo ha muerto por nosotros. Paul. ad Rom. c. 5, v. 9.

Al fin católicos, llegó la hora de Jesús. Aquella hora en que debiéndose entregar el Hijo de Dios á la ferocidad de sus mas crueles enemigos habia de sufrir y padecer los tormentos mas acerbos, las injurias mas crueles, los baldones é improperios mas amargos, la muerte mas ignominiosa. Aquella hora terrible que llama suya el Redentor del mundo porque en ella habia de quedar vencido el infierno, destruido el pecado, establecido el reino eterno de la gracia y abierto el cielo para todos los pecadores. Aquella hora en fin de que os voy á hablar diciéndoos con Isaias: «¿quién creará lo que anunciamos? ¿A quién se dará á conocer

» el brazo del Señor? Lo hemos visto despreciado, abatido
 » y humillado, como al último de los hombres; herido por
 » la mano de Dios; cubierto con todas nuestras iniquida-
 » des; oprimido, afligido y maltratado por nuestros críme-
 » nes. Ha sido conducido á la muerte como una víctima;
 » no ha abierto su boca: se ha callado como el cordero á
 » quien se quita el vellón. El es el hombre de dolores; su-
 » fre la enfermedad, oculta su rostro y no nos hemos atre-
 » vido á mirarle.» (Isai. c. 53.)

Aquel á quien deben su ser todas las criaturas, en quien se alegra el universo y se complace el eterno Padre, deja verse en este día como un hombre que afrentado de su miseria oprobiosa se avergüenza de sí mismo. Aparece á los ojos de los ángeles, de los hombres y de las potestades infernales desfigurado, oprimido de dolor, angustiado, hecho de peor condicion que un leproso, sentenciado como criminal á morir en un árbol afrentoso entre dos ladrones. Determinemos aun mas las circunstancias de los trágicos sucesos que nos ocupan, para entrar de lleno en el asunto que debe ocupar vuestra atencion. Jesucristo agobiado de una tristeza congojosa en el huerto de Getsemani; vendido por un apóstol infiel; preso tumultuosamente por una plebe soez, bárbara y sedienta de sangre inocente; llevado con brutal fiera de tribunal en tribunal; acusado de blasfemo, de perturbador del reposo público y de enemigo del Cesar; azotado desapiadadamente; escarnecido, tenido por un rey de burla; abofeteado; postergado al facineroso Barrabas... Aun esto es poco: pues que obtenida la sentencia de muerte contra el Autor de la vida ponen en sus desollados hom-

bros la pesada carga de la cruz, y á golpes y empujones como si fuera una bestia se la hacen llevar al monte calvario. Allí lo desnudan; lo tienden en la cruz; le atraviesan sus santísimos pies y manos con duros clavos; lo levantan en alto para ponerlo á la vista y afrenta de todo el mundo, y todo lleno de sangre, atribulado con los dolores mas terribles, sin hallar consuelo en los cielos ni en la tierra....

Pero piadosos oyentes. ¿De dónde á Jesucristo este diluvio de males? ¿Cuál puede ser la causa de tan horribles escenas? ¿Quién atrujo sobre el Dulcísimo Jesus tantas calamidades? ¡Ah! Su amor inmenso: la caridad con que nos ama es la que lo puso en el caso de que la divina justicia descargase sobre su cabeza el golpe omnipotente que lo destruyó. Su deseo de salvarnos y redimirnos, de hacernos hijos de la gracia y prepararnos para la gloria es el que le hizo admitir libremente todos los tormentos y horrores de su pasión dolorosísima como nos lo enseña la fé, y voy á demostraros. *Cristus pro nobis mortus est.*

Cruz adorable, leño precioso, y árbol de la vida que fuiste digno de sostener al Rey de los cielos y Señor de todo el mundo: nosotros creemos que no puede haber gracia ni gloria sin tu virtud siempre triunfante y victoriosa. Nos acogemos pues á tu sombra seguros de hallar en ella la salud que necesitamos. Despedid un rayo de luz sobre mis labios y otro sobre el corazón de mis oyentes, para que hablando yo con dignidad de lo que sufrió en tus brazos nuestro Redentor, y escuchándose con corazón recto los que oigan mis palabras tengamos todos la dicha de ser trofeos de nuestro triunfo siendo virtuosos en la vida y santos en la muerte.

Os lo pedimos por la que estando lagrimosa á vuestros pies fué nombrada Madre y protectora de todos los pecadores. Por la que siendo depositaria de vuestros tesoros merece que la digamos llenas de ternura.

AVE MARIA.

Christus pro nobis mortus est.

El Hijo del eterno Padre descendió de los cielos á la tierra *por nosotros y por nuestra salud* como se dice en el CREDO y en los artículos de nuestra fé. *Por salvarnos y redimirnos* nació nuestro Señor Jesucristo pobre, abatido y humillado. *Por salvarnos y redimirnos* se abrazó con las penalidades, con las contradicciones, adversidades, trabajos y contratiempos que se mencionan en los santos evangelios. *Por salvarnos y redimirnos* ayunó, oró, venció al tentador, emprendió la carrera de su misión en la que obró tantos prodigios y maravillas. Y en fin *por salvarnos y redimirnos* despues de haber obrado los misterios del cenáculo y anunciando con anticipacion todas las circunstancias de su pasion santísima se retiró al huerto de Getsemani para orar y entregarse al eterno Padre. ¡Que no fuera un Crisóstomo el que ocupando hoy este púlpito os hiciera comprender todo lo que sufrió por nosotros el amantísimo Jesus en el huerto de las olivas! El os diria: que «si Adan entregándose al deleite de una pasion desordenada perdió en el paraíso

á todo el género humano, Jesucristo salvó á todos los hombres retirándose al huerto en que *por nosotros y por nuestra salud* padeció las tribulaciones mas amargas, las mas negras tristezas, el pavor y tedio de las almas afligidas hasta el extremo. » Os diria, que cargado nuestro Redentor amable con todos los pecados pasados, presentes y futuros, y resuelto á sufrir los dolores que merecen las culpas de todos los pecadores, como lo dice Isaías (Isai, c. 83, v. 4.) se presentó con nuestros crímenes al eterno Padre con ánimo decidido de satisfacer la divina justicia y romper la escritura de condenacion que teníamos merecida: que agobiado con la multitud y gravedad de nuestros delitos y con la memoria de los crueles tormentos que por espiarlos iba á padecer, cayó en una postracion tan angustiosa que no pudo menos de decir á los apóstoles que lo vieron glorioso en el Tabor. *Triste está mi alma hasta la muerte*: y que por estos medios dignos de la sabiduria eterna y de la omnipotencia divina nos ha restituido al paraíso de la iglesia santa en donde la mirra de la mortificacion, el bálsamo de la caridad, el nardo de la humildad, los lirios de las vírgenes, las rosas de los mártires, la laureola de los doctores y las virtudes de los fieles la presentan tan hermosa, tan bella y agraciada como nos la pinta el sabio. (Cont. c. 12.) Demos pues gracias sin cesar al Señor que tanto padeció por nosotros.

Aprendamos en su escuela á sufrir y padecer por su amor; á destruir el pecado con las amarguras de la tristeza penitencial, á ofrecer á Dios los trabajos, adversidades y tribulaciones que nos envia para probar nuestra fé y purifi-

caros, y á convencernos de que para entrar en la gloria no hay mas camino que el que nos muestra Jesus en su pasion santísima.

Todo esto y mucho mas os diria inspirado san Juan Crisóstomo si en mi lugar os hablara de lo que Jesus padeció por nosotros en el huerto de Getsemani. Yo añadiré con san Ambrosio, san Gerónimo y san Hilario que postrado en tierra nuestro Redentor oró con intension y prodigalidad al eterno Padre diciéndole: «Padre mio, si es posible dispensadme de beber este cáliz que me está preparando.» Alejad esa furiosa tempestad que me amenaza, que no caiga ese rayo omnipotente que va á destrozarme..... Sin embargo; no se haga mi voluntad, sino la vuestra. No lo que yo quiero, sino lo que vos Padre mio quereis: pero que en nada se variaron los eternos decretos por esta oracion de Jesucristo. Nuestro Redentor vió armado á su eterno Padre contra los pecados que llevaba sobre sí; lo encontró enemigo inexorable del pecado, dispuesto á castigarlo en Jesus con todo el rigor de su divina justicia y en aptitud de hacerle sufrir todo lo que merecen las culpas, abominaciones, crímenes, impiedades, escándalos y prevaricaciones de todos los hombres y mugeres que han de comparecer á dar razon de sus buenas ó malas obras en el juicio universal. Lo que en esta ocasion padeció el Hijo del Altísimo por enseñarnos y redimirnos no podemos comprenderlo. Sabemos que se acongojó de un modo tan extraordinario que sudó gotas de sangre hasta regar la tierra con ellas: que tuvo que bajar un ángel del cielo á confortarlo: para que no muriere en su mortal afliccion, que superando el amor

que nos tenia, al diluvio de males que le salian al encuentro se propuso arrastrarlos todos por salvarnos, redimirnos y llevarnos á la gloria.

Con esta mira se dirigió á los apóstoles que habia escogido para que fuesen testigos de sus padecimientos y tribulaciones, así como lo habian sido de las delicias de su divinidad en el Tabor, y de su omnipotencia en la casa de Jairo, en el mar de Tiberiades, en el desierto de Betsaida y en otras mil partes, y hallándolos dormidos les dijo: Levantaos y orad, para no caer en tentación. Judas no se descuida: anda salcico por venderme á mis enemigos, y yo voy á entregarme al poder de las tinieblas para salvar á los hombres todos y darles una prueba de mi amor. Aun estaba hablando estas cosas cuando apareció un tropel de gente armada precedida del apóstol infiel; este dió un beso á Jesus. Jesus lo sufrió dándole el dulce nombre de amigo, y dirigiéndose á las turbas que venian á prenderlo, las dijo con magestad. *¿A quién buscáis? A Jesus nazareno:* contestaron; *Yo soy:* les repuso el Salvador: y para que todos entendiesen que Jesucristo era realmente aquel de quien se habia dicho. *Yo soy el que soy,* en cuanto oyeron su voz sus enemigos cayeron paráliticos en tierra sin poderse mover en ella. Segunda vez les dijo Jesus: *¿A quién buscáis? A Jesus nazareno,* dijeron; y el Redentor les contestó. *Os he dicho que yo soy:* Si, pues, me buscáis á mí, dejad á estos para que se cumpla la palabra de «que no perdí ninguno de los que me dió mi Padre.» Entonces san Pedro sacando su espada dió un golpe á uno de los que querian prender á Jesus y le cortó la oreja derecha, pero el divino

Maestro y Dios de piedad reprendió á su apóstol y le dijo: ¿Pues qué? No lie de beber el cáliz que mi Padre me prepara? Esta es la hora de las potestades tenebrosas. Restituyó la oreja á Malco, lo curó perfectamente, y dando licencia á los que vinieron á prenderlo, lo ataron fuertemente y lo llevaron tumultuosamente á casa de Anás suegro de Caifás pontífice en aquel año.

Qué os parece, almas piadosas y compasivas: ¿Qué os parece de estos rasgos de poder y bondad de nuestro Redentor adorable? Al mismo tiempo que con ellos nos alecciona è instruye en la ciencia de las virtudes que ha de salvarnos ¿no veis en sus milagros, su divinidad y omnipotencia, y en sus humillaciones y padecimientos, el amor inmenso con que nos ama? ¿No reparais que por nuestro Señor Jesucristo se ha dicho: que no hay mayor caridad que la que se ve en aquel que dá su vida por sus amigos? No olvideis jamás estas lecciones de sabaduría eterna: orad en vuestros apuros para no consentir en la tentacion: no volvais mal por mal al que os ofenda: favorecedlo mas bien como lo hizo J. C. con Malco: estad siempre dispuestos á sufrir y padecer los trabajos, persecuciones y adversidades que os prepara el Omnipotente, como prácticamente nos lo enseña el pacientísimo Jesus, y su pasion santísima será para vosotros un manantial fecundo de gracias, de virtudes y de gloria. Meditad lo que sufre y padece nuestro Redentor por salvarnos y redimirnos, y si sois agradecidos amad al que os ama; seguid al que os dirige; no apartéis vuestra vista ni vuestro corazon del que por nosotros no ha dudado entregarse á los tormentos y horrores de una muerte afrentosa como lo dice el apóstol.

Presentado Jesus ante el tribunal mas injusto que se ha conocido: acusado falsamente de malhechor, herido é injuriado por un esbirro, llevado de Anas á Caifas con diabólica algazara é infernal tumulto, condenado á muerte por sus mismos enemigos interesados en perderlo y tratado en todas partes como el oprobio de los hombres y la abyeccion de la plebe, ¿podrá nadie comprender lo que en estos lances padeció J. C. por nosotros los hombres, y por nuestra salud? Pedid luces al cielo para esto, recurrid á aquel Señor de quien descien­de todo don sobre sus criaturas, y él podrá ilustraros; no la elocuencia humana incapaz de alcanzar cosas tan superiores á sus fuerzas. Solo Dios podrá haceros percibir y apreciar lo que padeció nuestro Jesus divino, ya en el concilio de los ancianos del pueblo, de los príncipes de los sacerdotes, de los escribas y fariseos en que fué insultado atrozmente, ya cuando aquellos ministros de la religion llevaron á su eterno Pontífice á la presencia de Pilatos para acusarlo como reo de muerte, y ya en los demás pasos de su pasion tormentosa. Yo os diré siguiendo á los evangelistas: que llevado nuestro Redentor á la presencia de Pilatos para que lo condenara á muerte lo acusaron sus enemigos diciendo, que pervertia á su gente; que prohibía pagar el tributo al César; y que llamándose Rey usurpaba la autoridad de Augusto: que enterado el juez romano de estos cargos examinó á Jesus, y que hallándolo inocente dijo á sus acusadores: «Yo no hallo en este hombre causa para condenarlo á muerte:» añadiré: que irritados los sacerdotes con esta contestacion insistieron furiosos en sus falsas acusaciones: que Pilatos tomó á Jesus y lo remitió á

Herodes que deseaba ver á nuestro Redentor porque habia oido hablar de los milagros y maravillas que obraba, y queria que hiciese algun prodigio en su presencia, pero que guardando silencio la sabiduría eterna y negándose á contestar á las preguntas de aquel candillo, fue despreciado y tenido por un loco, vestido con la ropa de los dementes y devuelto entre burlas, escarnios y denuestos estrepitosos al tribunal de Pilatos, amenazado por una plebe irritada y tumultuosa que concitada por los escribas y fariseos pedia á voz en grito la muerte de Jesus, y mostraba no inquietarse sino con el último suplicio del justo. El juez sin embargo convencido de la malicia de los judios y de la inocencia de J. C. hizo esfuerzos para librarlo; pero por unos medios que estremecen y llenan de un terror pavoroso al que los medita. J. C. es entregado á una feroz soldadesca para ser azotado del modo mas cruel y bárbaro que puede imaginarse: le dieron cinco mil azotes; lo atormentaron hasta mas allá de lo que puede comprender el hombre; le pusieron en su sacratísima cabeza una corona de espinas y en sus santísimas manos una caña, y tratándolo como á un Rey de burla lo escarnecieron, baldonaron é injuriaron llenándolo de tantas heridas que no hay que admirarse de que Isaías dijese: «Lo hemos visto llagado por nuestras iniquidades, y no tenia figura de hombre.» En este estado repugnante á la sensibilidad humana es llevado Jesus á Pilatos, y en él mismo, Pilatos lo presentó al pueblo diciéndole: *¡Ecce homo!* Aqui teneis al hombre inocente que me habeis presentado. Vedlo quebrantado de dolor, consumido de afliccion, lastimado de muerte y hecho una llaga incurable, horrorosa.

y de intolerable aspecto. ¡*Ecce homo!* Mirad á este hombre, y decidme si no está bien castigado. Es costumbre entre vosotros perdonar á un reo de muerte en estos dias: ¿queris que se aplique esta gracia á Jesucristo? No: no, gritaron los judios extraordinariamente amotinados. Crucificalo, crucificalo, y dá libertad á Barrabas. «Pero ¿he de crucificar á vuestro Rey?» Sí, sí, crucificalo, y venga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Pues tomadlo vosotros y crucificadlo, contestó Pilatos cediendo cobardemente á las exigencias de un pueblo furiosamente prevenido contra el que vino á salvarlo y redimirlo.

¡Qué reflexiones no se ocurren al oir estos sucesos asombrosos! Qué os admirais, piadosos oyentes; la brutal fiera y bárbara crueldad de los maliciosos judios, ó el amor, la paciencia y sufrimiento de nuestro amable Redentor? La malicia infernal de los que habiendo sido testigos de la bondad y poder de Jesus se empeñaban en afligirlo con insultos, injurias, oprobios, desprecios y desacatos, y en atormentarlo con todo el rigor de que son capaces los hombres debe asombrarnos y confundirnos: debe llamar nuestra atencion y obligarnos á preguntarnos y decirnos á nosotros mismos. ¿Somos por ventura menos criminales que los que prendieron, acusaron, ultrajaron y pidieron la muerte del autor de la vida? Nuestros pecados son menos graves que los de los escribas y fariseos, que aunque culpables, tenían á Jesus por un turbador del reposo público y por enemigo de Moises y de su ley, y no lo conocieron por Hijo del Altísimo y Señor de la gloria, como lo dice san Pablo? ¡Ah hermanos míos! Nosotros que somos tes-

tigos del triunfo glorioso de nuestro Redentor y sabemos que su religion es celestial, santa y divina, no pecamos de ignorancia: conocemos que con nuestras culpas renovamos las heridas y tormentos de Jesus; no ignoramos que con nuestros crímenes declaramos guerra á muerte al que quiso padecer, sufrir y morir por nosotros, ni se nos oculta que la depravacion en que vivimos nos conduce al abismo de los condenados: y sin embargo, un indiferentismo mil veces peor que la incredulidad nos tiene paráliticos para obrar el bien, habituados en el vicio, inclinados al mal y propensos á decir en el delirio de nuestras mal reprimidas pasiones. No hay Dios que premie á los buenos y castigue á los malos. Incomprensible ceguedad! Indolencia asombrosa! Malicia estremada! ¿No la consumirá la caridad ardiente de un Dios cubierto de llagas, martirizado con los tormentos mas crueles, despreciado, escarnecido y condenado á la muerte mas ignominiosa por salvarnos, redimirnos y llevarnos á la gloria? Lo que sufre y padece por nosotros el Hijo del Altísimo, ¿no bastará para escitar nuestro reconocimiento, y obligarnos á corresponder del modo posible al que nos ama mas que á su misma vida? Jesucristo insultado, lleno de oprobios, azotado, coronado de espinas, postergado á un asesino y facineroso, y condenado á muerte por las exigencias de su mismo pueblo ¿no habrá sufrido lo bastante para espisar nuestros pecados y dejar satisfecha la divina justicia?

No, católicos; no basta esto; aun tieue que sufrir y padecer nuestro amantísimo Jesus mucho mas para enseñarnos, salvarnos y redimirnos, pues que entregado por Pilatos á los judios para que lo crucificasen cargaron sobre sus deso-

llados hombros el peso de la cruz y se la hicieron llevar al monte calvario con tanta penuria, dolores, tormentos y aflicciones que no serian lo que fueron si pudieran explicarse. Halló en el camino á las hijas de Jerusalem llorosas, y las consoló: encontró á su santísima Madre en la calle de la amargura y la esforzó á sufrir y padecer por los pecadores: llegó al calvario, lo desnudaron, lo clavaron en la cruz, lo pasieron á la vista y afrenta de todo el mundo, y aqui hermanos mios, aqui quisiera yo detenerme hasta que unidos con nuestro Salvador fuéramos una misma cosa con él, como lo son las almas justas. Venid hombres de la tierra y ved al Rey de los cielos en la cátedra de la cruz: desde ella os enseña la ciencia de la vida y os asegura la paz y la gloria; escuchad las siete palabras que pronunció clavado en el árbol afrentoso: conservadlas en la memoria para meditarlas en la amargura de vuestra alma y en el gozo de vuestro espíritu, y ved adonde llegó Jesus con el inmenso amor que nos tiene.

Jesucristo habia dicho que cuando fuere elevado sobre la tierra todo lo atraeria hácia sí, y ahora llegó este caso amados mios. Como todo lo que obró, sufrió y padeció el Hijo de Dios fue por nosotros los hombres y por nuestra salud, pendiente de la cruz en el estado mas lastimoso y aflictivo que puede imaginarse levantó su voz de amor y caridad y dijo al eterno Padre: *Padre mio: perdónalos, porque no saben lo que se hacen.* Me han ultrajado, despreciado, escarnecido, atormentado y llenado de oprobios. Me han puesto en este madero ignominioso. Pero atribulado como estoy, yo Padre mio los amo, sufro y padezco por ellos, y para que los perdones y lleves á la gloria os ofrezco esta pasion.

Muero gustoso Padre mio por los pecadores. ¿Qué lección: esta católicos! No es ella sola capaz de reunir al lado de la cruz á todos los hombres de sentido religioso? Acabada la oracion en favor de sus perseguidores y movido por ella el buen Ladrón le dice lleno de fé: *Señor, acuérdate de mí cuando estes en tu reino*: Jesus le contestó en su misericordia diciéndole; *En verdad te digo que hoy mismo serás feliz conmigo en la gloria*. Observad la prontitud con que acude nuestro Redentor amoroso á la voz del pecador arrepentido que lo llama, y aprovechaos de la benignidad y clemencia del que en la cruz no sabe pronunciar mas que palabras de consuelo. Asegurado el buen Ladrón, y queriendo Jesucristo dejarnos una Madre piadosísima que nos sirviese de amparo y refugio en todas nuestras necesidades se dirigió á María Santísima que estaba al pie de la cruz y le dijo. *Muger, ahí tienes á tu hijo*, indicando al discípulo amado en representacion de todos los hombres, y dirigiendo su palabra al mismo apóstol querido le dijo: *Ahí tienes á tu Madre*. Quedamos pues por esta disposicion testamentaria de Jesus declarados hijos de Maria Santísima, y de consiguiente asegurados con su proteccion de todas las asechanzas del mundo, del demonio y de la carne si somos verdaderos devotos de la Reina de los mártires y Madre de la divina gracia. Provisto el género humano de todo lo que necesitaba para salvarse, y hallándose Jesus repleto de dolores angustiosos se dirigió al eterno Padre y le dijo: *Dios mio: Dios mio: por qué me habéis desamparado?*

Esta palabra la pronunció J. C. en la cruz para enseñarnos á recurrir en nuestros conflictos y necesidades al Pa-

dre de las misericordias que nos castiga para probarnos, perfeccionarnos y hacernos dignos de la gloria, como lo dicen los santos padres. En seguida para manifestar nuestro divino Salvador que su amor no se cansaba de sufrir y padecer por nosotros los hombres y nuestra salud dijo fatigado. *Tengo sed*. Sed de tormentos, de dolores, angustias y aflicciones por salvar á los hombres; y los judíos le dieron hiel y vinagre. Viendo el Redentor del mundo que todo se había consumado, que las profecías quedaban cumplidas, y los hombres instruidos dijo con un grito que aterró al infierno, conmovió la tierra y resonó en el cielo: *Todo está consumado*. Aquí se le vió desfallecer enteramente, pero reasumió las débiles fuerzas que le quedaban para decir: *Padre mío: en tus manos encomiendo mi espíritu*; y diciendo esto inclinó su cabeza y espiró. Si hermanos míos: espiró y murió en una cruz afrentosa por salvarnos y redimirnos el Hijo del Altísimo, el esplendor del Padre, el Señor de la gloria, el Santo de los santos, el Cordero inmaculado, el Pontífice eterno segregado de los pecadores, la única víctima aceptable capaz de satisfacer á la divina justicia por los pecados del mundo. Murió Jesucristo, y murió por nosotros, como lo dice el apóstol y os lo he demostrado. *Christus pro nobis mortuus est*. Murió nuestro Redentor, y el sol se oscureció, la luna se ensangrentó, la tierra tembló, se rasgó el velo del templo, los sepulcros se abrieron, la naturaleza apareció trastornada, las gentes se separaron del calvario dándose golpes de pechos y el Centurion contemplando á Jesus exclamó y dijo: «*Verdaderamente era este el Hijo de Dios.*»

¿No diremos nosotros otro tanto? Se necesita mas que una razon despreocupada para conocer que el que predijo con anticipacion todas las circunstancias de su pasion, y la aceptó por salvar á los hombres, es el Hijo del Eterno Padre, Dios y Hombre verdadero? ¿Quién no siendo Dios pudiera sufrir y padecer lo que sufrió y padeció J. C. por nosotros? El manifestó su bondad inmensa, su omnipotencia y virtud infinita en su pasion santísima. Tomó sobre sí nuestros pecados y sufrió los dolores y penalidades que por ellos merecíamos. Atormentado, perseguido y maltratado no abrió su boca para quejarse. Puesto en el árbol de la cruz pronunciaron sus lábios cárdenos y secos por el dolor mas acerbo palabras dignas de un Dios, propias del que ama, perdona y atiende á los pecadores de un modo superior á las capacidades criadas. Muerto, manifiestan su sentimiento y dolor las cosas insensibles que le debian el ser: se convierten muchos pecadores, y la cruz escándalo para los judios y locura para los gentiles se apodera de la dominacion del mundo y pasa á ser la señal del cristiano, el símbolo de nuestra fé, el emblema de nuestras glorias, el depósito de las virtudes, la fuente de la gracia y la puerta del cielo. De ella han salido los dones y gracias que veneran los fieles en la Reina de las ángeles, en los apóstoles, en los mártires, en los confesores y doctores, en las sagradas Vírgenes y en todos los hijos de nuestra religion santa. Sin ella nadie puede salvarse, y con su virtud infinita no hay pecador que no pueda y deba aspirar á poseer una de las sillas que el padre celestial ha preparado en la gloria para premiar á los que salvados y redimidos por Jesucristo siguen las doctri-

nas y ejemplos de virtud que les dejó este divino Maestro víctima del amor que tiene á los hombres todos. Este amor le hizo padecer y sufrir hasta lo infinito, lo puso en el estado que representa esta sagrada imágen (1). Jesus adorado: dulce dueño de mi alma; Redentor y Salvador mio: recibid mis lágrimas como prenda de mi gratitud y señal de mi arrepentimiento. Mis pecados, os han puesto así, y yo soy la causa de la trágica escena que se ha representado en este leño sacrosanto. Pero saliendo de este manantial de gracias las que necesitamos para corresponder á vuestros beneficios todos nos acogemos á él para deciros con todas las veras de nuestro corazón.

Señor mio Jesucristo: Dios y hombre verdadero: en quien creo, en quien espero, y á quien amo, alabo, bendigo y glorifico como á mi Dios Salvador Redentor y glorificador; me pesa, una y mil veces me pesa de haberos ofendido. No mas pecar, Dios de amor y de bondad: no mas ofender al Dios que murió en esta cruz por nosotros los hombres y por nuestra salud. Perdon y misericordia por vuestra pasión y muerte. Gracia Jesus divino: gracia para vivir y morir bajo las influencias celestiales de la virtud omnipotente de vuestra santa cruz, y para ir en sus brazos á ser eternamente felices con vos en la gloria. Amen.

A. M.

(1) Se toma un santo Cristo y no se deja hasta concluir.

SERMON

PARA EL DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCION.

Sobre la Resurreccion espiritual del pecador.

*Resurrexit sicut dixit. Ha resucitado como lo dijo. Matth.
c. 28, v. 6.*

Cantad las alabanzas del Señor, hermanos míos: invocad su santo nombre, y haced que todos los pueblos de la tierra conozcan la grandeza de sus obras. Jesucristo ha resucitado, como tantas veces lo habia asegurado á sus apóstoles, á sus perseguidores y á cuantos oyeron su divina palabra. *Ha resucitado* triunfante y glorioso dejando vencida la muerte, destruido el pecado, confundido el infierno, establecido el reinado eterno de la gracia, y abiertas las puertas del cielo para recibir en él á los que sufren, padecen, mueren y resucitan como nuestro amable Redentor. *Hare-*

sucitado, no como el hijo de la viuda de Nain (1), como la hija de un jefe de la Sinagoga (2), como Lázaro (3), como la viuda de Tabita resucitada por san Pedro (4), como el que cayó de lo alto de una casa muerto en el acto y vuelto á la vida por san Pablo (5), puesto que todos estos volvieron á morir, sino que resucitó para ser glorioso eternamente y ser el modelo de nuestra resurreccion segun el apóstol. *Ha resucitado* nuestro Jesus divino, amables oyentes: pero ¿cuándo? ¿Para qué? ¿Y con qué fin? Resucitó despues de haberse sujetado á todos los contratiempos, adversidades, trabajos, penurias y contradicciones á que fué condenado el primer hombre con su posteridad. Despues de habernos dejado doctrinas y ejemplos para ejercitarnos en las virtudes que hacen santos á los fieles. Despues en fin de haberse entregado voluntariamente á los tormentos de una pasion acervísima y muerto en una cruz afrentosa por nosotros los hombres y por nuestra salud, como nos lo enseña la fé, y os lo he probado pocos días ha. Resucitó nuestro amable Redentor para nuestra justificacion, segun san Pablo (6); para que viendo los efectos de los padecimientos sufridos con paciencia y virtud nos animemos

(1) Luc. c. 7. v. 45.

(2) Math. c. 9. v. 23.

(3) Joan. c. 41. v. 44.

(4) Act. apost. c. 9. v. 40.

(5) Ibid. c. 20. v. 9.

(6) Roman. c. 4. v. 25.

á abrazarlos con gusto y resignacion, y sea mos santos como deben serlo los hijos del Padre celestial. Resucitó despues de muerto á la violencia de los mayores tormentos con el fin de que muriendo nosotros al pecado resucitemos y vivamos en el estado de la gracia que ha de llevarnos á la gloria.

Ved aqui, queridos mios, las razones que han intervenido en la resurreccion gloriosa de nuestro amantísimo Jesus, segun la doctrina corriente de la iglesia nuestra madre. ¿No debemos apreciarlas y unirnos con la esposa de Jesus para solemnizar la festividad de las festividades de nuestra augusta religion? Engalanada la iglesia santa con sus mas preciosos ornamentos, y rebosando en delicias celestiales vierte himnos de alabanza y entona cánticos de accion de gracias para celebrar este dia de triunfo y de regocijo para todos los cristianos. Nos dice, que ya se acabó la iniquidad, *cómo y cuándo* lo predijo Daniel; y con el Salmista (1), no cesa de repetir: pueblos de la tierra, testificad á Dios vuestro gozo: celebrad su grandeza con himnos y sagradas aleluyas: dadle la gloria que le es debida, y no dejéis de bendecirle, de darle gracias, de publicar sus misericordias, de cantar sus alabanzas, de amarle y glorificarle: porque es cierto lo que un ángel dijo á las piadosas mugeres que buscaban á Jesus en el sepulcro: *ha resucitado como lo dijo. Resurrexit enim sicut dixit.*

Acompañemos pues á la Esposa del cordero vírgen en su

(1) Ps. 65.

regocijo: participemos del gozo con que la inunda su Esposo resucitado, glorioso y triunfante; y para que jamás nos abandone la paz del corazón, y podamos probar en esta vida un gusto anticipado de los gozos del cielo, resucitemos con J. C. muriendo al pecado, y viviendo con la vida de la gracia, que es en lo que consiste la resurrección espiritual, como os lo voy á manifestar en este breve rato.

Virgen prodijiosa. Ya se acabó el invierno de las tribulaciones y ha venido el tiempo de las flores con la resurrección gloriosa del Hijo de tus entrañas. Alégrate Reina del cielo; porque el que mereciste llevar en tu seno ha resucitado, y llenado de gozo á todo el mundo. Regocíjate con el fruto bendito de tu vientre, y recibe el parabien que te damos todos diciéndote con el ángel.

AVE MARIA.

Resurrexit enim sicut dixit.

Cuarenta días han ayunado los verdaderos cristianos. En ellos se han ejercitado en obras de piedad y mortificación; han oído la divina palabra con deseos de aprovecharse de su virtud omnipotente; han alimentado y nutrido sus almas con el pan celestial de las doctrinas, ejemplos, prodijios y maravillas de Jesús, y de las consolaciones con que los ha recreado el Espíritu-Santo, consultadlos; y ellos os

hablarán y dirán cosas que no pueden comprender ni explicar mas que los que las experimentan. En la última semana santa han seguido á su Redentor por los caminos del dolor, de la penuria, de las tribulaciones, de los desconsuelos, aflicciones, fatigas y trabajos de su pasión tormentosa, y dirigidos por la iglesia santa han dejado clavadas en la cruz todas sus culpas é iniquidades y han muerto al pecado: se acabó en ellos la vida criminal del hombre viejo, según san Pablo... ¿Quién les dará la vida de la gracia para gozarse en las delicias que hoy disfrutaban todos los fieles del universo? Ved aquí la necesidad de la resurrección de nuestro Salvador y Maestro. Con ella todo se aclara, todo se comprende, todo se explica, todo queda cumplido y satisfecho.

Hoy resucita el Leon de Judá, el Salvador del mundo, el Dios de los patriarcas y profetas dejando en el sepulcro la muerte, el pecado y cuanto pudiera servir de estorbo á nuestra justificación. Resucita para que con él resuciten también los fieles, muden de estado, vivan con la vida de la gracia y puedan decir con el apóstol: «Vivo yo: pero ya no » soy yo quien vive: es Jesucristo el que vive en mí. Lo » que vivo ahora en la carne, lo vivo en la fé del Hijo de » Dios que me amó y se entregó á sí mismo por mí (1).» Resucita hoy nuestro Jesus adorado, cumpliéndose en su sagrada persona todo lo que se habia escrito de él en los libros de los profetas y en los salmos, para que apareciese

(1) Ad Galat. c. 2. v. 20.

en el mundo el triunfo que habia conseguido contra el pecado y el infierno: para que los hombres todos creyendo en su Redentor glorioso reconociesen su bondad inmensa; se sujetasen á su ley santa, abandonasen la vida del hombre viejo manchada con su depravacion dejándola sepultada en el sepulcro de una verdadera penitencia, y resucitasen con las vestiduras de la justicia y de la inocencia para vivir en el estado nuevo, feliz y dichoso de la gracia, en que son suaves los trabajos, dulces las adversidades, llevaderas las contradicciones, llenas de gozo interior las tristezas congojosas, y glorioso el padecer y sufrir por el que tanto padeció y sufrió por nosotros. Resucita hoy en tin aquel varon de dolores que hemos contemplado en estos últimos dias lleno de ignominia; abatido y humillado con el peso de nuestras iniquidades: pero es para decirnos que con su pasion hemos sido sanados, redimidos y restituidos á la gracia en que fueron criados nuestros primeros padres: para asegurarnos de que si por el pecado de uno entró la muerte en el mundo, por la muerte de otro fueron los hombres libres del pecado: y que en donde abundó el delito sobreabundó la gracia que debia obtener el imperio entre los hijos de Dios. Estos son los motivos, las causas y los fines que dejan verse en los libros santos acerca de la resurreccion gloriosa de Jesus prenda segura de nuestra inmortalidad, de nuestra fé, de nuestra esperanza, de nuestra caridad y de nuestra gloria. Resucitó Jesucristo: pero ¿no sabeis, dice el apóstol, que » vuestros cuerpos son miembros de Cristo (1)? « Sí, pues

(1) I. Corint. c. 6. v. 45.

ha resucitado el cuerpo tambien sus miembros que somos los fieles.» Por lo cual, añade el mismo, «si resucitasteis con
» Cristo, buscad las cosas de arriba en donde está Jesus
» sentado á la diestra de Dios; pensad en el cielo, no en
» la tierra; porque estais muertos por el bautismo á las
» cosas del mundo y vuestra vida está escondida con Cristo
» en Dios; cuando apareciere Jesucristo que es vuestra vi-
» da, entonces tambien vosotros aparecereis con él en la
» gloria. Mortificad pues vuestros miembros y mueran en
» vosotros la fornicacion, la impureza, la lascivia, los
» deseos malos y la avaricia, porque por estas cosas vie-
» ne la ira de Dios sobre los hijos de la increduli-
» dad (1).»

Esto, hermanos míos, es todo lo que yo quisiera imprimir en vuestros corazones para que procurando modelar vuestra resurreccion espiritual con la de nuestro Señor Jesucristo fueseis desde hoy nuevas criaturas y os asemejaraís á vuestro Redentor victorioso y radiante de gloria con las virtudes que él mismo nos inspira. Sepultad al efecto todas vuestras culpas y pecados en la tumba de la penitencia desviad vuestra vista de los objetos engañosos, falsos y aparentes con que quieren alucinaros los enemigos de vuestras almas; juzgad de lo venidero por lo pasado y presente; y si observais que los gustos, placeres y encantos de las pasiones destilan una amargura insoportable, y que en los tra-

(1) Colosen, c. 3. v. 4 hasta el 6.

bajos, adversidades y contradicciones de esta vida sufridas con paciencia y resignacion se halla la paz interior, la verdadera alegría y el gozo de la virtud, dad de mano á todo lo carnal y terreno, clavad en la cruz de Jesucristo todo lo que vino á destruir el Salvador del mundo, morid con él, y haced lo que os manda el apóstol para resucitar con Cristo y vivir con la vida de la gracia anhelando y suspirando por el cielo. De este modo bien podeis alegraros en el Señor y decir: este es el día que ha hecho nuestro Dios, regocijémonos y alegrémonos en él. Tengan pena y desconsuélense los que no creen en Jesucristo, los que blasfeman de su santa y adorable religion los que se hallan bien avenidos con los vicios y pecados, y no tienen mas Dios que su vientre, ni otra ley que la de la carne y de la sangre. Pero nosotros los hijos de Dios y herederos de su reino, que al lado de nuestra madre la iglesia santa hemos seguido á nuestro Jesus adorado en su pasion dolorosa; que hemos llorado al verlo sufrir y padecer los mas atroces tormentos, y nos hemos afligido y consternado viéndolo morir en una cruz afrentosa: nosotros que como las piadosas mugeres de que hace mencion el evangelio, no hemos pensado en estos días mas que en Jesus, y hemos logrado verlo resucitado para nuestra justificacion, alegrémonos por tan fausto suceso, como nos lo manda el apóstol; llénense de gozo nuestras almas, ocupense en estender por el oriente y el poniente, por el septentrion y el mediodia las glorias de nuestro Redentor y convidemos á todos los seres criados á que nos ayuden á bendecir, á venerar y glorificar al que habiendo muerto por nosotros, resucitó al tercero día para ser el tipo y mode-

lo de los que muriendo al pecado tienen la dicha de resucitar con Jesús para vivir con la vida de la gracia que ha de llevarnos derechos al cielo. Miremos hacia arriba, suspiremos por la gloria, haga este deseo leves, suaves y dulces las penalidades de esta vida; no hagamos caso de lo caduco y perecedero, rechacémoslo como un estorbo para caminar hacia la patria en que nos espera nuestro Redentor glorioso, y sea todo nuevo desde hoy para los que hemos resucitado con el Salvador mas amable que ha podido darnos el cielo.

Nueva vida, nueva conducta, nuevas costumbres, nuevos ejercicios, nuevos hábitos, nuevas inclinaciones, nuevos deseos, nuevos gozos, nuevos pesares y nuevos hombres alimentados con la gracia, nutridos con la virtud, robustecidos con la esperanza, abrazados con la caridad, y siempre ardiendo en deseos de unirnos con el vencedor del mundo, del pecado y del infierno en la gloria que tiene preparada para los que habiéndolo seguido en los caminos de las mortificaciones, trabajos y penalidades han tenido la dicha de morir al pecado y de resucitar á la vida de la gracia.

No os parece deliciosa esta perspectiva, hermanos míos? No es consolador el cuadro de los que muriendo al pecado y dejándolo enterrado en el sepulcro de la penitencia resucitan hoy con Jesucristo? Pues si esto os place, si el hombre espiritual es un ángel y su destino es el de los Serafines, hagamos un esfuerzo; despojémonos del hombre viejo, emancipémonos del poder tiránico de nuestras pasiones, no mas vicios y locuras, acábense los delirios y acudemos á la

fuelle de agua viva para que nos dé el don de la sabiduría que nos enseñe el camino del cielo y no nos deje estraviarnos. No nos detenga el mundo cuya pretendida sabiduría no es mas que necesidad, decepcion y mentira. El nos llamará ilusos y fanáticos, hombres apocados, de escasas luces y preocupados con las mistificadas de los tiempos tenebrosos del degradante siglo del oscurantismo; pero este ruido de voces desvirtuadas al frente de los grandes hechos que se consignan en el evangelio de este día ¿será capaz de contenernos en la resolucion que hemos formado de imitar á Jesus en su pasion y en su resurreccion gloriosa? Las mugeres que amaban á Jesucristo fueron á buscarlo al sepulcro; pero el ángel las dijo: resucitó como lo dijo. *Resurrexit enim sicut dixit.* No; no hay que buscar ya á nuestro Salvador en el sepulcro, resucitó y está en la gloria á la diestra de Dios Padre. Allí debemos buscarlo, hácia allí debemos caminar, allí está nuestra patria, y á ella no puede irse por el camino de los pecadores, por los tortuosos senderos de los incrédulos é impios, por esas espaciosas esplanadas de los que aborrecen los trabajos de la cruz y viven entregados á un cinismo vergonzoso, San Pablo nos dice que para tener parte en la resurreccion de Jesucristo es necesario tener una vida nueva y vestirnos del hombre nuevo renovado con la gracia y la virtud del Espíritu-Santo, y nosotros al apóstol vaso de eleccion nos atenemos, no al bullicioso estrépito de los mundanos.

A la confesion, pues, amados míos, á la confesion sacramental para dejar en ella sepultados nuestros pe-

cados. A la resurreccion gloriosa de Jesus para entrar en la nueva vida de la gracia, manantial fecundo de bienes, consuelos y placeres para los justos en esta vida, y prenda segura de la gloria que á todos deseo, Amen.

A. M.

SERMON

PARA EL DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCION.

De la necesidad de la resurrección de Jesucristo.

¿Jesum queritis Nazarenum crucifixum? Surrexit; non est hic. ¿Buscais à Jesus Nazareno crucificado? Ya resucitó; no está aquí. Marc. cap. 16.

Habiendo ido muy de mañana las piadosas mugeres que habian acompañado á Jesus hasta el calvario á visitar su sepulcro el dia despues del sábado y tercero de su muerte, hallaron levantada la piedra enorme que le cubria y á un ángel sentado y cubierto de una vestidura blanca, quien viendo su sobresalto las dijo: no temais: ¿buscais à Jesus Nazareno crucificado? Ya resucitó; no esta aquí. Ved her-

manos mios, las palabras que han llenado de consuelo al mundo, y que desde que el ángel las anunció por primera vez se repiten siempre con alegría y se oyen por las almas justas con una conmoción dulce y unos afectos que el corazón siente y no acierta á explicar. Ved la nueva que Inzo felices á los hombres, que derribó el imperio del demonio y del pecado, que aniquiló á la muerte, que cambió el semblante del mundo, mudó las costumbres y franqueó la entrada en los cielos. «Jesus Nazareno crucificado, resucitó ya.»

No he dispuesto detenerme á persuadirlos la verdad consoladora de la resurrección de Jesucristo Señor nuestro comprobándola con los argumentos que la hacen indudable. Despues que él mismo durante su vida anunció repetidas veces y ofreció como señal y demostración de su divinidad su resurrección al día tercero de su muerte: despues que dijo á sus apóstoles, que era preciso que tuviese en él el debido cumplimiento todo lo que los profetas habian anunciado y predicho en los siglos anteriores del Hijo del hombre; que habia de ser entregado en manos de los pecadores, que le mofarian, azotarían, escupirian, le harían morir en una cruz, y que al día tercero resucitaria: despues que todo esto se cumplió á la letra y que los apóstoles, que al oírlo anunciar á su Maestro nada entendían, se persuadieron y convencieron de ello: despues que el apóstol incrédulo y resuelto á no dar fé si no veía y tocaba, y se convencía por sí mismo y el testimonio de sus sentidos, vió, palpó, confesó, y dió testimonio de lo que tenia por imposible: despues que no solamente Tomás, sino también los demás apóstoles y

discípulos de Jesús fueron testigos de su resurreccion, la predicaron y anunciaron por todo el mundo y que por atestiguarla y defenderla dieron su vida en los tormentos después de haber sufrido todo género de persecuciones y malos tratamientos, parece inútil el ocupar el tiempo entre cristianos católicos en probar una verdad, que creemos y confesamos todos como una de las contenidas en el símbolo de nuestra fé y que celebramos y recordamos con cánticos y demostraciones de alegría.

Quiero, si es posible, que creyendo con el respeto y sumision que nos manda la fé divina y racional el misterio de la gloriosa resurreccion de Jesucristo, la contemplemos segun toda su estension, toda su sustancia y todas sus consecuencias, y descubramos en esta obra del Señor verdades grandes, consuelos y remedios para todas nuestras miserias, y el ejemplar á que debemos ajustar la vida nueva y resurreccion espiritual que debemos todos emprender desde este dia en que debemos resucitar con Jesucristo. Quiero hablaros y haceros ver con mi angélico doctor santo Tomás la convenienciá y necesidad de la resurreccion de Jesucristo.

Regocijémonos pues, y alegrémonos en este dia, dia propio del Señor, dia de su triunfo y de su gloria en que se acabaron los tormentos y quedó vencida la muerte y rotos los lazos de la esclavitud. Alegrémonos con una alegría santa, congratulémonos con los ángeles del cielo y con Vos Señora que sois la Reina de todos ellos; alegraos: que el Hijo que merecisteis llevar en vuestro seno resucitó como él mismo lo habia dicho: alegraos

y rogad por nosotros al Señor que nos dispense su gracia.

REGINA COELI.

¿Jesum quæritis....?

Respetamos las obras y disposiciones de la infinita sabiduría, y no podemos sondear lo que no podemos comprender. Basta que el Señor haga una cosa para confesar nosotros que está hecha sabia, justa y santamente como que Dios es el autor de la sabiduría, de la justicia y de la santidad. ¡Infeliz de aquel que se escandalice del Señor y de sus obras! ¿Quiéu puede entrar en cuentas con él, ó se atreverá á examinar su conducta; á hallar defectos en sus operaciones ó á ser su consejero? Podemos sin embargo y debemos contemplarlas con un ánimo devoto y con deseos de alabar por ellas al Señor y de aprovecharnos de la instrucción que en ellas se nos dá para bien y provecho de nuestras almas; y en este sentido y con estos piadosos afectos debemos contemplar la resurrección del Señor y en él mismo es como, sin entrar á sondear el piélago inmenso de los arcanos de Dios y solo por lo que el Señor ha querido revelarnos, voy á manifestaros la necesidad de la resurrección de Jesucristo.

¿Por qué, pues, fue necesario que resucitase Jesucristo al tercer día de entre los muertos? ¿Por que quiso salir triun-

fante y glorioso del sepulcro para nunca mas morir? Por su gloria y para recomendarnos la divina justicia: por nuestra justificacion: y por ser el ejemplo de nuestra vida. Sus enemigos le insultaban y se burlaban de él con un aire de triunfo viéndole clavado en la cruz. Tú, que haces tantos milagros, le decian, que destruyes el templo de Dios y en tres dias le vuelves á levantar, sálvate y librate á tí mismo. Si eres hijo de Dios baja de la cruz y creeremos en tí. Era necesario que Jesucristo redujese á la nada todos los oprobios de su pasion; que manifestase que era superior al poder de todos sus enemigos; que se habia ofrecido á los tormentos por su voluntad y el amor que tenia á los hombres; era necesario que dejase confundidos á los que le crucificaron; y lo hizo; no bajando de la cruz, sino resucitando por su virtud propia y saliendo glorioso del sepulcro al tercero dia. Lo hizo burlando todas sus astucias y precauciones. No hablemos de los oráculos de los profetas, ni del ministerio de los ángeles, ni de los muertos que salieron vivos de los sepulcros, ni de las repetidas apariciones y conversaciones que tuvo Jesucristo despues de haber resucitado, con sus apóstoles y discípulos, dice san Máximo: yo no veo sino la impiedad de los judios para confundirla y para afianzar mi fé. Las providencias crueles de estos me bastan para obligarme á creer. Cuanto mayor es su diligencia para custodiar el sepulcro, tanto mayor es la demostracion que se me hace de que Jesus salió triunfante de él: cuanto mas son los soldados que le guardan, tantos mas son los testigos que me certifican la verdad del hecho. De tal manera disponia la providencia divina sus cuidados, sus vijilias, sus recelos y

temores, que no solamente los ángeles, ni solamente sus discípulos sino que también sus mismos enemigos, aun contra su voluntad y por los medios que intentaron para estorbarla, vinieron á ser los testigos mas irrecusables de la triunfante resurreccion de Jesus. De tal modo habian tomado sus medidas para custodiar el cuerpo de Jesus, que no hubiera aprovechado nada para robársele el poder y la astucia de los hombres, si no hubiera mediado la omnipotencia de Dios, y es mas fácil el creer que Jesucristo salió de él por su propia virtud, que el persuadirse que los guardias se durmieron y que los discípulos tristes, dispersos, pobres y sobrecojidos de temor le robaron. Asi triunfó Jesus y manifestó su poder y virtud infinita. Asi contestó á sus enemigos que no pudieron menos de ver un prodigio mayor que el bajar de la cruz, en el salir del sepulcro llenando de espanto y de terror á los que le custodiaban. Asi dió á sus enemigos un testimonio y prueba de su divinidad mayor que el que le pedian, un testimonio que no admite escepcion alguna y que hubieran admitido á no haber estado tan obcecados y endurecidos en su maldad. Asi tambien nos recomendó la divina justicia, y para esto fué necesario tambien que Jesus resucitase.

Habia enseñado constantemente Jesucristo la humildad, la sumision, la obediencia y asegurado por premio la exaltacion y la gloria. Convenia pues, que Dios elevase al mayor grado de gloria y engrandecimiento á aquel que por obedecerle se humilló hasta sufrir una muerte la mas cruel y envuelta en la ignominia. Se humilló á sí mismo, nos enseña el apóstol, se hizo obediente hasta la muerte y muerte de

cruz, y por eso Dios le exaltó. No permitió que quedase entre el horror y la corrupcion del sepulcro, sino que hizo que saliese de él con un poder superior al de todos los principes y potestades del cielo y de la tierra. Convino pues y fué necesario que Jesus resucitase para su gloria y confusion de sus enemigos, y para recomendarnos la justicia divina.

Fue necesario tambien para nuestra justificacion. Era necesario que Jesucristo nos sacase de la servidumbre y esclavitud del demonio, que rompiese las cadenas del pecado que nos oprimian, y nos adquiriese un derecho para conseguir la vida eterna, y no pudo hacerlo mejor que haciéndose por su resurreccion el principio de nuestra justificacion, asi como por su muerte se habia hecho la víctima por nuestros pecados. La fé, la esperanza, la caridad, hé aqui hermanos mios, toda la economia de nuestra justificacion: creer, esperar y amar á Dios, en esto consiste el ser santos y herederos del cielo. Pues la resurreccion de Jesus confirma nuestra fé, alienta nuestra esperanza y anima y sostiene nuestra caridad.

Antes del dia de la resurreccion estuvo oculto y desconocido si Jesus era Dios ó era solamente un hombre; vino al mundo del mismo modo que los hijos de los hombres, y aun mas pobre y falto de auxilios que los demas. Verdad es que los Magos vienen conducidos y guiados por una estrella desde regiones distantes á reconocerle y adorarle, verdad es que los ángeles cantan himnos de honor y de alabanza, pero Jesus solloza, y llora como los demas hombres. En toda la vida de Jesus una cosa se ve en él y otra se concibe

de él. Los sentidos y el entendimiento no pueden concordarse acerca de la persona de Jesus. Se descubre alternativamente la enfermedad del hombre y el poder y virtud de Dios; se observa en Jesus un conjunto de milagros y de miserias; de obras divinas, y de enfermedades humanas. Pregunta el que escudriña y ve lo que pasa en lo interior de los corazones ¿quién dicen los hombres que es el hijo del hombre? Y descubre una variedad de pareceres y una general incertidumbre acerca de él. Preciso era que él mismo declarase y manifestase lo que era, sin lo que ni hubiera podido afianzarse la fé, ni se hubiera anunciado jamás el evangelio, y para darse á conocer á los hombres como Dios, para que no vacilasen en reconocer que él era Dios y desapareciesen todas las dudas nacidas de ver la mezcla de sus obras divinas y humanas, hizo lo que prometió, resucitó como él mismo habia dicho, y dejó que los hombres juzgasen al ver la victoria con que habia vencido y triunfado de la muerte. En todos los demas misterios de Jesus se descubre su humanidad y se deja ver como hombre; pero en su resurreccion no se ve sino su triunfo y la demostracion, puede decirse, de su divinidad. En vano se cierra su cuerpo en un sepulcro, en vano se liga y envuelve en una sábana, en vano se cubre con una losa y se sella con cuidado, en vano se ponen guardias y centinelas que le custodien; Jesucristo solo, libre y poderoso entre los muertos triunfa de la muerte, resucita y da un testimonio tan palpable de su divinidad que deja confundidos á sus enemigos.

No es extraño, y ahora conocemos la conducta admirable de Jesus que entre tantas obras prodigiosas y tantos

testimonios de que pudo valerse para dar á conocer y que los hombres creyesen su divinidad, eligiese como principal el milagro de su resurreccion; no es extraño que prefiriese este á todos, que en los milagros que obró en otras ocasiones encargase que no los divulgasen, que en su transfiguracion en que se dejó ver lleno de gloria y magestad vedase á sus discípulos que hablasen de aquel suceso hasta que él resucitase despues de su muerte. ¿Acaso no habia dado suficientes pruebas de su divinidad? ¿No podia conocerse que él era el Hijo de Dios por las curaciones de los enfermos, por el dominio con que mandaba á los elementos, por los ciegos á quienes habia dado vista, los muertos que habia resucitado, y por su gloriosa transfiguracion en el Tabor? Sí, pero como si todo esto no fuese suficiente y como si todo necesitase una comprobacion para que no pudiese desconocer su divinidad aun el enemigo mas obstinado, quiso que todos sus milagros pasasen en silencio, que no se estendiessen entre el vulgo, dice san Agustin, y no se hablase de ellos hasta que él resucitase, hasta que venciese á la muerte cuya victoria habia de confirmar todas las demas obras suyas, y sin la que siempre hubieran sido sospochosas. Convenia que creyésemos todos que él era Dios, y que resucitase para que asi lo creyésemos. Su resurreccion nos convence de su divinidad y es el apoyo de la fe que es indispensable para nuestra justificacion.

Y si Jesucristo no hubiera resucitado, si hubiera sido disuelta y corrompida su cuerpo como los de los demas hombres ¿de qué hubiera servido su muerte, su pasion? ¿qué fruto hubiera dado su sangre derramada, ni quién

hubiera abrazado su doctrina? Todo hubiera conluido con él y hubiera quedado cerrado en el sepulcro; á nadie se habria anunciado, á nadie habria logrado. El apóstol mismo decia: «En valde es nuestra predicacion é inútil es vuestra » fé si Jesucristo no ha resucitado.» El compendio de la fé del cristiano es la fé de la resurreccion de Jesucristo, porque en la fé de este misterio se incluye la de todos los demas, de todo lo que Jesucristo enseñó y predicó, se le reconoce por Dios y se confiesan como divinas su doctrina y sus obras. *Si confesais*, decia por esto tambien el apóstol á los romanos, «Si confesais con vuestra boca á Jesucristo. » Señor nuestro y creéis de todo corazón que resucitó de » entre los muertos, seréis salvos.» El Príncipe de los apóstoles al elegir de entre los discípulos un nuevo apóstol que llenase el lugar de Judas, parece que reduce toda la ciencia del ministerio apostólico á predicar la resurreccion de Jesucristo, y refiriéndonos san Lucas la historia de los apóstoles y sus funciones las reduce á que anunciaban y publicaban la resurreccion de Jesucristo con constancia y sin temor. *Virtute magna reddehant apostoli testimonium resurrectionis Jesucristi Domini nostri.* Diremos pues, que: En la resurreccion de Jesus hallamos la fortaleza para nuestra fé, descubrimos la divinidad del autor de nuestra religion y nos sometemos con gusto á quanto nos enseña. Hallamos tambien el aliento de nuestra esperanza.

Asi como es necesario que creamos en Dios y nos acerquemos á él confesándole y reconociéndole como á nuestro Señor, es necesario que creamos tambien que es remunerador y que ha de premiarnos con una vida eterna ó custi-

garnos por nuestras malas obras con suplicios eternos. Jesús en su resurrección alienta nuestra esperanza enseñándonos que así como él resucitó, así resucitaremos también nosotros como miembros de un mismo cuerpo que tiene por cabeza á Jesucristo, Jesucristo resucitó; y para que no vacilásemos en creer y nos consolásemos con la esperanza de resucitar también nosotros, quiso que resucitasen con él muchos cuerpos muertos que á la vez que aumentaron la gloria de su triunfo, diesen seguridad á nuestra esperanza. Esperanza que descansa en nuestro seno: *Reposita est hœc spes mea in sinu mea* (1) y hace dulces y llevaderos los trabajos de esta vida; hace que busquemos á Dios que es él mismo nuestro premio y nuestra eterna recompensa. Si creemos que Jesucristo murió y resucitó, así también dice el apóstol; á los que han muerto los resucitará el Señor y los llevará consigo por los méritos de Jesucristo.

Ultimamente, hermanos míos, la resurrección de Jesús anima y sostiene nuestra caridad. Necesario es para que nosotros nos justifiquemos no solo que creamos y esperemos en él, sino que sea viva nuestra fé, y apoyada en nuestras buenas obras nuestra esperanza; que demos señales de nuestra justificación por el testimonio de una buena conciencia, que amemos á Dios emprendiendo una nueva vida, y Jesucristo resucitado es el ejemplar perfecto y la guía que debemos seguir en el nuevo camino. El apóstol nos hace observar una conexión íntima entre la resurrección

(1) Job. cap. 19.

de Jesucristo y la conducta de nuestra vida; digo mas: nos la propone por modelo de nuestra reparacion y resurreccion espiritual. Nos dice, que asi como hemos sido sepultados con él en el bautismo muriendo en él al pecado, asi tambien debemos resucitar con nuestro Salvador á una vida de gracia. Debemos crucificar al pecado, no servir mas al pecado, y asi como Jesucristo resucitó para nunca mas morir, asi debemos vivir solo para Dios, sin que vuelva á reinar el pecado en nosotros; que no nos dejemos arrastrar de nuestras concupiscencias, sino que nos valgamos de nuestros mismos miembros como de instrumentos y armas para obrar la justicia y santidad (1). Nos debemos pues esforzar, dice el padre san Leon (2) para ser participantes y consortes de la resurreccion de Jesucristo y para pasar de la muerte á la vida mientras vivimos en este cuerpo mortal. El fin de todo el que se convierte ó pasa de un estado á otro es; no ser lo que fue, y empezar á ser lo que no era. Importa mucho á cada uno el saber para quien muere y para quien vive: porque hay muerte que es causa de vivir, y hay vida que es causa de morir; y en este mundo es donde debe elegirse una ú otra, porque de la cualidad de las obras que hagamos en el tiempo depende la diferencia de la retribucion en la eternidad. Debemos pues morir al diablo y vivir para Dios; apartarnos de la iniquidad y resucitar á la justicia; hacer morir á nuestros antiguos vicios y malas inclina-

(1) Rom, cap. 6,

(2) Serm. 4, de Ressurr. Dom.

aciones y producir nuevas obras buenas y santas. Y como la verdad eterna nos dice que no podemos servir á dos señores; elijamos por Señor nuestro y sirvamos, no á aquel que arruina á los que procuran sostenerse, sino al que levanta hasta la gloria á los que estan caidos.

Contemplemos, hermanos míos, la vida de Jesus despues de resucitado, y hallaremos no solo motivos para amarlo con una caridad que consista en obrar la virtud y apartarnos del servicio del pecado, en la práctica de las buenas obras; sino tambien el ejemplar de nuestra vida y de una verdadera conversion que es el modo mas perfecto de amarlo y servirle, convirtiéndonos de veras á él. Hallaremos lo que nosotros debemos hacer, y por esto fue necesario tambien que Jesus resucitase. *Quomodo Christus surrexit á mortuis per gloriam Patris, ita et nos in novitate vite ambulemus.*

Jesucristo salió pronta y aceleradamente del sepulcro, dejó en él todos los despojos de la muerte y emprendió una vida distinta de la que antes tenía. Tal debe ser nuestra resurreccion espiritual de que es ejemplar la resurreccion de Jesucristo. A la manera que Jesus salió rápidamente del sepulcro, asi es necesario que nosotros rompamos todas las ataduras y salgamos de todos los lazos que nos detienen en el pecado.

Aunque despues de resucitados y convertidos á la vida de la gracia nos sea indispensable permanecer en el mundo, nuestra conversacion, nuestros afectos, nuestros deseos, no deben fijarse en la tierra, sino en el cielo. No debemos amar mas ni apetecer mas las cosas terrenas sino las cé-

lestiales. Esto es lo que Jesucristo nos enseña despues que salió del sepulcro apareciéndose y conversando por pocos momentos con sus discípulos,

Como Jesus debemos tambien abandonar todos los despojos de la muerte. ¿Qué seria de nosotros si por un miedo imprudente y engañoso, por unas excusas vanas y una politica mundana, por respetos y miramientos de interés terreno, ó por complacer á nuestros corrompidos apetitos suspendiésemos el salir del sepulcro de nuestros pecados? ¿Y qué seria tambien si por un error demasiado culpable, á por una corrupcion del corazon demasiado peligrosa creyésemos á aparentásemos crear que resucitabamos de veras conservando las reliquias de nuestros pecados, los adornos y ataduras de nuestra muerte? ¿Qué seria de tí, avaro, si creyeses que podias resucitar con Jesucristo, y conservar, no digo esas riquezas que son el fruto de tus iniquidades, sino ese amor desordenado á los bienes terrenos, y esa dureza de tus entrañas con los pobres? ¿Si quisieras, no digo ya continuar en tus usuras y contratos injustos, sino conservar ese apego á las riquezas y esa secreta aficion al dinero que ha sido el origen de que te hayas olvidado tantas veces de lo que debes á tu prójimo? ¿Qué seria de tí, deshonesto, si quisieras resucitar con Jesus, y conservar en tu casa y á tu lado, no digo ya á esa muger con quien has dado tan públicos escándalos, sino esos regalos, retratos, pinturas, adornos y demas objetos obscenos que tantas veces te han provocado á la liviandad? ¿Si te empeñases en continuar las mismas visitas, las mismas amistades y compañías, los mismos espectáculos y las mismas diversiones en

que naufragó tu inocencia, en que has perdido el pudor y que te han sido tan perjudiciales,

Es indispensable pues, que como Jesus en su resurreccion emprendamos nosotros en la resurreccion de nuestra alma una vida nueva y distinta; preciso es, dice el apóstol, que si queremos ser participantes de la resurreccion de Jesucristo, emprendamos una nueva vida y nos vistamos del hombre nuevo. ¿Qué aprovechará que jijamos, lloremos y confesemos nuestros pecados, si despues de todo aunque nos humillamos por la penitencia no mudamos de vida; si no nos enmendamos? Llantos estériles, lágrimas inútiles, confesion infructuosa, y si no salimos del pecado y nos convertimos de veras, confesion sacrilega que aumenta nuestros males y nos sepulta mas en los horrores de la muerte. Preciso es tambien ademas de mudar de vida, la perseverancia en la vida comenzada. Como Jesus resucitado no volvió á morir, así el que resucite á la vida de la gracia no debe morir mas por el pecado. Por esto fué necesario que Jesus resucitase, para ser el modelo de nuestra resurreccion, así como habeis visto que convino y fue tambien necesario para su gloria, para la recomendacion de la divina justicia, para dar solidez y afianzar nuestra fé, confirmar nuestra esperanza y alentar nuestra caridad,

¿Nos quedaremos despues de esto tan tibios, tan terrenos y carnales, tan ignorantes y pecadores como éramos antes? ¿Nuestra alegría y nuestros cánticos de júbilo, no pasarán de nuestros lábios, y serán señales de que hemos resucitado con Jesus á la vida de la paz y de la gracia? ¿Seremos ya tibios en la fé, serán remisos nuestras espe-

ranzas, y sin fervor nuestra caridad? Nada podemos por nosotros, pero en su resurreccion nos hace ricos Jesucristo; y ved otra razon porque fue necesario que resucitase; para completar el misterio de nuestra salud y redencion. Con su muerte nos libró del pecado, pero con su resurreccion nos restituyó los bienes principales que habíamos perdido por el pecado. Por eso dice el apóstol, que se entregó Jesus á sí mismo á los tormentos por nuestros delitos y resucitó por nuestra justificacion, Jesus resucitó y en el mismo dia dió vida á su iglesia soplando sobre sus discípulos y comunicándolos el Espíritu-Santo, *Insufflavit et dixit eis: Accipite Spiritum Sanctum*. No se habia dado antes el Espíritu-Santo, porque no habia sido Jesucristo glorificado dice el Evangelista san Juan. Pidamos á Jesus este divino espíritu, este aliento de vida, esta fortaleza y gracia para resucitar verdaderamente á la vida de la gracia y lograr despues entrar triunfantes en la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA EL LUNES DE PASCUA DE RESURRECCION.

Frutos y utilidad de la resurreccion de Jesucristo, de que dimana el consuelo y confianza del justo y el terror y desesperacion del pecador.

¡O stulti et tardi corde ad credendum in omnibus quæ locuti sunt Prophetæ! Nonne hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam? ¡O necios y duros de corazón para creer todo lo que han dicho los profetas! ¿Por ventura no era necesario que padeciese Jesucristo todo esto, y que así entrase en su gloria? Luc. cap. 24.

De Jesus Nazareno, nos dice el evangello de este día, que iban hablando y llenos de tristeza dos de sus discípulos que en la tarde del domingo siguiente al de su muerte caminaban á una aldea llamada Emaus distante sesenta estadios de Jerusalem. No podían conciliar como aquel varon

tan poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo y de quien esperaban que habia de redimir á Israel, consintiese en haber sufrido una muerte tan cruel, y se llenaban de terror con la noticia que en la mañana del mismo dia los habian dado las piadosas mugeres, que habiendo ido muy temprano al sepulcro volvieron diciendo, que no habian hallado el cuerpo de Jesus, que habian tenido una vision de ángeles que las manifestaron que habia resucitado como él lo habia prometido y que vivia. Jesucristo se une á ellos en apariencia de peregrino ó caminante, se interesa en su conversacion, los explica el sentido de las escrituras y la verdadera inteligencia de lo que habian anunciado los profetas, y reprendiendo su incredulidad los dice: ¡oh! necios y duros de corazón para creer todo lo que han dicho los profetas! ¿Por ventura no era necesario que padeciese Cristo todo esto para que así entrase en su gloria? Condescendió en entrar con ellos y detenerse en la aldea; se puso con ellos á la mesa y al tomar el pan y bendecirle le conocieron. Jesus desapareció de su vista y en la misma hora se levantaron y volvieron á Jerusalem á contar á los apóstoles lo que acababa de sucederlos.

Ved, hermanos míos, lo que disipa las dudas, aclara las dificultades, tranquiliza los ánimos, ayaenta las tristezas, y consuela las aficciones y pesares. Jesus resucitado borra el escándalo de la cruz, convierte en gloria la ignominia del patíbulo, y el sepulcro viene á ser el origen de la felicidad y la entrada para el cielo. Jesus resucitado explica con su resurreccion cuanto necesitamos para consolarnos y para reconocerle y venerarle como al Redentor de Israel. Jesus

nazareno crucificado á quien los pontífices y sacerdotes entregaron á la muerte, murió por su voluntad, padeció porque así convenia, para que resucitase despues y entrase triunfante en su gloria. Resucitó. Alegrémonos y salte de gozo nuestro corazon.

Sin embargo esta verdad consoladora hace temblar y estremecer al incrédulo y al licencioso. La iglesia anunciando la resurreccion de su Esposo y su Maestro Jesus llena de terror á los malvados, así como las piadosas mugeres llenaron de miedo y sobresalto á los discípulos necios y duros de corazon para creer. Una misma verdad llena de terror á los discípulos que no creen, y enardece sus corazones y los inflama en una santa alegría cuando se abren sus ojos y conocen á Jesus y confiesan y publican que ha resucitado. Una misma verdad llena de consuelo á los amigos y discípulos de Jesus, y de horror y confusion á sus enemigos. La resurreccion de Jesus Nazareno crucificado es el manantial de los consuelos, satisfacciones y confianzas del justo; y la verdad terrible y aterradora que llena de espanto y de desesperacion al pecador: ¿Sabeis, por qué?

Voy á esforzarme en este rato á manifestaros los frutos y la utilidad de la resurreccion de Jesus, y aquí hallareis la razon de estos encontrados efectos, y la causa de producir esta santa y saludable verdad, impresiones tan distintas en los ánimos y corazones de los hombres, y concluiremos procurando negociar el que sea para nosotros una verdad de consuelo. Asistidme Señor, con vuestra divina gracia, que os pedimos todos por la intercesion de la que os llevó en su

vientre virginal y en el día de vuestra resurreccion la saludamos llamándola Reina del cielo.

REGINA COELI LÆTARE ALLELUIA:

¡O stulti et tardi corde....

Ni la muerte tan cruel y penosa de Jesús fue un trabajo inútil, ni su resurreccion fue en vano y sin provecho. Distinto de todos los demás hombres, no podemos decir que muere y resucita para sí mismo solamente, y así como murió por todos y para vencer con la suya nuestra muerte así dice el padre san Anselmo, habremos de decir; que resucitó para que todos resucitásemos á la gloria. Jesucristo es nuestra cabeza y nosotros somos sus miembros; imperfecta seria la resurreccion de Jesús, si esta cabeza gloriosa dejase á sus miembros en las tinieblas y podredumbre del sepulcro: es necesario pues que todos resuciten, y que despues que ha merecido para las almas la vida de la gracia, dé á sus cuerpos aquellas cualidades gloriosas que los convienen. La resurreccion de Jesús nuestro Señor y Salvador, no solamente es la demostracion y la luz que nos da á conocer que Jesús es el vencedor de la muerte y del demonio, que es inmortal, lleno de gloria y de poder y el Hijo único de Dios; nos grangeó tambien nuestra resurreccion; y á la manera que el cuerpo de Jesús se mudó y salió resplandeciente del sepulcro resucitando á una gloria in-

mortal, así también nuestros cuerpos que han sido primero terrenos, débiles y mortales aparecerán en la resurrección inmortales y gloriosos. Jesucristo resucitó, dice el apóstol, y fue las primicias de los que resucitan de entre los muertos, porque por un hombre vino al mundo la muerte, y por un hombre vino también la resurrección de los muertos; y así como todos mueren en Adán, así también todos han de ser vivificados en Jesucristo. Verdad es, que no percibiremos este fruto de la resurrección de Jesús hasta después de haber pasado esta vida y haber bajado al sepulcro, porque quiere el Señor que nos conformemos primero con Jesucristo que padeció y murió en esta vida mortal y pasible para que después seamos semejantes á él en la resurrección gloriosa: pero sobemos y tenemos una seguridad infalible que nuestra carne resucitará y que veremos con nuestros mismos ojos á nuestro Dios y Salvador.

Segan esto, vosotras, almas justas, que procurais sufrir y llevar los trabajos de este mundo con paciencia imitando á Jesús, resucitareis, y resucitando os transformareis gloriosamente. Ese cuerpo que habeis despreciado, que habeis humillado, al que nada habeis querido disimular, al que habeis sujetado victoriosamente á las leyes del espíritu y á las santas austeridades que manda el evangelio, saldrá del sepulcro para recibir una gloria, y vosotras os unireis de nuevo con él para gozar unidos de la vista de Jesucristo glorioso é inmortal, después que trabajasteis unidos y os asemejasteis en cuanto pudisteis al estado de un Dios abatido, humilde, resignado y paciente. Ni las austeridades y viglias que debilitan las fuerzas del cuerpo; ni las enferme-

dades, miserias, mortificaciones y ayunos que le despojan de la hermosura; ni los ejercicios y prácticas de la religion que le hacen cambiar de temperamento; ni los gusanos que le hayan devorado y consumido en el sepulcro, ni el fuego que le haya reducido á cenizas, nada podrá estorbar á la virtud omnipotente de Dios y á los influjos vivificantes de su gloria el que vuelva á animarle de nuevo y le haga salir del polvo en que esté sumido mas resplandeciente y hermoso que el cielo y que las mismas estrellas. Este cuerpo mortal dice el apóstol, conviene que se revista de la inmortalidad, y que despues de ser corruptible y estar comido de gusanos se vista de la incorrupcion. Entonces se cumplirá lo que está escrito: Absorta ha quedado la muerte con su victoria; y entonces nos será licito á cada uno de nosotros insultar á la muerte y decirla con Jesucristo resucitado: Muerte, ¿dónde está tu decantada victoria y tus incesantes triunfos (1)?

Otro efecto de la resurreccion de Jesucristo es la resurreccion de nuestras almas. La virtud poderosa de la resurreccion de nuestro divino Salvador no solamente dá la vida á nuestros cuerpos uniéndolos de nuevo á nuestras almas, sino que tambien dá la vida á nuestras almas comunicándolas la gracia. Como la pasion y muerte de Jesucristo es la causa de la remision de nuestras culpas, por la que morimos al pecado; asi su resurreccion es la causa de una nueva vida que conseguimos por la gracia santificante como

(1) 4. Coriuth. cap. 45.

nos dice el apóstol (1); «Se entregó y murió por nuestros pecados, y resucitó por nuestra justificación.»

Proponiéndonos por modelo la resurreccion de Jesus, dice el catecismo del Concilio de Trento, debemos tener presentes dos cosas en la resurreccion de nuestras almas. Una, que despues que dejemos el pecado, y lavemos sus manchas con la penitencia, entablemos un nuevo género de vida en que nada se vea en nosotros sino integridad, inocencia, santidad, modestia, justicia, beneficencia, humildad, oracion fervorosa y unos hombres segun Dios. Otra es que, perseveremos y sigamos constantes en la vida comenzada, de modo que con la ayuda de Dios, que murió y resucitó por nosotros no nos apartemos del camino de la justicia y de la exacta observancia de los mandamientos de la ley del Señor; y para que obremos una cosa y otra nos dé los auxilios por su resurreccion el mismo que nos dió el ejemplo de resucitar.

El padre san Agustin explicando la utilidad y los frutos de la resurreccion de Jesucristo, nos dice que de ella se deriva la resurreccion de nuestros cuerpos y de nuestras almas. «Ningun cristiano puede andar, dice este santo doctor (2) que nosotros hemos muerto en el alma y en el cuerpo: en el alma por el pecado, en el cuerpo por la pena del pecado, y por consiguiente tambien por el pecado. Para uno y otro necesitábamos una medicina y nos

(1) Rom. cap. 4.

(2) Lib. 4. de Trin. cap. 3,

» era necesaria una resurreccion para que se renovase lo que
» se habia deteriorado. La muerte del alma es la impiedad
» y el pecado, y la muerte del cuerpo es la corruptibili-
» dad por la que el alma se separa del cuerpo. Como el al-
» ma muere desamparándola Dios, así el cuerpo desam-
» parándole el alma. Por lo mismo que el alma queda in-
» sipiente, queda el cuerpo exánime. El alma resucita por
» la penitencia, y aun mientras está unida al cuerpo dá
» principio á la renovacion de su vida por la fé con la que
» cree en aquel que justifica al pecador, se aumenta con
» las buenas obras, y se robustece de dia en dia, segun que
» se renueva mas y mas el hombre interior. El cuerpo,
» como que es el hombre exterior cuanto esta vida es mas
» dilatada, tanto mas se corrompe ó con la edad, las en-
» fermedades y tanto género de aflicciones que le rodean
» hasta que llega á la última que es la muerte. Su resur-
» reccion se difiere hasta el fin cuando nuestra justifica-
» cion se perfeccionara tambien y será permanente. En-
» tonces seremos semejantes á Dios porque le veremos se-
» gun es en sí.... Á estas dos muertes de nuestro cuerpo
» y alma, el Salvador contrapuso la única muerte suya, y
» para obrar nuestra resurreccion espiritual y temporal an-
» tepuso y propuso el ejemplo y sacramento de su única
» resurreccion. No fué pecador, ó impío para que tuviese
» necesidad de renovarse y volver á la justicia como si al-
» guna vez hubiera muerto su alma, sino que vestido de la
» carne mortal y muriendo sola ésta, y resucitando sola
» ésta, esta sola nos proporcionó la resurreccion de nues-
» tro cuerpo y alma dándonos en ella los medios para la

» renovacion del hombre interior y el ejemplo de la del
 » hombre exterior.... Una sola muerte de nuestro Salva-
 » dor fué la salud para nuestras dos muertes. Y su única
 » resurreccion nos logró las dos resurrecciones dándonos
 » en ella con su ejemplo la mas conveniente medi-
 » cina.»

Es pues, uno de los frutos de la resurreccion de Jesu-
 cristo, la resurreccion espiritual de nuestras almas, asi co-
 mo lo es la de nuestros cuerpos; y á semejanza de esta,
 debe obrar unos efectos de renovacion y perfeccion. Una
 vida nueva, un nuevo hombre interior, sin ninguna de las
 imperfecciones del hombre viejo de la enemistad de Dios y
 del pecado. Rectitud en el entendimiento, pureza en los
 deseos del corazon, una vida y costumbres ajustadas á la ley
 de Dios. Una alma renovada por la gracia y resucitada
 espiritualmente por su nueva union con Dios, no ha de ser
 ya un campo abundante de exalaciones malignas. Debe
 respirar un aire puro en que no puedan formarse las nubes
 y tempestades. Su fé viva la hace mirar con tranquilidad el
 mar agitado en que navega en este mundo, y no piensa sino
 en obrar y vivir siempre como convieue á una alma fiel.
 El alma que acierta á resucitar verdaderamente descubre la
 nada y el vacío inmenso de los bienes criados, el engañoso
 y finjido resplandor de los honores de este mundo, y lo
 amargo de los placeres y deleites que arrastran en su segui-
 miento á casi todos los hombres. Contemplándose como
 ciudadano de la patria celestial no puede mirar á la tierra
 sino como un lugar de destierro. No halla gusto sino en
 las cosas del cielo, no busca sino lo que conduce al cielo,

todo lo demas lo mira como amargo y desabrido y como señales de un alma que está enferma. Ese espíritu mundano y esos placeres en que se congratulan los hombres terrenos los mira con lástima y compasion. No tienen ilusion para el que ha resucitado espiritualmente con Jesucristo ni la vida prolongada, que la mira como un soplo comparándola con la eternidad, ni las dignidades y empleos brillantes, ni los destinos elevados, ni los grandes tesoros, ni todo lo que cautiva el corazon y fascina los ojos del hombre terreno. Todos los prestijios y simulacros han desaparecido y habiendo resucitado el alma mira y aprecia las cosas como son en sí mismas. Estiende su vista mas allá del sepulcro, fija sus ojos y su consideracion en el cielo. Ve y contempla con placer, que así como Jesus resucitó y está sentado á la diestra del eterno Padre, así tambien ha de resucitar y unirse á su mismo cuerpo consumido por la corrupcion y alabar á su Dios en la mansion del descanso donde no habrá tristeza, temor, dolores, peligros, muerte ni enfermedad, y todo será felicidad y alegría por los siglos de los siglos.

Ved ya, hermanos míos, porque la verdad de la resurreccion de Jesucristo es de tanto consuelo y alegría para el justo, y llena de espanto, terror y desesperacion al pecador. Ved porque no puede oirla el impío sin estremecerse. Jesucristo resucitó, y nosotros hemos de resucitar tambien en nuestros propios cuerpos. Tan lejos de ser lisonjera para el malvado su resurreccion y de congratularse porque su cuerpo participe tambien de la inmortalidad de su alma, que quisiera que uno y otro, que todo el hombre se redujese al polvo y concluyese con la muerte como las bestias,

y trabaja por persuadirse á sí mismo que nada le queda que esperar despues de esta vida, y que no hay otros bienes ni males que los presentes. Este horroroso aniquilamiento y completa destruccion, le asusta menos y la prefiere con ansia al pensamiento de la resurreccion y la inmortalidad en que no puede descubrir sino á un Dios justamente irritado, y la entrada á una eternidad de suplicios y castigos. Quisiera que su carne manchada con los crímenes y convertida en un polvo asqueroso no pudiera oir la voz poderosa del Señor que resonará en todo el mundo y hará salir á todos los muertos de sus sepulcros y presentarse al juicio, porque sabe que no le espera la misericordia y los premios, sino la justicia y los castigos: pero aunque te volvieras á la nada de donde saliste, el Señor que te sacó de ella antes de que existieras te sacará de nuevo de ella para presentarte á su juicio y tribunal rectísimo.

Ved porque se aflige y desespera el malvado y aparta sus oídos con horror de una verdad en que el justo halla todos sus consuelos y el alivio de todos sus males. ¿Pero cuando el infierno una todos sus esfuerzos á los del pecador: podrán todas sus fuerzas destruir la obra de Dios? ¿Podrá menos da suceder que resucitemos y comparezcamos todos delante de Dios? Por eso tiembla el malo, porque resuena en el fondo de su alma y no puede desentenderse de la voz del apóstol que nos dice. Que resucitaremos todos, pero que no todos seremos transformados, que unos saldrán del sepulcro para recibir abundancia de gloria, y otros para ir á los suplicios eternos. Por eso en medio de los placeres y el ruido con que intenta aturdirse entre los gustos del mu-

do, oye con espanto á los ministros del Señor, que Jesucristo ha resucitado, porque no puede menos de ver su resurreccion por entre la de Jesus y despues de ella el horror, la desesperacion y los tormentos eternos á que le hacen acreedor sus excesos.

¿Quereis que la resurreccion de Jesus sea para vosotros una verdad consoladora y el recurso en todas vuestras aliecciones? Pues creed y confesad á Jesus, reconocedle como á vuestro Dios y Señor, y vuestros corazones se llenarán de gozo como los discipulos de Emáus. Miradle como el ejemplar de vuestra resurreccion. Despues que Jesucristo resucitó, dice el apóstol, ya no volvió á morir: *Jam non moritur*. Triunfad de las ligaduras de vuestros pecados, y no volvais á pecar. Mirad con un santo horror vuestros pasados desórdenes y todo lo que fue causa y ocasion de ellos. Llenos de temor al considerar los males terribles y los espantosos castigos de que os habeis librado por la gracia, huid no solo de volver á ellos, sino aun de las mismas ocasiones, y temed aun de lo que os es licito y permitido antes que consentir en esponeros de nuevo á los peligros. No puede ser el vivir para Dios y vivir para el mundo. No se contenta Dios con un decoro exterior, si no le entregamos el corazon. ¡Infeliz de aquel que en su resurreccion espiritual atormenta su alma lejos de alegrarla, la necesidad indispensable de apartarse de todos los excesos y deleites criminales del mundo y de la carne!

Hé aquí, amados míos, como negociaremos que la verdad de la resurreccion de Jesus que celebramos con tanto gozo, sea para nosotros una festividad y una verdad de

confianza y de consuelo. Vivamos con nuestros prójimos en paz, sigamos como los discípulos el camino de nuestra peregrinacion, partamos nuestro pan con nuestros hermanos como Jesucristo resucitado; pero si nuestros hermanos creen que somos hombres de este mundo, amantes y envueltos como ellos en los placeres y deleites del mundo, hagámoslos entender que se engañan; que despues que hemos resucitado vive Dios en nosotros, y no vive ya el viejo Adán, el hombre de pecado, que no aspiramos ni apotecemos ya, sino las cosas del cielo. Si aquellos mismos que nos acompañaron en nuestros crímenes, ó nos indujeron á vivir en la licencia y desenfreno, quieren volvernos á los excesos, si pretenden hallar en nosotros la misma inclinacion y facilidad para obrar el mal, alucinarnos con los placeres y hacernos odiosas las mortificaciones, el retiro y las penitencias cristianas, reprendámoslos con un celo santo y digamos: ¡O necios y duros de corazón! ¿Ignorais que la vida del cristiano debe ser de tribulaciones y austeridades, que á ejemplo de su divino Maestro Jesus debe padecer para poder entrar en la gloria? Espliquémosles las escrituras; la doctrina santa, lo que debemos creer y lo que debemos obrar. Acaso por la misericordia de Dios con nuestros avisos y viendo nuestro buen ejemplo se convertirán tambien y conocerán como deben á Jesus resucitado. Y si así no fuese, huyamos de su compañía, apartémonos de su amistad, despreciemos sus burlas y llamemos á Jesus en nuestra ayuda en todas nuestras turbaciones; *Mane nobiscum, quoniam advesperascit*.

Divino Jesus. Nos humillamos ante el trono de vuestra gloria. Os adoramos en el día glorioso de vuestro triunfo, y

confesamos que debemos celebrar tanto mas vuestras victorias cuanto mayores frutos y mas utilidad nos han reportado. Vuestra virtud nos hace fuertes á nosotros, y vuestra gloria nos asegura la nuestra. Admirados de vuestro poder y llenos de confianza por vuestras bondades cantamos con sinceridad y reconocimiento y decimos que: No hay otro Señor y Dios como vos, ni otras obras tan magnificas como las vuestras. Las gentes todas, que todas son obra de vuestras manos, vendrán, y adorarán y glorificarán vuestro santo nombre, porque sois grande, Señor, y obrais cosas prodijosas. Vos solo sois el único y verdadero Dios. Haced, Señor, que nuestra alegría sea santa y espiritual, que nos gloriemos y consolemos con la nueva de vuestra resurreccion, y que resucitando nuestra alma en esta vida, cuando vuelva á unirse con el cuerpo que resucitará tambien al fin del mundo, os salga al encuentro y reciba el premio de acompañaros por eternidades en la gloria.

F. L. G.

SERMON

PARA EL TERCER DIA DE PASCUA DE RESURRECCION.

Sobre que debemos ser buenos cristianos para participar de los bienes de la resurreccion de nuestro divino Salvador.

Sic oportebat Christum pati, et resurgere á mortuis tertia die. Era menester que Cristo padeciese, y resucitase al tercero dia de entré los muertos. Luc. c. 24. v. 46.

Todo respira alegría, júbilo, placer y gozo entre los cristianos, piadosos oyentes. Todo es gracia y gloria en la gente santa, en el real sacerdocio, en el linage escogido, y en el pueblo de adquisicion que formamos los hijos de Dios. Nuestro amantísimo Jesus ha resucitado victorioso y triunfante: se apareció á su santísima Madre, á la Magdalena, á san Pedro, á los discípulos de Emaus, y en este dia, segun

el evangelio que acabais de oír, á los apóstoles y discípulos que se hallaban escondidos en una casa por el miedo que tenían á los judíos. Aunque todas las puertas estaban cuidadosamente cerradas se presentó el divino Maestro entre sus queridos apóstoles, y saludándolos como acostumbraba les dijo lleno de bondad: «La paz sea con vosotros: yo soy: no temais.» No contento nuestro amable Redentor con haberse manifestado á algunos en particular, quiso dejarse ver en esta ocasion de todos sus principales amigos; se acomoda á su flaqueza, los convence de la verdad de su resurreccion por todos los caminos que podian desear: se les manifiesta, les habla, les dá mil seguridades, resuelve sus dudas, desvanece sus temores, quiere que se aseguren por sus mismos ojos y por sus propias manos de la realidad de su cuerpo, come y bebe con ellos, y habiéndolos tranquilizado ejerce con ellos el oficio de Maestro celestial y les dice:

Hijos míos: si os acordais de lo que me oísteis cuando estaba con vosotros antes de mi muerte tendreis presente que prediqué todo lo que ha sucedido, y que con lo ocurrido en mi persona ha quedado cumplido todo lo que está escrito en la ley de Moises, en los profetas y en los salmos: entonces hablándoles al oído iluminó sus entendimientos para que entendiesen las santas escrituras haciéndoles comprender lo que jamás habian podido creer ni pensar; que el Mesias debia padecer todo lo que habia padecido el Salvador: afrentas, calumnias, oprobios, escarnios, azotes y los mas atroces tormentos; y que era preciso que muriese en una cruz, que fuese sepultado y que al tercero día resucitase. *Sic oportebat Christum patí, et resurgere á mor-*

tuis tertia die. Veis aquí, les añadió, con qué condiciones quiso mi Padre que entrase yo en mi propia gloria: no de otro modo que por mis tormentos y mi muerte debia yo ser el Salvador de todos los hombres: pero por mi gloriosa resurreccion he triunfado del infierno, he vencido á la muerte y he abierto las puertas del cielo á los que las tenían cerradas con el pecado que he dejado espinado con mi propia sangre. Esto, hijos míos, es lo que quiero que prediqueis á todas las gentes del universo exortándolas á penitencia y prometiéndolas de mi parte y en mi nombre la remision de sus pecados, y la felicidad eterna en mi gloria.

¡Qué consuelo, alegría y placer deben percibir las almas de los justos y aun las de los pecadores, al oír estas palabras de vida eterna que salieron de la boca del Maestro de la verdad y Dios de toda consolacion! ¿No os regocijais con ellas amados míos? Por grandes que sean vuestras miserias y enormes vuestros pecados, ¿podreis dejar de consolaros al saber que Jesucristo ha satisfecho por nosotros á la justicia del eterno Padre, que nos enseña á morir y á resucitar con él, y que no solo se nos perdonarán nuestras culpas si hacemos penitencia, sino que será además nuestra suerte la de reinar eternamente con Jesus en la gloria? Dénse gracias sin cesar al Dios que tanto nos ama. Bendigamos, alabemos y glorifiquemos al que tanto hace por nosotros, y para que nuestra gratitud sea aceptable pongamos de nuestra parte lo que nos pide el Redentor para aplicarnos los méritos de su pasion santísima, y seamos lo que deben ser los que han resucitado con Jesus. Seamos buenos

cristianos, y así participaremos de la gloriosa resurreccion de nuestro Salvador, como os lo voy á demostrar en este discurso. Pero antes:

Virgen santa: os acompañamos en el gozo que experimentais en la resurreccion gloriosa de vuestro Hijo preciosísimo: pero Señora; como sin virtud no hay verdadera alegría, y sin la gracia todo es horror, calamidad é infierno, os pedimos que nos alcancéis aquella de que os halló llena el ángel cuando os dijo.

AVE MARIA.

Sic oportebat Christum pati, et resurgere á mortuis tertia die.

Los buenos cristianos que han acabado el grande ayuno de la cuaresma han muerto al pecado por la penitencia, han dejado enterradas sus culpas en la confesion sacramental, se han alimentado con el pan eucarístico que dá la vida al mundo, han resucitado espiritualmente con Jesus y ellos son los miembros vivos de esa iglesia inmaculada que ocupada, como lo veis, en celebrar los triunfos de su divino Esposo, ya entona cánticos de accion de gracias, ya vierte himnos de júbilo y alegría, y ya hace que resnen en sus templos esas sagradas aleluyas con que se convida al universo á tomar parte en los regocijos que nos proporciona

la resurreccion gloriosa de nuestro Redentor, fundamento de nuestra fé; prenda de nuestra esperanza é incentivo de nuestra caridad, segun el apóstol. Una alma verdaderamente resucitada á la vida cristiana se ocupa en santificar el estado y condicion en que Dios la ha colocado para los fines de su divina providencia, no piensa mas que en cumplir con la ley santa del Señor, jamás aparta su memoria de los pasos, doctrinas y ejemplos de su Redentor glorioso, sufre con paciencia, con resignacion, gusto y placer los trabajos y penalidades que labran su corona, y fijando su vista y atencion en el premio de la virtud implora la divina gracia y con ella, vence todas las dificultades que encuentra en la carrera con que avanza hácia la patria de los gozos eternos á que aspira. Es verdad que sufre, padece, pelea y se las tiene con enemigos fuertes y poderosos, pero abrazada con la cruz y confiada en la clemencia de su Dios vence, triunfa, y en sus combates experimenta un aliento que la conforta, un gozo espiritual que la anima, un deseo eficaz que la obliga á formar nuevas resoluciones de devorarlo todo en los caminos del Señor. De aquí el ver las cosas de un modo nuevo propio de los hijos de la gracia, el juzgar rectamente de las máximas dogmáticas de un mundo reprobado por Jesucristo, el huir y lastimarse de las falsedades é ilusiones de los pecadores, y el aborrecer esas abominaciones que han puesto á la sociedad al borde de un grande precipicio, á la orilla de su total ruina. Padecen, sufren, trabajan y pelean esforzados los cristianos que resucitan con Jesus á una nueva vida de gracia y de perfeccion; pero tienen un gusto especial en ofrecer á Dios lo que les pide, encuentran una

snavidad y un gozo indecible en cumplir con las obligaciones de su estado, una satisfaccion y una paz sobre todo sentido en los ejercicios de nuestra santa y adórabable religion. Preguntad y ved si es asi, á los apóstoles, á los mártires, á los confesores, á las sagradas Virgenes y á cuantos reinan con Cristo en la gloria por haber muerto y resucitado con él del modo que lo espresa el apostol de las gentes. Consultad el evangelio, pasad la vista por el catecismo de la doctrina cristiana y decidme si no es esacto cuanto dejo espuesto de los verdaderos cristianos que resucitan con Jesus al dichoso estado de la gracia en que todo respira alegría, júbilo, placer, gozo y satisfaccion. Discurrid en fin con juicio sobre vuestra dicha y felicidad, sobre vuestro presente y porvenir eterno; y si en los floridos jardines de los vicios y pasiones de los mundanos no hallais, como Salomon, mas que vanidad de vanidades y afliccion de espíritu, y en la vida cristiana la paz del corazon, el gozo del Espíritu-Santo y la alegría de la virtud: declaraos por las ventajas que os ofrece la vida cristiana y participad de los bienes inmensos que derrama la resurreccion gloriosa de Jesus sobre todos los fieles que haciendo penitencia de sus pecados mueren á la culpa y resucitan á la vida de la gracia. Si no lo haceis asi, asombrados de vuestra malicia infernal, daos por perdidos, contad con una condenacion eterna y huid de la presencia de los santos ocupados en llorar y en pedir á Dios que os libre de la desesperacion á que os conducen vuestros excesos.

Jesucristo anunciando y dando á sus apóstoles en este dia la paz del corazon que escede la comprension del hom-

bre según san Pablo, les dice; que debía parecer lo que padeció, para entrar por el camino de las tribulaciones, trabajos, sufrimientos y agonía de una muerte llena de aflicción en su propia gloria: dejó consignado en su evangelio santo que no puede ser su discípulo sino el que rompe con todos los alicientes y atractivos de los vicios y pasiones para seguirlo por el camino de las virtudes: que su reino padece violencia; y que es necesario aborrecerlo todo; aun la misma alma, para salvarla. Todo esto es preciso; es necesario, es indispensable para conseguir la vida eterna y vivir en este valle de lágrimas con las dulzuras de la paz que infunde Dios en los corazones de los justos: luego no hay remedio amados hermanos, Dios quiere forzarnos fuerte y suavemente á entrar en los caminos de la rectitud y santidad en que se hallan los verdaderos placeres de la virtud, los consuelos de la gracia, el gozo inefable que experimentan los que asociados á los hijos de Dios descubren en la vida cristiana un destello de aquella felicidad inmensa que ha ganado para nosotros el amable Redentor que murió por nuestra salud y resucitó para nuestra gloria. Anímenos la bondad de nuestro divino Maestro; arrástrenos el amor inmenso que nos tiene, ceda nuestra tividad á la caridad con que nos llama y sigamos á Jesus por el camino de los trabajos y tribulaciones de su pasión para ser participantes de las delicias que dejan verse en su resurrección gloriosa. De este modo todos seremos hijos de luz; tendremos por necesidad la pretendida sabiduría del mundo, Dios nos concederá la sabiduría pura, santa y verdadera para conocer y amar al eterno Padre y á su Hijo Jesucristo, y en las penalidades,

contradicciones y trabajos de esta vida consagrados por nuestro Redentor, encontraremos una dulzura tan grata como la que obligaba á santa Teresa de Jesus á decir con vivos deseos de padecer por su divino Esposo: «Señor; ó morir, ó padecer por Vos.» *Domine aut mori, aut pati.*

¡Oh! ¡Y cómo se alegrarían los ángeles del cielo y los justos de la tierra, si este fuera el resultado de esta predicción! En este caso ¿podría haber gozo comparable con el nuestro? ¿No formaríamos aquí en la tierra una reunión de hijos de Dios alimentados de aquel amor celestial que infunde nuestro Redentor amable en los corazones de los que padecen, mueren y resucitan con él? Pues esto amados míos, esto es lo que quiere y exige de nosotros la iglesia santa para que experimentemos los efectos de la resurrección de nuestro Salvador, y nos asemejemos á los ángeles ocupados en alabar y bendecir al que es tres veces santo, y llena los cielos y la tierra con su gloria. Viviendo cristianamente podremos comprender que la resurrección de nuestro divino Jesus es el cumplimiento y como el compendio de todas sus promesas; la prueba de todos los misterios, el fundamento de las verdades que creemos, y como las arras de los bienes eternos que debemos esperar. Y de este conocimiento ¿será posible que no se desprenda un deseo eficaz de vivir con virtud, y de morir en la gracia de nuestro Dios? El Omnipotente ¿puede ser conocido sin ser amado? Jesucristo dignándose visitar en sus apóstoles á todos los fieles y diciéndoles: «La paz sea con vosotros; yo soy no temais» ¿no nos obliga á unirnos con él aunque

no sea mas que por vivir seguros, tranquilos, en quietud y pacífica posesion del que es? Yo reclamo ahora mas que nunca vuestra atencion y os conjuro á que digais si no son gratas, deliciosas, dulces, suaves y delectables las consecuencias de la resurreccion de Jesucristo, y si haciéndonos felices en esta y en la otra vida, ¿no deberemos esforzarnos para salir de los caminos del vicio en que vivimos para entrar en los de la virtud que tanto halagan á la razón y al sentido religioso. Yo os compelo á que me digais, si el plan que me he propuesto de atraeros al servicio de Dios por medio de los consue- los inefables de su resurreccion gloriosa es ó no mas á propósito que el de reprender los crímenes de que está llena la tierra y fulminar contra los perversos los anatemas que se espresan en los libros santos. Estamos en pascua, celebramos la gloriosa resurreccion del Hijo de Dios, y respirando todo entre los cristianos alegría, gozo, placer, júbilo, satisfaccion, gracia y gloria, yo os propongo esta perspectiva de delicias celestiales para que deseándolas procureis conseguirlas por medio de una vida cristiana y seais tan dichosos y felices como deben serlo los que padecen, mueren y resucitan con Jesus.

Procurad ser del número de estos dichosos hijos del Salvador; sed buenos cristianos para participar de los bienes de la gloriosa resurreccion de Jesucristo, y para reinar eternamente con él en la gloria Amén.]

SERMON

PARA LA DOMINICA IN ALBIS.

Sobre la fé.

Beati qui non viderunt et crediderunt. Bienaventurados los que no vieron y creyeron. Joann. c. 20. v. 29.

Hijos de los hombres, cantad un nuevo cántico á la gloria del Señor: no ceséis de multiplicar vuestras alabanzas en honra suya, bendecidle y glorificadle, porque no hace mas que hacer prodigios en favor nuestro. Ha hecho patente á los ojos de las naciones su fidelidad en sus promesas, su omnipotencia en sus maravillas, su misericordia en sus beneficios. Los pueblos que vivían en las tinieblas han percibido en fin, la gran luz que les anunció Isaías, han visto al divino Verbo, á la fuente de todo bien, á la sabiduría

eterna, al Salvador del mundo que ha visitado á los que estaban de asiento en la region de la sombra de la muerte, y los ha librado de la mas dura de todas las esclavitudes, dejando para nuestra dicha vencido al infierno, y destruido el imperio del demonio y del pecado con su triunfante y gloriosa resurreccion. ¿Podriamos tener motivos mas justos, causas mas legítimas para alegrarnos, regocijarnos y prorumpir en cánticos de acción de gracias y amorosos transportes de reconocimiento y gratitud?

Pues oid aun mas, amados oyentes, oid porque las miseraciones de nuestro Dios son sobre todas sus obras, y los misterios de su amor inenarrables. Segun el evangelio de este dia se apareció Jesucristo resucitado á los apóstoles y discípulos reunidos, no hallándose con ellos santo Tomás: pero todos le digeron que habian visto al Señor, que se habia aparecido á la Magdalena, á san Pedro, á los discípulos de Emaus y á ellos mismos. Santo Tomás en lugar de creer en el testimonio nada sospechoso de sus compañeros les dijo con entereza y resolucion. «Nada absolutamente creo, si por mí misma no veo y toco el cuerpo de nuestro divino Maestro. Para creer resucitado á Jesucristo no solo necesito ver con mis propios ojos las señales de los clavos que taladraron sus santísimos pies y manos, sino que ademas quisiera meter el dedo en el agujero que le dejaron hecho, y la mano en la llaga de su costado. Así creeré; de otro modo, no.» Despues de esto estando todos los apóstoles reunidos y entre ellos santo Tomás, se presentó en medio de todos el Salvador y los saludó diciéndoles. «La paz sea con vosotros.» En seguida encarándose á santo

Tomás le dice: «Tú no quieres creer que he resucitado si no ves y palpas mis cicatrices:» aquí estan; quiero que te convenzas del modo que lo deseas, de la verdad de mi resurreccion: mira en mis pies y manos los agujeros que en ellos hicieron las clavos; y si no te fias de tus ojos, mete tu mano en estas cicatrices, métela tambien en mi costado, y no quieras ser incrédulo, sino fiel. El santo apóstol, reconocido, confuso, contrito de su incredulidad y lleno de una fé viva, se prostró á los pies de su divino Maestro y le dijo: Dios mio; yo conozco y confieso que sois mi Dios y mi Señor, Esta es la confesion mas espresa de la divinidad de Jesucristo que hay en el evangelio, como lo nota san Gregorio: pero el Salvador le dió á entender que su fé hubiera sido mas perfecta si hubiera creído bajo su palabra y la de sus apóstoles, pues que le contestó diciendo: Tomás; porque me has visto, has creído. Bienaventurados serán los que no vieron y creyeron. *Beati qui non viderunt, et crediderunt.*

Hasta aqui amados míos la letra del evangelio. Su significado es bastante perceptible, si dejando á un lado el espíritu privado y nuestras propias luces nos atenemos á los santos Padres conformes en asegurar, que Dios permitió que santo Tomás fuese incrédulo por algún tiempo, para hacer fieles á todos los demas hombres, para convencernos de que la fé puede salvarnos, de que con ella es escusado el testimonio de los sentidos, de que sus luces siendo mas luminosas é infalibles que las naturales de la razon humana deben determinarnos á creer en Jesucristo y á obrar nuestra santificacion, como os lo voy á demostrar con el in-

tento de que no ceseis de alabar y bendecir al Dios que tantos favores nos hace.

Virgen adorable: Vos que sois la Maestra y doctora de los fieles, y os interesais tanto en que amemos, bendigamos y glorifiquemos á vuestro santísimo Hijo, alcanzadnos la gracia que necesitamos para conocerlo y amarlo con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, con todas nuestras potencias y sentidos. Mirad con piedad á vuestros hijos, pues que os invocan llenos de confianza diciéndoos con el ángel.

AVE MARIA.

Beati qui non viderunt et crediderunt.

Los sabios mas esclarecidos con que se envanece el mundo atendidos á sus propias luces, han caido en errores tan groseros, en desatinos tan infamantes, en tan chocantes desaciertos y en contradicciones tan palpables y manifestas, que ellos solos bastan para demostrar la insuficiencia de su saber, y la necesidad que tienen los hombres de una ciencia celestial y divina que los ilustre y dirija hácia la posesion del sumo bien en que se halla la felicidad que anhela el corazón humano. Los nombres de los Sócrates, Platones, Tulios y Catones se pronuncian con admiracion entre las capacidades que se han puesto á la cabeza de la ilustracion civilizadora del mundo, y se nos proponen como modelos

de ciencia ó de virtud, como los oráculos que debemos consultar en nuestras dudas, apuros y conflictos. Pero Sócrates mandando sacrificar á Esculapio, Platon prescribiendo la embriaguez en las fiestas de Baco, Tulio dudando de la divinidad y Caton cediendo su mujer á Ortensio y quitándose la vida por no implorar la clemencia de un vencedor; ¿podrán ser nuestros maestros y enseñarnos las virtudes sin mancha que conducen al cielo? Los hombres todos con sus ficciones poéticas, con las consonancias de su estilo y con sus extravíos palpitantes: ¿han sido jamás capaces de sacar á los pecadores del abismo de sus vicios, del lodazal de sus pasiones, y de las inmundicias de sus depravaciones para ponerlos en los caminos de la justicia en que viven los hijos de la gracia? No amados míos: lo carnal y terreno no puede elevarnos á la altura de la justicia; nos oprime mas bien, nos arrastra hasta con fundirnos con los brutos, nos impide mirar al cielo en donde está nuestro destino, y no nos deja ser racionales ni religiosos. Que digan si no es así, los enemigos de la religion, y los que llaman choccheces y ranciedades de fanáticos preocupados á los usos, prácticas y costumbres de las gentes timoratas, piadosas y fieles. Que sean francos y hablen claro los voluptuosos hijos de la carne, los avaros, arrogantes y soberbios que tanto papel hacen en el gran mundo, y ellos nos dirán que no hay en su sociedad quien obre el bien, que no hay uno que sea justo.

Necesitamos pues de una luz vivificante que haciéndonos hijos de Dios nos eleve sobre las fuerzas de la naturaleza, nos ponga en armonia con el cielo, nos haga dignos de per-

tenecer á la religion santa que hace santos á los que la respetan, y nos sirva como de un seguro para entrar en la gloria prometida á los que creen en Jesucristo, esperan en su bondad, y aman su santidad. Esta luz santificante es la fé viva que hace bienaventurados á los que la tienen en su corazon, sin necesidad de ver y palpar como santo Tomás: es un dón del cielo que ha concedido Dios á todos los que han sido regenerados en el bautismo; es la vida de los justos; un impulso del Espíritu-Santo que inspira al hombre ideas celestiales; un rayo de gloria que consume la carnalidad del hombre viejo y enciende la caridad del nuevo formado en la escuela de Jesus; un argumento de lo que esperamos, como lo dice el apóstol; un manantial de gracias que fecundiza nuestras almas, las llena de virtudes, las perfecciona humillando el orgullo, destruyendo el germen de la soberbia en que fuimos concebidos y haciéndonos dignos de conversar con Dios, de familiarizarnos con el Omnipotente, de asistir á su mesa y ser sus hijos y confidentes. Es la prenda de nuestra inmortalidad, la escala por donde se sube al cielo, el escudo de buena voluntad que nos asegura la amistad de Dios, la fortaleza inaccesible á nuestros enemigos y el arma que vence al mundo, segun el Evangelista, y triunfa del leon que ruge por devorarnos, como lo dice el Príncipe de los apóstoles. Todo esto y mucho mas que yo no sé decir ni pensar es la virtud de la fé sin la que es imposible agradar á Dios segun san Pablo. Y siendo asi; fundándose la fé divina en la palabra de un Dios que no puede engañarse ni engañarnos, y sabiendo por experiencia que jamás ha faltado ni puede faltar ¿no deberá deter-

minarnos á creer lo que Dios nos dice y la iglesia nos propone? Despues que santo Tomás vió y palpó las llagas de nuestro Salvador resucitado ¿lo seguiremos en su incredulidad resistiéndonos á los testimonios infalibles, ó en su fidelidad creyendo en la divinidad de Jesus, y reconociéndolo por nuestro Dios y Señor? Esto último nos dicta la razon y nos lo inspira la fé que hace bienaventurados á los que no vieron y creyeron.

Jesucristo despues de haberse manifestado á santo Tomás del modo que se espresa en el evangelio y arrancado de aquel apóstol la confesion mas espresa de su divinidad le dijo: *Porque me has visto, has creído.* Nosotros hemos visto con los ojos de aquel apóstol y palpado con sus manos las llagas de nuestro Redentor; somos testigos de los prodigios y maravillas que ha obrado la fé; cerca de diez y nueve siglos hace que padeció, murió y resucitó el Salvador del mundo, y ni una sola tilde de cuanto nos anunció ha faltado; todo se ha cumplido al pie de la letra; sus apóstoles llevaron la fé hasta las estremidades de la tierra; en todo el mundo resonó su voz llena de virtud y de magnificencia; el universo se rindió á la predicacion de doce pescadores pobres, ignorantes, sin crédito ni garantías, y los hombres se convencieron de que esta obra fue efecto de una virtud celestial patente y palpitante en la prodigiosa propagacion del cristianismo cuando los hombres todos vivian entre los vicios y pasiones de la idolatría y del desenfreno en que se habia acimatado toda carne. El valor de diez y ocho millones de mártires que derramaron con alegría celestial su sangre por Jesus; la estabilidad de la igle-

siá en medio de las persecuciones mas furiosas; la dispersion de los judios, la total destruccion del templo de Jerusalem, el poder de hacer milagros en confirmacion de las verdades evangélicas, la tranquilidad del hombre justo y la apacible parsimonia del buen cristiano, con la agitacion, inquietud é infierno en que viven los viciosos, y ese instinto religioso que consuela al virtuoso con la idea de la gloria y atormenta al pecador presagiándole su condenacion eterna ¿no son cosas que vemos y palpamos todos? No son de tanta importancia como el ver y tocar las llagas de Jesus? Cómo pues teniéndolas á la vista, no clamamos y decimos con santo Tomás: Dios mio: yo reconozco y confieso que sois mi Dios y Señor? Si viendo como vemos siempre victoriosa y triunfante la religion de Jesucristo, sin que las potestades de la tierra y del infierno coligadas puedan sumergirla en el mar de las persecuciones que sufre, y observámos que un buen cristiano es un ángel digno de veneracion y respeto por las virtudes que lo adornan: ¿cómo nosotros imitando á santo Tomás no somos como él buenos cristianos? ¡Ay amados oyentes! Mi alma se llena de tedio, y no puede disimular la afliccion que le causa la conducta de tantos como se llaman cristianos sin serlo.

No son cristianos ni tienen fé los que se dejan arrebatar de los vicios y pasiones que dominan en los mundanos, los que desprecian, impugnan y contradicen los preceptos evangélicos, los que arrebatados por el torrente de la multitud licenciosa se entregan al libertinaje y al desenfreno en que viven los disolutos, los que asisten á los templos con hipócrita compostura y se conducen fuera de ellos como los

éticos y publicanos que no creen en Dios, Todos estos parecen una cosa y son otra. Creen; pero como los demonios que no pudiendo negar los hechos que han visto y palpado, confiesan que Jesús es hijo de Dios vivo, y se estremecen porque la fé sin obras no es mas que una fé muerta que agrava los crímenes de los que desprecian la fé viva que santifica al que tiene la dicha de recibirla en su corazón para obrar con ella su justificación. Una fé viva, una fé sencilla acompañada de la caridad que todo lo cree, que todo lo sufre, que obra el bien y no conoce el mal, una fé esenta de perplejidades y dudas que lanza al buen cristiano en la iglesia santa para conducirse en ella como hijo querido del Padre celestial; una fé como la de santo Tomás que haga decir al Señor; «Porque me has visto, has creído» es la fé de los verdaderos cristianos. Sin ella no puede decirnos J. C. *porque me viste, creíste*. Nos dirá mas bien. Me has visto, has percibido mi divinidad y la de la religion que traje del cielo para asegurar tu felicidad; el cielo, la tierra y el infierno no han hecho mas que dar voces para que atiendas al Pastor divino que ha querido llenarte de honor y de gloria; sabes que he padecido, muerto y resucitado por tu justificación, y á pesar de mi amor me has despreciado, me has aborrecido, no me has querido por tu Dios y Señor, te has afiliado en las banderas del pecado y en ellas me vuelves á crucificar, me haces la guerra á muerte y te rebelas contra el que te llama al reino de la fé en que todo es gozo, placer, gracia y gloria. No descauceis en el peligro, amados míos: mirad no sea que seais del número de los infieles á quienes se dirige Jesucristo con

tan sentidas quejas, porque junto á ellas están las amenazas mas terribles. Es preciso creer y obrar segun lo que se cree. Es necesario creer, que es menester mortificarse; perdonar las injurias; dar limosna; aborrecer la carne, domar las pasiones; ejercitarse en las virtudes; morir al pecado dejándolo enterrado en el sepulcro de la penitencia, y resucitar con Jesucristo para vivir con la vida de la fé viva que es el alimento del justo y la prenda segura de su felicidad. Si vosotros pedís á Dios esta fé que ha llenado de bienes al mundo, que ha poblado de héroes cristianos los desiertos y las ciudades, y llevado al cielo una multitud de santos de todas naciones, estados y séxos, su divina Magestad está dispuesto á concedérsela en esos manantiales de gracia que dejó para nuestra dicha en los santos sacramentos. Acudid á ellos con las debidas disposiciones. Decid al divino Pastor de vuestras almas lo que le dijo santo Tomás y sereis como él perdonados, santificados y colocados en el redil de la fé pura, humilde y sencilla para ser conducidos en los hombros de Jesus á la patria celestial en que sereis felices por los siglos de los siglos. Amen.

A. M.

HOMILIA

PARA LA DOMINICA II DESPUES DE PASCUA DE RESURRECCION.

Obligaciones del Pastor espiritual y de sus ovejas.

Ego sum Pastor bonus.... Cognosco oves meas, et cognoscunt me meæ. Yo soy el buen Pastor: Conozco á mis ovejas, y mis ovejas me conocen á mí. Juann. cap. 10.

Los profetas habian anunciado y dado á conocer al Mesias como un Pastor que apacienta su rebaño; que con la fuerza de su brazo habia de congregar sus corderos, llevarlos en su regazo y ponerlos sobre su hombros (1). Que libraría á sus ovejas en todas partes, las congregaría de todas las naciones en que estuvieren dispersas, en un solo

(1) Isai. cap. 40.

redil y las apacentaría en los montes de Israel y en todos los prados de la tierra. Que las proporcionaría abundantes y saludables pastos, las daría el descanso, salvaría á su rebaño y no volvería jamás á ser presa de los lobos (1): y Jesucristo declaró que él era aquel Pastor que estaba anunciado por los profetas y que había de apacentar á sus ovejas y hacer de todas un solo rebaño con un solo Pastor. *Yo soy el buen Pastor*, nos dice por san Juan en el evangelio de este día. En él nos espone el mismo divino Jesus las propiedades del mejor y mas escelente Pastor que son, conocer á sus ovejas, dirijirlas y apacentarlas, y dar su vida por ellas; y las que han de tener sus verdaderas ovejas que son, oírle, seguirle, conocerle y recibir sus pastos.

Yo podria, muy bien, hermanos míos, detenerme á manifestaros que Jesus llenó los deberes del pastor prometido para guiar á los hombres y conducirlos con su ejemplo por el camino seguro de su salvacion; que los dió el pasto de su divina doctrina y que los amó tanto que dió su vida por ellos, salió al encuentro á sus enemigos y luchó en defensa de los hombres hasta la muerte. Materia suministra este evangelio para reflexionar sobre la dulzura, la bondad, mansedumbre y amor de Jesus, y empeñarnos en la debida y correspondiente gratitud y reconocimiento. Señaladas hallamos tambien las cualidades de las ovejas de Jesucristo y pudiéramos convertirnos á nosotros mismos y examinar por ellas y segun ellas, si correspondemos al rebaño del

(1) Ezech. cap. 34.

Pastor divino, si oimos su voz, y nos dejamos conducir según su direccion; ó si sordos y ciegos sin querer oir ni ver corremos por los estravíos y precipicios que nos llevan á nuestra ruina. Un solo rebaño con un solo Pastor, nos dice Jesus qué vino á formar y á reducir á un redil á los hombres de todas las naciones y á darlos un mismo pasto y un mismo descanso; y pudiéramos admirar este poder divino para hacer convenir á todos los hombres en una creencia; esta bondad con que estendió sus misericordias mas allá de los términos de Israel, con que hizo nacion suya y su pueblo escogido á todos los descendientes de Adán. Pudiéramos esforzarnos á manifestar nuestra gratitud por haber nacido, por la libre voluntad del Señor, en el seno de su santa iglesia, que es el rebaño de Jesus, el único redil en que es el Pastor el mismo Jesus, en el que los hombres se apacientan por medio de los ministros según la ordenacion divina con la doctrina saludable y santa de Jesus: y pudiera manifestaros que fuera de este rebaño, fuera de la union de la iglesia católica, apostólica, romana, regida por el Espíritu Santo y cuya cabeza visible es el sumo pontífice de Roma vicario del mismo Jesucristo, no hay salvacion para el hombre. Son ovejas extraviadas cuantos hombres esten separados de esta corporacion, y Jesucristo no las conocerá por suyas, así como ellas no le oyen ni le siguen. Pero voy á valerme de la doctrina del presente evangelio para interesarnos en lo que nos toca mas de cerca, hermanos míos; para hacer presentes las obligaciones del Pastor espiritual y las de sus ovejas. Vuestros deberes y los míos, que desgraciadamente olvidamos, ó somos tibios y negligentes en

cumplirlos, si no es ya que abandonamos y dejamos su cumplimiento por desprecio. Vuestros deberes y los míos, que si los cumpliésemos como el Señor nos enseña, reinaría en nosotros la paz, el descanso, sería dulce el trabajo de nuestra peregrinación y llegaríamos al fin al término dichoso de unirnos con el Pastor divino y formar parte del rebaño que le alaba sin cesar en el cielo.

Acierte yo, Señor, á desempeñar el objeto tan interesante que me he propuesto; asistidme con la ayuda de vuestra gracia que os pedimos por intercesión de vuestra Madre á quien con respeto y veneración decimos.

AVE MARIA.

Ego sum Pastor bonus...

Yo soy el buen Pastor, dice Jesucristo. El buen Pastor pierde su vida por defender sus ovejas. Hé aquí las obligaciones de los ministros del Señor encargados de apacentar á las almas. Vivir dedicados al bien espiritual de los fieles, no omitir trabajo alguno en el cumplimiento de su ministerio, estar dispuestos á sacrificar su salud, sus comodidades y su vida, si es necesario, por el bien del rebaño que tienen á su cuidado. Buscar en el ministerio de Pastor de las almas los honores, las riquezas, el descanso y los bienes temporales,

no es ser buen Pastor, y lo es mucho menos el sacrificar sus ovejas al cuidado de sus intereses, á su avaricia, ira, venganza ó malos deseos. Antes de todo y aunque lo pierda todo debe atender el Pastor de las almas á que no se pierda ninguna de las ovejas que le ha confiado el Señor, y para esto debe sacrificarlo todo y sacrificarse á sí mismo. El Pastor mercenario, aquel que no tiene interés en la vida de sus ovejas, cuando amenaza el peligro, cuando vé venir al lobo abandona al rebaño, huye, y el lobo entra libremente y roba, mata y destroza el rebaño. El Pastor propio sale al encuentro y pelea y se sacrifica porque le interesa la vida de sus ovejas. Al ministro del Señor le interesa la de sus feligreses porque el Señor ha de pedirle cuenta de cada una de ellas. ¿Quién diremos que en la iglesia de Dios es pastor mercenario? Los que buscan mas bien y procuran sus negocios, que los intereses de Jesucristo. Los que no buscan á Dios por el mismo Dios, dice san Agustin, sino por conseguir las comodidades temporales, por lograr bienes terrenos, por apetecer ser honrados y respetados de los demas. Cuando se entra á servir á Dios en el ministerio de Pastor de las almas por unos motivos tan ruines, cualquiera que sea, no es un hijo que sirve á Dios por amor, sino un mercenario que solo busca su provecho.

El mercenario huye y abandona su ganado porque le importa poco que se pierdan las ovejas. Huir cuando hace falta estar presente, ceder cuando se debe resistir, callar cuando se debe hablar, hé aquí los caracteres de un pastor mercenario, de uno que procura y antepone sus intereses y conveniencias á la salud espiritual y conservacion de sus ove-

jos. ¿Ha incurrido alguno en un crimen y sirve de escándalo á los demas? Pues debe ser reprendido, castigado y arrojado de la comunión de los demas y separado de la unión de la iglesia por su Pastor, dice san Agustin (1). Pero el excomulgado será un enemigo personal, sigue el mismo santo, armará lazos y moverá los ánimos contra su Pastor, le deshonrará y hará cuanto daño pueda. Si el superior por no perder la amistad, por no esponerse á las molestias que le puede acarrear un enemigo calla, tolera, y no corrige, ya busca sus comodidades y no los intereses de Jesucristo, ya no cuida como debe á sus ovejas, ya es un mercenario. Ved cómo y por qué el lobo echa sus garras al cuello de una oveja: el diablo ha inducido á un cristiano á que viva escondalosamente en un adulterio; tú callas, tú no le reprendes; ¡O mercenario! Lo eras, porque viste venir al lobo, y huiste. Dirás que no has huido, que estás presente al cuidado de tu rebaño; pero huiste porque callaste, callaste porque tuviste miedo. La huida del alma no es otra cosa que el temor: estuviste presente con el cuerpo, pero huiste con el espíritu.

Segun esto, hermanos mios, no es ageno de nuestro ministerio el interesarnos y mirar con un celo santo la vida y las costumbres de cada uno de aquellos que el Señor ha puesto á nuestro cuidado. Si no queremos ser mercenarios es necesario que como el buen Pastor, conozcamos á nuestras ovejas. *Cognosco oves meas et cognoscent me mee:*

(1) Trac. 46 in Joann.

que las observemos, las reprendamos y apartemos de sus malos pasos, y que sin miedo á los peligros y á las molestias que ellas mismas nos ocasionen cuidemos de su bien espiritual aunque para ello hayamos de perder nuestras vidas. Bien sé que en nuestros dias se trata de reducir á la nada la autoridad de un Pastor de las almas, que cualquiera se cree autorizado para despreciar sus consejos y amonestaciones, que se limitan sus facultades á que hable dentro de las paredes del santuario y que deje fuera del lugar santo que cada uno obre libremente; bien sé que se los observa hasta en el tribunal sagrado de la penitencia y quiere obligárselos á seguir una moral reprobada y condenada por el evangelio; una moral de condescendencia y tolerancia; que se levanta el grito y se mueven las persecuciones, destierros y prisiones contra el ministro del Señor que niega la absolucion á un penitente: pero sé tambien los anatemas y amenazas que fulmina el Señor contra el Pastor mercenario, cobarde y condescendiente que deja de corregir, amonestar, reprender oportuna é importunamente; y vosotros debeis saber tambien que este es el cargo de nuestro ministerio, que no es un antojo ó placer el que tenemos en reprenderos sino un deber que nos impone el mismo Dios, y ¡ay de vosotros y nosotros si no le cumplimos! ¡Ay si no consolidamos al que está débil; si no curamos al que está enfermo; si no reducimos al que está estraviado y buscamos al que está perdido! El Señor nos pedirá cuenta de todos, y si encargándonos el mismo Señor que digamos al impio: *te vas á morir y condenar para siempre*, no hablásemos ni hiciésemos presente al pecador su peligro; si por nuestro silen-

cio sigue en sus extravíos y muere en su iniquidad, nos hará cargo de su alma y nos condenará por nuestro descuido. Solamente salvaremos nuestra alma si le avisamos, si le requerimos y procuramos su conversión y que venga á la penitencia aunque tengamos el desconsuelo de que no nos oiga.

Como buenos pastores debemos curar á nuestras ovejas en sus enfermedades aplicándolas las medicinas de los consejos y amonestaciones saludables, con la predicación de la divina palabra, y con la administración de los santos sacramentos que debemos estar dispuestos á daros cuando los pidais, sea en la salud ó en la enfermedad. Debemos, como buenos pastores, buscar y reducir al verdadero camino y al rebaño de Jesucristo á los libertinos, escandalosos, hereges y á todo género de pecadores empleando nuestro celo, nuestra predicación, nuestras conversaciones familiares, nuestros ruegos, exortaciones, amenazas, doctrina y paciencia como nos encarga el apóstol. Debemos procurar, no solo por los fieles que el Señor nos ha encomendado, sino por los hombres todos de todo el mundo esmerándonos en que se reunan todos al redil del Pastor divino y se haga de todos un solo rebaño con un solo Pastor. Si os anuncio el evangelio, decía el apóstol (1), y lo mismo debemos decir nosotros, no es por mi vanagloria y deseo de que me oigais, es por la grande necesidad de hacerlo, que me impone mi ministerio: ¡ay de mí, si yo no cumpliese este deber! Solamente quedaremos sin responsabilidad delante de Dios de la perdición

(1) 1. Gorint. cap 5.

de las almas que nos encomienda, cuando nada nos detenga para anunciarlas las amonestaciones y consejos de Dios, cuando podamos decir como el apóstol: *non subterfugi quominus annuntiarem omne consilium Dei vobis* (1). Nada me ha arredrado, ni ha libido cosa que me detenga para anunciaros lo que debeis hacer para lograr vuestra salud eterna y manifestaros la voluntad y preceptos de Dios.

Debemos como pastores ir delante y apacentar nuestro rebaño con el ejemplo de nuestras buenas obras, con las palabras de nuestra predicacion y con el fruto de nuestras oraciones como dice el padre san Bernardo (2). Quando no solamente por nosotros, sino por vosotros tambien como ministros del Señor, ofreciendo el sacrificio del altar por vosotros y pidiendo por vosotros en nuestras oraciones públicas y particulares como mediadores entre Dios y vosotros. Debemos servirlos de ejemplo con nuestra vida, y no omitir el amonestaros y corregiros con nuestras palabras. ¡Ay, digo otra vez, ay de nosotros si no llevamos esta carga temible aun para las fuerzas de los ángeles! ¡Si no desempeñamos el ministerio que Dios nos ha encargado como buenos Pastores!

¿Direis ya que, qué nos importa de vuestra vida, que nos metamos en vuestras casas, que vayamos á rezar, que qué tenemos que entender en vuestras costumbres? Nos interesa nuestra salud eterna y la vuestra, hermanos míos,

(1) Act. cap. 20.

(2) In Evang. Ecce nos reliquimus.

no podemos huir y dejaros en manos de los lobos, no podemos callar, no podemos temer y respetar vilmente vuestra fortuna, vuestros destinos, vuestro poder y vuestras amenazas sin ser pastores mercenarios y reprobados por el divino Pastor; por lo mismo que sois ovejas perdidas tenemos que abandonar las noventa y nueve del rebaño, correr en busca de la extraviada, ponerla sobre nuestros hombros, hacer cuanto podamos por volverla al redil con las demás. «Ove-
 » jas hay contumaces, dice san Agustín (1) que nos dicen
 » ¿qué nos quereis? ¿para qué nos buskais? Si estoy en el
 » error, dice alguno, si estoy en la muerte ¿para qué me
 » quieres? ¿para qué me buscas? Por lo mismo que estás
 » en el error quiero sacarte de él: Porque has perecido
 » quiero volverte á la vida y reducirte al camino de la
 » salud, Yo me hallo bien y quiero seguir en mi error;
 » estoy contento con perecer. ¿Quiéres errar y perecer?
 » ¿Y con cuánta mas razón no quiero yo que hierres ni pe-
 » rezcas? ¿con cuánta mas razón debo yo ser importuno,
 » cuando me dice el apóstol que predique la palabra de
 » Dios oportuna é importunamente? Oportunamente á los
 » que la quieren oír, é importunamente á los que no quie-
 » ren. Tú quieres errar y perecer, pues ya puedo quererlo.
 » Oye lo que se me dice si consiento en tu perdición: *No*
 » *buscasteis al que se perdía, no rehugisteis al camino al*
 » *extraviado, no sanasteis al enfermo.* Debo pues corregir
 » al que hierre, buscar al perdido y curar al enfermo, y

(1) Serm. 46 de Pastor.

» que tú quieras ó no, deber mio es hacerlo. Aunque para
 » buscarte tenga que pasar por espinas y zarzules, aunque
 » tenga que trepar y andar por senderos difíciles, debo
 » buscar la oveja perdida, debo registrar todos los setos y
 » vallados, debo emplear todas las fuerzas que me dá un
 » Dios que me amenaza y hace cargo de tu perdición para
 » intentarlo todo y lograr por todos medios retraerte y bus-
 » carte antes que perezcas. Si no me quieres sufrir, ni que
 » te sea molesto, no sigas el camino del error, deja de cor-
 » rer á tu perdición sigue con las demas ovejas del rebaño,
 » y dejaré de serte importuno.»

Así es hermanos míos, como debemos conocer á nues-
 tras ovejas y dar nuestra vida por ellas; así es como debemos
 interesarnos en vuestra salud eterna y procurar vuestra sal-
 vación sin miedo á los lobos que vengan á devoraros, ni á
 vosotros mismos que os empeñéis en no querernos oír ni
 atender; así es como todo lo debemos sacrificar por vos-
 otros. ¡Quisiera el cielo que ya cumpliese exactamente estos
 deberes de buen Pastor! Yo os pido vuestros auxilios, Dios
 mio, al mismo tiempo que confieso mis descuidos y negli-
 gencias. ¡Quisiera el cielo que fuerais todos ovejas dóciles
 y obedientes y cumplierais los deberes de feligreses que voy
 á recordaros con la posible brevedad!

Mis ovejas me conocen, dice Jesucristo. *Et cognoscunt
 me meæ.* Deben las ovejas del rebaño de Jesucristo creer y
 confesar por la fé á Jesucristo, seguir á su Pastor, no des-
 preciar al que es su Redentor, entrar por la puerta del
 redil y salir á tomar el pasto con que deben alimentarse.
 Deben los que han de ser ovejas del rebaño del Pastor di-

vino conocer á Jesus no solamente por la fé sino tambien por la caridad y las buenas obras, porque el que dice que conoce á Dios y no cumple sus mandamientos, miente y no dice verdad. Deben oir con gusto, docilidad y obediencia la palabra de Dios. Deben seguir el ejemplo y perseverar hasta el fin en seguimiento de Jesucristo. *Oves meae vocem meam quædunt..... cognoscunt me..... et sequuntur me..*. Siendo los sacerdotes ministros y representantes de Jesucristo encargados de apacentar su rebaño, deben los fieles que forman el rebaño de Jesucristo conocer á su Pastor, respetarle, venerarle y amarle. Suministrarle con gusto y buena voluntad lo necesario para el sustento de su vida y socorro de sus necesidades temporales, y deben obedecerle y seguir su doctrina en todo lo que toca á la salud y bien de sus almas.

Deben los feligreses conocer y amar á su Pastor, respetarle y oir su voz como voz de un padre; como voz del mismo Dios. Tal es el amor que me teneis, decia el apóstol san Pablo á los fieles Galatas, que sé muy bien que os quedarais hasta sin ojos por dármelos. Os rogamos, decia el mismo apóstol á los Tesalonicenses, que reconozcais y apreciéis debidamente á los que entre vosotros os amonestan y predicán, que los ameis con preferencia porque lo merece su ministerio, que tengais paz con ellos. Deben los fieles reconocer en su Pastor propio un ministro de Jesucristo, un encargado especial de Dios para dispensarlos el pasto de la doctrina y los santos sacramentos, y que ha de dar cuenta de ellos al mismo Dios que se los ha encomendado y deben respetarle y amarle como á un enviado de Dios.

Por derecho natural, divino y humano deben los fieles suministrar lo necesario para la sustentacion y necesidades temporales de su Pastor. No hay trabajador que no sea digno de su merced dice el mismo Jesucristo. Ocupando el Pastor espiritual su vida y su trabajo en dirigir, enseñar y dar el pasto espiritual á sus ovejas, justo es que estas le retribuyan con lo que sea necesario para su decorosa sustentacion con gusto y buena voluntad. Si nosotros os damos bienes espirituales, decia el apóstol apoyando esto mismo y explicando á los fieles este deber, ¿qué mucho es el que vosotros nos retribuyais con los bienes temporales? Jesucristo nos enseña esto mismo en el evangelio de este día en la semejanza del Pastor. ¿Hay pastor que no se alimente y se vista del fruto que le dan sus ovejas? ¿Hay ovejas que no den lo necesario para el sustento de su pastor? Pues ved la obligacion que os incumbe en esta materia, y que si no cumplis no podeis ser ovejas del Pastor divino, ¿Cómo reconocerá por suyas el Señor á unas ovejas que mueren lo preciso, que dejen morir de hambre y vivir en la miseria al Pastor espiritual que las envia, mientras el Señor las dá bienes abundantes y viven con ellos en la opulencia? ¿Con qué derecho pretenderán los fieles olvidados enteramente de suministrar el alimento á su sacerdote que los predique, los confiese, que los asista en sus enfermedades, que celebre la misa y pida por ellos, que bendiga sus campos y se ocupe enteramente en su servicio?

Ultimamente los feligreses deben obedecer á su Pastor en lo que toca á la vida espiritual, seguir sus amonestaciones y consejos. Hijos míos, el desprecio y la desobediencia á los

sacerdotes en aquello que os mandamos en nombre de Dios es un desprecio y desobediencia contra el mismo Dios. «El » que os oye á vosotros, dice el Señor á sus discípulos, me » oye á mí; el que os desprecia me desprecia á mí (1).» Sea el ministro del Señor vicioso y corrompido, aunque sea como los Escribas y Fariseos á quienes reprendia el mismo Jesucristo, mientras anuncie la doctrina del Señor y hable en nombre de Dios; no hagais lo que ellos hacen, dice Jesucristo, pero obrad lo que os dicen. *Quæcumque dixerint vobis, servate et facite* (2).

Amor, veneracion, respeto, gratitud y correspondencia á los trabajos del sacerdote con el fruto de vuestros bienes temporales, con aquello que la iglesia os ha señalado para cumplir con el deber de sustentar á los ministros de Dios, y sumision, obediencia y cumplimiento de lo que os manda y aconseja vuestro Pastor para vuestro bien espiritual, ya en las amonestaciones comunes y públicas, ya en las privadas y ocultas, ya en el confesonario, ya corrigiándoos, reprendiándoos y enseñándoos, hé aquí hermanos míos, vuestros deberes como fieles cristianos para con vuestro Pastor espiritual.

¡Dios mío! ¡Qué dichosos seríamos si el Pastor y las ovejas cumpliésemos los deberes santos que nos impone la ley que hemos tenido la dicha de abrazar! ¡Qué trastorno tan ventajoso se haria en el mundo si todos nos resolvié-

(1) Luc. cap. 40.

(2) Matth. cap. 23.

semos á cumplir los deberes de pastores y ovejas del rebaño de Jesucristo! ¿Y por qué no los hemos de cumplir?

Todos, Señor, somos ovejas vuestras, vos sois el Pastor bueno, el Pastor de los pastores, y nosotros no somos sino unos encargados y ministros que os servimos. A todos nos habeis admitido á vuestro redil, al gremio de la santa iglesia católica, apostólica, romana, fuera de la cual no se consigue la salud, ni se halla el pasto saludable. Vos Señor nos apacentáis por medio de vuestra santa iglesia con los santos sacramentos, con vuestra divina palabra, con los consejos y exortaciones saludables, con buenos ejemplos, con interiores y dulces inspiraciones y con tantos auxilios ordenados todos á conducirnos en pos de vos á la gloria. Concedednos que os demos el amor, el respeto, obediencia, veneracion, que cumplamos fielmente cuanto nos mandáis, para que siendo buenos pastores y buenas ovejas recojamos el fruto de nuestras obras y nuestras esperanzas, y os salgamos al encuentro como á Príncipe de los pastores llenos de gloria y de consuelos para no separarnos de vos y alabaros por los siglos de los siglos en la bienaventuranza. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA LA DOMINICA III DESPUES DE PASCUA.

*Sobre que creyendo y obrando segun lo que nos enseña
la fé seremos felices.*

*Vos autem contristabimini, sed tristitia vestra vertetur in
gaudium. Vosotros os contristareis, pero vuestra tristeza
se convertirá en gozo. Joan. c. 16. v. 20.*

Al anunciar Daniel á los judios cautivos en Babilonia la destruccion sucesiva de los cuatro imperios de los asirios, persas, medos y babilonios, les predice un rey conquistador cuyo imperio no tendria fin. David vió en espíritu á este Rey eterno, y lo llama el «Hijo engendrado antes de la aurora, el Señor sentado á la diestra de su Señor, el antiguo como su Padre, y su principio engendrado en el esplendor de los cielos. Isaías dice que es el Principe de

» la paz, el Padre del futuro siglo, el Soberano de los reyes
 » y la esperanza de las naciones:» adora su generacion
 eterna y le dá los títulos de *admirable* y de *Dios* con los hom-
 bres. Este Dios grande, fuerte y poderoso, anunciado por
 Jacob en el lecho de su muerte á los gefes de las doce tri-
 bus, y prometido solemnemente por Ageo al asegurar que
 el templo edificado por Zorobabel seria honrado con su
 presençia, es el Hijo del Altísimo que nació en Belen y mu-
 rió en Jerusalem, es Jesucristo Dios y hombre verdadero
 que ilumina á todo hombre que viene á este mundo é
 imprime en nuestras almas las verdades sobrenaturales que
 pueden hacernos virtuosos en esta vida y felices en la eterna.
 Es nuestro Maestro celestial que para obligarnos á creer en
 él y á sujetarnos al suave yugo de su ley santa nos anuncia
 con anticipacion todo cuanto ha de suceder en el mundo,
 todo lo que han de experimentar en esta y en la otra vida
 los buenos y los malos.

Abramos el evangelio, reflexionemos sobre el que
 acabamos de oir y nos convenceremos de que Jesus es nues-
 tro Dios, de que la vida eterna consiste, como él lo dice,
 en conocer al Padre y al Hijo que lo envió. En él se con-
 tiene una parte de aquella admirable plática que hizo nues-
 tro Salvador á sus apóstoles despues de la última cena en la
 misma noche de su pasion. En ella les dice que habia llega-
 do la hora de padecer y morir por los pecadores, de redimir
 al mundo, de dejar establecido el imperio de la gracia y de
 ausentarse de los hombres. Los apóstoles no entendieron
 las palabras enigmáticas de su divino Maestro, pero su divi-
 na magestad les esplicó el sentido de ellas diciéndoles: *Mí*

muerte, mi resurreccion, mis frecuentes apariciones, mi ascension á los cielos y la venidad del Espiritu-Santo sobre vosotros os harán percibir y comprender las cosas que ahora os anuncio para que cuando las veais cumplidas os acordeis de que os las he dicho. Las potestades del infierno se sublevarán contra vosotros y os perseguirán atrozmente. Padres, amigos, paisanos, domésticos y extraños se desencadenarán contra vosotros: sereis reputados como la cosa mas vil y despreciable, el mundo se alegrará y divertirá, pero vosotros os contristareis. No, hijos míos y discípulos amados, no os disimulo cuál será vuestra suerte sobre la tierra: vosotros no sois de mejor condicion que vuestro Maestro; como yo he sido tratado del mundo lo serán mis hijos: pasareis vuestros días en la afliccion mientras las gentes del siglo estan ocupadas en festines y regocijos; pero consolaos, porque la tristeza, los padecimientos, trabajos y angustias que sufraís por mí repletos de gozos interiores, se convertirán en un gozo que nadie será capaz de quitaros. No lo dudeis: llorareis, os contristareis, os afligireis: pero vuestra tristeza será el principio de un gozo eterno. *Vos autem contristabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium.*

¿Ha podido espresarse con palabras mas terminantes el estado de los justos sobre la tierra? ¿Quién al verlos padecer y sufrir no se acuerda de las prediciones de nuestro amable Redentor? ¿Y quién al considerar el término feliz de los padecimientos de los fieles no se anima á padecer y morir por nuestro Jesus divino y su santa y adorable religion? Una alegría momentánea, un placer pasajero, un día de deleite y una posesion fugaz de bienes caducos y perece-

deros son los precedentes de una condenacion eterna que conducirá á los viciosos á los suplicios infernales al paso que las dulces amarguras de la cruz; por decirlo asi; llevarán á los que las sufran con paciencia á los gozos sempiternos de la gloria. Esto es de fé, porque asi lo dice un Dios infalible que no puede engañarse ni engañarnos: tiene que cumplirse al pie de la letra; como todo lo que han pronunciado los lábios de Jesus, y no hay remedio; los que ahora rién; se divierten, triunfan y dominan entre el fausto y las grandezas del mundo, llorarán eternamente en los infiernos; mientras que las mortificaciones y penitencias, los sufrimientos y virtudes de los que imitan á Jesus en sus penalidades serán infaliblemente premiadas con las delicias de la gloria que Dios ha prometido á los que creen, esperan y aman á nuestro Redentor. Creedlo asi, hermanos míos: creedlo asi, y obrad segun vuestras creencias para que seais felices, como para vuestro aprovechamiento voy á demostraros, despues de decir devotamente á la Reina de los ángeles:

AVE MARIA.

Vos autem contristabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium.

En vivir crucificados con Jesucristo consiste la perfeccion cristiana, segun el apóstol: en seguir á nuestro Redentor por los caminos de la virtud amando al Padre celes-

tial y haciendo su voluntad; en sacrificarse en las aras de la penitencia y de la mortificacion para reducir la carne á servidumbre y traer las señales de nuestro Salvador impresas en nuestro cuerpo, como lo hacia y enzarga san Pablo; y en vivir con la vida de la gracia conformándonos con el Autor de ella, deben ocuparse los que bajo el árbol de la cruz quieren santificarse, y salvarse y ser felices en la gloria. El ejercicio habitual de los justos es el de amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismos; el de llorar y jemir en este valle de lágrimas; el de sobrellevar con paciencia y resignacion los trabajos, contradicciones y adversidades que les dispone la divina providencia para labrar su corona; el de purificarse con la gracia de los sacramentos y observar los divinos preceptos cumpliendo con las obligaciones de su respectivo estado. Los verdaderos cristianos mientras viven en la tierra están en el invierno de su vida, segun la metáfora de la sagrada escritura y el similitud admitido entre los santos padres: pues que asi como en aquella estacion del año los labradores labran la tierra, trabajan, siembran y se afanan en disponer, preparar y ayudar á los campos para que á su tiempo produzcan frutos abundantes, del mismo modo los discípulos de Jesus, en los dias de su vida cristiana deben trabajar en atesorar virtudes, en adquirir méritos, en perfeccionarse imitando á su Redentor en la bondad de su corazon, en la mansedumbre, en la dulzura, en la paciencia, en la caridad con que perdonó á sus enemigos y en el amor inmenso con que amó á todos los hombres muriendo por ellos en una cruz afrentosa, si quieren recoger el fruto de la gloria. Jesucristo dice,

que el que ama su alma en este mundo la perderá; y que quien la aborrezca la conservará para la vida eterna (1): Es decir, segun san Agustin; que el que ame á su alma como los que aman los deleites, los vicios y pasiones de los mundanos la perderá condenándose miserablemente: pero que el que la aborrezca en esta vida negándole los gustos y placeres de la carne y alimentándola con las amarguras de la cruz, con las angustias y tristezas que predijo Jesus á los suyos, la ganará y conservará para la vida eterna. Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere y se corrompe, queda infecundo y se pierde; pero si muere y se pudre producirá frutos copiosos, dice el Salvador (2), que abrió su boca para instruir á los hombres con parábolas. Jesucristo es el grano que debia morir por un efecto de la crueldad é infidelidad de los judios, y despues multiplicarse por la fè de las naciones y ofrecer á los fieles y ovejas de su rebaño los abundantes frutos de la gracia. Asi todos los suyos, deben morir al pecado, deben castigar con privaciones, penitencias y mortificaciones en sus miembros, la culpa que deramó en ellos la de nuestros primeros padres; deben cautèrizar con el hierro ardiente de la caridad la herida que abrió en sus almas y en sus cuerpos el primer pecado que se cometió en el mundo; deben destruir, aniquilar y hacer desaparecer esa sensualidad culpable que haciendo lascivos á los hombres impide que produzcan frutos dignos de los

(1) Joan. c. 12. v. 24.

(2) Joan. c. 12. v. 24.

hijos de Dios; deben en fin llorar por sus pecados y por los ajenos, y poseer en la paciencia sus almas, como lo dice nuestro Redentor. Asi se verificará infaliblemente en ellos lo que asegura Jesucristo en el evangelio de este dia; se afligirán, padecerán y se entristecerán; pero sus aflicciones, padecimientos y tristezas se convertirán en una alegría inefable que producirá frutos ópimos en la gloria, que es en donde se ven brillar las flores de la cruz. ¡Cuánto no sufren y padecen las mugeres en sus partos! Y sin embargo, en naciéndoles sus hijos se olvidan de sus dolores y se entregan al gozo y alegría que les causa el niño que les ha nacido. Al ver los justos premiados sus trabajos con la gloria, ¡qué gozo será el suyo!

Todas estas especies, hermanos míos, no son mías: son del Espíritu-Santo; se valió de ellas la sabiduría eterna de nuestro Señor J. C. para animar á sus apóstoles y á todos los fieles á sufrir y padecer por él; para consolarlos en las penas, angustias y tristezas de una vida pobre, dolorosa, obscura, vil y baja á los ojos del mundo pervertido, pero conforme con la de su divino Maestro, y la mas á propósito para domar las pasiones, para cristianizar la misma carne y poseer nuestros cuerpos en santificación, como lo dice san Pablo. Yo las he recogido para alimentar con ellas vuestras almas y poder deciros con toda la energía y autoridad del que habla en nombre de Jesucristo: esta es la ley indefectible del Eterno: el que llora, se aflige, padece, sufre y se entristece en este mundo por conservar la virtud, se alegrará eternamente, y su alma será inundada de un gozo eterno que nadie será capaz de quitarle: confiado en la

bondad inmensa de nuestro Dios y en vuestro buen juicio, espero que sabréis apreciar en su justo valor la divina palabra que se os anuncia, y que para vosotros no será perdida esta predicacion. Que sea así, Dios mio: que la semilla de vuestras doctrinas celestiales caiga en la buena tierra de los corazones puros de mis oyentes, para que produzca el fruto centuplo de que nos habláis en vuestro evangelio santo, y vos en ellos seáis glorificado. Que salgamos todos de este santo templo decididos á padecer por Vos, á morir al pecado, y á vivir con la vida de la gracia. Si lo hacemos así, amados míos, llenaremos de gozo á las potestades angélicas, y Jesucristo reinando en nosotros llenará de consuelo nuestras almas y hará que esperitemos en nuestras angustias y tristezas un placer de que solamente pueden hablar los santos que han tenido la dicha de ver en él, un preludio de los gozos eternos que Dios prepara en la gloria para premiar á los que siguen á Jesucristo por los caminos espinosos de la cruz.

Pero, ¡oh dolor sobre todos los dolores! Al ver que toda carne ha corrompido los caminos de la gracia, como en los días de Noé; y al considerar que los cristianos de estos tiempos viven tan disipados como los gentiles que no conocen á nuestro Dios: ¿no podré yo temer que digan en sus frenéticos delirios que esto es predicar en desierto? ¿No es de recelar que los cínicos é impíos que escandalizan al mundo con sus excesos, tengan por exótico y repugnante el lenguaje evangélico que he usado para atraeros á los caminos de vuestra justificacion y conduciros á la gloria? Sí, hijos míos: el Salvador de los hombres nos ha dicho que nosotros

nos entristeceríamos y que el mundo se alegraría; que como él predicáramos el reino de los cielos, y los pecadores nos perseguirían, nos asilijirían y atormentarían teniéndonos por la gente mas vil y despreciable de la tierra; que seríamos escuchados con desprecio, y que no seríamos de mejor condicion que él, á quien despreciaron y quitaron la vida los mismos por quienes murió pidiendo al Eterno Padre que los perdonase, y ahora mismo se están cumpliendo entre nosotros estas predicciones de nuestro Salvador. ¿Qué caso hacen los grandes y poderosos criminales del siglo, de los que en nombre de Jesucristo les predicán la paz y los trabajos de la cruz? Esos cresos opulentos que nadan en riquezas, y viven entregados á la molicie y desenfreno de sus pasiones, ¿cómo escuchan á los que predicán la abnegacion evangélica y llaman con Jesucristo: «bienaventurados » á los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos?» Y los lascivos, lujuriosos, avaros, envidiosos, arrogantes y soberbios que siguen á Lucifer en su orgullosa defeccion ¿no nos llaman ilusos y fanáticos, estúpidos é insensatos porque en lugar de promover las grandezas mundanales predicamos con san Pablo á Jesucristo crucificado enemigo de los vicios, y Autor de todas las virtudes que pueden hacer felices á las sociedades? A vosotros toca examinar si estas indicaciones son exageradas y poco conformes con el cuadro que presenta la sociedad en que vivimos, y á mí el decir á los que se apartan de las doctrinas celestiales de nuestro Redentor.

Que su alegría acibarada con agrios remordimientos, se convertirá muy pronto en una tristeza profunda y eterna

que los llenará de desesperacion y rabia en los abismos infernales: que si semejantes á los Escribas y Fariseos del pueblo ingrato persiguen, vejan, atormentan y oprimen á los justos hasta quitarles la vida, ellos llegarán á convencerse de que les han prestado un obsequio; de que sin querer han contribuido á su felicidad; de que nuestro Dios es poderoso para sacar bienes de los males, y de que sabe hacer servir la malicia de los réprobos á los designios adorables de su providencia sobre sus escogidos. Que se alegren, triunfen y dominen en hora buena, con frente herguida y tono impío, pero que entiendan que las palabras de Jesus son eternas como él mismo, que no pueden saltar, y que si la tristeza de sus discipulos recreada con consuelos celestiales, se convertirá en un gozo infulible, tambien las alegrías, los placeres, la ostentacion, el fausto, el orgullo y desenvoltura de los pecadores se convertirán en llantos y aflicciones eternas, en suplicios infernales, en los tormentos que tiene preparados la divina justicia para castigar al diablo y á los que lo siguen.

Nada mas. He demostrado: que si creéis en Jesu-
cristo y obraís segun vuestras creencias religiosas, amando
los trabajos de la cruz y conformándoos con nuestro divino
Maestro sereis consolados en esta vida y premiados con
gozos inefabiles en la gloriá, segun las promesas infalibles
de nuestro Dios; y ojalá que inspirados por la grácia, os re-
solvais á padecer y sufrir con paciencia las contradicciones,
adversidades, trabajos, angustias y tristezas que dejó en
testamento nuestro Jesus divino á los fieles; para que cami-
nando por la senda angosta que conduce á la vida eterna ten-

gais la dicha de ver cambiados vuestros padecimientos transitorios por las delicias que Dios ha prometido á los que cumplen con sus divinos preceptos y le siguen! He indicado tambien la suerte desgraciada en que vendrán á parar los enemigos de la cruz de Jesucristo; y Dios quiera iluminarlos para que reuniéndose á David, á Manases y al Publicano; á san Pedro, á santo Tomás y á la Magdalena; á las Pelagias y Egipcíacas; á los Pablos, Ciprianos, Agustinos, Brunos y otros miles, dejen los caminos anchos que llevan á la perdicion y entren en los penitenciales que los conduzcan á la patria de los escogidos!

Este, Dios mio, es el fin que me he propuesto al subir á este púlpito confiado en vuestra gracia. Haced que él sea el resultado de lo que en vuestro nombre he predicado á estas gentes, y no permitais que se halle en este auditorio un enemigo de vuestra cruz. Que todos la abracemos, amemos y sigamos; para que padeciéndo y sufriendo por vos en esta vida tengamos la dicha de ver mudadas nuestras angustias, aflicciones y tristezas presentes en los gozos eternos de la gloria, que á todos deseo. Amen.

A. M.

HOMILIA

PARA LA DOMINICA IV DESPUES DE PASCUA.

Consuelos y avisos de Jesus á sus discípulos antes de su Ascension.

Vado ad eum, qui misit me..... Si non abiero, paracletus non veniet ad vos; si autem abiero, mittam eum ad vos. Vuelvo á aquel que me envió..... Si yo no volviese á él no vendria á vosotros el Espíritu Santo paráclito; si yo vuelva os lo enviaré.... Joann. cap. 16.

Por lo comun, son pocos los hombres que apetezcan y amen los tormentos, los trabajos, las persecuciones y la cruz. Son pocos los que quando amenazan de cerca los peligros y estan próximos á tener que padecer y sufrir no se desconsuelen, entristezcan y allijan. Somos de poca fé, de una fé flaca y enferma y nos afecta mas y hace mas fuerte

impresion en nuestra alma el temor de perder un bien sensible y temporal, que la esperanza y el gozo de conseguir los bienes eternos. Deseoso Jesus de tener prevenidos á sus discípulos; de que no se sobrecogiesen y asustasen los dice: que los arrojarán de las sinagogas y tendrán por indignos de comunicar y tratar con los hombres; que llegará la hora en que el que los dá la muerte se tendrá por dichoso y se gloriará de haber hecho un sacrificio agradable á Dios: que los perseguirán de muerte por todas partes, no por su culpa, sino por la ignorancia que tendrán las gentes y la obstinacion de no querer conocer al verdadero Dios y su enviado Jesucristo: por el celo falso en defender y conservar sus costumbres, su ley y sus ídolos. Oyen los discípulos á Jesus y se llena de tristeza su corazon. Por eso, los dice Jesus, por eso no os he anunciado los males y persecuciones que han de venir sobre vosotros, ni os he dicho tan esplicita y terminantemente todo cuanto os espera sufrir; conocia que os habiais de entristecer demasiado. Hasta ahora habeis estado seguros; toda la persecucion habia de ser contra mí, y no era necesario que estuviéseis tan advertidos, pero ahora que voy á separarme de vosotros conviene que os lo advierta para que esteis provistos con tiempo y no os escandaliceis porque veais venir sobre vosotros la persecucion. Yo os digo la verdad y os anuncio lo que os ha de suceder, pero no os entristezcais, no os desconsoléis porque me ausente de vosotros. Conviene que yo vuelva á mi Padre. Asi como bajé del cielo por vuestra salud, asi tambien voy á volver al cielo por vuestro bien. Voy al cielo, no para dejaros abandonados en el mundo, sino para tomar posesion de

él, para prepararos en él un asiento, y para enviaros el Espíritu-Santo como una prenda y dón que pueda consoláros en mi ausencia.

Si yo no voy primero al cielo, no vendrá á vosotros este divino espíritu consolador: está dispuesto en los decretos eternos que no venga á vosotros sino despues que yo fuese exaltado y glorificado. No vendrá á vosotros si yo no voy primero, para que sepan y conozcan todos que la venida del Espíritu-Santo es fruto de la passion y muerte que he sufrido, y de la resurrección con que he sido glorificado. Yo os le enviaré y este divino espíritu suplirá mi ausencia, hará con vosotros mis veces, os consolará, os dirigirá, os iluminará y os confirmará asistiéndoos en vuestros trabajos y persecuciones. Hará mas este espíritu divino cuando venga á la tierra: argüirá y convencerá á los hombres de su pecado, de que yo soy justo y santo, y de que me ha sido dada la potestad de juzgar al mundo y de condenarle despues de haberle vencido con mi muerte y mi resurrección, y á vosotros os enseñará las verdades que os son necesarias. Ahora sois todavía rudos é imperfectos, no podeis entender lo mucho que tengo que deciros y la esplicacion de los misterios divinos que todavía ignorais; pero el Espíritu-Santo os instruirá y dirigirá en toda lo que debeis saber y practicar para el régimen, constitucion y gobierno de mi iglesia, y para dirigir á los hombres en la fé y las buenas costumbres.

Así consolaba á sus discípulos el divino Jesus, y en ellos nos consolaba tambien á nosotros, hermanos míos, y nos fortalecia contra todos los males y aflicciones. Detengámo-

nos en este rato á reflexionar sobre estos consuelos y avisos de nuestro divino Maestro antes de subirse á los cielos, los bienes que nos promete con enviarnos desde la diestra de su eterno Padre al Espíritu-Santo y hallaremos y reconoceremos en este divino espíritu, el consolador de los fieles: el censor y reprensor de los vicios y el Maestro de las santas y saludables verdades, de todo lo que debemos saber para ser eternamente dichosos; y tomemos la resolución de hacernos dignos y poner los medios para que venga á nosotros este divino espíritu consolador y nos comunique sus frutos.

Tal es, Señor, el fin que me proponga y para cuyo feliz desempeño imploro vuestra gracia por la intercesion de la Esposa del Espíritu-Santo y Madre nuestra María Santísima.

AVE MARIA.

Vado ad eum qui misit me,

No han de ser los discípulos de mejor condicion que su Maestro, ni los siervos tratados con mas atenciones que su Señor. Repetidas veces habia dicho Jesucristo estas y semejantes sentencias á sus apóstoles y discípulos, y cuando se acercaba el tiempo de separarse de ellos los habló con mas individualidad y espresion anunciándolos los males y persecuciones que habian de venir sobre ellos. Si á mí me han

perseguido, contad con que á vosotros os perseguirán tambien, os llevarán de tribunal en tribunal, os entregarán á la muerte vuestros mismos amigos y parientes y os aborrecerán en odio de mi nombre y sin otra causa que el ser discipulos míos. Constantemente enseñó tambien el divino Jesus, que la vida presente es vida de miserias, de contradicciones, de pelea, vida de desprecios y sufrimientos, que habian de llorar sus discípulos mientras los hombres del mundo se regocijaban en las alegrías de sus placeres, que la virtud no tiene por lo comun su premio y recompensa en este mundo en que el malo es protegido y ensalzado, y el bueno se oscurece en el olvido y la pobreza. Enseñó que era preciso seguir por el camino estrecho de los trabajos, y entrar en el reino de los cielos por las tribulaciones, que era necesario llevar la cruz, llorar y sufrir con paciencia las persecuciones por la justicia; recomendó la humildad, la mansedumbre y la pobreza, y declaró que era indispensable desprenderse de todo afecto terreno, renunciarse á sí mismo y dar con fortaleza y con gusto hasta la propia vida por la confesion de su nombre.

La vida del cristiano, segun la doctrina de Jesucristo y su evangelio, hermanos míos, no es una vida de placeres y descanso, de regalos y comodidades; es una vida de mortificación, de abnegacion, de penitencia y de cruz, y no hay otro camino para entrar en el cielo ni puede alguno ser de otro modo discípulo de Jesucristo. El recuerdo de estas verdades abate los ánimos; esta perspectiva tan melancólica de la vida del cristiano es demasiado triste; necesidad tienen los fieles y la iglesia toda tan agitada y perseguida de un es-

piritu consolador, de una mano benéfica y fuerte que los sostenga y fortifique, que los consuele y dé aliento en los trabajos. Con razon, pues, al anunciar Jesus á sus discípulos su separacion de ellos se llenó su corazon de una increíble tristeza. *Vado ad eum qui misit me: sed quia hæc locutus sum vobis tristitia implevit cor vestrum.* «Vuelvo al Padre » que me envió, y porque os digo esto os habeis llenado de » tristeza,» conocian bien la falta que tenian y la necesidad en que quedaban de un consolador que enjugase sus lágrimas y que alentase y diese á sus corazones un gozo espiritual que hiciese olvidar los disgustos y desconsuelos del mundo.

Pues Jesucristo proveyó á sus discípulos, proveyó á su iglesia, y provee á todos los que quieren ser verdaderos discípulos suyos de este espíritu consolador enviando desde los cielos al Espíritu-Santo. *Espedit vobis ut ego vadam.* O: conviene que yo vaya, dijo Jesucristo. Si yo no vuelvo á mi Padre, no vendrá á vosotros el espíritu paráclito; pero si yo voy os le enviaré. Bien podia dar este divino Espíritu Jesucristo estando presente, pero convenia, y asi estaba dispuesto por la sabiduría eterna, que no viniese sino despues de la muerte, pasion, resurreccion y ascension á los cielos de Jesucristo como fruto de sus trabajos; y para que no amando los apóstoles á Jesucristo con un afecto carnal, elevando sus corazones hasta el cielo donde estaba su Maestro sentado á la diestra de Dios Padre, se hiciesen dignos por su amor mas puro y espiritual de recibir el Espíritu-Santo. Jesucristo envió á sus discípulos el Espíritu Consolador que los prometió, el Espíritu-Santo con que los dijo que se consolarian de

su ausencia y se disiparía su tristeza. Comparemos lo que son después de recibirle y lo que eran antes. En vez de una sombría tristeza, de un retiro melancólico y de la pérdida de las esperanzas «la caridad de Dios está difundida» en sus corazones por el Espíritu-Santo que los ha sido «dado.» Por la gracia y fortaleza de este divino Espíritu emprenden con gozo la predicación del Evangelio de Jesús, y sufren con gusto tantas adversidades, tantas persecuciones, tantos tormentos como los cuesta el plantar su religión y extender su fé por todo el mundo. Salían llenos de gozo de los tribunales cuando iban sentenciados á padecer, por que tenían por un logro el sufrir por el nombre de Jesús. Animado de este espíritu divino san Pablo, no se detiene en decir por experiencia propia, que así como abundan en ellos los padecimientos por la causa de Jesucristo, así abundan las consolaciones que reciben sus corazones por el mismo Jesucristo. Los mártires saltan de gozo en medio de los mas atroces tormentos, los justos todos hallan un gozo y dulzura inexplicable en las persecuciones y desgracias, miran como beneficios de Dios las tribulaciones, las reciben dando gracias y como pruebas del amor de su Dios que los regala y se acuerda de ellos. *Gloriamur in tribulationibus.* Así es como la vida y trabajos del cristiano no son una cadena que esclaviza, una carga que oprime y un padecer que llena de luto el corazón. Tiene sus consuelos verdaderos, hay en ella unos gozos superiores á los del mundo y de la carne: los gozos y consuelos del Espíritu Santo como lo prometió Jesucristo para consuelo de sus verdaderos discípulos. *Mittam eum ad Vos.* Os enviaré el Espíritu paráclito

para consolaros y haceros llevaderos y dulces con su divino aliento los trabajos y penas de la vida cristiana.

Envió tambien al Espíritu-Santo para censor y reprobador del mundo. *Et cum venerit ille arguet mundum de peccato, et de justitia et de judicio.* «Cuando venga argüirá y » condenará á los hombres mundanos de pecado, de justicia y de juicio.» Arguye y convence de pecado el Espíritu-Santo á los judios y á todos los incrédulos exteriormente por medio de la predicacion y las obras milagrosas de los apóstoles quienes habiendo recibido la virtud del Espíritu-Santo dieron testimonio de Jesucristo y publicaron su ley en Jerusalem, en Samaria y hasta los extremos de la tierra. El Espíritu divino enviado sobre los apóstoles habia de infundir é inflamar sus corazones en la caridad, y como esta arroja todo temor y respeto humano, quedarian sin este freno y estorbo que los impidiese reprender y corregir al mundo por miedo á los castigos, tribulaciones y tormentos á que se iban á esponer. El argüirá al mundo de pecado; es decir: El llenará vuestros corazones de la caridad y con esta tendreis libertad para argüir y anunciar la verdad al mundo sin que os detenga el temor, como espone san Agustin (1).

Arguye al mundo y le hace inescusable de su pecado por medio de sus inspiraciones interiores. Del pecado de su infidelidad, de no querer conocer que Jesucristo es el Hijo único y verdadero de Dios anunciado en la ley, y prometido

(1) Tract. 95 in Joann.

á los patriarcas y profetas. *De peccato quidem quia non crediderunt in me.* Del pecado de la falta de fé porque es el mas enorme, el mas irremisible. Mientras el hombre no cree ningun pecado se le puede perdonar, y saltando la incredulidad, luego que el hombre se acerca á Dios por la fé de Jesucristo tiene esperanza de conseguir la remision de todos sus pecados. De esta falta de fé arguye y convence al mundo el Espíritu-Santo sin que pueda escusar su pecado. Si yo no hubiera venido y los hubiera hablado no tendrian pecado, dijo el mismo Jesucristo hablando de su pueblo; pero despues que he venido, he anunciado mi doctrina, he obrado tantos milagros y dado unos testimonios tan luminosos de que soy el Mesias prometido, no los queda excusa alguna de su incredulidad. Podrian muy bien escusarse de no creer en Jesus aquellos á quienes no habló ni trató. Pero el Espíritu-Santo los convence, arguye y hace inescusables, porque mediante este Espíritu divino y por su virtud y fortaleza los apóstoles anunciaron á Jesus por todo el mundo: Jesucristo vino y habló á todas las naciones por medio de sus discípulos, y hoy despues de diez y nueve siglos habla sin intermision donde quiera que se anuncia su evangelio por medio de los ministros de su iglesia. Jesucristo habla por sus sacerdotes, confesores y predicadores, y el que los oye, oye á Jesucristo; el que los recibe, recibe á Jesucristo; el que los desprecia, desprecia á Jesucristo. Ninguna excusa tienen de su incredulidad y mucho menos de su abierta resistencia á la fé, y de su empeño en destruir y aniquilar la fé, todos aquellos á quienes ha llegado la predicacion del Evangelio y la noticia de la doctrina y milagros de Jesucristo.

El Espíritu-Santo los arguye y convence de pecado. Arguye tambien al mundo el Espíritu-Santo de justicia. Le dá en cara con la justicia de aquellos que creen. No hay mayor vituperio para el incrédulo que compararle con el fiel que vivó y se alimenta de la fé. Por lo mismo que unos creen, adoran, sirven y glorifican á Dios, son condenados los que le desconocen, le desprecian, y ultrajan porque tienen iguales motivos para conocer y servir al mismo Dios. La vida del justo condena los excesos de la del impio, y será su mayor tormento cuando le vea lleno de gloria entre los hijos de Dios. Se confundirá y verá escrita su condenacion y la respuesta á sus vanas excusas en los motivos y medios que despreció y tuvo para ser tan justo y tan bueno como los santos del cielo.

Arguye al mundo el Espíritu-Santo de justicia porque le hace conocer á su pesar, que Jesucristo no solamente es santo, inocente y justo, sino que es el Autor de toda justicia y santidad. *Quia ad Patrem vado.* Porque hace ver que este Jesus humillado, escarnecido, atormentado y muerto resucitó y subió triunfante y lleno de gloria á los cielos y fué recibido en ellos y sentado á la diestra del eterno Padre, lo que no hubiera conseguido si hubiera sido pecador, injusto y malvado como le reputaron los que le condenaron y quitaron la vida.

Arguyó al mundo de juicio haciéndole entender que está sujeto á ser juzgado, que Jesus es el juez de vivos y muertos, y que juzgará y condenará á los malos así como ha juzgado y condenado al príncipe de las tinieblas. *Quia Princeps hujus mundi, jam judicatus est.* La destruccion

de la idolatría, la conversión de los gentiles; la espulsion de los demonios de los cuerpos de los hombres en el nombre de Jesus, el evangelio anunciado en todo el mundo, la sangre de los mártires que antepusieron tan generosamente la muerte á reconocer por Dioses y á adorar las obras de las manos de los hombres hace bien patente que el príncipe de las tinieblas ha sido vencido, despojado, juzgado y condenado, y hace conocer á los hombres que serán condenados tambien con el príncipe de la maldad si le imitan en la impiedad y soberbia. Si no perdonó Dios á los ángeles que pecaron, sino que los arrojó á los infiernos para ser atormentados y reservados para sufrir despues un juicio público, ¿cuánto menos perdonará al mundo impío, á los hombres esclavos del pecado y sometidos al servicio del demonio?

Resuélvase pues todos los hombres á creer en Jesucristo para no ser argüidos y convencidos por el Espíritu-Santo del pecado de incredulidad y falta de fé sin poder excusarse. Pasen todos á ser del número de los justos, para que no sean argüidos de justicia en la justificación de los buenos y por no imitar á los buenos; y teman y eviten el juicio futuro para no ser condenados en él con el príncipe de los mundanos á quien ven ya juzgado y sin embargo le imitan. No crean ser perdonados, viendo los suplicios terribles á que están condenados los ángeles.

Podemos decir tambien que el Espíritu-Santo ha revelado á los hombres la corrupcion general de la naturaleza humana en la persona de nuestro primer padre Adán y el reino del pecado en el mundo hasta la venida de nuestro

Señor Jesucristo. Que ha revelado la reparación de la naturaleza humana hecha por el nuevo Adán nuestro Señor Jesucristo y el establecimiento del reinado de la justicia por su gracia. Y que ha revelado la condenacion de los pecadores y la destruccion completa del reino del pecado y de la potestad del demonio por el último juicio. Con la revelacion de la primera verdad arguye y convence al mundo de pecado; con la de la segunda le convence de justicia; y le convence de juicio con la de la tercera.

Ultimamente en la venida del Espíritu-Santo prometió Jesucristo un doctor y Maestro que enseñaria las verdades necesarias á sus apóstoles y daria su asistencia á su iglesia. *Cum autem venerit ille spiritus veritatis docebit vos omnem veritatem.* Este divino espíritu infundió en los apóstoles la ciencia que era necesaria para estender la fé, plantear la religion de Jesus y establecer la iglesia. Todo lo que la iglesia no ha recibido de los apóstoles, bien sea por escrito ó por tradicion, ni pertenece á la fé, ni es necesario para conseguir la salud eterna. Toda doctrina contraria á la que enseñaron los apóstoles ya con sus escritos ó con su viva voz, y que se conserva íntegra en la iglesia como en un depósito, es un error que no podemos admitir.

El espíritu de verdad os instruirá de todo. Infundirá el conocimiento necesario en vuestras almas y el amor en vuestros corazones. Con este amor que derrama en el corazón el Espíritu Santo, siendo fervorosos de espíritu, amando las cosas espirituales, oíreis con facilidad la voz del Espíritu-Santo, sereis ilustrados con la luz que no quieren ver ni quieren recibir los hombres carnales, y que se deja

sentir en el fondo del alma sin sonido ni ruido corporal. No se ama lo que no se conoce, pero cuando lo que se conoce de algun tanto, se ama el mismo amor, dice san Agustín, nos interesa y hace que lo conozcamos mas y mas. Si adelantamos en la caridad que comunica el Espíritu-Santo, él nos enseñará toda verdad; hará que adelantemos en la ciencia de Dios. Para conseguir esta ciencia, hermanos míos, esta ciencia tan útil y la única necesaria, no debemos recurrir solamente á los maestros y doctores que con sus palabras plantan y riegan en el campo del Señor, sino principalmente al Maestro de toda verdad que es el que dá el incremento. Es preciso que seamos dóciles, que oremos y perseveremos en la oración como los apóstoles; que seamos puros y limpios de corazón. Así nos instruirá el espíritu divino, no de todo lo que nosotros apetezcamos, sino de lo que necesitemos para nuestra eterna salud. Es preciso que seamos humildes, porque el Espíritu-Santo oculta el conocimiento de los misterios divinos de los sabios y prudentes del mundo y los revela á los párbulos por su humildad. En la escuela del Espíritu-Santo no podemos dar un paso, ni conocer una verdad sin la humildad. En la ciencia de Dios, dice san Agustín (1) el primer paso para aprender la verdad, es la humildad; el segundo la humildad; el tercero la humildad. No porque no tengamos otros preceptos, sino porque si á todo cuanto hacemos no antecede, acompaña y sigue la humildad, nos robará su fruto la soberbia. Renovaos, pues, y procurad

(1) Epist. 418.

entender cuál es la voluntad de Dios buena y perfecta, para que fundados y radicados en la caridad podais comprender con todos los santos la longitud, altura y profundidad de la ciencia eminente y caridad de Jesucristo; y os llenéis de toda la plenitud de Dios. De este modo os enseñará el Espíritu Santo toda verdad, cuanto difunda mas y mas en vuestros corazones la caridad,

Tales son, hermanos míos, los consuelos y avisos saludables de Jesús á sus discípulos antes de separarse de ellos y volver al Padre: así los consoló en su tristeza y los proveyó el Espíritu-Santo de fortaleza, de alegría, de caridad, de un Maestro divino que los enseñase y condujese por toda verdad. ¿Queremos nosotros participar de esta ciencia, de estos consuelos y de este divino espíritu? ¿Queremos que no nos arguya con su venida sino que nos ilumine y consuele? Pues entendamos: que no puede venir á nosotros si antes no vuelve Jesucristo al Padre, *Si enim non abiero paraclitus non veniet ad vos*. Que no puede enviárenos el Espíritu-Santo sin que nos reconciliemos antes con Dios y purguemos nuestros corazones de todo pecado por la virtud de la sangre y pasión de Jesucristo. Que debemos espiar antes nuestros pecados por la penitencia y lavar nuestras almas en la sangre de Jesucristo para que sean templos dignos del Espíritu-Santo. Que debemos abstraernos de los bienes y consuelos terrenos y levantar nuestro corazón hasta el cielo donde Jesús está sentado á la diestra del Padre. Miraremos como se merecen, á los bienes de esta vida y acordémonos en las allicciones y trabajos de los preceptos de Jesucristo: *Hac dixi vobis, ut cum venerit hora, eorum*

remiscamini, quia ego dixi vobis. Miremos á Jesus autor de nuestra fé y tengámonos por dichosos en padecer por él como los apóstoles y los santos, Gloriémonos en la cruz y las tribulaciones; por la cruz entró Jesucristo en la gloria, y por ella debemos entrar también nosotros. No nos entristezcamos, imploremos la fortaleza y la virtud del espíritu consolador, temamos que nos condene de pecado, de justicia y de juicio, pidámosle la ciencia y sabiduría de Dios, los conocimientos necesarios para conseguir nuestra salud eterna. Acudamos en busca de sus luces por medio de la oración, de la penitencia y la humildad, y después que nos de á conocer á Dios y difunda en nosotros la caridad para que le amemos y sirvamos, nos llenará de consuelos y nos le dará á ver cara á cara y á gozar eternamente en la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA LA DOMINICA Y DESPUES DE PASCUA.

Sobre las cosas que debemos pedir á Dios y el modo con que debe hacerse esta petición.

Si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis: Si pidiereis alguna cosa al Padre en mi nombre, os la dará.
Joan. c. 16, v. 23.

¿Qué Dios tan grande tenemos, católicos! Su bondad es sobre nuestra comprensión; su amor á los hombres infinito; la virtud con que nos favorece y defiende omnipotente. El dice á cada uno de nosotros por el profeta Isaías. Yo soy tu Padre, y tú eres mi hijo: no temas que yo me olvide de tí. ¿Puede una madre olvidarse del fruto de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidase, yo jamás me

olvidaré del que he criado á mi imágen y semejanza (1), No pueden oirse palabras de mayor consuelo; con ellas se disipan nuestros temores, se calman nuestras pasiones, renace la esperanza en nuestro corazon y se llenan de gozo nuestras almas. *Dios está con nosotros.* Basta: nada mas podemos desear. No te turbes, inquietes ni vaciles, dice Dios al Padre de los creyentes; has lo que te ordeno y no temas, *porque yo estoy contigo.* Moises; ponte al frente de mi pueblo, libralo de la esclavitud, sal de este abominable Egipto, confunde á Faraon, pasa el mar rojo á pié enjuto con toda la multitud y no temas: *porque contigo estoy yo.* Apóstoles queridos; ya os he dicho que estareis como corderos en medio de lobos rabiosos; pero id, y corred por el mundo; predicad mi evangelio á toda criatura y no temais á nadie, *porque yo siempre estaré con vosotros.*

Esto, amados míos, es lo que ha animado á los mártires en sus tormentos, á los doctores y ministros del santuario en las fatigas de su ministerio, á las sagradas Vírgenes en sus penurias y conflictos, y á los millones de fieles que han llenado de virtudes la tierra y de ciudadanos el cielo, en sus angustias, contradicciones y adversidades. Todos han dicho en los combates de la milicia cristiana con san Pablo. Si Dios está por nosotros ¿quién será capaz de vernos? Esta fé en el poder y bondad del Dios que nos ha criado y redimido es la que ha obrado todos los milagros, prodigios y maravillas con que los hijos de la gracia han

(1) Isai. 6. 49. v. 15.

estendido y sostienen nuestra santa y adorable religion. Es la que hizo hacer á Jesus las admirables curaciones que se refieren en su sagrada historia. Es la que se ha propuesto premiar en todos los cristianos asegurándoles, como les asegura en el evangelio de este día, lo que espresan estas palabras de mi testo. «Si pidiéreis alguna cosa al Padre en mi » nombre, os será dada.» *Si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis.*

Con que cualquiera cosa que pidamos al Padre celestial en nombre de nuestro Señor Jesucristo, nos será dada! ¿Quién no salta de gozo al oír estas palabras de vida eterna pronunciadas por la verdad infalible? ¿Quién no se anima y alienta con una promesa tan absoluta, tan cierta y tan importante para nuestra salvacion? Para que en vosotros tenga todo el efecto que se propuso nuestro Jesus divino al hacerla á sus apóstoles, he resuelto instruiros en este breve rato, acerca de las cosas que debeis pedir á nuestro Dios, y el modo con que habeis de hacer esta peticion.

Reina del cielo: alcanzadnos la gracia que concede benéfico vuestro santísimo Hijo á los que con devocion y filial ternura os saludan diciéndoos con el ángel,

AVE MARIA.

Si quid petieritis Patrem in nomine meo dabit vobis.

Pedir á Dios alguna cosa en nombre de Jesucristo, es pedir la vida eterna ó algo concerniente á ella. Todo lo que

no conduce al último fin de la bienaventuranza para que fuimos criados y redimidos *es nada*, en sentir de san Agustín (1); de consiguiente pedirlo á Dios, es insultarlo, es ofenderlo, es cometer un pecado horrendo. Despues de haberse jactado Salomon de no haber negado á sus ojos todo cuanto desearan, reflexionó y dijo resueltamente. «En todas las cosas he visto vanidad y nada. *In omnibus vidi vanitatem et nihil* (2). Pedir pues á Dios la vanidad y la nada ¿no es incurrir en una insipiente criminal, repugnante al buen sentido? Reflexionadlo y advertid; que Dios nos ha criado para conocerlo, para amarlo, para servirlo y glorificarlo. Por desarreglados que vivamos, por grande que sea nuestra impiedad y profundo nuestro libertinaje, siempre será cierto á nuestros propios ojos, que no nos ha puesto Dios en este mundo para amontonar riquezas, para adquirir honras, para entregarnos á los deleites y placeres de la carne, para hacer grande fortuna, ni para ostentar vanidades reprobadas por la recta razon. Estas cosas son propias de los hijos del siglo con quienes no podemos conformarnos, como nos lo manda san Pablo. Los cristiauos debemos pedir al eterno Padre en nombre de Jesucristo los bienes eternos que nos ha merecido con su pasion y muerte, debemos confiar en solos sus méritos, y persuadirnos de que Dios no recibe favorablemente nuestras adoraciones, nues-

(1) Trac. 102. in Joan.

(2) Eccl. c. 2, v. 11.

tras plegarias y acciones de gracias cuando no le son presentadas por su santísimo Hijo nuestro único mediador. Y ¿podremos presentar al Padre celestial por medio de nuestro Redentor lo que favorece al vicio, lo que enerva las pasiones, lo que promueve la relajacion, produce la impiedad, fomenta la disolucion y hace un infierno de la sociedad de los pecadores? Lejos de nosotros semejantes blasfemias, hermanos míos. No fue mas criado el fuego para calentar, el sol para alumbrar, ni la tierra para producir y sostenernos, que lo fue el hombre para conocer, amar, servir y glorificar á Dios del modo y manera que nos lo enseña la santa y adorable religion que para nuestra dicha y felicidad nos trajo Jesucristo del cielo. Obremos segun ella, observemos sus preceptos, no declinemos á la derecha ó á la izquierda; ella nos dice las cosas que debemos pedir al eterno Padre en nombre del Hijo de sus complacencias: pidámoslas como se nos manda y todo se nos dará como lo promete Jesucristo en su evangelio santo.

Debemos pedir al eterno Padre en nombre de nuestro Señor Jesucristo bienes para la iglesia en general. La estincion de los cismas y heregias; la paz entre los príncipes cristianos, la armonia y concordia de las dos supremas potestades civil y eclesiástica con que Dios gobierna el mundo; pastores celosos, llenos de piedad y modestia; doctores instruidos y piadosos que espongan y defiendan las doctrinas sanas de la moral cristiana; fieles fervorosos que edifiquen con sus virtudes al pueblo cristiano; vírgenes puras, virtuosas y edificantes; madres cristianas que sean el ejemplar y

modelo de sus familias: la conversion de los pecadores, y luces para que los infieles entren en el gremio de la iglesia y se salven. Debemos pedir del mismo modo para nuestros prójimos la conversion de nuestros amigos, de nuestros bienhechores, de las personas á quienes hemos escandalizado é inclinado al mal, de nuestros subalternos y de todos aquellos de cuya conducta tendremos que dar cuenta en el tribunal de Dios. Debemos pedir tambien por nuestros enemigos, por los que nos han perseguido, injuriado, atribulado y angustiado, como lo hizo Jesucristo por los mismos que lo atormentaron é hicieron morir en la cruz. Debemos pedir en fin bienes espirituales y temporales que conduzcan á la gloria, á los pobres, á los ricos y á todos los que fueron redimidos con la sangre del Redentor Universal de todos los hombres. La vida eterna y todo lo que tenga relacion con ella, es lo que debemos desear y pedir al eterno Padre en nombre de Jesucristo para que se nos conceda por sus méritos y mediacion.

¿Y es esto, amados míos, lo que comunmente se pide entre vosotros? ¿No acostumbrais pedir gracias quiméricas, ó cosas inútiles á vuestra salvacion? Gracia sin conversion; morir bien viviendo mal; victorias sin combates; santificacion sin sacrificio; conquistar el reino de los cielos sin hacernos violencia; conseguir recompensas sin méritos; y pasar de los deleites carnales á las delicias de la gloria: ¿no son imposibles que rechaza la razon, y condena el sentido religioso? ¿Quién se atreverá á pedir las? Nosotros, hermanos míos, nosotros las pedimos cuando oramos, rezamos ó

queremos cosas concernientes á la vida eterna, estando inclinados, bienavenidos y sujetos al pecado. Los que quieren y piden virtudes que los dejen vivir en paz con sus hábitos criminales, con sus costumbres depravadas, con sus injusticias, excesos y pecados, son los que piden á Dios por medio de Jesucristo los imposibles mas absurdos con mengua de su fé y de la religion que los condena como á unos impios sacrílegos que quieren hacer cómplices de sus abominaciones al Padre celestial y á su Hijo querido. El cielo quiera que no se halle ni aun uno de estos criminales en este auditorio, y que mis palabras retraigan á los que las oigan del crimen de pedir á Dios lo que no puede conceder. Mas comun es pedir á Dios cosas inútiles á la salvacion. La abundancia de los bienes terrenos, la elevacion de los honores, los altos empleos, la salud para emplearla en el goce de placeres criminales; los enlaces interesados con miras depravadas.... Qué sé yo, lo que piden los pecadores en el frenesí de sus aberraciones y delirios. Ellos no reparan en desear y pedir á Dios la muerte de un pariente cuya herencia se espera; la humillacion de un competidor cuyo crédito se teme; la perdicion de un enemigo que les ha hecho daño; el patrimonio que no les pertenece, y los medios de satisfacer deseos desordenados reprobados por la ley eterna y combatidos por Jesucristo. No siendo esto así, ¿podreis decirme lo que piden á Dios los que asisten á las diversiones profanas, al juego, á esas juntas y concurrencias en donde la vanidad echa el resto de su pomposa ostentacion? Yo veo venir á orar en el templo, á muchos que teniendo una vida penosa, inquieta y tumultuante, se ocupan

de negociaciones y proyectos ambiciosos sin perdonar á desvelos, sin permitirse otro descanso que el que encuentran en esos espléndidos convites que ofenden á la moral pública y escandalizan al mundo entero. Veo... Veo lo que ni aun puede indicarse desde este lugar sagrado y digo: pecadores que os reunís á los fieles para pedir á Dios en nombre de Jesucristo la vida eterna y los medios para conseguirla: ¿qué petición haceis á ese gran Dios á quien estais ofendiendo sin reparo, desagradando sin remordimiento, y deshonrando con vuestra mala conducta? ¿Qué petición puede hacer á Dios el que no reconoce mas dueño que al mundo, sus pompas y vanidades? La de Antioco: la de los escribas y fariseos abandonados á un réprobo sentido; la de los que no creen, esperan, ni aman á nuestro Redentor: la de los que invocan á Dios sin conocerlo, amarlo, servirlo y glorificarlo.

Que no sean así vuestras peticiones á Dios, hermanos: os he dicho que debeis pedirle la vida eterna, la salvacion y todo lo que os puede conducir á ella con todas las cosas convenientes á la iglesia, á vuestros prójimos y á los hombres todos, segun las reglas de la caridad cristiana. Ahora os voy á decir como habeis de pedir á Dios para que se os conceda lo que le pidais en nombre de Jesucristo y seais del número de aquellos á quienes dijo nuestro Redentor: «pedid y recibireis: llamad y se os abrirá» escuchadme con atencion y buena voluntad.

Nuestro Jesus adorado se ha constituido en la necesidad de concederlo todo á nuestra recta petición, porque interesa á su gloria el que pidamos á Dios adorando su Magestad

suprema, esperando en su bondad infinita, dándole gracias por sus beneficios, amándole porque es soberanamente amable, temiéndolo porque es el juez de nuestras acciones y exaltando su santo nombre en medio de tantos seres insensibles que no pueden hacerlo. Quiere que nuestra petición á Dios sea un homenaje rendido á su divina Magestad con la confesion de nuestra nada, con el testimonio de nuestra dependencia, con nuestra sumision á su adorable voluntad. Esta petición á Dios debe ser un grito, ó un deseo del corazón, que en el pecador es un principio de conversion, en el justo un aumento de fervor, y en todos una fuente de bienes imponderables. Es un acto de religion que reúne todas sus virtudes; *la fé* que ilumina y dirige; *la esperanza* que mueve, alienta y fortifica; *la caridad* que inflama, enciende y abrasa los corazones con el amor divino; *la humildad* que hace conocer sus miserias al que pide á Dios sus auxilios; *la sed de justicia* ofreciendo á Dios su corazón para que lo purifique de sus iniquidades, y *el reconocimiento* que obliga á estar agradecidos á Dios por sus beneficios y á darle gracias incesantes. Pidiendo á Dios de este modo en nombre de Jesucristo las cosas que deben pedirle, seremos oídos infaliblemente: el Eterno Padre nos dará todo lo que pidamos y nada nos negará. ¿Cómo negarse Dios á las peticiones en que se encierran todos los méritos de nuestro Señor Jesucristo? El divino Verbo ora y pide en nosotros y con nosotros, y entonces es honrada la divinidad por la divinidad misma: ora y pide Jesucristo como cabeza invisible de la iglesia, y vela por la salvacion de todos sus miembros. Como Redentor pide que su sangre no se haya

derramado inútilmente: como mediador entre Dios y los hombres le presenta nuestras peticiones; y como intercesor él mismo ora y pide cuando oramos y pedimos en su nombre al eterno Padre. ¿Cómo pues ha de saltarnos la misericordia de Dios interesándose por nosotros la misma misericordia? No hermanos míos: no hay que temer que Dios nos abandone en la tribulación, y no nos dé todo lo que le pidamos si se lo pedimos del modo que acabo de indicaros.

Pruébelo si no la experiencia: acercaos al eterno Padre con corazón contrito y humillado dirigidos por las virtudes de la religion que os he indicado, y apoyados en los méritos de Jesucristo, y si no se os dá lo que nuestro Redentor os ha prometido, tenedme por predicador de cuentos y fábulas y despreciad mis doctrinas. Pero esto es un imposible: yo no predico mas que las doctrinas de Jesucristo, y estas son eternas é infalibles. Pedid á Dios lo que debéis pedirle del modo que nos lo enseña la fé y yo os he explicado, y vereis cuán cierta es la promesa que hizo Jesucristo á todos los hombres cuando dijo á sus apóstoles: Si pidiéreis alguna cosa al Padre en mi nombre, os la dará. *Si quid petieritis patrem in nomine meo, dabit vobis.*

Ohi! si así pidiésemos al eterno Padre lo que debemos pedirle! Entonces tendríamos por inútil todo lo que no conduce al cielo y diríamos convencidos. Ciencias vanas, honras, dignidades y distinciones: ricos patrimonios, palacios soberbios, gastos escesivos y vida deliciosa: si no contribuís á mi salvacion, si de nada me servís para la vida eterna, no

mis para mí más que vanidad, fruslerías, puerilidades, engaños, sueños lisonjeros, mauantial funesto de mil remordimientos y causa de mil ayes desesperados á la hora de mi muerte.

Entonces, Dios nos oiría, y no pasaríamos la vida en conversaciones ociosas, en visitas divertidas, en entretenimientos frívolos, en diversiones sin sustancia, en juegos, paseo, espectáculos, placeres y criminales pasatiempos, y no veríamos á la sociedad como la vemos. Entonces Dios sería conocido, amado, servido y glorificado de los fieles, y no tendríamos que lamentar tantas abominaciones como vemos en los que vienen al templo santo, no á sacrificar, sino á insultar á Dios; como lo dice Tertuliano. Entonces en fin Dios sería nuestro Señor, nosotros formaríamos su pueblo y todos nos gozaríamos como san Pablo, en tener en Jesucristo un intercesor omnipotente cerca del eterno Padre, y nada tendríamos que temer. Pero ahora, que los que deben pedir como lo manda Jesucristo no hacen mas que aligir á la iglesia con sus escandalosas costumbres; que los mundanos no quieren sacrificar un solo deleite á su conciencia y sordos á la voz de la gracia no quieren conocer deberes por no cumplirlos: ahora, que no se ven más que adoradores del becerro de oro que en su conducta no escuchan mas que la voz del interés: ¿qué podremos prometernos? ¿Qué no deberemos temer al ver tanta desolacion en la casa del Señor? ¿Cómo evitaremos las calamidades que provocan nuestros pecados? Pidiendo al eterno Padre en nombre de Jesucristo lo que debemos pedirle

rectamente : este es el medio que nos queda para aplacar á Dios y hacer que nos conceda la gracia de conocerlo , amarlo , servirlo y glorificarlo en los tabernáculos de la Sion santa por los siglos de los siglos.
Amen.

A. M.

SERMON

PARA UN DIA DE ROGACIONES.

Sobre que siendo infinita la misericordia de nuestro Dios, es imposible que no dé al que pide; que no se haga presente al que lo busca; que no abra la puerta de sus consuelos al que lo llama.

*Petite et dabitur vobis. Pedid, y se os dará. Luc.
c. 11. v. 9.*

Si, hermanos míos. Nuestro amable Redentor siempre solícito por el bien de sus hijos deseando llenarnos de beneficios nos dice con su bondad acostumbrada: «pedid y se os » dará; buscad y hallareis: llamad y se os abrirá. Porque » el que pide recibe, el que busca halla, y al que llama se » le abre. ¿Qué padre hay entré vosotros que se ponga á » dar una piedra al hijo que llorando le pide el pan que » necesita? ¿Por ventura, si le pide un pez, le dará una » serpiente venenosa? ¿Será capaz de darle un escorpion » en lugar de un huevo? Pues si vosotros, siendo malos, » sabeis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿qué no hará » el Padre celestial con los suyos? ¿Con qué amor y ter-

» nura no aumentará los dones del Espíritu Santo á los
» que se los pidieren?» Ved aquí el lenguaje que usa con
nosotros la bondad inmensa de nuestro Dios: la espresion de
la divina clemencia: los ecos de la piedad y ternura de un
Padre amoroso que no piensa mas que en el bienestar de
sus queridos y amados hijos. La iglesia santa pone todo esto
á la consideracion de los fieles para animarlos á pedir con
confianza los beneficios que en esta estacion del año recla-
man nuestras necesidades: los convoca para dirigir plegarias
al cielo en favor de toda la sociedad; y sabiendo que su
Autor divino quiere que le pidamos fervorosos los bienes
que está pronto á concedernos, determina, inspirada por
el Espíritu Santo que á voz en grito clamemos á nuestro
Dios, valiéndonos de la intercesion de María Santísima, de
los ángeles y santos de la corte celestial, para que nos mire
como Padre y nos dé en tiempo oportuno la comida que no
sabe negar su providencia á las aves del cielo, ni á los in-
sectos que serpean sobre la tierra. No es otro el objeto de
nuestra reunion en este santo templo en estos dias de ro-
gaciones y letanias. ¿Venis por fortuna, amados míos,
inspirados por el Espíritu consolador, á pedir á nuestro Dios
los bienes que necesita la sociedad cristiana para caminar
tranquila por el camino de las virtudes á su destino eterno
de la gloria prometida á los que piden con humildad y rec-
titud de corazon? Os presentais pobres y necesitados á los
pies del Señor clemente, piadoso y lleno de poder que se
presta á daros todo cuanto necesitais en este valle de lágrima-
mas? Pues si es así: pedid y se os dará: buscad y hallareis:
llamad y se os abrirá. *Petite et accipietis.*

¿Podrá ser esta promesa de Jesucristo como las de los hombres pródigos en prometer, é impotentes para cumplir lo que prometen en los delirios de su orgullo y soberbia? ¿Será nuestro Redentor falaz en sus palabras, impotente en sus promesas, duro y cruel con los que confían en su bondad? ¡Ah! ¡Y qué poco conocen la misericordia de nuestro Jesus divino los impíos que así piensan del amor omnipotente con que ama y atiende á los que lo invocan en espíritu y en verdad! Que acudan hoy á este lugar santo, y yo les probaré: que siendo infinita la misericordia de nuestro Dios es imposible que deje de dar al que le pide, de hacerse presente al que lo busca, de abrir la puerta de sus consuelos al que lo llama.

Concededme la gracia que fortalece á vuestros ministros, Dios de piedad. Haced que entiendan los enemigos del culto con que os veneramos que no hay Dios como nuestro Dios, y vean todos, que Vos sois el Soberano que hay sobre toda la tierra. Vuestra tierna Madre se interesa en vuestra gloria, y de ella nos valemos para que nos escucheis benigno, y nos otorgueis lo que os pedimos. Vednos postrados á sus plantas para decirla con el ángel.

AVE MARIA.

Petite, et dabitur vobis.

No. No es nuestro Dios, un Dios que gusta de castigar, de afligir, de atormentar, de llenar de dolor y descon-

suelo á sus criaturas. Es mas bien un Dios de piedad y misericordia, que ofrece su gracia al primer pecador y á su descendencia; que salva al género humano de las aguas del diluvio en una arca misteriosa, y libra á Abraán de los celos de los Amalecitas, á Lot del incendio de Sodoma, á Isac del cuchillo que iba á degollarlo, á José de la envidia de sus hermanos, á Susana de un grave compromiso, á los tres niños del horno de Babilonia, á Daniel del lago de los leones, y á Moises de las corrientes del Nilo. Es un Dios que jamás ha sabido negar sus favores y beneficios á los que se los han pedido contritos y humillados, que siempre ha levantado las calamidades de los pueblos que lo han invocado y que á los ruegos de los que le han pedido misericordia ha mudado sus sentencias de rigor en pactos de consolacion, como es de verse en los libros santos.

El obró prodigios y milagros estupendas en Egipto, en Ebron y en el mar Rojo para confundir á Faraon, y librar á los hijos del padre de los creyentes de la dura esclavitud en que gemian inconsolables. Si castiga al pueblo ingrato, por sus prevaricaciones no es mas que por atraerlo á su santo servicio, para demostrar á todas las naciones del universo que nunca deja sin consuelo á los que acuden á su bondad inmensa, que nadie le pide sin recibir. Puestos los israelitas en posesion de la tierra prometida contraen alianza con los gentiles y se asocian con los cananeos, heteos, amorreos, fereceos, heveos y yevuseos; hicieron todo lo malo delante del Señor, se olvidaron de su Dios; adoraron á Baal y á Astanoth; cayeron en manos de Chusan rey de Mesopotamia y los afligió por ocho años con la crueldad y ti-

ranía mas brutal y bárbara. Pero clamaron á su Dios, le pidieron misericordia y el Dios clemente suscitó á Othoniel y los libró de sus enemigos. Vuelven á prevaricar los hebreos ingratos, sirven diez y ocho años á Eglon rey de Moub, acuden de nuevo al Dios de las misericordias, y este robustece el brazo de Aod, dá muerte á Eglon, destroza á los moabitas y el pueblo escogido queda libre y se salva (1). Siguen las prevaricaciones de los israelitas y sus castigos: ¿pero acudieron una sola vez al Señor sin hallar remedio á sus males? Sisana muerto con el clavo de Jael, y Jabin rey de Canaán destruido; los madianitas derrotados por Gedeon; los filisteos y amonitas por Jepte y por Sanson con todos los prodigios de Galgala, de Siló de Yaves-Galoa y tantos otros, ¿no manifiestan demostrativamente que nuestro Dios todo lo concede á los que humillados y contritos le piden misericordia? ¿Qué importa al Dios de las misericordias que recalcitren, pequen y vuelvan á pecar los ingratos á sus beneficios? El jamás ha dejado de oír en su clemencia á los que se le han acercado en sus conflictos pidiéndole el remedio de sus males. Sea conmigo la historia de seis mil años y dígaseme quien pidió humillado gracias al Señor sin haberlas recibido. Yo diré, para probar lo que me he propuesto, que si Dios mueve el brazo de Judit para destruir á Holofernes, pone en juego las gracias de Estér para hacer á Asuero benévolo al pueblo santo, dá el acierto á David para

(1) Judic. c. 3.º

derribar á un gigante y fortalece á los macabeos para humillar la arrogancia de los reyes de la Siria, todo se debe á las peticiones de los fieles que en sus apuros y necesidades recurrieron humillados al Dios que dá al que le pide, se hace presente al que lo busca y abre los tesoros de su infinita misericordia al que lo llama.

Y si esto fue así, en los tiempos de tinieblas, de símbolos, de signas y representaciones en que la idolatría dominaba al mundo, y los hombres yacían en la region de las sombras de la muerte bienavenidos con sus pecados, ¿qué no deberán experimentar los fieles en la época de la ley santa en que todo es luz, todo realidad, todo gracia, toda piedad y misericordia con la aparicion del sol de justicia que es la misma benignidad segun el apóstol? Habiendo nacido, vivido, muerto y resucitado por nosotros el Hijo del Altísimo, el divino Verbo y la misma misericordia: estando ahora en la gloria sentado á la diestra de Dios Padre ejerciendo los oficios de mediador y abogado nuestro, y al mismo tiempo real y verdaderamente presente en el santísimo sacramento del altar para servirnos de comida y bebida, ¿qué no deberemos prometernos del amor inmenso con que nos dice: Pedid, y se os dará? Ay hermanos míos! Al lado de Jesus no puede haber mas que gracias, beneficios y consuelos, perdon y misericordia. A nadie despreció; á ninguno echó de sí; no humilló á los pecadores; no hizo mas que perdonarlos. La oveja perdida, el hijo pródigo, la pecadora que besó sus pies en casa del fariseo, Zaqueo y la muger adúltera; san Pedro, el buen ladrón y la súplica que hizo en la cruz por los mismos que lo crucificaron con toda

lo que dijo y dejó encargado á sus apóstoles antes y despues de su muerte y resurreccion gloriosa, ¿podrán dejar lugar á dudar de la misericordia infinita de nuestro Dios? No deberán convencernos mas bien de que siendo Jesucristo nuestro Salvador, nuestro Redentor y nuestro Padre, quiere que su misericordia sea el mas consolador de sus divinos atributos y que se tenga por imposible el que uno le pida y no reciba, lo busque y no lo encuentre, llame á las puertas de su bondad y clemencia y no las abra? Habiéndose obligado á asistirnos en todas nuestras necesidades, á protegernos en todos nuestros peligros y á concedernos todo lo que le pidamos ¿podremos dejar de esperar en él? No, amados míos, no pueden faltar las palabras de nuestro amable Jesus: sus promesas son infalibles, su misericordia infinita, el amor que nos tiene inmenso. Recurramos pues á su piedad humillados y contritos, y no dudemos de que se portará con nosotros como se ha portado con nuestros padres siempre que le pidieron socorro y proteccion en sus necesidades.

Alligidos por los moros enemigos de nuestra santa y adorable religion, clamaron á Dios nuestros progenitores, le pidieron misericordia, y nuestro Redentor les dió cumplidamente todo lo que querian; en Covadonga, en las Navas de Tolosa, en el Salado, en Sevilla y en Granada en que quedó arruinada la morisma triunfando en nuestra España el catolicismo que por orden de Jesus nos anunció el grande apóstol Santiago. En la peste, en el hambre, en las penurias, desgracias, conflictos y tribulaciones en que se vieron los católicos españoles, no se descuidaron en acudir al cielo

pidiendo misericordia, y preguntad, preguntad á vuestros padres y ellos os anunciarán; á vuestros mayores, y ellos os dirán con san Pablo que nuestro Dios es muy rico para todos los que lo invocan, que jamás abandonó á los que en él confían; que siempre han recibido los que le han pedido. Recordad si no, hermanos míos, las razones y motivos que tenemos para confiar en la misericordia de Dios y os convencereis de que es muy dulce, muy grato el humillarnos delante de su divina magestad y pedirle gracias y beneficios. No hay cosa, al parecer, en que Jesucristo se haya empeñado con mayor solemnidad y frecuencia, que en oír nuestras oraciones y alcanzarnos todo cuanto en su nombre pedimos á su Padre. Para que confiemos en él, le pidamos y no cesemos de pedirle ¿qué no hizo, obró y dijo mientras estuvo en la tierra con los hijos de los hombres? Misterio incomprendible de la encarnación, nacimiento oscuro, vida pobre y laboriosa, solicitud activa, predicación trienal acompañada de prodigios y milagros estupendos, trabajos indecibles, tormentos excesivos, muerte afrentosa y adorable sacramento de la eucaristía en que se renueva el misterio de la cruz de un modo maravilloso: ¿no bastareis para demostrar al hombre que Jesucristo aplicándole sus méritos, no pueda dejar de darle lo que le pida contrito y humillado? Y si á lo que ha hecho nuestro Redentor por nosotros se añade lo que ha dicho ¿qué cosa podrá desmayar nuestra fé y entivar nuestra esperanza? En verdad os digo, dijo á sus apóstoles, que si pedís alguna cosa á mi Padre en mi nombre, os la dará..... No os digo, que yo rogaré á mi Padre para que os conceda lo que le pidáis; mi Padre os

ama tambien y nada sabrá negaros (1). ¡Qué términos estos tan afectuosos! Qué espresiones tan tiernas y eficaces para afianzar nuestra confianza y escitarnos á pedir gracias y beneficios al Señor! Añadid estas del evangelio de este dia: «Pedid y se os dará; buscad y hallareis; llamad y se os » abrirá,» y decidme, si siendo infinita la misericordia de Dios podrá dejar de dar al que le pida, de hacerse presente al que lo busque, y de abrir al que lo llame.

Si pues nuestro Dios es infinitamente bueno, santo y misericordioso; si por nuestro amor sufrió, padeció, murió, resucitó y subió á los cielos quedando entre nosotros en el santísimo sacramento del altar, y espresamente nos mandó que le pidamos para darnos, que lo busquemos para encontrarlo y llamemos á sus puertas para abrírnos ¿en qué nos detenemos? A qué aguardamos? Los campos necesitan una visita del cielo para darnos sus frutos en tiempo oportuno; aguardan que pidamos á Dios; y la abundancia, la miseria, la escasez ó la prosperidad penden de nuestros clamores al Señor, de nuestras súplicas y peticiones al Dios de las misericordias, de que hagamos actos de religion para que Jesu-
cristo nos atienda, favorezca y remedie como nos lo tiene ofrecido, Vamos hermanos míos, á la procesion que se prepara para implorar la misericordia de Dios por intercesion de María santísima, de los ángeles y santos de la corte celestial;

(1) Joan, c. 46.

cantemos la letanía que nos manda cantar la iglesia santa, roguemos y pidamos contritos al Dios que nos manda rogar y pedir, y confiemos en que nos favorecerá en esta vida con sus beneficios, y nos dará la felicidad eterna en la gloria Amén.

A. M.

SERMON

PARA UN DIA DE ROGATIVAS.

Cómo se ha de orar.

Petite et dabitur vobis; quærite et invenientis; pulsate et aperietur vobis. Pedid y recibireis; buscad y hallareis; llamad y se os responderá. Luc. c. 11.

¿Qué viene á ser el hombre en este valle de miserias, rodeado de calamidades y vacío de poder, de recursos, sin ser dueño ni aun de sí mismo? ¿Está acaso en su mano el disponer de su fortuna, de su existencia y de su vida? ¿Es algo el que planta, el que riega, el que se afana y trabaja si Dios no dá el incremento? ¿Puede el hombre mas poderoso evitar una nube que arrasa sus campos, un huracan que arruina sus casas y desarraiga sus arbolados, una peste que

amenaza su salud, una guerra, una escasez, tantas miserias que cada dia sentimos y por fin de todas la muerte? ¿Puede el pecador hallar la paz de su conciencia, salir del pecado, huir de las ocasiones y peligros? ¿Puede el justo perseverar en la virtud y seguir á paso firme en el camino de su salvacion abandonado á sí mismo y por sus propias fuerzas? Esta pobreza, esta debilidad y miseria ¿no nos dice bien claro que un ser infinitamente superior dirige nuestros destinos, dispone de nosotros y nos conduce segun su voluntad? ¿No nos dice bien claro que nada podemos por nosotros mismos, que asi como no salimos de la nada sino por la voluntad de Dios, asi no podemos dar un paso sin su ayuda; que en él vivimos; nos movemos y somos; que no podemos ni aun pensar en una cosa buena y mucho menos salir del pecado y santificarnos sin sus auxilios, que nuestra vida espiritual y temporal, que nuestra fortuna, nuestras haciendas, nuestros campos y todas las cosas dependen de Dios que nos las dá sin merecerlas y que nos las puede quitar sin hacernos la mas leve injusticia? ¿Qué nos dice nuestra debilidad y miseria que no podemos ocultar ni desconocer, sino que todo bien espiritual y temporal nos viene de Dios, y es un dón de Dios; así como las calamidades y miserias son tambien enviadas por la mano de Dios para castigarnos y avisarnos? Despues de esta conviccion hermanos míos, ¿qué dicta la prudencia, la cordura, sensatez, y hasta el provecho y utilidad propia, sino procurar tener propicio al Señor de todo, al que nos regala ó nos castiga, al dueño de nuestra vida y nuestra muerte? ¿Qué dicta la sana razon en vista de nuestra miseria, nuestra debilidad

y nuestros peligros sino que acudamos al autor de todo bien, de todo dón y de toda misericordia pidiéndole la ayuda, el socorro y los bienes que necesitamos para el alma y para el cuerpo?

Los hombres todos de todas las naciones y de todos los tiempos, haya sido la que fuere su religion y sus costumbres, han convenido en reconocer la necesidad de recurrir al Supremo criador de todo, en la necesidad de pedir, de orar para alcanzar los beneficios de Dios ó suspender sus castigos. Los templos, los altares, las fiestas, los sacrificios y oraciones no son otra cosa que una demostracion, un reconocimiento de la necesidad de orar que han mirado los hombres como indispensable.

Ilustrado el cristiano con las luces sobrenaturales de su religion y su fé; sabe que la vida del hombre debe ser una vida da oracion: que no hay instante en su vida que no necesite de su Dios y no debe haberle en que no esté animado del espíritu de oracion á su Dios: que no hay dón que no le venga de Dios y que por lo mismo todo debe pedirlo á su Dios, que nada se le manda y recomienda tanto en el evangelio y en los libros santos como la oracion, que Jesucristo le enseñó á orar con sus palabras y su ejemplo; que no hay necesidad de elegir tiempo ni lugar para la oracion, que Dios le oye en todas partes y que él mismo es el templo de Dios y puede adorarle y pedirle sin salir de sí mismo. *Templum Dei estis vos*. Sabe mas, el cristiano no puede menos de reconocer y confesar la eficacia y virtud poderosa de la oracion; que todo nos lo concede el Señor si sabemos pedirle debidamente, que con la oracion le ha-

ce mos una agradable violencia, que gusta de que le pidámos y espera para concedernos nada mas que el que recurramos á él; que no hay cosa difícil ni imposible, que es omnipotente la oracion, que es la llave del cielo. Sabe que Elias oró y el cielo concedió ó negó sus lluvias segun pidió este profeta. Que oró Ezequias y consiguió prolongar su vida; que oró Daniel, que oraron los niños del horno de Babilonia; que oró Susana, el buen Ladron, Esteban, Pablo, y que todos alcanzaron de Dios lo que pidieron, y que ha ofrecido el mismo Jesucristo que no negará el Padre nada de cuanto le pidan en su nombre.

Diremos, segun esto, que un cristiano que no ora es un hombre sin fé, sin religion, sin Dios. Diremos que en la oracion tenemos el socorro de nuestra pobreza, la fuerza para nuestra debilidad, el alivio de nuestras miserias; que en la oracion y por la oracion conseguimos los bienes espirituales y temporales. *Petite et dabitur vobis*, pedid y recibireis. Asi lo confesamos, hermanos mios, y estas rogaciones que hacemos por disposicion de la iglesia, no son otra cosa que un testimonio público que damos; un reconocimiento que hacemos del poder y providencia de nuestro Dios; de que todo nos dimana de su bondad infinita y de que como todo lo esperamos de él, acudimos á él en nombre de Jesucristo á pedirle los bienes espirituales, su gloria y exaltacion antes de todo; que sea cotocido y honrado su nombre de todas las gentes; que nos dé su reino y conceda su gracia para merecerle y que nos dé tambien el pan de cada dia, los bienes temporales; que bendiga nuestros campos y haga que nos den los frutos y librándonos de todo mal nos

conceda la paz y tranquilidad. Respeteremos y veneremos estas religiosas prácticas y santas costumbres; invoquemos en nuestra ayuda á los santos del cielo que rueguen por nosotros y á la reina de todos María Santísima; pero nada haremos con el sonido y armonía de nuestras voces y cánticos, nada haremos despues de mucho orar si oramos mal. ¿Cómo hemos de orar? Ved aqui sobre lo que voy á hablaros en este día supuesto que todos tenemos necesidad de orar, y que así como la necesidad de la oracion reconocemos tambien su utilidad y eficacia. El modo con que debemos orar para conseguir lo que pedimos: pidiendo para que se nos dé; buscando para hallar, y llamando para que Dios nos responda. *Petite et dabitur vobis: quæríte et invenietis; pulsante aperietur vobis.* Empecemos pidiendo al Señor su divina gracia por la intercesion de su santísima Madre.

AVE MARIA.

Petite et dabitur vobis....

Orar con las palabras solamente; con un corazón disipado y un alma distraída; orar sin desear con toda seriedad y sinceridad lo mismo que se pide; orar con arrogancia y soberbia; con poca fé y ligeramente sin continuar ni perseverar en la oración, aunque sea lícito y justo lo que pedimos á Dios, porque sin esto haríamos un agravio al mismo Dios, no es orar debidamente porque no se pide á Dios como se

le debe pedir, es tentar á Dios, y lejos de aplacarle con semejantes oraciones se irrita y provoca su enojo. Es necesario pedir, llamar, buscar para ser respondidos, todo lo que nos demuestra la atencion, el deseo, la humildad y perseverancia que debe acompañar á nuestras oraciones. Oramos y no somos oidos, pedimos y nada recibimos. ¿Sabeis por qué? Porque pedimos y oramos mal, dice el mismo Jesucristo. Por lo comun nuestras oraciones se reducen á unas fórmulas exteriores, á unas deprecaciones bien dispuestas, pero nuestros lábios las pronuncian y no se interesa en ellas nuestro corazon. Asistimos al templo, acompañamos á las procesiones, oramos en nuestras casas, pero ni meditamos lo que hacemos, ni nos disponemos para orar. Orar es desear con ardor, gemir, instar, es creer, esperar, amar, y debemos conocer que estos actos no son de solos los lábios. Para orar es preciso que avivemos nuestra fé y contemplemos la magestad del Dios y Señor á quien pedimos, que pidamos en nombre de Jesucristo porque solamente seremos oidos por sus méritos y respetos, y para orar en nombre de Jesucristo es preciso que no pidamos cosa alguna que no sea digna de Jesucristo, ni de un modo indigno de Jesucristo. La tibieza, la frialdad y negligencia con que oramos; esa distraccion constante, esa falta de recogimiento interior, esa disipacion con que pedimos y ni sabemos ni pensamos en lo que pedimos, no es conforme al espíritu de Jesucristo, ni á lo que Jesucristo nos manda y nos enseña: podrá muy bien argüirnos y echarnos en cara como á los Fariseos: «Este pueblo me honra con los lábios, pero su corazon está muy distante de mí.»

Quisiera el cielo hermanos míos, que este fuera el único defecto de nuestras oraciones, y que si nuestras palabras no están de acuerdo con nuestro corazón, no estén también en una abierta oposición con nuestros deseos y con nuestras obras! Oramos también sin desear con sinceridad y verdad aquello que pedimos: sentiríamos que el Señor nos concediese lo mismo que le estamos pidiendo. Oramos y estamos á la vez desmintiendo con nuestros afectos y nuestras obras los votos que hacemos en nuestras oraciones. Están llenas de mentira nuestras oraciones. Me atrevo á decir más: insultamos y tentamos á Dios con nuestras oraciones. ¿Qué pedimos á Dios en estas rogativas invocando y poniendo por nuestros intercesores á los ángeles y los santos? Que nos libre de las tentaciones, de las ocasiones de pecar, de las asechanzas del demonio, de la rebelión y concupiscencia de la carne, que nos dé la paz y unión con nuestros prójimos, pedimos que nos dé los bienes espirituales y temporales y nos libre de todo pecado: pero no queremos ni pensamos en huir de los peligros, en apartarnos de las ocasiones, reconciliarnos con nuestros prójimos, perdonar nuestras injurias, restituir lo mal adquirido; no queremos abandonar nuestros placeres, nuestros gustos, nuestras costumbres, no queremos mudar de vida. ¿Qué es esto sino decir á Dios: sálvame Señor, pero sin que cumpla vuestra santa ley, sin que yo abandone las leyes y placeres del mundo, sin que se altere mi vida mundana, mis intereses; consentid en que estén de acuerdo mi voluntad y mis ilícitos deseos con vuestra santísima voluntad, mis pecados y vuestra divina gracia; consentid en que yo me salve sin dejar de ser pecador? ¿Qué

es esto, sino querer hacer á Dios cómplice de nuestros delitos? ¿Qué otra cosa es si no tentar á Dios y pedirle lo que no puede concedernos, lo que sentiríamos que nos concediese, tan lejos de pedirlo con sinceridad? ¿Qué diríamos del que pidiese á Dios los bienes y frutos temporales y no pusiese medio alguno para conseguirlos? De aquel que lejos de cuidar de sus sembrados y sus árboles, de sus tareas y maniobras los arrancase y destruyese? Todos los días hacemos sacrificios, trabajamos, afanamos, lo dejamos todo, lo emprendemos todo por conseguir los bienes de la tierra. ¿Y queremos que Dios nos dé los bienes del cielo sin trabajar nada, sin sacrificar nada por coseguirlos, sin poner medio alguno de nuestra parte, y mas bien poniendo estorbos á la gracia, haciéndonos indignos de las bondades de Dios y provocando sobre nosotros sus castigos? Ay hermanos míos. No es esto orar con la sinceridad y con aquel verdadero deseo que Dios quiere que oremos; no es esto pedir, llamar, buscar con ansia y con fervor como nos encarga Jesucristo. No esperemos ser oídos mientras no dejemos de poner estorbos para que Dios nos oiga, mientras no nos esforcemos á poner los medios conducentes para conseguir lo que pedimos, mientras no salgamos de las ocasiones de pecado en que nos hallamos, mientras no lo pidamos con toda la sinceridad y verdad de nuestro corazón.

Debemos orar también con humildad. Nada tiene el hombre suyo, nada posee que no haya recibido, nada tiene que le haga digno de las gracias de Dios, ningún derecho de justicia tiene para reclamar sus beneficios. Es preciso que para orar empecemos por reconocernos, por confesar nuestra pobreza,

nuestra miseria, por humillarnos en la presencia de Dios confesando nuestra nada. Haciéndonos justicia de este modo á nosotros mismos y á nuestro Dios; reconociendo en él todo el origen de nuestros bienes, el Señor se mueve á misericordia y oye nuestros votos, jamás nos oirá si no nos presentamos como pobres, aflijidos y menesterosos, si no oramos con humildad. El justo, el que es santo y perfecto debe orar con humildad, ninguno tiene derecho para merecer las gracias de Dios, y ninguno puede ni debe pedir las con altanería ni arrogancia; y el pecador debe orar anonadado, confundido, humillado hasta el polvo, agobiado con el peso de sus culpas y sin atreverse á levantar sus ojos de la tierra, ni pasar de lo mas retirado del templo como el Publicano del evangelio. Aborrece el Señor á los que le piden con soberbia, á los que se vanaglorian y ostentan su amor propio en las mismas oraciones, á los que dicen como el fariseo, si no con iguales palabras, al menos con sus obras: *Non sum sicut ceteri homines. No soy como los demas hombres.* Se irrita, desatiende y desprecia semejantes súplicas y mira como estiércol los votos y solemnidades que no se le ofrecen con humildad, como nos dice por Malaquias (1).

No extrañéis ya, hermanos míos, que el Señor no os conceda lo que le pedis. Vemos entrar en el templo con aire altanero, con el cuello erguido, con descaro y atrevimiento á los mas de los fieles. Sus ojos registran sin vergüenza lo que pasa por todas partes; apenas se dignan do-

(1) Cap. 2. v. 3.

blar su rodilla, no se perdonan el hablar vanamente; han empleado largas horas para vestirse y llamar la atención en la casa de Dios y en las fiestas religiosas, ò dando en el extremo contrario vienen con desaseo, con lo peor que tienen, como no se atreverían á hacer la visita de menos etiqueta y mirando á Dios y su templo con desprecio: ¿y el Dios terrible, el Dios de magestad y poder infinito, el supremo Señor ante quien tiemblan y se anonadan los ángeles, os oirá y concederá sus favores? ¡Ay amados míos! No es así como nos enseñó á orar Jesucristo, ni como han orado los santos. ¿Podremos persuadirnos al veros asistir á nuestras solemnidades y nuestros templos que venís á hablar con Dios?

Hé aquí otra condicion indispensable que debe acompañar á nuestras oraciones: la fé, la persuasión de que vamos á hablar con Dios, á buscar los favores de Dios, á pedir á Dios, y de que Dios nos vé, nos oye y nos atiende sin que nada podamos ocultarle. A esta fé debe acompañar una confianza en la bondad de Dios, creyendo que por su bondad nos oirá y que tiene poder para concedernos lo que pidamos. Conociendo nuestra miseria debemos humillarnos, pero creyendo que somos miembros del cuerpo místico de Jesucristo, á la vista de los méritos de Jesucristo en quien oramos, con quien oramos y por quien oramos, no debemos dudar ni vacilar; no debemos ser hombres de poca fé y desconfiados para no ser reprendidos por Jesucristo. El nos manda pedir, buscar, llamar: El es para nosotros desde el cielo lo que fué en la tierra para los cojos, ciegos, tullidos y pecadores, ¿por qué no hemos de confiar en que nos dará lo que pidamos? ¿Por qué hemos de recurrir á todos los

medios humanos en nuestras necesidades antes que acudir á Dios como si este Señor no quisiese ó no pudiese socorrernos? Siuviéseis fé mandaríais á los montes trasladarse de una parte á otra y los montes os obedecerían. Así quiere el Señor que confiemos en él y reconozcamos su bondad y poder. Y si confiamos y nos tranquilizamos con la palabra de un hombre, ¿por qué no habremos de confiar en las palabras de Dios? Dios nos manda orar, luego sin duda está resuelto á concedernos lo que le pidamos y quiere concedérsenoslo mediante nuestra oracion.

Direis que orais con confianza, que recurris á Dios en vuestras necesidades, que le pedis sus auxilios sin dudar ni de su poder ni de su bondad, y que sin embargo no sois oídos. Pues pedid, buscad, llamad y recibireis y se os abrirán las puertas. El amigo que llamó en la noche á la casa de su amigo en busca del pan no fue respondido á la primera vez, no fué socorrido sino despues de muchas instancias, como nos dice el evangelio y nos propone el mismo Jesucristo para enseñarnos que tenemos que ser importunos y molestos con Dios; que no basta que pidamos ligeramente, que es preciso que instemos, que roguemos, que le llamemos mas y mas, que le hagamos presente nuestra miseria, que es necesario que tengamos tambien perseverancia en nuestra oracion. Con la dilacion en concedernos lo que pedimos no nos desecha, sino que nos prueba; quiere que nuestra constancia y paciencia le obliguen en cierto modo y le violenten con dulzura, y cuando nos parece que el Señor está mas sordo y que ya nos tiene desahuciados, entonces es cuando nos dá lo que le pedimos. Aquella pobre muger Cananea que

iba á pedir una sola gracia al Señor, corrió y atropelló á las gentes por hablarle; seguia constantemente en pos de él. ¡Qué oracion tan fervorosa, hermanos míos, la de esta mujer! Ella abrigaba un fondo grande de fé con la que adoraba á Jesucristo y le reconocia por el Mesías verdadero; tenia una profunda humildad con la que postrada en tierra le manifestaba su veneracion; una confianza firme que la hacia entregarse á su divina misericordia, y un convencimiento muy íntimo de su necesidad el que la hacia poner delante de sus divinos ojos el espectáculo doloroso de una hija poseida por el diablo que la atormenta, la agita, la tiene con los ojos encendidos, el cabello erizado y la boca llena de espuma y de cólera. Con estas disposiciones se acerca esta mujer á Jesus y le dice: Señor, compadeceos de mí que tengo esta pobre hija poseida del demonio: *Miserere meí quia filia mea male á demonio vexatur*. Jesucristo no la responde una palabra; ni siquiera se digna volver la cara para mirarla: *non respondit ei verbum*. ¿Cómo es esto, Señor? ¿Mandándonos y convidándonos á que os pidamos gracias, os haceis sordo á las súplicas de una madre llena de fé y de angustia, de humildad y de confianza? Pero el Señor, dice san Juan Crisóstomo, quiere probar la constancia de esta mujer en la oracion. Se ve desatendida y aumenta su llanto y sus clamores hasta molestar el oido de los apóstoles: *Illa multo magis clamabat*. Suplican estos al Señor que la consuele pronto porque los aturde. *Dimitte eam quia clamabat post nos*; y Jesus con una especie de desprecio contesta: que no ha venido á favorecer sino á los hijos de Israel. Se vuelve entonces á la Cananea y la dice:

No te canses en pedirme porque eres de la infame raza de Canaam. ¿Quién hubiera tenido valor para volver á suplicar oyendo una respuesta tan seria y decisiva? Pero observemos la firmeza y constancia de esta bendita muger. Es verdad, dice, es verdad Señor, que no me asiste el mérito, que mis costumbres no son buenas; carezco de abogados que me protejan y no tengo otro amparo que vuestra misericordia. *Miserere mei*. Asi continuaba en su peticion esta muger sin embargo de que veia desechadas sus súplicas. El dulce y benignísimo Jesus no era en esta ocasion duro é inflexible. Es verdad que valiéndose de una comparacion familiar la dió á entender que no podia, ni debia, ni queria favorecerla porque no era justo quitar el pan de la boca de los hijos para arrojárselo á los perros; pero en su interior dice el mismo san Juan Crisóstomo, estaba determinado el Señor á complacerla. Se muestra como sordo á sus ruegos y como resuelto á dejarla anegada en su mismo abatimiento; pero en verdad lo que quiere es complacerse en su constancia y hacer que aumente sus ruegos. No desmayaba aquella muger llena de fé, reiteraba sus súplicas. Tambien los perros, dice, comen las migajas que caen de la mesa de los hijos: y mirándola por último Jesus con ojos de piedad la dice. ¡O muger! Tu incomparable fé y tu perseverancia han logrado de mí cuanto desens. *Fiat tibi sicut tu vis*. No se contenta con concederla la salud y libertad de su hija, sino que quiere que la logre como ella desea. En tu mano está; obra segun tu fé, todo lo que sea tu voluntad, porque esto ha merecido tu perseverancia; y en aquel mismo momento quedó libre la hija del espiritu maligno que

la atormentaba. *Et sanata est filia ejus ex illa hora.*

¿Tendremos razon, en vista de esto, para quejarnos de que no somos atendidos en nuestras oraciones? ¿Desmayaremos porque no nos conceda inmediatamente el Señor lo que pedimos? Hermanos míos, las gracias del Señor son seguras; él ha prometido que nos concedará cuanto le pidamos en nombre de Jesucristo y no puede faltar su palabra; pero quiere el Señor, que le pidamos sin cesar, sin que jamás nos cansemos, quiere, que en cierto modo le hagamos una violencia dulce porque se complace en vernos humillados, reconocidos, en vernos clamar con fervor, no una ú otra vez sino muchas; quiere que le pidamos con el fervor y la perseverancia que la Cananea; que seamos importunos y le pidamos á todas horas; que pidamos, que busquemos, que llamemos sin cesar á sus puertas para moverle á misericordia.

Entendamos y conozcamos ya como debemos orar para que Dios nos atienda; para que nuestras oraciones no se nos conviertan en pecado; para que no insultemos y tentemos á Dios en vez de implorar sus favores. Recojimiento, atencion, humildad, fé, confianza, constancia y perseverancia en pedir, hé aquí lo que debe acompañar á nuestras súplicas para que sean del agrado de Dios. Pero ved aquí, Dios mío, todo lo que nos ha faltado y sin embargo nos regalais abundantemente con vuestros favores. Dadnos Señor, una fé viva; que al acercarnos á orar, al entrar en vuestro templo, al entonar vuestros cánticos reflexionemos y reconozcamos que vamos á hablar con Vos, que sois nuestro Señor; nuestro Rey nuestro Padre y nuestro Dios; para

que se disipe nuestra tibieza, nuestra distraccion, nuestra soberbia, nuestra desconfianza, nuestra poca constancia en la oracion, y podamos pedir siempre con atencion, humildad, confianza y perseverancia: dadnos el que os pidamos siempre en nombre de Jesucristo, lo que sea del agrado y servicio de Jesucristo; que pidamos, que busquemos, que llamemos sin cesar á las puertas de vuestra misericordia, para que nos oigais y nos abrais las puertas de la gloria en que nuestras oraciones se convertirán en alabanzas con los ángeles y santos, á vos que sois el Dios de todos, por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA EL DIA TERCERO, U OTRO DE ROGATIVAS.

De la necesidad del culto exterior.

Sublevatis, Jesus oculis in cælum, dixit: pater venit hora, clarifica filium tuum. Jesus, levantados sus ojos al cielo dijo: Padre, ha venido la hora, clarifica á tu Hijo, dá á conocer á los hombres mi dignidad y escelencia. Joann. cap. 17.

Nos reunimos en estos dias que preceden á la Ascension gloriosa y triunfante de Jesucristo Señor nuestro á los cielos á implorar sus auxilios y á hacer rogativas públicas haciendo resonar por las calles y las plazas nuestras voces suplicantes, caminando en procesion bajo el estandarte de la santa cruz. La iglesia nuestra madre nos llama á esta práctica que hemos recibido de nuestros mayores y los cristianos de todo sexo, de toda edad, de toda clase y condicion

abandonan con gusto sus tareas y sus casas para unirse indistintamente y caminar en paz y confraternidad cristiana en seguimiento de la cruz y entonar las preces y oraciones de la iglesia. Quiere la iglesia nuestra madre que en nuestras procesiones religiosas y ayudados de lo que hacemos en este rito sagrado, recordemos las peregrinaciones de Jesucristo y los caminos que anduvo acompañado de sus discípulos por nuestra salud, y para congregar y santificar á su iglesia en los años que vivió sobre la tierra: quiere tambien que aprendamos y recordemos que toda la vida del cristiano desde su entrada en la iglesia por medio del santo bautismo hasta su fin es una peregrinacion continua y que debemos mirar al mundo como lugar de tránsito, como una tierra extraña, y por consiguiente que no debemos aspirar ni fijar nuestros deseos en los bienes terrenos sino en los celestiales y eternos. En la sagrada ceremonia de las procesiones se nos significa tambien que en el camino de la vida espiritual debemos caminar siempre adelante hasta llegar á unírnos con Dios que nos crió: que debemos caminar de virtud en virtud hasta llegar á ver al Dios y Señor de todos en Sion.

Precede la santa cruz, porque en nuestra peregrinacion debemos dirijirnos siempre y levantar nuestra vista al Autor y consumidor de nuestra fe Jesucristo y en cuanto alcancen nuestras fuerzas, imitar su vida, sus obras y su pasion santísima, persuadidos de que si le acompañamos en los trabajos de la cruz, le acompañaremos tambien en los gozos de la resurreccion. Precede la cruz al clero y al pueblo que suplica para darnos á entender que Jesucristo no solamente es

la guía del camino, si tambien el camino mismo para llegar á Dios y que nada nos viene de Dios sino por los méritos de Jesucristo.

En la solemnidad de las procesiones imita la iglesia la alegría del pueblo de Dios saliendo del Egipto y caminando entre prodigios á la tierra de Promisión. Allí iba una columna de fuego á todo el pueblo, y al pueblo cristiano le sirve de guía segura la Santa Cruz. El pueblo salió de la esclavitud de Faraon; por medio de Moyses; y los Cristianos hemos sido redimidos de la esclavitud del demonio por Jesucristo. El pueblo de Dios recibió la ley en las tablas que entregó Dios á Moyses en el monte Sinai; y nosotros recibimos el Santo evangelio y la ley de gracia que nos enseñó Jesucristo. Venció el pueblo á los enemigos que se opusieron á su tránsito; y armados los cristianos con las armas de la oracion y la santa Cruz vencemos á los enemigos que nos estorban el caminar á la union y gracia de Dios y su gloria..

En nuestras procesiones unimos nuestros cánticos y súplicas para alcanzar del Señor que bendiga los lugares por donde pasamos y los frutos de la tierra; que aplaque su ira y conceda los bienes espirituales y temporales á los fieles; recordamos los méritos, padecimientos y satisfacciones de Jesucristo é interponemos la mediacion de sus santos; nos humillamos y reconocemos su omnipotencia y providencia y que todo nos viene de su mano benéfica; en estos dias con especialidad que preceden á la Ascension de Jesucristo, hacemos rogativas y procesiones generles y públicas para recordar que para ser participantes del triunfo de

Jesucristo, tenemos necesidad de hacer obras de penitencia y de trabajar y pedir á Dios sus auxilios mientras estemos en la tierra, de sufrir y padecer como Jesucristo; y como necesitamos tambien el alimento para el cuerpo, el pan de cada dia imploramos la piedad de Dios dador de bien para que conserve, aumente y haga que lleguea á sazón nuestros frutos temporales.

No son pues nuestras procesiones y rogativas unas ceremonias inútiles, vanas y supersticiosas. No puede engañarnos el Maestro de toda verdad Jesucristo, y él fue el que quiso darnos el ejemplo. Levantados sus ojos al cielo dijo en voz alta á su eterno Padre: Padre, ha llegado la hora, clarifica y dá á conocer á los hombres que yo soy tu Hijo, como nos dice el evangelio de san Juan que leemos en este dia. Pudo muy bien orar en silencio, dice el padre san Agustin, pero quiso al mismo tiempo que oraba á su eterno Padre ser nuestro modelo y enseñarnos el modo de orar. Oró por nosotros y para nosotros, y para que siendo nuestro Maestro imitásemos su ejemplo. Levantó sus ojos al cielo porque el corazon, los afectos y pensamientos, todo dehemos dirigirlo á Dios cuando oramos, y aunque Dios vea nuestro interior, nuestras voces deben dirigirse á él y debemos invocarle públicamente como nos enseña con su ejemplo Jesucristo. *Pater: venit hora, clarifica filium tuum.* Nuestras rogativas ademas de ser un testimonio de nuestro reconocimiento, de nuestra miseria y necesidad, del poder de Dios en quien confiamos y de quien esperamos todo bien, son una prueba y testimonio tambien de la necesidad que tenemos de dar á Dios un culto exterior con nuestras

obras y nuestras palabras, unido al interior de nuestro corazón.

Pero ¿no quiere Dios que los hombres le adoren en espíritu y verdad? Así es, y sin embargo Jesucristo oró pública y esteriormente para darnos ejemplo; y para desvanecer las calumnias, las mofas y desprecios con que se burlan de nuestras prácticas religiosas y las tienen por necesidades, por supersticiones y cosas inútiles los espíritus inquietos sumergidos en los errores, aprovecho esta ocasión y el ejemplo de Jesús y práctica constante de su iglesia para hablaros de la utilidad, conveniencia y necesidad que tenemos de dar á Dios un culto esterior.

Ayudadme á implorar antes los divinos auxilios por la intercesion de María santísima.

AVE MARIA.

Sublevatis Jesus.

La moral y el culto de Jesucristo es tan puro y santo como su autor. Dios no pide al hombre otra cosa que el corazón, todo lo demas es inútil, es invencion supersticiosa para fomentar los intereses de los sacerdotes á costa de la credulidad de los pueblos sencillos; es indecoroso y ageno del hombre é indigno del mismo Dios. ¿Por ventura necesita el Señor de todo de nuestras ofertas, ni puede resultarle de ellas gloria alguna siendo él por sí mismo suficiente para

sí, infinitamente glorioso y bienaventurado? Así habla el impío, que con un celo de religion y reforma pretende reducir á la nada nuestra adorable religion y culto de Dios. Así oculta el veneno y procura estender el error el hombre orgulloso y soberbio que se jacta de ilustrado y filósofo. Hermanos míos, permitidme que en el asunto que me he propuesto invierta el órden regular de los discursos y me ocupe en desvanecer estas aparentes razones, estas sutilezas y sofismas de que se vale la impiedad para arrastrar tras de sí hasta á los escogidos. El orador evangélico, el ministro de Jesucristo solo debe atender al aprovechamiento espiritual de su auditorio, sin reparar en seguir rigurosamente el método que se prescribe para los discursos profanos. Convencidos estais de la necesidad de orar, recurrir á Dios y darle un culto no solo interior, sino tambien exterior, como que es el autor y criador no solo de nuestra alma, sino tambien de nuestro cuerpo; y cuando yo dudase de vuestra creencia, vuestra presencia en este templo, vuestras obras y asistencia puntual á nuestras procesiones dan testimonio de vuestra fé: pero por desgracia se oyen, se leen y se escuchan por todas partes estas máximas del error para seducir, y yo quiero preveniros, quiero presentárosla con toda su fuerza y descubrir toda su falsedad para que las oigais con desprecio, para que sepais responder si fuere necesario y para afianzaros mas y mas en la fé y en la práctica de nuestras ceremonias religiosas.

Dios es omnipotente y de nada necesita; en vano es que le adoremos y demos culto exterior, dice y deduce de esta verdad el libertino é irreligioso. Si no debemos dar á

Dios un culto exterior porque no tiene necesidad de él, por la misma razon tampoco debemos ofrecerle el corazon, y asi deberemos suspender todo culto, tanto exterior como interior; deberemos abolir enteramente todo lo que se ordene á dar culto á Dios, porque Dios de nada necesita, y el hombre deberá vivir sin Dios y como si no hubiera Dios. Y si Dios, ni su gloria no tiene interés alguno en nuestros homenajes, tampoco le tendrá su divina justicia en nuestros delitos, puesto que asi como por aquellos no puede aumentarse, tampoco por estos puede disminuirse en manera alguna. Luego ya no habrá pecados, ni cosa que ofenda á Dios, ni habrá temor alguno de los divinos juicios, ni habrá religion, porque siendo esta una cosa indiferente para Dios, viene á ser por una legitima consecuencia, una cosa inútil para el hombre.

¡Hombres necios y presumidos que á la escasa y engañosa luz de una razon pervertida quereis arreglar la religion y descubrirnos la voluntad de Dios! ¿Sabeis á los precipicios y estravios adonde nos conducis? ¿Cómo os atreveréis á calcular hasta qué punto cuida la Divina providencia de las cosas criadas, ni lo que Dios exige de sus criaturas? ¿Qué necesidad tenia Dios de criar al hombre, ni á los ángeles, ni al mundo y cuanto hay en él? Y si no fue indiferente en criarlo ¿podremos decir que es indiferente en gobernarlo? Y si no fue indiferente en criar al hombre dotado de libertad y de razon ¿deberá ser indiferente respecto de las acciones del hombre?

Es verdad que Dios por razon de su gloria no tiene necesidad alguna de nuestro culto exterior; que no será mas

santo, mas poderoso, mas feliz porque nosotros le obsequiamos con nuestros dones y le ofrezcámos nuestros respetos; que no será tampoco menos perfecto, menos eterno, menos omnipotente porque nosotros le ofendamos, porque en nada le sirvamos y porque le injuriemos y nos rebelémos contra él. Tampoco un rey ó poderoso del mundo, y perdonadme que use de esta comparacion sin embargo de la distancia infinita que hay desde el hombre hasta su Dios; tampoco un rey, digo, necesita de las atenciones y obsequios de alguno de sus súbditos porque nada rebaja esta falta su majestad, su poder y la gloria de su trono, ni supone nada en su presencia la falta de atencion de uno, entre millares que se esmeran en servirle y agradarle; pero necesita todo súbdito por su propio bien ser atento y obsequioso con su rey; y por la misma razon debe dar culto esteriormente á su Dios todo hombre: por sí mismo, por el bien que de esto le resulta, por agradar y complacer á su Dios.

La religion tiene necesidad de perfeccionarse; hay necesidad de despojarla de todo aparato esterior, reducirla á solas las operaciones del alma y hacerla toda pura y espiritual. He aqui los discursos que se oyen y que tanto como son en la apariencia bellos y especiosos, son en la realidad perniciosos, falaces é injustos. Los que así hablan, ni conocen en manera alguna los designios de Dios, ni la natureleza del hombre. Dejad á un pueblo con una religion toda espiritual y pronto quedará sin Dios y sin religion alguna. El mas ignorante sabe: que el hombre vive por los sentidos y el lenguaje de las cosas es:

teriores que estos perciben, obra con mas energia y eficacia, que cuanta pueden tener las especulaciones mas elevadas. El profeta Ahas que se quitó la capa de los hombros, la rasgó en doce partes, arroja las diez á los pies de Jeroboam, y le anuncia con esto la division del reino de Judá, dice mucho mas con la viveza de esta accion, de lo que pudiera haber dicho con los discursos mas elocuentes. No basta que el hombre esté convencido, porque no siempre tiene presentes las razones que le convencieron; necesita ademas obrar y ejercitarse en la práctica de las cosas que le convencieron. La virtud no se alimenta con la imaginacion, ni la religion se sostiene con bellas especulaciones, una y otra se sostienen y conservan con el ejercicio exterior. Debilitado el exterior, se debilita y se viene á perder el interior, y no son necesarias muchas pruebas para demostrar esta verdad que palpamos. Quitad de las córtes de los reyes y de los palacios de la justicia el aparato exterior que los acompaña, y vereis bien pronto que de los palacios de la justicia y de las córtes de los reyes desaparecen el respeto, la veneracion y el amor de los pueblos. Reducid la religion á solo el culto interior, haced que desaparezcan sus templos, sus fiestas, sus procesiones y sus sacerdotes; llamad niflerías, ridiculeces, supersticiones á nuestras ceremonias sagradas; declamad contra todos los actos exteriores de nuestro culto, y persuadios de que sin ellos quedaremos bien pronto sin religion. Una religion toda espiritual, será perfecta, pero no es esta la religion del hombre mientras vive en este mundo. Necesita conducirse por los sentidos y ayudarse de las cosas exteriores. Obligadle á lo mejor y acabará por quedarse sin

nada; y el hombre que no adora á su Dios, que no reconoce y procura agradar á su Dios, viene á ser indigno de los favores de Dios. Y ved como aunque Dios no necesite del culto y los obsequios de los hombres, los hombres necesitan dar culto y honrar interior y esteriormente á Dios.

Y cuando tanto se afanan los hombres por el lujo y la ostentacion; cuando el aparato que rodea á muchos es escandaloso y hasta insultante; cuando se emplea la profusion y todo cuanto el mundo tiene de apreciable para adorno de los teatros y casas de diversiones; cuando nada se omite para escitar y fomentar los goces de la vida animal, ¿será inútil y supérfluo lo que se emplee en los templos del Señor y en rendirle nuestros homenajes? ¿En escitarnos y avivar la fé, la esperanza y la caridad de nuestra alma con nuestros ejercicios esteriore; con prácticas religiosas, con la magnificencia y esplendor de nuestros templos y todo lo que pueda elevarnos al Señor? ¡Hombre corrompido y mundanal! Tú no te avergüenzas de las degradantes bajezas que haces por obsequiar á un potentado de quien esperas un mezquino favor, y tal vez las haces mayores por complacer á tu pasión delincuente y rendirte á esa persona cómplice de tus delitos de quien has formado tu ídolo. Tú no te perdonas sacrificio de ningun género; ni nada de cuanto pueda contribuir á sostener y hacer mas gratas tus ilusiones, y á dar gusto y cumplimiento hasta de los mas estravagantes antojos á esas divinidades de la tierra; ¿y te atreves á negar á tu Dios el postrarte en su presencia, el humillarte, el ofrecerle tus dones y alabarle con los cánticos de la iglesia? ¿Reusas confundirte con la multitud de los fieles á alabar á tu Dios y te

mezclas con tan poca delicadeza en las algazaras y espectáculos del mundo? ¿Eres pobre ó te parece indigno de Dios el desprenderte de tus bienes para contribuir al culto del criador de todo, y gastas con abundancia en los vicios? ¿Y qué es lo que Dios exige de nosotros, y lo que la iglesia nos pide para honrar á nuestro Dios?

El culto que nos ha ordenado nuestro divino legislador, no puede ser ni mas sencillo, ni mas admirable, ni mas devoto. Un poco de agua comun para reengendrar á sus hijos y abrirlos la entrada al paraíso del cielo del que estaban desterrados por la culpa é infeccion de su origen: unas breves palabras para borrar enormes delitos y limpiar las manchas de un pecador compungido: un poco de pan y de vino para celebrar los mas tremendos misterios y ofrecer á Dios la víctima mas grande que se ha sacrificado y sacrificará jamás. Hé aqui el culto esencial del cristianismo. En cuanto á las ceremonias y ritos que no son esenciales, y al aparato exterior que lo acompaña, ha depositado en su iglesia una plenísima potestad para mudar, aumentar ó disminuir según los tiempos y las circunstancias y las necesidades verdaderas de los fieles.

Felices aquellos dias y siglos primitivos de la iglesia, en los que perseguida por todas partes y por todo género de enemigos servian de templos las cárceles, los calabozos y lugares mas ocultos; de altar el pecho de los cristianos y ellos mismos eran la oblation del agrado de Dios y el incienso que subia hasta su trono! Jamás ha ofrecido un culto mas afectuoso y mas puro la iglesia que en los siglos de su persecucion y sus mártires; pero consiguió la paz que el Señor

se dignó concederla, y fue una sabia y ordenadísima disposición y providencia que la iglesia espusiese al público sus augustas ceremonias, y se manifestase á presencia de todo el universo como triunfadora gloriosa de sus enemigos. Se juzgó acertadamente por la iglesia dirigida por el Espíritu-Santo, que á la grandeza y sublimidad de los misterios convenia un aparato grande y magestuoso y una elocuencia admirable que avivando los sentidos, infundiese en el ánimo de los fieles el respeto, la devocion, el amor. Asi es como una religion tan santa, tan perfecta y tan pura en su moral, se presenta ahora admirable y útil á los hombres con la pompa augusta de sus ceremonias, y como hablando de un modo tan enérgico al hombre exterior, avivó la fé en el alma y se hizo alimento de la piedad y de la devocion. Entonces fue cuando la munificencia religiosa de los Césares y de los poderosos del mundo, levantó suntuosos templos que enriqueció adornándolos con preciosísimas alhajas, y fue tanta la grandeza y magestad con que se celebraron nuestros misterios, que los emperadores mismos quedaban sorprendidos, atónitos y todos se movian á devocion. Entonces fue cuando comenzaron á frecuentarse libremente las procesiones solemnes, á celebrarse con una pompa magnífica las fiestas del Señor, de la Virgen santísima y de los santos; á practicarse las novenas y los triduos, y desde entonces se ha visto que los pueblos han mantenido con estos medios viva su fé, y fervorosa su devocion y piedad. Para esto se desprendieron con generosidad de sus bienes, y creian muy bien que jamás podian hacer mejor uso de ellos, ni emplearlos con mas utilidad propia que destinándolos al culto de

Dios vivo. Sin embargo, ¡Podremos decirlo sin llenarnos de rubor, de consternacion, de un celo santo, de....! Estas son las mismas prácticas del culto exterior tan preciosas y tan útiles á nuestros padres, y que con tanto celo promovieron nuestros padres, que con tanta temeridad combaten hoy nuestros reformadores, y que con tanta actividad trabajan por destruir y aniquilar. Esto es lo que se llama puerilidad, fanatismo, supersticion que no debe tolerarse, y al paso que se pregonan estas máximas, se arruinan los templos, se empobrece á sus ministros, se prohíben las fiestas.... ¡Iglesia santa! ¡España católica! ¿Dón-de están los tiempos florecientes en que era la ocupacion y el entusiasmo de tus hijos el culto y obsequio de su Dios y el fomento de la magestad de su religion? Decid vosotros, si habiendo empobrecido, ó mejor dicho, aniquilado el culto, que se sostiene meramente á espensas de una amortiguada piedad de los fieles, sois por eso mas ricos y mas felices que vuestros abuelos.

Sea enhorabuena y convengo desde luego en que haya algunas prácticas exteriores que no sean esenciales al culto; que sean supérfluas y que puedan y deban quitarse segun lo requieran las circunstancias y los tiempos. La iglesia tiene sus pastores para dirigirla, y no es por cierto reformar, y corregir los abusos del culto el destruir y abolir todas sus prácticas y pretender reducirle al e razon sin dejar á los fieles ni medios ni voluntad para sostenerle.

No nos ocupemos mas de estas ideas melancólicas y desconsoladoras. Reconozcamos la necesidad y conveniencia de dar á Dios un culto exterior y manifestarle nues-

tros respetos, nuestros votos y nuestros obsequios. Pidámosle que haga renacer en nosotros el celo y fervor de nuestros padres para asistir, cooperar y sacrificarnos por dar ostentacion al culto de su Dios. Y por fin reconozcamos y recordemos que no hay verdadero culto, que nada valen por sí solas las ceremonias, los cánticos y las obras exteriores si no van acompañadas de un culto interior emanado del corazon y del deseo de elevarse á Dios y de agradarle; que nada vale que le alabemos y honremos con los lábios, si nuestro corazon está muy distante de él; que nos postremos en su presencia si vamos despues á los espectáculos y diversiones culpables, y alternamos entre las solemnidades de Dios y las fiestas del mundo. Que todas nuestras exterioridades si no van animadas del fervor y aliento vital del corazon son huesos áridos, secos, sin vida y sin fruto ni valor alguno. Reconozcamos y confesemos tambien: que todos podemos ser ricos y generosos para con Dios, que aprecia tanto la moneda del mas ínfimo valor de que se desprende la pobre viuda, como los ricos presentes que le ofrecen los poderosos.

Implorad pues las misericordias del Señor y formad parte de los fieles que acompañan á las rogativas de la iglesia, asistid tambien á sus fiestas y á los actos exteriores de su culto, pero que no tomen los impíos ocasion para blasfemar de nuestro Dios, de nuestras irreverencias y desacatos. Asistid con vuestra atencion fija en los cielos, con modestia y compostura, evitando las distracciones, contemplando lo mismo que decís ó uniéndoos con vues-

tra intencion y vuestro espíritu á los ministros de la iglesia que oran por todos. Asistid y orad como conviene á los cristianos; en nombre de Jesucristo, y de un modo digno de Jesucristo, levantados vuestros ojos y vuestros deseos al cielo, para que el Señor os conceda los bienes espirituales y temporales en este mundo y despues, el que lo alabemos todos con los ángeles, y los santos, en el cielo. Amen.

F. L. G.

SERMON MORAL.

PARA EL DIA DE LA ASCENSION.

Jesus es el camino único del cielo.

Vado parare vobis locum.... Ego sum via, veritas et vita: nemo venit ad Patrem nisi per me. Voy á prepararos un lugar en el reino de mi Padre... Yo soy el camino, la verdad y la vida: ninguno puede llegar á mi Padre sino por mí. Joann. cap. 14.

No se turbe ni aflija vuestro corazon. Yo me aparto de vosotros, pero mi amor no me permite dejaros huérfanos y desamparados; voy á prepararos un lugar y un asiento en el reino de mi Padre, porque mi deseo es, que vengais conmigo y que donde yo esté esteis tambien vosotros. Tales

eran, hermanos míos, los sentimientos de Jesús, y estas fueron las palabras con que antes de subir á los cielos se despidió de sus amados discípulos. ¡Qué amor tan encendido el de Jesús, qué interés tan grande en mirar por el bien de los hombres! Cuando rodeado de gloria, resplandor y magestad, cuando lleno de triunfo vá á ser exaltado sobre todos los tronos y todas las potestades, le parece incompleto su triunfo, si no hace participantes también de su gloria á los hombres. Yo voy, pero vosotros, nos dice á todos en nombre de los apóstoles, vosotros vendreis también conmigo. ¿Cómo, Señor, podremos preguntar con los discípulos, cómo podremos ir con Vos, si no sabemos á dónde vais, ni tenemos conocimiento de vuestro camino? Pues yo soy el camino, la verdad y la vida, nos dice el amante Jesús. Voy á la compañía y reino de mi Padre, y ninguno puede llegar á él sino por mí. *Ego sum via: veritas et vita; nemo venit ad Patrem nisi per me.* El dulce, el amable, el paciente y benignísimo Jesús es el camino para la mansion eterna del Padre: *Ego sum via.* Pero si queremos llegar á ella no tenemos otro camino que Jesús: *nemo venit ad Patrem nisi per me.*

¡Quiera el Señor que en este rato, asistido de las gracias de Jesús acierte yo á inspiraros un santo horror á los caminos anchos y torcidos que terminan en la ruina y condenacion eterna, y haceros concebir unos propósitos eficaces de seguir el único camino recto que acaba en la gloria y eterna felicidad, á Jesús.

Así es como debemos celebrar su triunfo y gloriosa ascension á los cielos, y para que así lo consigamos os

pedimos vuestra, gracia, Señor, por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Vado parare vobis locum.

Siendo Jesus el camino para la mansion eterna como él mismo nos lo dice, es consiguiente, hermanos míos, que es preciso á todos los que quieran llegar á ella entrar y seguir por Jesucristo; que hay necesidad de renunciar y apartarse del pecado, del espíritu del mundo, de renunciar á sus máximas, á los malos afectos, á las pasiones é inclinaciones depravadas, renunciarse á sí mismos enteramente arrojando al amor propio hasta de los senos mas secretos del corazón. Mas breve: es indispensable, es necesaria la abnegacion y desprecio del pecado, del mundo y de sí mismos.

Cristianos, ¿quereis ser buenos, quereis ser perfectos, quereis subir con Jesus á los cielos y reinar con él en la gloria? Pues sabed, que esto no sucede ni se logra jamás, si antes no os penetrais íntimamente del temor de ofender á Dios y de un grande aborrecimiento al pecado. Hay almas devotas que hablan del amor de Dios con mucha frecuencia, con grande abundancia de voces y con tanta efusion de su corazón que parece no quedar duda de que le aman y le siguen realmente; pero sin embargo son muy imperfectas, abrigan un sin número de defectos, incurren en muchas

culpas veniales, que á fuerza de cometerlas llegan á familiarizarse con ellas y á disponerse para caer en otras mayores. Esta fatalidad procede de que no han envidado de dejar penetrar su alma del temor de Dios y su justicia; de que no han concebido un justo horror al pecado.

Parece que debería suponerse en ellas este sentimiento de horror á la culpa porque manifiestan cierto gusto por la perfeccion y por las virtudes heroicas; pero en la ejecucion son almas débiles pesadas y terrenas que se elevan con dificultad á Dios; y consiste en las faltas que cometen con tanta mayor facilidad quanto es mayor su negligencia en aplicarse á conocer la fealdad del pecado, el perjuicio que las acarrea, y lo odiosas que las hace á los ojos de Dios.

Dedicaos pues en vuestras meditaciones á comprender bien esta fealdad del pecado; la oposicion que tiene con la santidad de Dios; la ruina que ocasiona en las almas, y la severidad con que el Señor le castiga. Dejad que estos sentimientos saludables penetren vuestro corazon y vuestro entendimiento, y que hagan unas impresiones profundas. Escitaos á formar un vivo y amargo dolor por las culpas que habeis cometido y por las que cometeis todos los dias; jemid amargamente en la presencia del Señor; pedidle que os dé lágrimas para llorarlas debidamente, y si os las concede, dejadlas correr con abundancia. Haced una resolucion de enmendaros, é implorad de su misericordia con toda eficacia el socorro contra vuestra debilidad.

Digo mas: ni los consuelos con que Dios por su bondad infinita quiera favoreceros en vuestras oraciones ó en la santa comunión, os deben hacer olvidarlas. Entonces con

mas motivo debeis entrar en una estrema admiracion de la inmensa piedad del Señor, que hace probar sus dulzuras á una alma pecadora, y avergonzados y confundidos por vuestras infidelidades, quanto mas os honre con sus favores, mas humillados y anonadados debeis arrojaros á sus sacratísimos pies. Seria un efecto del mayor orgullo y una ilusion demasiado reprehensible el creer que semejantes gracias nos dispensan de llorar continuamente nuestros pecados.

Cuando hablo asi del aborrecimiento que debe tenerse al pecado, no creais, hermanos míos, que hablo del pecado mortal precisamente. ¡Ah! Este es el mayor de los malos, la desgracia mas terrible que puede sobrevenir á un alma y que si nos debemos estremecer al nombrarle, ¿cuánto mas deberemos temblar en cometerle? Pero ved aquí en lo que se distinguen las personas devotas del comun de los cristianos; las fervorosas de las tivas; las sólidamente piadosas de las que no lo son sino en la apariencia: en la detestacion y aborrecimiento de la culpa venial. Sí: por ligera que parezca se debe aborrecer, evitar y temer el cometerla empleando toda la vijilancia posible para no incurrir en ella. Que; ¿todo lo que ofende á Dios en poco ó en mucho, ligera ó gravemente, no debe alarmarnos? ¿Podemos determinarnos tranquilamente á hacer alguna cosa que desagrede á un Dios tan grande, tan poderoso, tan misericordioso y tan amable? Puede decirse con verdad que por falta de confirmarse en este odio al pecado venial se advierte á tantas almas envueltas en hábitos viciosos, aunque no graves; nutrir y fomentar sus pequeñas pasiones; poner por su inclinacion á

las culpas leves un obstáculo á los progresos que sin ellas harían en la virtud; privarse de tantas gracias con que Dios las favorecía por su misericordia; prepararse un terrible purgatorio en la otra vida; exponerse en esta al riesgo de caer en pecado mortal y tal vez morir en este deplorable estado. Sí, hermanos míos, el poco caso que muchos cristianos hacen del pecado venial, la facilidad que tienen en cometerle, el poco ó ningún dolor que forman despues de haberle cometido, todo esto es una disposicion muy peligrosa, porque ¿qué se ha de pensar despues de sus frecuentes confesiones y multiplicadas comuniones cuando se acusan sin jamás enmendarse, comulgan sin mejorarse, usan de la medicina y no sanan, cuando van á la fuente de la santidad y no dan un paso adelante para llegar á ser santos? ¿Cuánto hace temer, Dios mio, el estado de estas almas!

Es verdad que nuestra fragilidad y flaqueza nos arrastra en muchas ocasiones casi insensiblemente á la culpa; pero no nos estemos en ella de asiento, entremos muy pronto dentro de nosotros mismos, y oprimidos de los remordimientos de nuestra conciencia, humillémonos delante de Dios pidiéndole su gracia para mas no caer. Asi es como debemos detestar el pecado y abandonar sus caminos. Pero para llegar al cielo en seguimiento de Jesucristo tenemos tambien necesidad de apartarnos de los caminos del mundo; de renunciar al mundo.

Hay una extrema oposicion entre el espíritu de Jesucristo y el espíritu del mundo. Jamás podrá reconciliárseles, y á cualquiera que lo intente no temo decirle que desde el momento mismo cae en la mas necia ilusion. Sin embargo

se eres y se dice muy comúnmente: que está bien que aquellos que por su profesion han hecho una pública renuncia del mundo, ó han abrazado un estado de perfeccion, practiquen la virtud con tanta austeridad y rigor; pero que para el comun de los cristianos que viven en medio de los afanes y tareas del mundo, esta severidad es ridicula é impracticable y que los conviene mejor una virtud y una devocion mas templada y mas cómoda. Yo quisiera saber en qué consiste esta virtud media y acomodada: os confieso que es para mí un enigma que necesita explicacion y no sé si la que se dé estará conforme con el evangelio. Si por esta virtud y devocion se entiende hermanar la piedad con los pasatiempos del mundo, con buscar la comodidad, el regalo, con amar el fausto y la opulencia, con asistir igualmente á los templos que á los espectáculos profanos, hé aqui una devocion que no han conocido los santos, aquellos que vivian en la mortificacion, que miraban las grandezas y placeres del mundo como un poco de lódo, como nada, y que no querian mas herencia, ni mas hacienda que la cruz. Esa devocion y piedad mundana de que tanto os gloriais, no es mas que una devocion quimérica y vana. Con todo se encuentran gentes que hablan seriamente de ella y la consideran como efecto de la prudencia, de la discrecion y de una racional economia. Es lo que forma la sabiduria y prudencia del mundo. ¡Ay Jesus miol Al contemplar vuestra celestial doctrina, y el camino que nos señalasteis para seguir al cielo, yo me atrevo á decirlos: vuestra imprudencia, vuestra loca y presuntuosa sabiduria, vuestro apego á las cosas del mundo, el deleite de los sentidos es quien ha for-

jado esa devocion monstruosa, ese camino tan imaginario, porque ni Jesucristo habla de él, ni los apóstoles le predicaron, ni le practicó santo alguno. Si este misterio desconocido estaba reservado á vuestra penetracion, sois mas diestros conciliadores que todo el cielo junto.

Hermanos ¿quereis seguir vosotros á Jesucristo por el verdadero camino? Pues grabad en vuestra alma esta máxima fundamental. «Renunciad al espíritu del mundo y re-vestios del espíritu de Jesucristo.» Os diré como, con la brevedad que me sea posible. Hay muchos cristianos que ya por costumbre y sin el menor remordimiento se entregan á los falsos placeres y vanidades del mundo, haciendo de esto su ocupacion principal, y que solo se los vé contentos cuando lo logran á su satisfaccion. Inútil es el preveniros contra este ejemplo, porque demasiado conocida es su perniciosidad y no habrá quien ignore que la profesion pública del vicio, el abandono de las prácticas religiosas, el sumergirse en los placeres y deleites del mundo, no es caminar con direccion al cielo, sino correr por el camino ancho que lleva al precipicio. Otros hay que dan á entender un desprecio completo del mundo; pero que conservan ciertos residuos de su espíritu, ó por esplicarme así, trasladan sus máximas á la práctica de la piedad. Una muger del mundo que desea vivir segun el mundo se complacerá en ir ricamente vestida y adornada; una que hace profesion de devota y piadosa, no se atreverá á poner galas; pero si se la examina en su porte se advertirá tanta afectacion en su prendido, en su traje de color oscuro, en su vestido sin la mas pequeña mancha y arreglado con la mayor simetría, en todo absolutamente,

que parece haber estado algunas horas exclusivamente dedicada á su adorno. Una jóven mundana se precia de hablar con gracia, de decir chistes ingeniosos y hacerse oír y admirar en una concurrencia; y una devota aunque no hable de las cosas del mundo como aquella, hablará de las cosas espirituales; querrá dar á entender que ha leído muchos libros de piedad; se escuchará y hará escuchar y pretenderá tomar un ascendiente sobre las demas, porque se vanagloriará de saber mas que ellas; en una palabra: apetecerá hacerse admirar hablando de Dios, tanto como una del mundo haciendo brillar su talento con conversaciones del mundo y de los espectáculos y diversiones del mundo.

No, hermanos míos, no es esto renunciar enteramente al espíritu del mundo y revestirse del de Jesucristo. Quiero convenir en que muchos han renunciado al espíritu del mundo con entera y sincera voluntad y han querido entregarse á su Dios; pero han creído que basta no ponerse adornos, no ir á los bailes y espectáculos profanos, no seguir las locuras de los mundanos. Esto no es mas que una reforma exterior, es menester algo mas: es preciso renunciar de tal suerte al espíritu del mundo, que se tome el de Jesucristo que le condena absolutamente. El mundo fija sus atenciones y deseos en los bienes y placeres de la tierra y no debe aspirarse sino á los del cielo. El mundo se goza en los deleites de los sentidos, y debemos tener toda nuestra dicha en padecer, en la mortificación y la cruz de Jesus. El mundo lo sacrifica todo por conseguir las riquezas, para brillar y aparecer con ostentación en el público y conviene amar el retiro

y la vida oculta; el mundo quiere la ociosidad y el descanso, y es menester trabajar y tener en esta vida una vigilancia continua y laboriosa; el mundo quiere la vanidad, el desenfreno y licencia, y es necesario abrazar la cruz de Jesucristo; el mundo no mira mas ni considera mas que la patria en que vive, y debemos contemplarnos como en un destierro y caminar sin retroceder á la patria del cielo: el mundo ama á la vida y aborrece y mira con temor á la muerte, y debemos usar santamente del tiempo de merecer que es la vida, y suspirar por que Dios nos lleve á gozarle en su presencia con los ángeles y santos.

Hermanos míos, mientras que estamos acá bajo acordémonos que nuestro primer Padre nos ha hecho terrenos, y que Jesucristo nos quiere volver celestiales, que nada de cuanto hay acá abajo debe sujetar ni cautivar nuestros sentidos ni nuestra voluntad. ¡Desgraciado del mundo, una y mil veces desgraciado! El está entregado á los vicios, sumergido entre cieno, metido en las tinieblas, no aprecia sino lo que deslumbra los sentidos, no apetece sino lo que los alhaga, no vive sino de la vida de los sentidos; pero un alma que quiere ser de Dios, un alma que quiere seguir á Jesus hasta los cielos, se eleva sobre los sentidos, debe vivir del espíritu y del espíritu de Jesucristo: espíritu de abnegacion, desprendimiento, penitencia, humildad, santo abatimiento, de obediencia, de dulzura, de mansedumbre, espíritu en fin, y es lo que debe consolarnos y animarnos, de gozo celestial, de libertad santa, de amor casto, espíritu de Jesucristo. ¿Qué mas podré añadir? Concluyamos pues, que

no debemos mirar las cosas del mundo como él las mira; no debemos pensar como él piensa; no debemos conservar mas propiedades ni lenguaje del mundo, sino que debemos tomar por regla á Jesucristo y su doctrina, juzgar como él juzga y apreciarlo todo en el valor que Jesucristo lo aprecia. Ved la verdadera renuncia del mundo,

No tenia necesidad de haberme dilatado tanto sobre la detestacion del pecado y la abnegacion del espíritu del mundo debiendo hablar del desprecio y abnegacion de nosotros mismos; porque en esta se contienen las primeras, y el que logra la renuncia de sí mismo, conseguida tiene ya la del mundo y del pecado. Sí, amados míos, aunque estamos rodeados por todas partes de enemigos á quienes es preciso hacer frente, al ataque mayor que tenemos que sufrir, es el de las pasiones y los propios defectos. Hay pocos que se atrevan á emprenderle, y muchos despues de haberle comprendido flaquean, se debilitan, se cansan y acobardan. ¡Felices aquellas almas que han comenzado bien, que continúan y que triunfan! Por no ejercitarse en este santo combate sucede que en muchas personas despues de muchos años de profesion exterior de piedad, están aun las pasiones en toda su fuerza; viven todavía tan apegadas ó sí mismas como las que no han renunciado al espíritu del mundo, ni han tomado la resolucion de servir y seguir á Jesucristo. No son de un genio dulce y apacible, sino cuando no lo, las contradice; no son obedientes sino cuando nadie se opone á su voluntad; son pacientes cuando nada tienen que sufrir; están tranquilas cuando todo se dispone y sucede á su gusto; pero una palabra menos grata, una mirada basta para desconcer-

tarlas, cambiar su genio apacible en inquietud, acabar con su paciencia y manifestar su mal humor. La mas leve oposicion á sus deseos es el principio de su turbacion y su inquietud. Asi se ve con tanta frecuencia, que personas que son reputadas por modelos de virtud en el mundo si su piedad se pone á la prueba del menosprecio, no acaba de extrañar como han podido hacerse admirar en él; pero es muy sencilla la razon y es: que estas personas dueñas enteramente de sí mismas, que se ejercitan en la piedad como quieren, oran y asisten á la iglesia, ayunan y se mortifican en lo que quieren y como quieren; estas personas siempre respetadas y nunca perseguidas cuando sienten sobre sí el peso de un superior que justa y acertadamente desconcierta sus planes, cuando se las manda obedecer, lo que no quieren seguir, cuando no se aprueba su método de vida manifiestan bien, que no siguen á Jesucristo y que no han hecho morir al espíritu propio, á la propia voluntad, á las propias pasiones.

Siento que no me permita el tiempo estender mas sobre un asunto tan interesante, y que suele ser el escollo de las almas piadosas; y dejando á vuestra consideracion lo que yo pudiera decirlos, concluiré haciéndoos observar que no es apto para seguir á Jesucristo, que no puede subir al cielo con Jesucristo el que está apegado á sí mismo, el que obliga el amor de sí mismo, y que es precisa la renuncia de la propia voluntad, la mortificacion y violencia de nosotros mismos, tan precisa como lo es la abnegacion del mundo y del pecado que son los caminos torcidos que nos desvian del cielo.

No quiero, hermanos míos, no quiero cerrar mi dis-

curso sin dar algun ensanche á vuestro corazon. No ha sido mi ánimo haceros concebir una estrema dificultad y presentaros como intransitable el camino del cielo, no. Si bien es estrecho y hay que violentarse para seguir por él, tiene tambien sus dulzuras. No es un camino reservado para cierto género de personas, es Jesus, y Jesus es de todos y para todos. Jesus es el camino para el cielo, pues sigamos todos á Jesus que á todos ayuda, consuela y fortalece. Ricos y pobres, hombres que habitais en el bullicio y los negocios del mundo, y que vivis en el retiro, sacerdotes y legos, jóvenes y ancianos observad á Jesus y vereis que se adapta y acomoda á todos los genios y caractéres y que se atempera á todas las condiciones. Al pueblo le reparte el pan de una doctrina clara y sencilla; con los doctores de la ley entra á sondear el mar profundo de las escrituras; á los sacerdotes y pontífices los declara el sentido misterioso de las profecias: él no se niega al convite del fariseo engreído con sus virtudes: él toma asiento á la mesa del humilde publicano que llora sus pecados: honra con su presencia las bodas de Canáa: enseña la alta perfeccion de su evangelio á la Magdalena que le escucha silenciosa: ilustra el entendimiento, y convierte el corazon de la Samaritana intrépida en disputar en asuntos de religion; se hace sabio con los sabios, ignorante con los que lo son; no; no salgais de Jesus, porque en cualquier estado que os halleis en él teneis el camino recto y seguro para dirigiros al cielo. Haced lo que os manda y del modo que os lo manda, y esto basta.

Hoy sube glorioso á los cielos despues de habernos dejado su doctrina y sus ejemplos. Nos falta la fuerza, Señor, y los auxilios para aspirar á vos y seguiros con rectitud sin apartarnos á la diestra ni á la siniestra. En el cielo estais para ser nuestro intercesor y abogado con el Padre, pera enviarnos el Espiritu-Santo dador de todo bien. En este dia de vuestra exaltacion y vuestro completo triunfo os suplicamos que antes que llegue el dia de juzgarnos con justicia, useis con nosotros de misericordia, nos asistais con vuestra gracia para apartarnos del pecado, del mundo y de nuestra vida viciada y corrompida, para seguir constantemente por el camino de vuestra ley hasta llegar á entrar triunfantes tambien en el cielo y alabaros en él para siempre.

F. L. G.

SERMON

PARA EL DIA DE LA ASCENSION.

La Ascension gloriosa y admirable de Jesus á los cielos es un misterio que debe llenar de alegría á los cristianos.

Dominus Jesus postquam locutus est eis, assumptus est in cælum, et sedet á destris Dei. Jesucristo Señor nuestro despues que habló á sus discípulos subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre. Marc. cap. 16, v. 19.

Jesucristo, tan humillado y abatido en su nacimiento, tan pobre y tan perseguido en toda su vida, tan lleno de tormentos, de afrentas, desprecios y baldones en su muerte, «despues que instruyó y consoló á sus apóstoles, subió á los » cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre.» Nada mas, hermanos míos, nada mas necesitamos para que se

escite en nuestra alma una idea sublime de su divinidad, de su poder, y de su gloria. Nada mas necesitamos para que desaparezca el escándalo de su vida pobre y oscurecida, de sus trabajos, su cruz y su muerte. Jamás se ha visto ni podría ver un triunfo ni mas admirable, ni mas augusto, ni mas magnífico, ni mas glorioso. Jamás ha vuelto á su reino con mas solemnidad, ni ha sido recibido por los suyos en su corte rey alguno con mas júbilo y placer despues de haber vencido á sus enemigos, «Jesucristo subió á los cielos, y » está sentado á la diestra de Dios Padre.» Despues que se apareció con frecuencia á sus discípulos despues de haber resucitado de entre los muertos; despues que los dió pruebas repetidas de su divinidad, y no los dejó duda alguna de la verdad de su resurreccion; despues que conversó con ellos y los instruyó de lo que necesitaban saber acerca del reino de Dios y de la iglesia que habian de plantear por todo el mundo; se apareció por última vez á ellos, conversó con ellos, los reprendió amablemente su incredulidad y dureza de corazon porque habian visto tantas pruebas y eran tardos para creer su resurreccion: los mandó que permaneciesen juntos en Jerusalem hasta que fuesen revestidos de la virtud de lo alto, hasta que descendiese sobre ellos la virtud del Espíritu Santo con la que recorriesen el mundo y anunciasen su evangelio á todas las naciones: prometió confirmar su predicacion y la fe de los que creyesen con los milagros que obrarian en su nombre, y la salud eterna á los que creyesen y fuesen bautizados y observasen la ley del evangelio que abrazaban con el bautismo: los mandó salir de la ciudad al monte Olivete donde levantando sus manos los ben-

dijo, y mirándole todos se elevó por su propia virtud en cuerpo y alma á los cielos y desapareció de su vista porque le rodeó una nube de majestad, y dos ángeles en forma visible de hombres con vestiduras blancas se aparecieron en los aires y manifestaron que Jesús con todo aquel aparato magnífico de gloria y majestad, con aquel triunfo con que subía á los cielos á sentarse á la diestra de Dios Padre, volvería á la tierra á juzgar á los vivos y los muertos.

Tal es, hermanos míos, la relación que nos hacen los libros santos de la Ascension admirable, de la vuelta gloriosa de Jesús á los cielos. Los apóstoles y discípulos respetando y adorando al Señor se volvieron á Jerusalem llenos de alegría, con un gozo grande por lo que acababan de ver, y á todos, amados míos, á todos debe llenarnos de alegría santa este misterio de nuestro Jesús. En él descubrimos el triunfo mas completo de nuestro Redentor, unos motivos poderosos para llenarnos de consuelo, y de él dimanar para nosotros ventajas y utilidades grandes que deben alentar nuestras esperanzas. Así me he propuesto manifestároslo con la posible brevedad para que os entreguéis y nos entreguemos todos á la alegría que debe inspirarnos y producir en nosotros este admirable misterio.

Benedecid Señor mi trabajo y confirmad con vuestra virtud mis palabras. Obrad en el interior de mis oyentes los prodigios y señales de vuestra gracia para que vuestras verdades anunciadas por el mas indigno de vuestros ministros no sean estériles y vacías. Dadme también la gracia que necesito para hablar con acierto de vuestras maravillas

y favores. Os lo pedimos por la intercesion poderosa de vuestra Santísima Madre á quien saludamos con el Angel.

AVE MARIA.

Dominus Jesus postquam.....

Jesucristo en cuanto ¡Dios jamás faltó del cielo como que es inmenso y está en todo lugar, y cuando confesamos y publicamos que subió á los cielos, hablamos de Jesucristo en cuanto Hombre. Concluido el misterio de nuestra reparacion y habiendo satisfecho á la divina justicia por nosotros con el sacrificio de su pasion y su muerte: despues que resucitó volviendo á unir su cuerpo y alma para nunca más morir, y conversó con los hombres por espacio de cuarenta dias para que no quedase la menor duda de la verdad de su resurreccion y para instruir en sus misterios á sus discípulos, con su cuerpo y alma gloriosos subió al cielo, no como el profeta Elias que fué arrebatado en un carro de fuego, ni como Abacuch ó Felipe el Diácono que fueron conducidos por los aires y atravesaron larguísimos espacios en pocos momentos por la virtud divina, sino por su virtud y poder propio; por la virtud omnipotente de su divinidad, y por la virtud tambien de su alma bienaventurada que podia mover segun su voluntad á su cuerpo glorioso y enriquecido con los caractéres de la inmortalidad. Subió acompañado y obse-

quado de los ángeles que lejos de ayudarle le reconocian y alababan como á su Señor; y subió por fin á sentarse á la diestra de Dios Padre, á tener una gloria y potestad igual á la del Padre, para que al nombre de Jesus se poye toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno.

¿Cuántas gracias debemos dar al autor y consumador de nuestra eterna salud? ¿con cuánto gozo debemos celebrar la subida triunfante de nuestro Señor y Maestro á los cielos con tanto poder y magestad? Nuestro Señor es fuerte y poderoso, es el dueño de las batallas; ha vencido y despojado á los principados y potestades enemigas, y ha triunfado pública y gloriosamente por sí mismo. Es el Señor de todo poder, es el Rey de la gloria. Abrid principes celestiales, abrid las puertas de vuestra ciudad eterna, y vosotras puertas, abrios por vosotras mismas para dar entrada á vuestro Rey. Es el Hijo único del eterno Padre y Dios como el Padre hecho hombre por amor de los hombres, á quien dijo el Señor: asientate á mi derecha, mientras que derribando yo á todos tus enemigos los pongo á tus pies para que te sirvan de estrado. Alegrémonos porque subiendo nuestro Señor á los cielos hizo cautiva á la cautividad, y abrió un manantial de bienes y dones á los hombres; alegrémonos por el completo triunfo de nuestro Redentor que se humilló y abatió siendo obediente hasta la muerte y muerte de cruz, y por eso Dios le exaltó sobre todos los tronos y potestades y le dió un nombre sobre todo nombre para que al oír el nombre de Jesus tiemblen todas las potestades, y alegrémonos también por nosotros mismos, porque en la

ascension de Jesus descubrimos motivos poderosos para nuestro consuelo.

Fue muy conveniente que Jesucristo subiese á los cielos segun esponen los santos padres y espositores sagrados: Porque el cielo es el lugar y domicilio propio de un cuerpo y alma inmortales y bienaventurados. Para que comprendiésemos asi que el reino de Jesucristo no era de este mundo, como repetidas veces nos lo dice en su evangelio. Para ofrecer á Dios las primicias de nuestra naturaleza elevando á la naturaleza humana sobre todos los cielos. Para que se cumpliese cuanto estaba anunciado por los Profetas. Para interpelar y abogar con el Padre eterno por nosotros y ofrecerse constantemente como víctima por nosotros y ser el eterno sacerdote que se interpone entre Dios y los hombres, y para que le sigamos hasta el cielo con nuestros deseos y nuestros esfuerzos mientras estamos en este mundo, para merecer el que nos llevé con él despues de la muerte. Subió como un águila que escita á volar á sus hijos y estendiendo sus alas para que vuelen con su ayuda, subió para escitarnos y animarnos á que subamos nosotros tambien enseñándonos el camino que podemos y debemos andar. ¡Qué pensamientos de tanto consuelo, hermanos mios, Jesus está en el cielo, aquel es su reino, siempre pacífico, siempre inundado de felicidad y de gozo, siempre antiguo y siempre nuevo, eterno y esento de todo mal; en el cielo tiene un poder igual al del Padre, intercede y aboga por nosotros, y esta carne mortal que nos rodea, este hombre lleno de iniquidad y esclavo de los vicios, este conjunto de miserias y flaquezas, nosotros, hermanos mios, nosotros mismos con

nuestros propios cuerpos y almas iremos algun dia al reino de Jesus; podemos y debemos aspirar á la dicha de subir á los cielos, ¿cómo? Siguiendo á Jesus que es nuestro ejemplo y nuestro guia: emprendiendo el camino por donde subió y nos enseñó á subir Jesucristo. ¿Cuál es este? La humildad, amados míos, la humildad. Si Jesucristo subió glorioso á los cielos, no fue sino porque descendió primero á la tierra y se humiló y vivió abatido en ella. Subió por su pasion, por su cruz y por su muerte. Si entró hermoso y lleno de poder y majestad con la fuerza de su omnipotente virtud y se puso en el cielo á la diestra de Dios Padre, tuvo que teñir antes sus vestiduras en su propia sangre, tuvo que padecer y morir para entrar en la gloria; y este es el camino por donde debemos llegar nosotros á ella. La humildad, la cruz, la paciencia en las adversidades y desgracias, el retiro, la oracion, la mortificacion y penitencia. Impresas dejó sus huellas en la piedra del monte Olivete que no nos es dado adorar á todos, pero todos podemos seguirlas, todos podemos imitar su humildad, su caridad, su paciencia, y las virtudes que nos anunció y enseñó á practicar en su vida y en su muerte, dándonos el ejemplo para que sigamos sus pasos.

¿Cómo podremos, en medio de unas ideas tan lisonjeras y consoladoras, cómo podremos aspirar á emprender el camino del cielo en seguimiento de Jesus, el camino de la humildad, de la penitencia, de la abnegacion y la cruz siendo frágiles, terrenos, apegados á nosotros mismos, envueltos en la corrupcion y el pecado, llenos de debilidad y sin aliento para comenzar sin embargo de

que conocemos que nos conviene y nos es indispensable?

Hé aquí las utilidades y ventajas que nos ofrece el misterio de la Ascension del Señor que deben alentarnos y sostener nuestras esperanzas. Ha subido á nuestro Padre y al suyo. *Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum*. En la mansion de la felicidad no solamente es un Señor benéfico y caritativo con sus siervos, sino que es nuestro hermano amantísimo, es de nuestra misma carne y sangre, y ha ido delante de nosotros para prepararnos un lugar, para socorrernos en vuestras aflicciones y necesidades. Venid cuanto antes, nos dice como José á sus hermanos (1). Venid porque todas las riquezas del Egipto serán para vosotros. Es todo poderoso y nos da su ayuda, sus auxilios, la fuerza para caminar al tiempo mismo que nos manda emprender el camino.

Atendiendo á que nuestro Salvador está en los cielos, nuestra fé se aumenta porque no tendria tanto mérito si le viéramos con nosotros en la tierra: nuestra esperanza se confirma porque viendo á Jesus que es nuestra cabeza en los cielos, nosotros que somos sus miembros no podemos dudar que nos uniremos tambien y renuiremos en un mismo lugar. Donde ha precedido la gloria de la cabeza, dice el padre san Leon, allí es llamada la esperanza del cuerpo. Porque teniendo un Pontífice tan grande que penetró los cielos, Jesucristo Hijo de Dios, debemos acercarnos llenos de confianza al trono de Dios para impetrar la gracia; la

(1) Gen. c. 43.

misericordia y los auxilios oportunos. Nuestra caridad en fin se inflama, nuestro amor se hace espiritual y sin mezcla de los afectos terrenos, nuestros deseos se elevan á los cielos y aprendemos á considerar y conocer que aquella es nuestra patria. Donde está nuestro tesoro, allí está nuestro corazón. Por eso ha querido Jesús apartarse de los hombres para que no le amemos con un amor carnal, para que le amemos como á Dios y elevemos nuestro corazón hasta el cielo teniendo allí nuestro tesoro, al dador de todo bien, al refugio de todos nuestros conflictos, al origen y manantial de todas las gracias. Por eso decía Jesús á sus discípulos: si me amáis, os alegraréis de que me separese de vosotros, porque vuelvo á mi Padre. Es mejor que no veais mi carne, para que contempleis mi divinidad; me separo de vosotros en lo exterior pero quiero ocupar todo vuestro interior (1). Quiero despojaros de todo amor carnal hacia mí, y enviaros con el Espíritu-Santo un amor todo espiritual, enviaros desde el cielo todos los bienes y socorros que necesitéis.

Tales son los bienes multiplicados que se nos derivan de la ascension de nuestro Jesús á los cielos y tan grandes los dones que dispensa á los hombres. Examinemos ahora si puede Jesucristo reprendernos y echarnos en cara con mas razon que á los apóstoles nuestra falta de fé y dureza de corazón. Entre cada uno en su interior y averigüe con exactitud si cree, si espera, si ama á su Dios, porque el que oreyere y fuere bautizado, será salvo; el que creyere

(1) S. Agust. Sermon. 1. de Ascens. Dom.

cón una fé viva, con una fé que obra por la caridad, será el que no sea condenado. ¿Tenemos nosotros esta fé? ¿Vivimos segun la ley del evangelio? ¿Cumplimos los votos y las santas promesas que hicimos en el santo bautismo? Hé aqui, dice el mismo Jesucristo, las señales que acompañarán á los que creyeren: en mi nombre arrojarán los demonios, hablarán en distintas lenguas sin haberlas aprendido, tomarán en su mano las serpientes, y si bebiesen algun veneno, no les hará daño, tocarán á los enfermos y sanarán de sus enfermedades y dolencias. El dón de los milagros fue dado á la iglesia en su origen para confirmar la fé con las obras prodigiosas, y persevera aun en ella, aunque estos no sean tan frecuentes porque ya no son tan necesarios; pero sin embargo á todos los que creen con una fé viva y verdadera en Jesucristo, á todos los que se alimentan y viven de la fé arreglando su vida á su creencia; acompañan las señales espirituales y santas, las notas de un buen cristiano, las señales de ser de Dios. *Domino cooperante*. No á todos se concede arrojar de los cuerpos á los demonios; pero á todos se dá y á todos es necesario resistir y triunfar del demonio, hacerle huir en nombre de Jesucristo para que no entre en sus almas y tome posesion de ellas haciéndolas caer en el pecado. No á todos se dá, ni á todos es necesario hablar en distintas lenguas; pero á todos se dá por la gracia de Dios, el que no salgan de sus bocas palabras malas, y que con sus conversaciones defiendan la fé y edifiquen á los que los oyen. El blasfemo, el jarador, el maldiciente, el calumniador y acostumbrado á la mentira, el impúdico y obsceno en sus conversaciones no llevan con-

sigo las señales que indican y acompañan á la verdadera fé: no tienen virtud para estorbar el mal de las serpientes venenosas, y puede decirse por el contrario que su lengua está llena de un veneno mortífero, y que tienen el veneno de los áspides en sus labios. No á todos se dá la gracia de curar enfermedades; pero á todos se concede el que llamamos al médico celestial que sana todas nuestras enfermedades, que saca nuestra vida de entre las garras de la muerte, que nos consuela y fortalece con su misericordia y sus miseraciones, y que satisface nuestros deseos llenándonos de mas bienes de los que podemos desear. No sanamos todos, pero no es por defecto del médico que nos asiste y ofrece la salud, sino porque reusamos llamarle, porque amamos nuestra enfermedad, y fomentamos las causas que la producen; porque lejos de moderar y contener, nuestros apetitos y deseos los avivamos y encendemos mas y mas, y queremos mas bien caer en manos de nuestros enemigos que nos hieren y dan la muerte, que invocar de corazon y ponernos en manos del Médico celestial que nos sana y vivifica. No son estas señales de tener una verdadera fé. Apresurémonos á salir cuanto antes del estado de nuestra enfermedad, del camino torcido que no nos conduce adonde está Jesus sentado á la diestra de nuestro Padre; entremos desde ahora en el camino de la cruz, y para que vayamos en seguimiento de Jesucristo, no confiemos en nuestra debilidad y flaqueza, invoquémosle como á nuestro protector y abogado en el cielo, fijemos en Jesus todas nuestras esperanzas, empecemos á amarle como á nuestro Dios, él nos ayudará, nos alentará, nos sostendrá en el camino de nuestra peregrinacion, nos ayudará en las

peleas que tenemos que sostener contra nuestros enemigos, nos dará el triunfo en esta vida, y aunque vivamos en la pobreza, en el abatimiento, en la persecución, en la cruz, alegrémonos porque este es el camino que nos conviene llevar, este es el que llevó Jesús, el que nos unirá con él y por el que llegaremos á recibir una merced y recompensa abundante en el cielo. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA LA DOMINICA INFRAOCTAVA DE LA ASCENSION.

Debemos disponernos como los apóstoles para recibir el Espíritu-Santo.

*Vos testimonium perhibebitis. Vosotros dareis testimonio.
Joan c. 15, v. 27.*

Después de haber vivido y conversado con nosotros el divino Verbo por quien fueron hechas todas las cosas; después de haber instruido á los pobres, á los ignorantes, y aun á los doctores de la ley confirmando su predicacion con ejemplos y probando su mision con milagros y señales prodigiosas; después de haber muerto en la ignominia de la cruz y resucitado con la esplendente brillantéz de su gloria; dejando esplicadas las profecias y el sentido de libros santos, y establecida en la tierra su ley santa, subió triunfante y glorioso á los cie-

los nuestro divino Jesus, y en ellos, está sentado á la diestra de Dios Padre. Subió á los cielos: para servirnos de guia, y hacer practicable el camino que habian de seguir los justos que mueren en los brazos de la santidad; para ser nuestro mediador con el Padre, y mandar á los Apóstoles el Espíritu-Santo que tantas veces les habia ofrecido. Subió en fin á los cielos nuestro Redentor; pero echando su bendición á los primeros fieles de su naciente iglesia, como un Padre que se ausenta de sus hijos, y diciéndoles que permaneciesen en Jerusalem hasta que fuesen vestidos con la virtud de lo alto, como lo dice san Lucas (1).

Esta última bendición del hijo de Dios á sus Apóstoles y discípulos reanimó su fé, los dispuso para el retiro y la oración, los preparó para recibir la plenitud de la gracia apostólica, los convenció de que su divino Redentor en el cielo ofrece á Dios en favor de los hombres el sacrificio del calvario enseñando al eterno Padre sus pies y manos ensangrentadas, su costado abierto, su cabeza coronada de espinas, su adorable rostro señalado con las bofetadas que recibió y su cuerpo todo acardenalado; y se resolvieron no solamente á permanecer en el sitio que les señaló su divino Maestro, sino á estar continuamente en el templo bendiciendo al Señor; cantando sus alabanzas y haciéndose dignos de recibir el divino espíritu autor de todas las maravillas de la gracia; cúmulo de los

(1) Luc. c. 24, v. 49.

divinos beneficios y prenda segura de nuestra futura felicidad, como lo dice san Pablo (1), para poder dar testimonio de Jesucristo y predicar su evangelio por todo el universo, según se lo había ordenado la sabiduría eterna y se expresa en el evangelio de este día con estas palabras de mi testamento: *y vosotros dareis testimonio de mí. Et Vos testimonium perhibebitis.*

¿Y no sabeis, hermanos míos, que dejando Jesucristo la tierra, elevaron los apóstoles y discípulos sus miradas hacia el cielo quedando su obcecación disipada, y sus almas satisfechas con el espíritu de oración que antes miraron con desvío, puesto que durante la agonía del Salvador no pudieron velar con él ni una hora tan siquiera? ¿No advertís ya en los apóstoles tímidos, ignorantes, débiles en la fe, y aficionadas al mundo una devoción sólida, una fe firme, una esperanza cierta y una caridad ardiente preludio de mayores gracias con que los había de inundar el Espíritu consolador que esperaban recibir? Pues ved aquí los Maestros de la conducta que debemos seguir para ser santos como ellos lo fueron. Imitémoslos, y el Espíritu-Santo vendrá a habitar en nuestras almas para nuestra santificación y eterna glorificación. Preparémonos para recibir aquel espíritu de verdad que nos ha ofrecido Jesucristo y no pensemos más que en vivir con él: pues que á escitar en vuestros corazones deseos de hacerlo así, se dirigirá todo cuanto me oigais en esta ocasión.

(1) Ad Efes. c. 1, v. 14.

Espíritu-consolador: inundad nuestras almas con vuestras luces: dadnos los dones de ciencia, de sabiduría y de inteligencia en las cosas concernientes á nuestra salvación y á la gloria de la Santísima Trinidad; y haced que seamos fieles discípulos de los apóstoles en quienes habitasteis para su felicidad y la nuestra. Vuestra Esposa es nuestro refugio; ella nos protege siempre que queremos ser fieles á vuestras inspiraciones, y á ella acudimos para que nos alcance de Vos un destello de aquella gracia incomprensible de que la halló llena el ángel cuando la dijo,

AVE MARIA.

Vos testimonium perhibebitis.

La obediencia mas perfecta á los mandatos de Jesus fué la primera virtud que dispuso á los apóstoles á recibir el Espíritu-Santo. «Permaneced en la ciudad hasta que seáis » revestidos de la virtud de lo alto,» les dice el divino Maestro; y en la ciudad permanecen bajo el imperio del que ya dominaba en sus almas, del que acababa de morir y resucitar por ellos, del que subió á los cielos para enviarles el divino Espíritu. Esta obediencia resuelta les facilitaba el recogimiento que necesitaban para penetrarse de la grandeza del beneficio que les habia prometido su Redentor amable, para prepararse á recibir el Espíritu-Santo

cuyos templos debian ser por la gracia, para purificar su corazon y apartar de él todos los obstáculos que pudieran oponerse á la virtud que esperaban recibir de arriba. Esta obediencia respetuosa al Señor facilitó á los apóstoles el apartamiento de las ocasiones peligrosas necesario para evitar la tentacion de volver al mundo y recobrar sus criminales hábitos: muy á propósito para librarse de las seducciones de los que no viven con Jesucristo, para no ser testigos de los escándalos que suelen inficionar á los que no apartan sus ojos de ellos, y para pouverse á cubierto de los asaltos que deben temerse de ese mundo que nada tiene que ver con el que lo venció en la cruz. Los apóstoles obedeciendo á su Señor y sacerdote eterno segun el orden de Melquisedec correspondieron fieles á las primeras gracias, y esta fidelidad los condujo de gracia en gracia hasta el cúmulo de todas las que recibieron del Padre de las luces y Dios de toda consolacion. De aquí aquella oracion constante, fervorosa y llena de gratitud en que pasaban todo el dia en el templo, con que pagaban á Dios un justo tributo de alabanzas, y bendecian al Señor por los bienes de que los colmaba haciéndose merecedores de recibir otros mayores. De la obediencia, de la fidelidad y espíritu de oracion el tener siempre presente, los Padres que nos engendraron en la fé, las virtudes heroicas que habia practicado su divino Maestro: aquel desprendimiento que llegaba al estremo de no tener un asilo como los pobres, ni tan siquiera un lugar en que poder reclinarse su cabeza: aquel espíritu de trabajo y laboriosidad que le hizo abrazar una vida tan activa en favor de los pecadores á quienes vino á buscar para

hacerlos justos, santos y felices: aquella modestia que le hizo esquivar los honores y la dignidad real, y vituperar á los que querian obtener los primeros puestos en su reino: aquella mortificacion que le hizo aceptar todos los tormentos de su pasion y muerte: aquella caridad eximia con que se dió á si mismo por comida y bebida á los fieles, quedando con ellos en el santísimo sacramento del altar hasta la consumacion de los siglos: aquella bondad en fin con que resucitado se habia aparecido tantas veces para instruir á los que habia escogido en su misericordia para establecer su iglesia sobre las bases del amor y de la virtud... Todas estas cosas de que se hallaban ocupados los corazones de los apóstoles después de la gloriosa Ascension de Jesucristo á los cielos los disponian para recibir aquel espíritu de fuego celestial que habia de encenderlos en amor del Dios que se habia sacrificado por ellos; aquel Espíritu consolador que estaba para caer sobre sus almas y hacerlos con sus dones mas doctos que los sabios de Babilonia y del Egipto, mas entendidos que los doctores de Israel y que los oradores griegos y romanos, mas celosos por la gloria de Dios que los Elias, Eliseos, Finees, los Profetas y Patriarcas que fueron sus figuras y representaciones: mas fuertes y valerosos que los Gedeones, Jeftés y Sansones: mas prudentes que los Moises, Aarones, Josues y Samuel: y tan virtuosos como debian serlo los príncipes de la iglesia destinados á conquistar al mundo y ponerlo bajo la ley santa del evangelio, á derramar su sangre en testimonio de las verdades que habian de predicar á todas las gentes, y á sentarse sobre doce sillas en el cielo para juzgar á

las doce tribus y á todos los que han vivido sobre la tierra. De obedecer á Jesucristo, de creer en su divinidad y doctrinas celestiales, de esperar en sus promesas, y de amar al que tanto los amaba, provinieron tantas gracias como recibieron los apóstoles con el Espíritu-Santo, que de imperfectos los hizo perfectísimos; de ignorantes, muy sabios; de tímidos y pusilánimes, fuertes y animosos, sin que la sabiduría y prudencia de los sabios y prudentes del mundo, el poder de los emperadores y príncipes, el interés de los sacerdotes, el fanatismo de los pueblos, ni los esfuerzos del infierno pudieran contener á los que revestidos con la virtud de lo alto no pensaron mas que en hacer efectiva la verdad contenida en esta palabra infalible de Jesucristo. «Vosotros dareis testimonio.» *Vos testimonium perhibebitis.*

En imitar á los apóstoles, hermanos míos, consiste toda nuestra perfeccion y santidad. Si como ellos hemos sido tibios y cobardes, carnales y mundanos, infieles y tenaces en nuestras pasiones y costumbres terrenas, y nos hemos apartado de los trabajos y adversidades de la cruz huyendo de nuestro Redentor cuando subia al monte de la mirra y de los agenjos para consumir en él la obra de la redencion en que se halla la perfeccion cristiana, rindámonos, como se rindieron los que vieron á Jesus subir glorioso á los cielos, y acabemos de una vez de creer, no á medias, como los que se llaman cristianos sin serlo, sino con una fé viva que hace obrar el bien, esperar en la bondad infinita de nuestro Dios, y amar al que viendo á su naciente iglesia encerrada en Jerusalem como un niño en su cuna,

le envió aquel divino espíritu que jamás le abandonó, que siempre está con ella para dirigirla, gobernarla y defenderla, que no cesa de comunicarse á los que entrando en su gremio se hacen miembros de Jesucristo. El Espíritu-Santo nos dá las primicias de la gracia en el bautismo; nos la aumenta en la confirmacion; renueva nuestro corazon con la penitencia, se nos comunica bajo diversas señales en todos los sacramentos, y él mismo nos llama y convida á que vayamos á beber en las fuentes de nuestro Salvador las gracias que necesitamos para ser como los apóstoles *sabios*; en la ciencia de nuestra salvacion; *celosos*, *fuertes* y *valerosos* en defender nuestra santa y adorable religion; y *virtuosos* en nuestros respectivos estados. ¿Qué razones pues podemos alegar para no imitar á los apóstoles mostrándonos obedientes á los preceptos del Señor, fieles á la gracia que recibimos en los sacramentos y adictos al cumplimiento de nuestras obligaciones? ¿En qué podremos fundar nuestra indolencia y descuido, nuestro retraimiento y aversion á los dones del Espíritu-Santo que son los que haciéndonos obrar y enseñar, pueden hacer que seamos llamados grandes en el reino de los cielos? ¿Será posible, amados míos, que rechacemos, despreciemos y nos resistamos á recibir el espíritu de ciencia y sabiduría, el de fortaleza, el de dulzura y consuelo, que ilustra el entendimiento, inflama el corazon, purifica los labios, pone en la boca palabras llenas de fuego y hace divinos y celestiales á todos los justos en que habita como en su templo?

En el instante en que poseyó este divino espíritu á los apóstoles, de hombres rudos, sin ciencia alguna, sin crian-

za, sin letras, ni principios, que no entendían las palabras mas sencillas de Jesucristo los convirtió en hombres los mas sabios é ilustrados que se han visto en el mundo. El les revela y declara los misterios mas profundos, las verdades mas sublimes de la religion, las profecías y figuras del antiguo testamento, la suerte de los justos, los combates de los fieles, las persecuciones de la iglesia y todos los sucesos de los hombres. El los ilumina para que entiendan y hablen todas las lenguas, confundan á los doctores de la ley, hagan callar á los filósofos, disipen las tinieblas del paganismo, derriben los ídolos en todas partes, ilustren á todas las gentes y les obliguen con la virtud de la gracia á buscar y reconocer en la cruz de Jesucristo los tesoros de la verdadera ciencia y de la mas alta sabiduría. Llenos del espíritu de discernimiento y de inteligencia sabian distinguir sin temor de engañarse, el bien del mal, la verdad de la mentira. Sus almas ilustradas con la luz del Paráclito no se dejaban engañar, ni cegar por las preocupaciones, ni guiar de las pasiones, ni arrastrar de las malas costumbres. Conocian á su Dios del modo que podia ser conocido, y se conocian á sí mismos; conocian la infinita distancia que hay entre Dios y sus criaturas; la dependencia de estas del Supremo Ser, deduciendo de estos conocimientos aquel sentimiento de humildad y abnegacion que infunde el Espíritu Santo en las almas sublimes que desconfian de sí, y todo lo esperan de Dios; que renuncian á su propia voluntad por unirse á la del Eterno; que no quieren vivir en sí, sino que J. C. viva en ellos. De aqui la dulzura, la bondad, caridad, piedad y misericordia con que trataban á los buenos y á los malos, á los

amigos y enemigos, á los sabios y á los ignorantes, á los grandes, ricos y poderosos, y á los pobres é indigentes: dones todos del Espíritu-Santo que no pudieron dejar de admirar los paganos confesando muchos de ellos, que la prudencia de la carne, las luces de la razon y toda la sabiduría humana no son capaces de penetrar las sublimes verdades que predicaban los apóstoles, ni inspirar sentimientos tan elevados, ni sugerir una conducta tan maravillosa. En muchos pueblos quisieron adorarles como á Dioses: pero como ellos miraban como estiércol todas las grandezas humanas por ganar á Jesucristo y reputaban por lucro morir por su divino Maestro; á nada mas aspiraban que á cumplir con su misión, á merecer la gracia de acabar su vida en medio de los tormentos del martirio y de unirse eternamente con el Dios á quien amaban con el amor que infunde el Espíritu-Santo en las almas que mas imitan á Jesucristo. Gloriosos Padres, Maestros y Protectores de los cristianos: que inundados con las gracias del Espíritu-Santo experimentásteis en medio de vuestros trabajos apostólicos un gozo espiritual que os consolaba, una paz interior que os satisfacía y cierta suavidad superior á todo otro sentimiento: alcanzadnos la gracia que necesitamos para imitaros antes y después que os poseyó el espíritu que os envió del cielo el Pastor eterno de la grey á que todos pertenecemos. Miradnos desde esos tronos de gloria en que reináis con Jesucristo como Padres y Maestros celosos por sus hijos y discípulos, y no permitáis que el maligno espíritu pueda en nosotros mas que el Omnipotente, que habitó en vuestros corazones y os hizo tan santos á los ojos de Dios y de los hombres.

Y nosotros todos, amados de mi alma, apresurémonos á seguir las huellas que dejaron impresas los apóstoles en el camino de la vida cristiana para hacernos dignos de recibir el Espíritu Santo. Hagamos por gustar el vino misterioso de los divinos consuelos, y tendremos la dicha de encontrar riquezas en la pobreza; alegría en las aflicciones; gloria en los oprobios: siendo el retiro, la oracion, la mortificacion, los gemidos y las lágrimas nuestras delicias y nuestra felicidad. Clamemos con la iglesia santa y no cesemos de decir con el corazon y con la boca. Venid Espíritu-Santo, á alumbrar mi mente é inflamar mi corazon, á fortificar mi voluntad, á endulzar mis penas, á colmar mi alma de vuestros dones, á enriquecerla con vuestras gracias y á llenarla de vuestros consuelos celestiales. *Veni sancte spiritus, reple tuorum corda fidelium.* Asi, y solo asi, seremos todo lo que los hombres pueden ser en esta vida para merecer los gloriosos epítetos de *sabios*, de *virtuosos* de *santos* y *grandes* en la iglesia de Dios, que es la que inspirada por el Espíritu-Santo, sabe apreciar el mérito de sus hijos. Porque si nos fiamos de la ciencia humana, del ruido y aparato de los filósofos terrenos y carnales que vejetando en el fango de las miserias humanas tienen ojos y no ven, oídos y no entienden, entendimiento y no perciben las cosas del Espíritu-Santo, nos perderemos como los insensatos que dicen en su corazon: *No hay Dios*, y nuestra suerte será la de los que mueren impenitentes en su pecado. ¿Qué ciencia, hermanos míos, es esa que no sabe decirnos de donde venimos, ni á donde vamos? Pueden llamarse sabios los que á fuerza de suprimir luces y calmar

los remordimientos de la conciencia? se toman el trabajo de blasfemar y decir que el evangelio es una fábula; la fé de los católicos una locura; el culto una supersticion; los apóstoles unos embusteros; los mártires unos fanáticos; la piedad una ilusion; el vicio y la virtud unas preocupaciones; el infierno un espantajo; el paraíso de la gloria un lindo invento, y la vida eterna una quimera? No son estas infernales máximas engendro diabólico de ese maligno espíritu que se atreve á contradecir con increíble audacia las verdades eternas que nos inspira el espíritu de verdad que prometió y envió Jesucristo, desde el cielo á su iglesia santa para que santamente viviese en la tierra y fuese despues feliz por siglos eternos en la gloria? Huid de aqui, espíritus orgullosos carnales y terrenos: zambullíos en las lagunas cenagosas de vuestros vicios y pasiones, y dejadnos en los gozes de las delicias del Espíritu consolador que nos dirige con sus luces por el pais tenebroso de este valle de lagrimas hasta ponernos á la vista del Dios que murió por nosotros, que resucitó glorioso, subió á los cielos, y está en ellos sentado á la derecha de su eterno Padre. Nosotros tenemos la fé de los apóstoles, y con ella y la imitacion de nuestros Padres y maestros en la ciencia de la salvacion esperamos recibir los dones del divino Espíritu que ha de hacer dulces las penalidades y trabajos que han de facilitarnos la eterna felicidad á que aspiramos.

Venid á nuestros corazones, Espíritu vivificante: ilustradlos con vuestra gracia y haced que reconozcamos nuestros errores, que nos reduzcamos al buen cami-

no, que busquemos el bien, lo amemos, practiquemos y perseveremos en él hasta el último suspiro. Dirigidnos para que en la hora de nuestra muerte podamos presentar con nuestras obras vuestros frutos y dones, prenda segura de la gloria. Amén.

A. M.

INDICE

	Páj.
Sermon para la Dominica IV de cuaresma	
Sobre el reconocimiento de los justos y la ingrati- tutud de los pecadores.	7
Sermon para la misma.	
De las disposiciones necesarias para recibir con fruto la comunión.	19
Sermon para el miércoles de la IV semana de cua- resma.	
Sobre el hombre de fé y de virtud al frente del malvado é impío.	33
Sermon para el viernes despues de la Dominica IV de cuaresma.	
La enfermedad, muerte y resurreccion de Lázaro es figura del pecador convertido al estado de la gracia.	45

Sermon para el sábado antes de la Dominica de pasion.	
Del fervor y devocion con que debemos adorar la santa cruz.	56
Sermon para la Dominica V de cuaresma.	
El pecado hace miserables á los pueblos llenándolos de calamidades.	71
Sermon para la misma Dominica.	
La fuerza irresistible de la verdad nos condena y hace inexcusables si no la preemos y obedecemos.	82
Sermon para el miércoles de la V semana de cuaresma.	
Sobre las ovejas que oyen la voz de Jesucristo.	95
Sermon para el jueves de la V semana de cuaresma.	
Carácteres de una verdadera conversion.	106
Sermon para el viernes de la V semana de cuaresma.	
Son vanos é inútiles los pretextos con que pretendemos excusar nuestros pecados.	122
Sermon para el domingo de Ramos.	
Sobre la dulzura de Jesus.	138
Sermon para el mismo dia.	
Cumpliendo el Señor con nosotros los deberes de Rey, debemos cumplir nosotros con él los deberes de súbditos.	149
Homilia para el jueves santo.	
Ejemplos de amor y de humildad que nos dá Jesucristo.	163
Sermon para el viernes santo.	
Jesucristo ha muerto por nosotros.	177
Sermon para el domingo de pascua de resurreccion.	

Sobre la resurreccion espiritual del pecador.	194
Sermon para el mismo domingo	
De la necesidad de la resurreccion de Jesucristo.	201
Sermon para el lunes de pascua de resurreccion.	
Frutos y utilidad de la resurreccion de Jesucristo, de donde dimana el consuelo y confianza del justo y el terror y desesperacion del pecador.	221
Sermon para el tercer dia de pascua de resurreccion.	
Sobre que debemos ser buenos cristianos para par- ticipar de los bienes de la resurreccion de nues- tro divino Salvador.	225
Sermon para la Dominica in Albis.	
Sobre la fé.	244
Homilia para la Dominica II despues de pascua de resurreccion	
Obligaciones del Pastor espiritual y de sus ove- jas.	254
Sermon para la Dominica III despues de pascua	
Sobre que creyendo y obrando segun lo que nos enseña la fé seremos felices.	269
Homilia para la Dominica IV despues de pascua.	
Consuelos y avisos de Jesus á sus discípulos antes de su Ascension.	280
Sermon para la Dominica V despues de pascua.	
Sobre las cosas que debemos pedir á Dios y el modo con que debe hacerse esta peticion.	295
Sermon para un dia de Rogaciones.	
Sobre que siendo infinita la misericordia de nues- tro Dios, es imposible que no dé al que pide; que	

no se haga presente al que lo busca; que no abra la puerta de sus consuelos al que lo llama. . . .	307
Sermon para los mismos dias.	
Cómo se ha de orar.	317
Sermon para el dia tercero ú otro de rogaciones. . .	
Necesidad del culto exterior.	332
Sermon Moral para el dia de la Ascension.	
Jesus es el camino único del cielo.	347
Sermon para el dia de la Ascension.	
La Ascension gloriosa y admirable de Jesus á los cielos es un misterio que debe llenar de alegria á los cristianos.	361
Sermon para la Dominica infraoctava de la Ascension.	
Debemos disponernos como los apóstoles para recibir el Espíritu Santo.	373

FE DE ERRATAS.

<u>Paj.</u>	<u>Líneas.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
78	3	caligula;	caligula....
92	14	qun	que
266	Testo	ejemplum	exemplum
232	10	como los discipulos	como los de los dicipulos
263	22	yo puedo querer	yº no puedo querer
270	21	al hijo que lo envío	al hijo que envío
296	7	has	haz
311	10	Sisara	Sisara
334	24	cantos	santos
335	5	dador de bien	dador de todo bien
352	3	favorecia	favoreceria
364	15	gloriosos	gloriosos
365	22	cautiva	cautivó